Julio Rafael Contreras Roqué, Adrián Giacchino,
Bárbara Gasparri y Yolanda E. Davies

ENSAYOS SOBRE
AIMÉ BONPLAND
(1773-1858)

**BONPLAND Y EL PARAGUAY, EL BOTÁNICO
Y SU RELACIONAMIENTO HUMANO Y UN ENIGMÁTICO VISITANTE**

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

ENSAYOS SOBRE
AIMÉ BONPLAND
(1773-1858)

BONPLAND Y EL PARAGUAY, EL BOTÁNICO
Y SU RELACIONAMIENTO HUMANO Y UN ENIGMÁTICO VISITANTE

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

ENSAYOS SOBRE
AIMÉ BONPLAND
(1773-1858)

BONPLAND Y EL PARAGUAY, EL BOTÁNICO Y SU RELACIONAMIENTO HUMANO Y UN ENIGMÁTICO VISITANTE

Diseño gráfico: Mariano Masariche.
Ilustración de tapa: Aimé Bonpland. Acero grabado. Alemania siglo XIX.

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Fundación de Historia Natural Félix de Azara
Centro de Ciencias Naturales y Antropológicas
Universidad Maimónides
Hidalgo 775 P. 7º - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54) 11-4905-1100 int. 1228 / www.fundacionazara.org.ar

Impreso en Argentina - 2020

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El contenido de este libro es responsabilidad de sus autores

Aimé Bonpland, 1773-1858 : Bonpland y el Paraguay, el botánico y su relacionamiento humano y un enigmático visitante / Julio Rafael Contreras Roqué ... [et al.]. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara ; Universidad Maimónides, 2020.
214 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-3781-48-3

1. Biografías. I. Contreras Roqué, Julio Rafael
CDD 920

Fecha de catalogación: abril de 2020

ENSAYOS SOBRE
AIMÉ BONPLAND
(1773-1858)

BONPLAND Y EL PARAGUAY, EL BOTÁNICO Y SU RELACIONAMIENTO HUMANO Y UN ENIGMÁTICO VISITANTE

AUTORES

Julio Rafael Contreras Roqué(†)
Adrián Giacchino[1]
Bárbara Gasparri[1]
Yolanda E. Davies[2]

[1]Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides, Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: adrian.giacchino@fundacionazara.org.ar
[2]Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, Argentina.

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

CONTENIDO

8 **Prólogo I**

12 **Prólogo II**

16 **Prólogo de los autores**

21 **Ensayo bonplandiano I. Bonpland y el Paraguay**

91 **Ensayo bonplandiano II. En busca de un Aimé Bonpland real**

120 **Ensayo bonplandiano III. La supuesta visita de un enigmático personaje a Bonpland en 1846**

130 **Noticia biográfica de Arsène Isabelle**

138 **Traducción de la obra de J-J-E. Roy**

164 **Agradecimientos**

166 **Anexo N° 1**

168 **Anexo N° 2**

170 **Anexo N° 3**

173 **Anexo N° 4**

174 **Anexo N° 5**

175 **Anexo N° 6**

176 **Anexo N° 7**

179 **Anexo N° 8**

180 **Anexo N° 9**

182 **Anexo N° 10**

184 **Anexo N° 11**

186 **Anexo N° 12**

188 **Anexo N° 13**

191 **Anexo N° 14**

193 **Anexo N° 15**

196 **Anexo N° 16**

199 **Bibliografía**

Dedicado a la memoria de Jorge Rivero.

PRÓLOGO I

Dentro del monumental legado científico de Julio Rafael Contreras Roqué, las biografías consagradas a sus pares naturalistas figuran como piezas mayores, tal es el caso de su obra sobre el naturalista ilustrado Félix de Azara. Después de haber terminado dicha obra maestra, Julio Rafael Contreras Roqué quería escribir una biografía del botánico francés Aimé Bonpland. En el año 2006, ya había dedicado un libro con Alfredo Boccia Romañach a uno de los últimos viajes de Bonpland en 1857 a Paraguay. De gran rigor científico, esa obra presagiaba lo mejor pero no pudo llevar a cabo esa tarea.

Sin embargo lega unos ensayos que se centran en la vida americana del sabio francés. Los autores exploran su personalidad con el enfoque y la prudencia científica necesaria, basándose en los hechos documentales los cuales no dejan pasar aspectos del pensamiento ni de los motivos de las actuaciones de Bonpland. En busca de pruebas científicas, afirman su escepticismo respecto a varios aspectos biográficos no certificados por las fuentes. Buscando la realidad de un personaje que no se confió mucho, cuestionan los documentos y formulan hipótesis de trabajo que puedan permitir conocer mejor a Bonpland y abrir camino a la investigación.

Las razones de Bonpland para volver a América del Sur en 1817 fueron, según los autores, la conjunción de un espíritu científico y político liberal de apoyo hacia los Libertadores y la oportunidad de explorar un terreno botánico virgen. Hombre utilitarista y de acción, este Bonpland está retratado como un personaje casi nómade aunque no motivado por una búsqueda romántica o huyendo de su entorno o su época como se podría interpretar. Al contrario, el francés estuvo bien anclado en su tiempo y en la tierra americana. Por eso, su estancia en Buenos Aires de más de tres años después de su llegada, fue según estos ensayos, un contratiempo debido a la acción de una logia masónica, mientras Bonpland esperaba la oportunidad para explorar el territorio rioplatense.

También su partida hacia el Paraguay en 1820 no fue motivada por algún

problema familiar mencionado por varios autores pero hasta ahora no demostrado. Los autores presumen con razón que Bonpland fue atraído por la alta biodiversidad de las tierras tropicales paraguayas que el botánico quería volver a estudiar después de su exitosa experiencia llevada a cabo con Alexander von Humboldt. Presumen también que Bonpland fue motivado por el imaginario alrededor de la rica herencia jesuítica en esa zona, y finalmente por un contexto político favorable a la puesta en marcha de una expedición hacia un terreno científico y económico muy prometedor.

Julio Rafael Contreras Roqué junto a sus coautores siguen entonces los pasos de Aimé Bonpland en la zona misionera-paraguaya durante el año 1821. Otra vez, los autores no perciben nada romántico o ingenuo en el viaje de Bonpland, sino la tentativa de llevar a cabo una empresa agrícola en estrecho contacto con su entorno económico y político. Basada en la explotación y comercialización de la *yerba mate*, dicha empresa apenas nació pues los autores ponen en relieve los pocos meses durante los cuales Bonpland y sus aliados misioneros pudieron actuar antes de que las fuerzas paraguayas crucen el río para destruir el sitio, secuestrar al botánico francés y así impedir el desarrollo de un territorio reivindicado por el Paraguay. Insisten otra vez en lo que fue la realidad de la experiencia bonplandiana, y sobre su accionar en Misiones que no fue tan exitoso como lo pudieron contar autores que no tomaron en cuenta los pocos meses que duró dicha empresa.

A propósito del largo cautiverio paraguayo de Bonpland entre 1821 y 1831, los autores insisten en que la escasez de la documentación hallada hasta ahora no permite comprobar las leyendas que cuentan del encuentro con José Gaspar Rodríguez de Francia, ni menos la existencia de una familia paraguaya. El único hecho que aprueban y confirman es que la labor de esos años paraguayos permitió a Bonpland formar una cabaña importante que pudo llevar con él después de su liberación. Confirman también que esa cabaña procuró a Bonpland una base financiera sólida para emprender nuevas operaciones económicas en Brasil y la Argentina, en vez de volver a Europa, mientras sus documentos se dispersaron después del cautiverio paraguayo.

Los autores cuestionan una fuente en particular, la que concierne a un viajero francés anónimo quién fue a visitar a Bonpland durante el año 1846, y quién publicó su relato en 1860. La parte de la narración que Julio Rafael

Contreras Roque ofrece en una traducción inédita trata de la visita del viajero a la chacra brasileña donde Bonpland vivió casi desde su salida del Paraguay. Pero pone en duda la verdadera autoría del libro que queda en un misterio hasta ahora, como la realización efectiva del viaje por no contener descripciones significativas y detalladas del ambiente de vida del sabio francés ni de su pensamiento. Aquí y a lo largo del ensayo se plantea el enigma de la espiritualidad de Bonpland, quien tuvo una reserva casi absoluta; no reveló casi ningún sentimiento íntimo incluso a sus personas más cercanas.

Entonces, Julio Rafael Contreras Roqué, Adrián Giacchino, Bárbara Gasparri y Yolanda Davies exponen los datos con el fin de descubrir la personalidad de Bonpland. Y concluyen que el francés, centrado en la acción, pudo ser escéptico en lo religioso y aculturado en lo político, asimilándose a la vida política y a los políticos rioplatenses. Pero es en lo científico donde interpretan de la manera más aguda a un hombre que tuvo un rol poco relevante en la botánica, incluso la rioplatense. Los autores lo explican por un proceso de exclusión compulsivo debido a una baja autoestima. Piensan que las raíces de ese sentimiento de inferioridad se encuentran en su viaje histórico con Alexander von Humboldt entre 1799 y 1804, durante el cual pudo tener la sensación de ser tratado como un criado, además de sentirse inferior respecto a la diferencia de clase social y de fortuna de ambos viajeros.

El rencor y la envidia que pudo nacer al principio de sus carreras respectivas pudieron ampliarse cuando Humboldt al regresar del viaje americano se elevó intelectualmente y socialmente mientras Bonpland sufrió de inseguridad científica. Otro rasgo de carácter puesto de relieve es un afán de acción llevando a Bonpland a echarse literalmente en demasiadas ocupaciones, alejándole de la ciencia. Ese afán se pudo conjugar con una indecisión que le llevó a encerrarse en –escriben los autores– "*su isla robinsoniana […], en la soledad propia del siglo XIX de esas regiones*", generando quizás más resentimiento y frustración.

En el año 2001, Nicolás Hossard publicó la biografía de un Bonpland viviendo "*en la sombra de los árboles*". En el año 2010, Stephen Bell evocaba en su biografía "*a life in shadow*", una vida en la sombra. Ahora se aborda la parte de sombra que contiene el personaje de Bonpland. Luego de investigar y descifrar "*los enigmas bonplandianos*", de cuestionar los documentos y el porvenir

de los mismos, los autores se quedan con muchas incertidumbres, aunque intentaron acercarse a la verdad histórica de una vida poco común. Este Bonpland queda misterioso. Pero llevados por su optimismo y su rigor, legan con estos ensayos varios caminos para seguir investigando. Esperamos que otras fuentes vengan a dar la luz para aclarar los varios lados oscuros del botánico francés y que otros investigadores sigan los caminos científicos aquí abiertos con el afán de generar más conocimiento, rigor y verdad.

Cédric Cerruti
CRHIA - La Rochelle
Institut Alexander von Humboldt & Aimé Bonpland

PRÓLOGO II

Hacia fines del siglo XVIII dos intrépidos viajeros naturalistas recorrieron gran parte de la región equinoccial, (Ecuador, Venezuela, Colombia, etc.), o sea los confines de la selva andina amazónica en América del Sur. La travesía duró casi cinco años, demandando un sacrificio extremo por parte de los naturalistas que dedicaron prácticamente un lustro de sus vidas al estudio, acopio y relevamiento de colecciones biológicas para museos.

Los nombres de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland cambiaron el eje de la historia de las ciencias naturales en América, debido al novedoso enfoque de sus observaciones. Los apellidos Humboldt/Bonpland quedaron asociados para siempre a la hora de hablar de biogeografía, biodiversidad biológica o ecología en general.

Regresados a Europa cada uno en su país de origen (Alemania y Francia), a su modo y por separado, siguieron el camino de las ciencias, aunque nunca más se desvincularon el uno del otro. El libro que tiene en sus manos comprende diversos episodios de la vida del naturalista Aimé Bonpland, un personaje especial, que debido a las circunstancias que le tocó en suerte vivir ha sido y sigue siendo motivo de muchos estudios pormenorizados.

En su Francia natal luego de aquel histórico periplo americano, el joven Bonpland, quedó envuelto en la fama de haber sido el botánico ayudante de Humboldt en el "*Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*" entre 1799-1804. Aceptó el ofrecimiento de la Emperatriz Josefina Bonaparte para trabajar en los jardines del Rey, siendo nombrado a partir de 1805 Intendente de la Malmaison, famosa residencia de campo rodeada de exuberantes plantas oriundas de diferentes partes del mundo.

Bonpland pasó sus días allí hasta el año 1814, fecha en la que murió la emperatriz. Por esta época seguramente maduró la idea viajar a Buenos Aires. Aceptó la invitación que previamente le había hecho Bernardino Rivadavia para hacerse cargo del Museo Público que por razones políticas luego no se cumpliría.

Instalado en el Río de la Plata, Bonpland se las ingenió para viajar y estudiar las relaciones de las plantas con la medicina (recordemos que era hijo de

boticario), de esta manera recorrió los alrededores de la metrópoli e incluso visitó la Isla Martín García en donde observó algunas plantas de yerba mate (*Ilex paraguariensis*) plantadas por los misioneros jesuitas en su intento por desarrollar sus actividades.

Con la idea de producir en escala y de manera comercial aquella planta, en 1821 fundó una colonia en la región misionera (Santa Ana -hoy localidad perteneciente a la provincia de Corrientes, Argentina-). Aquella región por entonces era disputada entre Paraguay y Argentina, precisamente para cultivar y elaborar a gran escala la yerba mate. Como la comercialización del producto era un monopolio del Paraguay y la colonia se estableció sin permiso de ese gobierno, pronto surgieron inconvenientes diplomáticos. El Dictador Supremo de la República del Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia, ordenó la destrucción de la colonia y el arresto y detención de Aimé Bonpland a quien asignó residencia en Santa María (hoy en el Departamento de Misiones, Paraguay) sin posibilidad de viajar o salir del país durante los siguientes diez años.

Así las cosas, Bonpland en este período ejerció su profesión de médico y se ocupó de la agricultura y ganadería y de industrias menores. Convertido en el primer preso político de la región, supo además cartearse y entrevistarse con algunos referentes de las ciencias que viajaban a verlo e inclusive no con disimulo ofrecían mediar por su libertad.

La pasión por la botánica siempre se mantuvo intacta, se estima que colectó unas 60.000 plantas, que incluirían alrededor de 6.000 especies distintas, de las cuales unas 3.300 serían nuevas para la ciencia. En otro orden de cosas es bien conocido el esfuerzo por mejorar constantemente la producción de la yerba mate u otras plantas con propiedades medicinales o comerciales.

Los autores de este libro señalan lo difícil que es entender a ciencia cierta quién fue para Bonpland "su" José Gaspar Rodríguez de Francia, o "su" Napoleón, ni siquiera "su" Humboldt o "su" Josefina. Tampoco es factible reconocer sus juicios acerca de Juan Martín de Pueyrredón o Francisco Ramírez. Todos personajes de gran relevancia o influencia política en la vida de Bonpland.

Los aportes de Bonpland fueron de carácter menor, muy a menudo se lo asocia como compañero y colaborador de Alexander von Humboldt, acreditando su mayor mérito en esa participación en la empresa común. Para muchos autores la fama y los honores le llegaron más por inercia que por una continuidad metódica de sus aportes científicos. En la historia de la ciencia, la vida de un

hombre dedicado a la investigación es sólo el trasfondo perecedero de su actividad y de su pensamiento. El interés de lo biográfico para esa disciplina y para los demás que cultivan su mismo campo de conocimiento, se reduce tan solo a aquello de carácter vital, episódico o anecdótico que en alguna medida haya retroalimentado la génesis y el desarrollo de ese pensamiento. En el caso de Aimé Bonpland los detalles de su historia personal, más que explicar un pensamiento, contribuyen a dar cuenta de cómo el compañero y colaborador inseparable del gran científico prusiano, quedó marcado por la experiencia compartida y se alejó después de ella, sin dejar nunca de añorarla, de moverse en derredor de ella y de anhelar, en un sueño que cada vez se iba haciendo más irrealizable, el retornar al gran proyecto juvenil y compartido.

Más de un autor se refirió al hecho de que en la historia de la cultura quedan sólo los que expresaron por escrito o en obras plásticas tangibles o, en alguna medida, sensibles para terceros sus elaboraciones mentales. Al costado de ellos y de la masa indiferente, ha vivido y muerto una legión inmensa de seres humanos sensibles, que han sido pensadores, alcanzando altos niveles de sabiduría y conocimiento, logrando elucubraciones novedosas, dando origen a sistemas filosóficos o teorías lógicas, estéticas o matemáticas. Pero, por una limitación personal, por acontecimientos frustrantes o por su particular óptica de la vida y del destino, se abstuvieron de escribir, de registrar, de dejar testimonio.

Estas brevísimas palabras nos ponen al tanto y vienen al caso, porque los autores de este libro han trabajado mucho y profundamente sobre don Aimé Bonpland, el protagonista por antonomasia que asomará a través de las siguientes páginas.

Julio Rafael Contreras Roqué desde hace tiempo viene estudiando y biografiando a diferentes celebridades de las ciencias naturales. En su haber hay miles de páginas conscientemente leídas, documentos y consultas de archivo que con sacerdotal paciencia ha resumido. Tal bagaje de conocimiento le permite escribir y con gran autoridad y objetividad diversas situaciones relacionadas con el personaje central de este estudio.

Desde el punto de vista que nos cuentan Julio Rafael Contreras Roqué, Adrián Giacchino, Bárbara Gasparri y Yolanda Davies hemos descubierto una figura humana excepcional, que tuvo un destino particularísimo, al que él mismo construyó con la configuración de virtudes y de defectos de la que fue portador.

Con cientos de referencias bibliográficas de gran valor documental, otras tantas notas al pie que enriquecen aún más el texto y un apéndice de correspon-

dencia Bonplandiana de interesantísima validez testimonial, los autores aclaran que esta aproximación biográfica no implica que ya todo esté dicho sobre el tema, sino por el contrario, en el estado actual del conocimiento logrado, mucho de lo que se sabía sobre Bonpland se ha tornado confuso, contradictorio y resulta abrumadoramente denso para poder esclarecerlo sin depurar antes las fuentes circulares. Lo que implica un gran acicate para quienes deseen profundizar sobre el tema.

El personaje central del libro hasta aquí queda planteado. En las siguientes páginas de los ensayos propuestos encontrarán un enriquecedor aporte relacionado con la vida del gran naturalista francés y la historia de la ciencia universal.

Horacio A. Aguilar
(2016)
Miembro Correspondiente Academia Argentina
de Artes y Ciencias de la Comunicación, y
Miembro de Número Instituto de Investigaciones
Históricas de la Manzana de Las Luces.

PRÓLOGO DE LOS AUTORES

En este libro se presentan dos temáticas centrales distintas y, además, una complementaria. Son ellas, respectivamente, un par de ensayos bonplandianos y una selección de documentos y de textos de referencia, que se agregan a modo de anexos, principalmente uno de ellos, centrado en el escrito, cuya traducción se brinda, obra de un todavía no bien deslindado autor, en la que se narra una visita hecha a Bonpland en la costa argentina del río Uruguay, presuntamente en 1846, pero se hace plagiando en gran parte un episodio similar narrado por Arsène Isabelle.

El primero de los ensayos bonplandianos se intitula "Bonpland y el Paraguay", y se ha escrito partiendo de la intensa relación de amor-atracción que ejerciera el Paraguay de su tiempo sobre el hombre excepcional que fuera Aimé Bonpland. Dicho ensayo, encara la cuestión centrando la investigación en el contexto humano e histórico de la circunstancia personal del naturalista francés, que llegó al Río de la Plata al iniciarse el año 1817. El otro ensayo trata de indagar acerca de la calidad de botánico que desarrollara en sí Aimé Bonpland, a través de su larga vida y, expresa algo del asombro que siente el investigador, que no halla en el apasionado colector e identificador de plantas que fuera Bonpland, el protagonista de una gran hazaña científica en el campo botánico que se corresponda con la imagen ficcional que se le suele atribuir con cierta ligereza al gran hombre, que fuera en su dilatada vida protagonista de otra calidad de acciones y proezas, que apenas si se esbozan en las biografías corrientes.

Debe, adicionalmente, destacarse la presentación, que sirviendo como corolario de los ensayos y, en forma complementaria de uno de los mismos, del segundo en particular, hacemos de una contribución representada por un par de capítulos –cuya traducción española se realiza por primera vez– de una poco conocida obra firmada por A. de B***, un ignoto autor francés acerca de quien se supone haya sido realmente Just-Jean-Étienne Roy (Barreto, 1976; Santos Gómez, 198; Bell, 2010: 158; Marchori Neto y Cardoso Marchori, 2014: 19), según una complicada y dudosa identificación, tras la cual parece –y con pocas dudas– asomar, a través de varios e insólitos detalles, la incierta y enigmática figura, no ya de Bonpland, sino de otro de los tantos "robinsones" franceses recalados para siempre y corriendo aventuras sin cuento, en un ámbito que se nos presenta más como propio de imaginarias ínsulas sudamericanas del siglo XIX,

que de las mismas tierras y paisajes que hoy observamos y pisamos con naturalidad, como fuera la vida extraordinaria de Arsène Isabelle, amigo y corresponsal personal de Aimé Bonpland, y autor, según Ernesto Morales (1943: 7), de "…*uno de los libros más importantes que viajero alguno nos haya legado*".

Los dos ensayos que aparecen en esta obra pertenecen a dos contextos diferentes que enfocan a un mismo personaje, y han sido elaborados en tiempos distintos, separados por un lapso de más de dos años de dedicación al tema. Los autores prefieren mantenerles su carácter independiente, por más que muchas veces los textos concurren y hasta en algunos detalles pudieran ser repetitivos.

Cada uno de esos ensayos, de algún modo afirma una tesis independiente, a las que nuevos aportes deberán convalidar o descartar. Por eso, si como ya lo hemos destacado, hubiera algunas reiteraciones en ambos escritos, las mismas obedecen a la coherencia del relato en uno y otro caso. Es así, dado que el sujeto historiado es el mismo –y puesto que el ensayo, así como la biografía o la monografía personalizadas, si no son historia, son novela– es obvio que ciertas consideraciones se realicen en paralelo y que, incluso, en algunos casos sobrepongan sus trazos.

Acerca de la documentación bonplandiana, puede afirmarse que ésta es desparejamente abundante, puesto que como subuniverso del mismo, se va reuniendo cada vez más un extenso corpus de testimonios escritos, los más de ellos de la propia mano bonplandiana y atinentes a variadísimos aspectos de su vida cotidiana, a los que el protagonista biografiado, desperdigó en su andanzas, como descuidando lo que surgía de la necesidad o de su deseo de expresarse o que, quizá significaba para él una forma de retener para sí el tiempo a través de la memoria escrita, como un contrapeso de su constante andar, aunque Bonpland –estamos casi seguros de ello– se interesó muy poco por el juicio de una posteridad que apenas pudo sospechar se ocuparía tanto de él como ha venido haciéndolo y como se apresta a hacerlo con mayor firmeza aún, dado que, tal vez, sea uno de los trasterrados ilustres del siglo XIX que retiene aún más vigencia en el interés de los lectores.

Motiva esta creencia el hecho de todo lo referente a la vida tan particular de Aimé Bonpland, que suscita un vivo interés, incentivado porque nunca quedó satisfecho el deseo de dar con lo que resulta más escaso de hallar, como lo podría ser alguna correspondencia privada de cierta intimidad, a través de la cual se haga posible el asomarse un poco más cercanamente a la personalidad humana real de quien fuera Aimé Bonpland. Tampoco ha sido explotada suficientemente y en el mismo rubro, aquella correspondencia de sus conocidos y

contemporáneos en la que se mencionara o refiriera colateralmente a Aimé Bonpland, máxime si tuviera cierta amplitud, ya fuera amistosa, crítica o valorativa en el caso de sus colegas o corresponsales muy allegados.

Dado que Bonpland fue un permanente usuario del arte de escribir, la profusión de notas, cartas, apuntes e informes de su propia factura es grande, pero recién comienza a metodizarse su acceso. Es posible que aún sean hallables manuscritos de cierta extensión, como lo fue un significativo diario de viaje del propio Bonpland, publicado hace pocos años en base a un manuscrito prácticamente olvidado en una biblioteca sudamericana (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2005)[1].

Poco a poco y, en la medida que el interés por el sabio francés acrecía en el medio rioplatense y también en Europa, han ido apareciendo repertorios más o menos extensos de manuscritos, documentos y papeles legales que arrojan luz sobre diversos aspectos del vivir bonplandiano. Como lo acontecido al respecto en las últimas décadas ha sido sensiblemente abundante, mucho de ese material está aún en estudio y en algún caso disponible para la preparación en el campo erudito de monografías y de tesis universitarias[2]. Pero, además se ha activado la presentación de trabajos cortos publicados en revistas especializadas y, notablemente también, se cuenta con mayor estímulo para acometer la tarea desde el campo literario, lo que aconteció con algunos intentos parciales de diversos autores, hasta encontrar adecuada envergadura en la obra de un escritor e hispanista, coterráneo de Aimè Bonpland, Eric Courthès, quien supo dar con una especial contextualidad, pues acometió unas memorias apócrifas –pretendidamente de ultratumba– de particular resonancia y, que ya merecieron una traducción hispana (Courthès, 2010). A estas obras deben agregarse las fundamentales modernas de Luis Gasulla (1978), de Philippe Foucault (1994), la de Stephen Bell (1994 y 2010), la de Alfredo Boccia Romañach (1999), cada una con su particular valor interpretativo y dignas sucesoras –aunque algunas en cierta medida noveladas– de las clásicas de Adolphe Brune (1871) y de E. T. Hamy (1906), además de la breve pero original de A. Castellanos (1963).

El material disponible ha dado también lugar a obras como la bellamente ilustrada y dedicada también a Alexander von Humboldt, de Pablo E. Penchaszadeh y

[1]Escritas ya estas líneas, el primer autor de estos ensayos fue apercibido por el distinguido intelectual paraguayo Carlos Villagra Marsal, de la aparición en Ecuador, en la Biblioteca Nacional de Quito, de un nuevo manuscrito bonplandiano, esta vez botánico y de carácter descriptivo, en el que estaría presente la mano redactora de Aimé Bonpland, quizá junto a la obra de un dibujante o colaborador en el tema del que trata el documento. Al respecto no podemos dejar de recordar una cita más extensa de Ch. R. de la Croix-Riche Chanet (2004: 714), que podría quizá verse confirmada con el hallazgo ecuatoriano: "*Podrían albergarse remotas esperanzas de que la Nomenclature del mismo naturalista, en cinco idiomas, incluso francés, español, alemán e inglés, en la que quedaron registrados de puño y letra del autor, más de cinco mil especies vegetales tropicales y subtropicales, pudiera haberse salvado…*".

[2]El estudioso de la historia de las ciencias y también consumado bonplandiano francés, Cedric Cerruti, ha realizado su Tesis doctoral en la Université de Lyon, France.

Miguel de Asúa (2010) y, sabemos que hay más de una en ejecución, las que brindarán los elementos previos necesarios –ahora sí– como para la redacción de una extensa y bien ponderada biografía culminante, y no definitiva pues no hay límite en este campo biográfico de Aimé Bonpland, pues en el siglo XX se ha desarrollado acerca de él una nutrida literatura apologética, llena de circularidades[3] y exageraciones, además de ser muy poco cuidadosa de la veracidad intrínseca.

Existe además, una serie de bellas obras de ficción que le atañen total o parcialmente, pues debe tenerse en cuenta su relación con la figura de Alexander von Humboldt, que está en permanente aumento valorativo, y en derredor de cual, Bonpland no deja de aparecer como personaje secundario, pero –a veces– bastante extensamente tratado. Al respecto se puede agregar que si bien Francia y los países del Plata, son los que han dado la mayor producción bonplandiana, hay un creciente número de aportes venezolanos y colombianos que tratan de rescatar individualmente al botánico que recorriera el virreinato de Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela en el famoso viaje de Humboldt-Bonpland de 1799-1804.

Acerca de la huella escrita o documental que pudiera haber quedado en Santa María de Fe, su pueblo de residencia en el Paraguay, cabe referirnos a lo que dijera al respecto Ch. R. de la Croix-Riche Chanet (2004: 714) y vale la pena transcribir dos de sus párrafos sobre la cuestión general acerca de la documentación remanente en el Paraguay: "*Con respecto a la documentación existente en el Paraguay y salvo la que pudiera encontrarse en el Archivo del dictador Rodríguez de Francia, se ha perdido todo. En oportunidad de producirse un intenso temporal que se abatió sobre la población de Santa María, primer y más prolongado lugar de confinamiento de Bonpland, terminó de destruirse todo lo que quedaba de las taperas que había ocupado el sabio. Entre los restos apareció una arqueta que también contenía escritos y material documental. Un cura ignorante no tuvo mejor ocurrencia que poner a secar al sol, los papeles emergentes, con total desconocimiento tanto del contenido como del tratamiento apropiado a dispensar a ese material. El resultado fue el convertir en fino polvillo, lo poco que quedaba del paso de Bonpland en esa población*".

"*Otros papeles de Bonpland, tales como Cahiers de la langue guaraní, de l'usage que Font les Indiens de certaines plantes*[4], tanto como una *Histoire du Paraguay*, que un

[3]Circularidades: así denominamos a aquellas noticias, informaciones, datos o todo tipo de aporte esclarecedor acerca de la vida y actividadaes bonplandianas, cuando son provistas, con o sin pruebas, pero difusas e inverificables, imaginadas o inventadas por los que las publican o por terceros comedidos que, una vez que se enuncian por escrito se tornan repetitivas por otros autores que las reiteran sin crítica, cargando el crédito al primero en formularlas. Esto suele suceder con casi todas las biografías y llega a constituir una farragosa envoltura del biografiado, que es necesario remover antes de ocuparse de los elementos biográficos reales y comprobados disponibles.

[4]Es posible que el destino de muchas piezas de documentación bonplandiana, más que de pérdida haya sido de extravío y, que en numerosos eventuales repositorios puedan todavía hallarse manuscritos, fragmentos de escritos, cartas y otros

médico Oriental, el Dr. Francisco Proena habría poseído hacia 1882; manuscritos de nuestro sabio que respondían a su firma, parecen haber desaparecido definitivamente. Podrían albergarse remotas esperanzas de que la *Nomenclature* del mismo naturalista, en cinco idiomas, incluso francés, español, alemán e inglés, en la que quedaron registradas de puño y letra del autor, más de cinco mil especies vegetales tropicales y subtropicales, pudiera haberse salvado. Esta obra era muy conocida y citada por los círculos científicos de Europa, en el campo de la botánica finisecular (siglo XIX). Aparentemente un avisado naturalista francés de apellido Grenier, se la habría apropiado "*… desconociéndose su ulterior destino, según señala Foucault* (*op. cit: 294*)*".*

documentos. En este caso vale la pena mencionar un hallazgo de Eric Courthès (2010: 80, nota 66), en la que dice: "*Bonpland redacta en aquella época* [1821] *sus famosas Notas sobre la lengua de los indios*", que muy bien podrían estar relacionadas o aún coincidir con el escrito que comentamos. Agrega Courthès al respecto que las mismas serían "*… consultables en el Fondo Bonpland del Museo de Farmacobotánica de Buenos Aires, manuscrito 2044*".

ENSAYO BONPLANDIANO I. BONPLAND Y EL PARAGUAY

La relación del renombrado naturalista Aimé Bonpland con el Paraguay ha sido amplia y profunda, seguramente mucho más de lo que formalmente se conoce. Tempranamente, y todavía en su residencia en Buenos Aires, buena parte de sus referencias, iniciativas y proyectos se concentraron en la posibilidad de marchar hacia el norte, hacia las selvas subtropicales del Paraguay y de las Misiones, que según lo proclamara Humboldt, eran comparables a las de Venezuela y de Colombia y se contaban entre las más ricas del planeta, y que en los años de llegada a América del Sur de Aimé Bonpland eran una posesión indefinidamente paraguaya hasta lindes hoy perdidos, por más que el largo período de gobierno de don José Gaspar Rodríguez de Francia vedó o aceptó, a regañadientes y con grandes limitaciones, el acceso al Paraguay de los científicos extranjeros que –en parte atraídos por la vieja leyenda del Paraguay jesuítico y en parte tras las huellas del naturalista aragonés Félix de Azara–, pretendieron llegar para conocer más íntimamente eso que mucho más tarde e idealizado, llegara a llamarse el embrujo paraguayo, como lo hizo el escritor ilustre Augusto Roa Bastos.

Es posible que Bonpland, además del cúmulo de causas desalentadoras que actuaron sobre él para dejar la capital rioplatense, en la que recalara en el comienzo de 1817, haya actuado fuertemente sobre su ánimo, entrenado en la América equinoccial a través de su viaje de 1799-1804, junto a Alexander von Humboldt, un rechazo íntimo y más sentimental que racional, por la planicie herbácea, para en expresiones de magnificencia paisajística en la estación cálida, al par que desolada y fría en el invierno, que ofrecía muy poco a un botánico y naturalista como él, atraído por lo que hoy se conoce como la alta biodiversidad, es decir por lo que la naturaleza animada tiene de pródigo en variedad de formas adaptativas acumuladas en un espacio geográfico dado, un parámetro biológico y bioclimático que había conocido Bonpland en tierras tropicales, y al que había quedado definitivamente fijado en sus visiones amorosas, naturalistas y vitales, que para él eran un todo sintético que sólo se satisfacía en las tierras equinocciales o –al menos– cercanas a ellas.

A este respecto se expresa claramente Bonpland en una carta cursada al natura-

Alexander von Humboldt, pintado por Joseph K. Stieler, 1843.

lista uruguayo Dámaso A. Larrañaga[5] en 1818[6], un año después de su llegada al Plata, en la que, además de mencionar casi intuitiva pero claramente el concepto de *diversidad biológica*, en forma prematura para su tiempo, le aclara casi dolorido, que unos grados de más en la temperatura media local y una mayor humedad (pluviosidad) darían a la vegetación de Buenos Aires y sus adyacencias la riqueza y potencia que él hallara en Rio [de Janeiro], seguramente visitada a su paso, en el viaje de venida a Buenos Aires y que lo sorprendiera poco más de cuarenta años

[5] Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848). Sacerdote uruguayo nacido en Montevideo. Fue un cultor casi enteramente autodidacta de la historia natural, y que además, tuvo actuación política destacada después del movimiento independentista de Mayo de 1810 en el Río de la Plata, adhiriendo a la facción artiguista de los bandos en pugna, que era, ente ellos el que sostenía la soberanía sobre el territorio cisplatino y la resistencia ante los avasallamientos portugueses. Dicen de él Mones y Klappenbach (1997: 41): "*… realizó importantes obras en el campo de la zoología, de la botánica y la paleontología del Uruguay. Con sus colecciones originales, se inició el Museo de Nacional de Historia Natural de Montevideo, y su biblioteca fue piedra fundamental de la Biblioteca Nacional de Montevideo. Sus escritos fueron publicados por el Instituto Geográfico e Histórico del Uruguay (1922-1930). La tardía publicación de su obra significó la pérdida para Larrañaga, de un buen número de especies zoológicas y botánicas*". Como señala Fernández Pérez (1992: 70): "*Este naturalista y clérigo uruguayo se quedó ciego por unas cataratas en 1825. Este percance impedirá la maduración y publicación de su obra, que contaba con ilustraciones de cierta calidad*".

[6] Verla transcripta en los Anexos.

más adelante, tanto como hiciera con Félix de Azara que llegó a pisar Sudamérica por primera vez en Rio de Janeiro en 1782. Igual le sucedería a Charles Darwin unas décadas más tarde en su famosa travesía naturalista en el Beagle.

Más fuerte aún debía de ser ese llamado del norte de la cuenca del Plata, para un naturalista que fuera portador de una experiencia tropical como la que ya atesoraba en sus ojos y en sus aspiraciones botánicas, tanto en las teóricas, como en las de apasionado herborizador, el antiguo compañero de viaje de Alexander von Humboldt en la larga expedición a las tierras equinocciales americanas, realizada entre 1799 y 1804.

Es lícito suponer que también en ese atractivo, algo de inspiración azariana, además de la sugestión de largo arraigo que dejara en él la aureola selvática, jesuítica y utópica que rodeaba a la idea del Paraguay que estuvo en boga en el imaginario culto de la Francia ilustrada de los siglos XVII y XVIII. La misma se hace presente desde las páginas de Michel de Montaigne y el Cándido o el optimismo, de Voltaire (1759)[7] hasta la apasionada y profusa circulación de la leyenda del tan fabuloso como mítico Rey de las Misiones Jesuíticas del Paraguay Nicolás I (Becker, 1987).

Esa imagen idealizada pero meramente imaginativa del Paraguay tuvo su fundamento intelectual en el ideario de la Ilustración, como se expresara tan especialmente en la postulación del "buen salvaje" de Jean Jacques Rousseau, y en la exaltación de la sensibilidad ante la naturaleza prerromántica y romántica, insinuada en la precursora obra de Bernardin de Saint Pierre, Pablo y Virginia (1791), y después referida particularmente a las majestuosas y umbrías florestas americanas, como aparece expresada en el prerromanticismo selvático de la Atala (1801), del vizconde de Chateaubriand.

Es interesante señalar, por ejemplo, que fue el propio Aimé Bonpland, en Buenos Aires y en 1818, cuando todavía hacía muy poco de su estadía en el Río de la Plata, quien recomendó encomiásticamente a los jóvenes médicos y naturalistas suizos Johann Rudolf Rengger (1795-1832) y Marcelin Longchamp, por entonces de visita en la capital rioplatense, que se dirigieran al Paraguay para realizar sus proyectos de conocimiento de la naturaleza americana (Rengger, 1835: xvi)[8].

[7] Recuérdese el capítulo XIV de esa obra: *Comment Candide et Cacambo furent reçus chez les jésuites du Paraguay*, en el que esa estadía de los protagonistas fue nada menos que una etapa en la propuesta marcha hacia el fabuloso Eldorado.

[8] Acerca de la capacidad de Aimé Bonpland para entusiasmar a terceros, debe tenerse en cuenta que incluso la venida al Río de la Plata del erudito y controvertido personaje que fue el italiano Pedro de Angelis (1784-1859), en alguna medida estuvo influenciada por las conversaciones sostenidas con el joven de Angelis en París, en visitas durante las cuales Aimé Bonpland y Alexander von Humboldt, recibían amistosamente al locuaz interlocutor, que se entusiasmaba con los relatos del viaje americano que realizaran estos últimos. En cuanto a Bonpland, en esas conversaciones, resulta notable que "… *su fervor contrastaba con la serenidad imperturbable de su amigo y compañero de exploraciones en la América equinoccial* [Humboldt]" (Josefa

Para comprender mejor la primera etapa rioplatense de Aimé Bonpland es necesario retroceder en la vida del médico y naturalista francés recién llegado al Río de la Plata en 1817 y trasladado pocos años después al Paraguay, hasta los sucesos acaecidos en la Francia de 1814[9], un año tan especialmente trágico, y que conmoviera intensa y decisivamente su mundo habitual. Fue entonces, cuando afloró, o –más probablemente– se intensificó irresistiblemente en él el deseo de retornar a América. Lo hizo tras una serie de acontecimientos dramáticos, acaecidos tanto en su vida privada como en el momento histórico de su país[10].

En lo personal, y dejando de lado los tan mencionados pero nunca probados, a pesar de resultar plenamente creíbles, problemas familiares, era cada vez más ineludible para Aimé Bonpland definir sus relaciones con Humboldt, y con el pesado legado, aún pendiente, del ya lejano viaje equinoccial americano de 1799 a 1804; el cual era la elaboración previa de los estudios botánicos que requería la publicación de los resultados científicos de la expedición, una labor de gabinete y laboratorio que demandaba, si se emprendía con el celo y con la profundidad necesarios, por lo menos, las dos décadas siguientes de su vida.

Como extraña llamada del destino, al poco de regresar del viaje equinoccial al Nuevo Mundo, se produce un acontecimiento que quién sabe cuánto influiría en la concepción total histórico-política del mundo de Bonpland. La misma fue la llegada de Simón Bolívar a París, quien después de una corta permanencia en Cádiz y en Madrid, se estacionó en París, llevando una activísima vida social. El futuro libertador de Venezuela y luchador por la causa independentista ameri-

Sabor, 1995: 8). En relación con los médicos suizos mencionados debemos destacar que ambos dejaron obra escrita sobre el Paraguay. Johann Rengger, el más activo de ellos, escribió un tratado acerca de los mamíferos paraguayos: *Naturgeschichte der Säugethiere von Paraguay* (Basel, 1830), nunca traducido al español, y una descripción del extenso viaje que ambos médicos realizaron por el Paraguay entre 1816 y 1826 (*Reise Nach Paraguay*, Aarau, 1835) publicada en español recién en 2010, como *Viaje al Paraguay* en los años 1816 a 1826. Juntos, con la segunda autoría para Marcelin Longchamp, editaron: *Essai Historique sur la Révolution du Paraguay, Et le Gouvernement Dictatorial du Docteur Francia*, París, 1827).

[9] En 1814, la historia francesa se hizo densa en acontecimientos decisivos, tales como la derrota de las fuerzas napoleónicas en Waterloo, que tuvo como consecuencia la caída definitiva del Imperio de Napoleón Bonaparte y la invasión de de Francia por las tropas aliadas de Rusia, Prusia y Austria. La primera repercusión política, fue la restauración de la dinastía Borbónica, con el ascenso al trono de Luis XVIII y el regreso de gran parte de los exiliados monárquicos producida después de la revolución francesa de 1789.

[10] En una carta de Bonpland al doctor Pedro Serrano (G. Leguizamón, 1940: vii) "*Desde el viaje que hice a la América Meridional con Humboldt he tomado un afecto muy particular a los americanos. Mi posición en Europa desde 1805 hasta 1814, me permitió servir y ayudar a la emancipación de la América Española; mas estos pequeños servicios se han dirigido particularmente sobre las provincias de Venezuela y de Santa Fe de Bogotá, porque existían entonces representantes de aquellos países en París y varios americanos que todavía no tenían ningún carácter (Bolívar, Zea, Palacio). Aguardaba entonces en Europa, con impaciencia terminar la publicación de las obras que me tocaban pero luego que fue Napoleón reemplazado por la familia de los Borbones traté de ganar el país que a un grado tan alto había fijado mi espíritu". "En 1814, 15 y 16 hice varios viajes a Londres con el objeto de hacer mis relaciones con Bolívar más frecuentes y más útiles a la América. Entonces conocí particularmente a los señores Belgrano, Sarratea y Rivadavia y la amistad de estos señores reunida a los desastres que sufrió el general Libertador de Venezuela, hicieron mudar mi proyecto y gané las aguas del Plata"*. Este documento aparece publicado por Juan A. Domínguez (1940), pero se trata sólo de un fragmento de la carta completa, la que figura transcripta sin fecha. Leguizamón (1940: *loc.cit*.) dice que data de "*la segunda década del siglo XIX*", pero con seguridad había sido escrita llegado ya Bonpland al Río de la Plata y antes de su marcha definitiva hacia el norte rioplatense, con gran posibilidad que fuera, cuanto más tarde, del año 1820, cuando el autor se alejó de Buenos Aires, hacia el noreste de las Provincias Unidas.

cana realizaba su segundo viaje a Europa. Su historia era trágica pues al regresar a Caracas del primer viaje, realizado con su maestro Simón Rodríguez, contrajo enlace en mayo de 1802 con una joven aristócrata española, doña María Teresa Rodríguez del Toro, y en enero de 1803 ella murió después de una letal enfermedad, dejándolo, como el mismo dice en una página de su Diario de Bucaramanga: "*… desolado yo con esa pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia …*".

El hecho fue que en el verano parisiense de 1804: *"Entre las celebridades más festejadas entonces figuraba Humboldt. Este ilustre sabio había estado más de cinco años ausente de Europa, recorriendo las selvas y las cordilleras del Nuevo Mundo. Regresaba a París en agosto de 1804, tres meses después de haber llegado allí Bolívar. El joven viajero venezolano quiso ver al hombre insigne que había recibido la hospitalidad [de la familia Bolívar] en Caracas cuando Bolívar estaba en Madrid. Mucho podían hablar de la capital de España y de la de Venezuela. Bolívar no deseaba menos conocer a Bonpland, el naturalista compañero de Humboldt durante toda aquella famosa expedición. Parece que Humboldt, Bonpland y Bolívar se encontraron varias veces, y que algunas de aquellas conversaciones se efectuaron en la casa de Humboldt, situada en el barrio de San Germán. Una de las pláticas fue la independencia de América. Humboldt creía que había llegado el momento de la madurez política de aquellos países y que sólo faltaba el hombre que tomara a su cargo la empresa. Este juicio era demasiado benévolo en opinión de O'Leary. Las colonias no estaban capacitadas para la independencia. Su ignorancia y su fanatismo impedían un movimiento que sólo debía realizarse gradualmente".*

"También indigna a O'Leary que Humboldt no adivinase en Bolívar el genio de la futura emancipación. Bonpland, más humano o más hábil, dijo que las revoluciones producen hombres dignos de encabezarlas[11]*. Bolívar ofreció a Bonpland la mitad de sus rentas si se establecía en Caracas. // Humboldt acompañado de Gay-Lussac salió de París en marzo [de 1805], y tomó el rumbo de los Alpes, para hacer investigaciones sobre la física del globo. Por los mismos días Bolívar se dirigió a Italia con D. Simón Rodríguez. Humboldt pasó más de dos meses al lado de su hermano Guillermo, que era ministro de Prusia en Roma, y a principios de agosto estudiaba la vulcanología en Nápoles con Gay-Lussac y el geólogo Buch. Aquella expedición realizaba uno de los grandes ensueños"* (Carlos Pereyra, 1922: 189-190).

En cuanto a su patria, sucesos tales como la entrada de las tropas de las potencias coligadas contra Francia en París, el 31 de marzo de 1814, la abdicación de

[11] Este dato es concurrente con lo que Madariaga (1959: 1949) transcribe de O'Leary acerca de esos diálogos: *"Bonpland dice O'Leary, que "no perdía ocasión de alentar a Bolívar en la empresa, y de asegurarle que la revolución produciría hijos dignos de ella" –nótese bien, precisamente en aquellos días en que: Déjà Napoleon perçait sur Bonaparte. Es muy posible esta actitud en un francés jacobino. Pero, la fibra mental de Humboldt era más vigorosa; y su penetrante mirada había ahondado más en los abismos e las Indias".*

Napoleón, el 6 de abril, y la muerte de la ex emperatriz Josefina, el 29 de mayo del mismo año, se sumaban a la restauración monárquica y el retorno de los emigrados, muchos de ellos reliquias mentales y políticas del Antiguo Régimen, de modo que el ambiente estaba cargado de ominosos presagios de lo que sería la represión generalizada de la Santa Alianza contra todo pensamiento republicano o liberal. La misma se centró en Francia en el llamado "Terror Blanco"[12] o de la restauración, que tuvo como cabeza visible a Luis XVIII.

Hubo para Bonpland dos focos mayores de atracción americana cuando se decidió a emprender su viaje al Nuevo Mundo tropical, después de los acontecimientos relatados: el primero fue la antigua Nueva Granada, ya conocida por él y hacia la cual fuera tentado a regresar por el Libertador venezolano, Simón Bolívar, con una oferta magnánima aunque poco realista en medio de las circunstancias que atravesaba la región. El otro foco estaba en el corazón tropical sudamericano, al que los viajeros de 1799-1804, no habían podido alcanzar en su gran recorrido, pero que tenía para él el atractivo de brindar la mayor posibilidad para completar su visión interpretativa del panorama natural conocido de América del Sur, en la alta cuenca del río de la Plata, y en particular en el Paraguay, por entonces bastante más amplio que el actual[13].

Al arribar a este momento de la historia personal de Bonpland, es necesario inquirir acerca de cuál era su verdadero interés para trasladarse a América. En el gran viaje previo de 1799-1804, había cultivado junto a Humboldt, no sólo una botánica básica de inventario de formas vegetales, sino también una precursora geografía de las plantas, que aunque aún no estaba expresada formalmente en el período en que estuvieron asociados, aparece constantemente como telón de fondo de la obra conjunta de ambos naturalistas. Sin embargo, el desarrollo ulterior de las vidas de ambos demostraría que sólo Humboldt fue capaz de mantener la continuidad de esas ideas en germen durante el viaje americano y en los años primeros del estudio del material botánico producto del mismo, representado por los grandes herbarios que quedaron casi totalmente, sino en manos de ellos, sí en total libertad de uso.

[12] A pesar de esta designación, el buen criterio personal del restaurado Luis XVIII, que fue prudente y mesurado buscando la paz interna de Francia, sentó la tónica de la moderación y de la levedad o el olvido de las medidas de represalia que reclamaba el ala más dura de los exiliados que retornaban, como se dijo reiteradamente, sin haber aprendido nada y sin olvidar nada.

[13] La situación fronteriza del Paraguay al fin de la década de 1810-1820 estaba marcada por la imprecisión de sus límites. Sin conformar la ilusa fantasía de la Provincia Gigante de Indias, el Paraguay hipotético de 1820 aún sostenía la propiedad paraguaya de la provincia del Itatim, hoy Mato Grosso do Sul. El límite chaqueño no estaba todavía establecido, pero tácitamente el Paraguay se extendía ampliamente hacia el oeste de la margen occidental del río homónimo, es decir hasta la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná. El Paraguay, reivindicaba además la soberanía sobre la antigua provincia de las Misiones, ocupada parcialmente por Brasil y que se extendía occidentalmente en las Provincias Unidas desde el este de la llamada Trinchera de Loreto, por el este de la actual Corrientes y alcanzaba al norte de Entre Ríos pues abarcaba la extensión de las antiguas estancias jesuíticas de Yapeyú y Mandisoví. Sin embargo, de hecho, el país dominada una superficie menor de la que dispone actualmente.

La mente de Bonpland, ubicada en un cuerpo más tiránicamente sensual y de un ánimo más voluntarista que el de su compañero de viaje, pues estaba anhelante siempre de paisajes, vivencias y riesgos derivados de sus quijotescas adhesiones políticas, siempre liberales y libertarias, exigía mucho más que una vida burguesa europea, encerrado en un gabinete y simbólicamente cercado por una sociedad frívola o indiferente, algo que después de su experiencia en la Malmaison, evidentemente le hartaba, o –al menos– lo impacientaba y comenzaba a desatarle esa disposición trashumante que Conde Jahn (1961) llamó dromomaníaca[14].

Con las escasas evidencias disponibles, no es posible aseverar hasta qué punto se plegaba realmente Bonpland a la idea de realizar en su futuro americano una carrera en exclusividad científica. Sus actividades en los años previos a 1814 y en los dos siguientes antes de viajar al Río de la Plata, lo muestran más interesado en la botánica aplicada –tanto a la medicina y la farmacología, como a los cultivos[15]– y, superlativamente, en la acción política. Por entonces, tan sólo el Río de la Plata, con su capital Buenos Aires, ofrecía una puerta franqueable hacia ese sector continental al que quería acceder y compatible con esos propósitos[16].

La opción final, como suele acontecer con las alternativas para toda acción humana, no fue enteramente voluntaria. Si bien la propuesta de Bolívar era por demás tentadora, los acontecimientos políticos y militares que tenían lugar en el norte sudamericano en los años de 1815 y 1816, con la intensificación de violencia y la inseguridad en la guerra de la independencia[17], tornaron prácticamente insensato todo

[14] Dromomaníaca: del griego *dromos*, marcha, en español significa literalmente que viaja, marcha o deambula en forma maníaca, obsesiva, un nomadismo impuesto por necesidad interior.

[15] El gran divorcio entre las sendas vitales de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, puede haber encontrado asidero no sólo en aquellos resentimientos y resquemores que pudieran haber quedado del viaje, en el que la larga y forzada convivencia, seguramente tuvo sus asperezas y desencuentros, sino también en las distintas filosofías de vida que adoptara cada uno de ellos después de separarse en 1804. Humboldt pasó, al madurar su pensamiento, del *racionalismo deista del iluminismo* (inspirado centralmente en el idealismo de Goethe) a un "*empirismo razonado*" (Labastida, 1999), que era realista en lo cognitivo, librepensador en lo político y religioso, y escéptico en lo metafísico. Por su parte Bonpland adhirió –con sus hechos lo prueba, aunque nunca se expresó al respecto– al *utilitarismo* del filósofo inglés Jeremy Bentham (1748-1832), que era la doctrina europea más difundida en la época y, a la que profesaran en el Río de la Plata sus allegados Bernardino Rivadavia y Pazos Kanki. La misma estaba en boga entre la mayoría de los exiliados y conspiradores de Londres cuyo trato frecuentara entre 1814 y 1816. Basaba Bentham su doctrina en el deber del hombre de actuar para "*lograr la máxima felicidad para la mayor cantidad posible de personas*" y de ella participaron notabilidades de su tiempo, entre otros, como John Stuart Mill (1806-1873), James Mill (1773-1836), John Austin (1790-1859) y Robert Owen (1771-1858). La botánica aplicada y la medicina eran buenos medios para lograr esa finalidad, también la acción política práctica bregando tras un ideario liberal. En estos tres campos se desenvolvió fundamentalmente Aimé Bonpland en su larga vida americana, aunque nunca hizo profesión de fe manifiesta de ningún ideario doctrinario o filosófico, menos aún enunció una actitud metafísica, sosteniendo una disposición –tal vez meramente epocal– de su espíritu que tenía mucho de común con el realismo positivo y racional ilustrado. Es posible que coincidiera en eso con Alexander von Humboldt, pero que mantenía, bajo su aparente agnosticismo, un núcleo íntimo que participaba de una forma interior de deísmo, al que trasluce en su búsqueda de un Todo en su *Cosmos* organizado.

[16] El panorama de los acontecimientos revelaba que en el antiguo imperio colonial español, ahora en dispersión, tan sólo el Río de la Plata ofrecía en 1816 ciertas perspectivas aptas para un europeo emprendedor. El resto de América era un hervidero de luchas, represiones y amenazas. Por esa misma razón se canalizó hacia Buenos Aires un fuerte flujo de exiliados franceses que huían de su patria al caer el bonapartismo (De la Croix-Riche Chanet, 2004; Ocampo, 2007).

[17] En mayo de 1815 Simón Bolívar se desterró en Jamaica, después de haber enfrentado en Venezuela el peor momento de la que se llamó –se autoproclamó por los contendientes– *la guerra a muerte*, de una crueldad infinita, en una etapa en la que se complicara la lucha contra España con la guerra civil local (Madariaga, 1959, I. 487). Aunque el libertador venezolano

intento de marcha hacia esa zona. De esta manera los hechos históricos dieron relevancia a la invitación del rioplatense Bernardino Rivadavia, formulada en las conversaciones sostenidas en el curso de los encuentros londinenses de Bonpland con el núcleo de americanos que, en esa metrópoli, gestionaban a favor de los intereses de sus países ya independientes, o preparaba, de hecho o de palabra, nuevos movimientos de emancipación en los que estaban aún bajo la dominación colonial o que habían sofocado los movimientos independistas.

En Londres Bernardino Rivadavia, debido a sus funciones oficiales, estaba muy relacionado con sus compatriotas Manuel de Sarratea[18] y Vicente Pazos Kanki[19] (o Pazos Silva), desempeñando una delicada misión diplomática en las cortes de Europa. Fue él quien desplegó el mayor poder de convicción, posiblemente por ser el más amplio, culto e inteligente de ellos. El ilustre Bernardino Rivadavia intuía, así como también lo hicieron Domingo Faustino Sarmiento y Carlos Antonio López en la siguiente generación rioplatense –cada uno a su modo y en sus circunstancias– qué era lo que un país joven necesitaba para crecer en civilización y asegurar su entidad como nación.

Para ello y, con ese propósito en mente, era indispensable contar con la presencia de hombres ejemplares en todos los rubros posibles de la cultura y de las ciencias básicas y aplicadas. Careciendo en general la España ultramarina, tal vez con las excepciones de Nueva España (México) y Perú, de recursos humanos propios, éstos debían ser invitados y recibidos de donde los hubiere, para que cultivaran sus especialidades e iniciaran la promoción de sus propias élites, que

regresara en diciembre de 1816 para reanudar cuanto antes sus campañas, como lo hizo en 1817, todavía ambas partes contendientes estaban casi parejas en su enfrentamiento.

[18] Manuel de Sarratea (1774-1849). Político, diplomático y militar argentino. Nacido en Buenos Aires, se educó en Europa. Formó parte del Primer Triunvirato en 1811 y después desempeñó funciones militares en la Banda Oriental. En 1814 fue enviado en misión diplomática a Londres y a Madrid. Fue entonces cuando conoció a Bonpland. Participó activamente de los hechos de la anarquía y guerras civiles en el Río de la Plata hasta la asunción del presidente Rivadavia, en 1826. Después desempeñó funciones diplomáticas. Falleció en Francia durante el cumplimiento de una misión oficial. Sus manejos políticos y personales fueron en cierta forma sinuosos y poco claros, y según autores como Correa Luna (1929), actuó en forma francamente dolosa en sus gestiones, y sus relaciones con el ambicioso español Domingo Cabarrús (1774-1842), ministro del Tesoro de José I Bonaparte, habrían dado lugar a manejos turbios de la misión y de los fondos que se le confiaran.

[19] Vicente Pazos Kanki (1779-1853). Periodista, político y en su inicio sacerdote, nacido en el Alto Perú, actual Bolivia y de sangre mestiza con aymara. Se llamó a sí mismo indistintamente Pazos Kanki, Pazos Silva o Pazos a secas. Se doctoró en leyes en el Cuzco y de allí pasó a Chuquisaca, donde conoció a Mariano Moreno, al obispo Terrazas y, tal vez, a Victorián de Vilalba o a sus ideas. Dejó el sacerdocio. Viajó a Buenos Aires y adhirió con fervor a la Revolución de Mayo. Dirigió la *Gazeta de Buenos Aires* en 1811 hasta que rompió con Monteagudo, que codirigía el periódico, razón por la que fue separado de su cargo. Por eso, fundó *El Censor*, de tónica liberal. Opositor decidido a la logia Lautarina, fue preso y exiliado al ser derribado el Triunvirato por un golpe militar presuntamente auspiciado por dicha asociación secreta, en 1812. Pasó por esa razón tres años de destierro en Inglaterra, donde contactó con Bernardino Rivadavia y con Aimé Bonpland. En ese país abandonó la religión católica adhiriendo al protestantismo. Es interesante destacar que regresó a Buenos Aires y ejerció nuevamente el periodismo, y por complotar contra Pueyrredón –el Director Supremo, que era apoyado por San Martín y por la logia Lautarina– fue nuevamente desterrado, situación en la que se mantuvo hasta 1851. Fue un nexo más entre los contactos que tuvo Bonpland con los sectores opuestos al gobierno de Buenos Aires. Escribió un plan de obras escritas referidas al Paraguay que no sabemos si se concretaron, país con el que parece tuvo vínculos secretos (Harwood, 1975). Muchos años más tarde, falleció pobre y solitario, tal vez en 1852 (Molina, 2010: 30) o, en 1853, como creen otros.

Bernardino Rivadavia (1780-1845)

fueran capaces después de continuarlas por sí mismas. Bernardino Rivadavia, el tan clarividente y culto estadista, como fracasado político rioplatense (se anticipó a su época con su idea de la nación constituida y organizada a la europea, de ahí su frustración y su muerte en el exilio en 1845[20]), fue "*el más grande hombre civil de los argentinos*", como le llamara Bartolomé Mitre, y fue él quien influyó definitivamente para traer a Buenos Aires, tanto al médico y botánico Aimé Bonpland, como al jurista español José Joaquín Mora (1783-1864). También, más tarde, al ingeniero inglés Santiago Bevans (1777-1832) contratado para hacer el puerto de Buenos Aires; al ingeniero y pintor francés Carlos Enrique Pellegrini (1800-1875), y así como al "*ingrato Pedro de Angelis*" (1784-1859) (Kanner, 1948).

En el caso de Bonpland la decisión de partir no fue rápida. Desde el mes de julio de 1814 estuvo con su familia en Londres, y desde entonces y hasta su partida,

[20] Puede decirse que Bernardino Rivadavia fue el último epígono directo de la ilustración, pues bajo su modernidad republicana o monárquica constitucional y parlamentaria, transparece cierta actitud dieciochesca, más jovellanista que liberal o "doceañista", como se llamó en España a la generación de las Cortes de Cádiz, tras la jura de la Constitución de 1812, la que pretendió sin éxito reemplazar en la metrópoli hispana, por un sistema alternativo, al regalismo absolutista borbónico.

alternaría el trato con el mundo variopinto, a veces tan idealista como excéntrico y oportunista, de los exiliados, agentes y activistas que residían allí. Participó de reuniones de importancia nuclear para el destino político de las nacientes repúblicas americanas en relación con el papel que jugarían en ellas las logias secretas, organizó convites selectos relacionados con asuntos difíciles o peligrosos, conoció y eventualmente se vinculó[21] con las logias activas, masónicas y paramasónicas –a veces enemistadas o antagónicas unas de otras– afincadas en la capital inglesa y que contaban en gran medida con la tolerancia y aún del apoyo oficial de la Corona británica[22].

Lo hizo en Londres y en París y también en España, a donde viajó sin los suyos. Participó en asuntos tales como la compra clandestina de armas y en la adquisición de una imprenta para Buenos Aires, en relación con los proyectos de Pazos Kanki, un instrumento de prensa que después tuvo una larga y complicada historia en el Río de la Plata. Además, manejó por cuenta de terceros grandes sumas de dinero destinadas a financiar actividades revolucionarias o bélicas americanas.

Tal género de dedicación duró dos largos años, y fue para Bonpland una etapa de entrenamiento que muy pocos de sus biógrafos tienen en cuenta, a pesar de que al pasar a América, si algo parece haber continuado con decisión y entusiasmo, a parte de la colección de especímenes vegetales y la formación de herbarios y la práctica de la medicina, ha sido centralmente aquella actividad con su contexto de sigilo, intriga, disimulo y trato, visible o encubierto, con personajes protagónicos del mundo de la política, la guerra y el poder.

[21] Seguramente Bonpland conocería muy bien la naturaleza y acciones de las logias masónicas. Aunque no hay pruebas de ello, se habría afiliado en São Borja, a la misma logia masónica que integraba el párroco de la pequeña ciudad, el padre Gay, relevado de su cargo años más tarde por razones eclesiásticas, como lo supone el novelista más fidedigno en sus precisiones, Luis Gasulla (1978: 585-591). Además sería esa una de las causas por la cual su segunda esposa y madre de sus hijos, la correntina Victoriana Cristaldo se apartó de él en la década de 1850, más precisamente en 1853. Lo hizo por razones religiosas (tal vez instigada por algún sacerdote, pues toda cercanía con la masonería por entonces, y más en el interior americano, estaba fuertemente demonizada, por más que en áreas liberales de las grandes ciudades del Nuevo Mondo y de Europa, muchos sacerdotes eran masones activos) y, supone Gasulla, que pudo pesar también el hecho de haberse enterado doña Victoriana, que ya Bonpland tenía una esposa previa a ella, la tan remota Adélie sobre la que jamás habría hablado don Aimé.
[22] Por ejemplo, en 1815, uno de los desterrados en Londres, el mexicano Fray Servando Teresa de Mier (1783-1827), plenamente compenetrado con las actividades revolucionarias y liberales, recibió una pensión de la corte para poder viajar a Nueva Orleans (O'Gorman, 1978: 407), donde se había congregado otra convergencia de exiliados hispanoamericanos. Cuando viajó con ese destino lo hizo en compañía del bravío exiliado liberal español Francisco Espoz y Mina (=Francisco López Induráin, (1781-1836), que estaba refugiado en Londres desde 1814 y con su cabeza puesta a precio en la España de Fernando VII, allí "*… en Inglaterra, donde fue muy bien acogido y donde el gobierno le asignó una pensión cuantiosa, resolvió proseguir en ultramar la guerra que tenía jurada al absolutismo*" (Iribarren, 1967: 317). No existen evidencias directas, pero seguramente hubo encuentros y relaciones entre Bonpland y ambos. No debe olvidarse que Fray Servando tuvo estrecho contacto con personajes de Buenos Aires con los que Bonpland se encontraría más adelante, ya en el Río de la Plata (Caillet-Bois, 1953). Además, en estas relaciones podría estar la clave del corto y arriesgado viaje a España del médico francés, acerca del cual ya se comentará, realizado desde Londres, pues el pretexto de comprar una imprenta es muy poco sostenible pues era posible adquirirla en Inglaterra con infinita mayor seguridad. Otro de los residentes temporarios en el Londres conspirativo de la década fue José María Fagoaga, miembro de una de las familas más ricas de Nueva España. Residió en la capital inglesa entre 1809 y 1816, estando involucrado con Francisco Miranda y, según dice Méndez Reyes, también con la masonería, en especial con la Logia Lautaro. Con el grupo revolucionario y conspirativo, Fagoaga tuvo especial amistad con Fray Servando y con José Blanco White (Méndez Reyes, 1997).

Ya hemos visto que en esos días londinenses *"… Bonpland se vinculó estrechamente al grupo de argentinos que por aquel entonces se encontraba en Londres. Vista la relación trabada con don Bernardino [Rivadavia], corresponde asimismo la amistad mantenida con don Mariano de Sarratea y Vicente Pazos Silva. Encontrándose ausente Bonpland de Londres, y habiendo dejado sola a su esposa en esta ciudad, Pazos le hará saber por carta de 9 de septiembre de 1814: "No tiene V. q.ᵉ encargarme en q.ᵗᵒ a la Señora, pues todo lo que está a mis alcanses, la serviré con toda cordialidad: ella lloró mucho el primer día y me hizo pasar una mala noche. Después la hemos llevado a los teatros para que se distraiga con el amigo Sarratea y sus sobrinos con quienes comemos juntos hace quatro días…"* (Domínguez, 1940: 15).

La amistad con el grupo rioplatense se intensificaba cada vez más y cuando Rivadavia debió alejarse para proseguir con su misión en la corte española, lo hizo pasando antes por París y viajó desde la capital inglesa hasta esa ciudad acompañado por Bonpland. "Embarcados en Dover a las siete de la mañana de aquel sábado 18 de noviembre de 1815, llegaron a Calais el domingo a las últimas horas de una tarde triste y glacial. Amenos debieron ser los comentarios hechos por los viajeros durante la travesía, pues fue tejiendo la cordialidad los hilos sutiles del afecto amistoso, a punto tal que Rivadavia sin reparo en las molestias de una herida hecha en el rostro al afeitarse, recorrió la ciudad con su amigo el día lunes, pudiendo admirar las obras notables del puerto. En presencia de ellas ya por contraste, el forjador habrá fantaseado evocando la ciudad natal, el ancho Plata y los carretilleros internándose en la aguas, haciendo surgir ante el amigo atónito la grandesa de otro puerto futuro de América, visitado por cien navíos… Bonpland –espíritu de ave migratoria– sugestionado por la novedad del panorama apuntaría al fin en el fondo del alma la curiosidad por conocer la tierra distante[23]*. // El 23 de noviembre de aquel año, ya instalados los dos amigos en París se auxiliaron mutuamente. Bonpland, por comunicaciones recibidas de su esposa residente en Londres, informó a Bernardino de las calumnias que tejía en su contra Sarratea, valiéndose para ello de las delaciones arrancadas a su ex criado; Rivadavia, haciendo factible para el sabio su viaje a Buenos Aires, al informarle a Pueyrredon con fecha 21 de octubre de 1816 entre otras ocurrencias; "… El Portador de ésta es Mr. Bonpland, bien conocido por su Viaje con el Barón de Umbolt, y p.ʳ su mérito en la Botánica, á más de sus calidades morales q.ᵉ le recomiendan mucho más. Es un Amigo particular mío, cuya circunstancia me obliga á recomendártelo muy especialm.ᵗᵉ. El va encargado de darte quantas noticias puedan interesar tu atención: Y el mismo encargo lleva Dn. Matías Aldao*[24]*"* (Piccirilli, 1943, II: 349-350).

[23] Nota del autor del texto que transcribimos: *"Los pormenores del viaje de Rivadavia a Francia, están narrados en su carta a Belgrano datada en París el 5 de diciembre de 1815.- Comisión de Bernardino Rivadavia… cit., t.II, pp. 102, 103 y 104."*

[24] Nota del autor del texto que transcribimos: *"Al dar noticia del fragmento transcrito conviene aclarar, que está tomado de la carta de Rivadavia a Pueyrredón, fechada en París el 21 de octubre de 1816, según lo expresa la obra: Comisión de Bernardino Rivadavia… cit, t. IX, p. 30. La carta aludida en lo referente a la versión de Bonpland, implica así una rectificación fundamental a la que Gregorio F. Rodríguez da en su obra Contribución Histórica documental, Buenos Aires, 1921, T. I, pp. 155-156. Este último autor consigna una fecha distinta, 27 de diciembre de 1816, y cambia el contenido original."*

Bonpland no se alejó de Francia en carácter de botánico activo concentrado exclusivamente en su ciencia, tampoco en la docencia. Ya hacía años –una larga década– que era más que nada un botánico aplicado y el administrador eficiente de un palacio nobiliario rural de alta alcurnia, incluyendo en su dedicación el manejo de uno de los jardines más bellos de Europa[25].

Castillo de Malmaison por Auguste Simon Garneray.

Desde 1814, al cerrarse para él ese mundo dorado de la época imperial del que gozara cinco años y medio, a partir de 1808 (Hamy, 1904), agregó Bonpland a sus actividades habituales, la función de activista y de agente revolucionario. Conocemos poco y mal acerca de esas actividades. No sabemos dónde vivió, a quienes trató más cercanamente entre los personajes que pululaban en sus días de Londres, en función de exiliados o de operadores o agentes políticos y, hasta militares. Ignoramos también y muy particularmente, de qué cuestiones se ocupó con más empeño. Menos aún conocemos qué designios ideológicos fueron los que lo reclutaron y ante quienes respondió. La lista de los exiliados londinenses es larga y variada y estaba lejos de formar un todo homogéneo en ideas y ambiciones. En el desorden que se percibía en primera instancia, las logias y las sociedades secretas unificaban muchas voluntades, y es posible que Bonpland se hubiera adscripto a alguna de ellas, pero de lo que hay certeza es

[25] Como se lo confiesa epistolarmente al sacerdote naturalista uruguayo Dámaso Antonio Larrañaga (1923, III: 273) en septiembre de 1818: "*... yo en Francia acepté el puesto de Intendente de los Dominios de la Emperatriz Josefina y allí perdí mucho tiempo para las ciencias…*". El texto completo de esa carta aparece en el Anexo N° 3.

acerca de que nunca se enroló en la Lautaro o en su sucedánea americana, la Lautarina.

A los americanos de Londres que ya mencionamos, podemos agregar a fray Servando Teresa de Mier, el mexicano del que dijera Juan Goytisolo (2010: 55): "*La figura novelesca y novelada de fray Servando Teresa de Mier merece un capítulo aparte. Nacido en Monterrey en 1763, hijo de una familia acomodada –en su vejez fantaseó con sus orígenes y pretendía descender de los reyes aztecas–, profesó en los dominicos, recibió órdenes mayores y cursó estudios en Teología. Su sermón sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe causó escándalo y le valió una primera estancia en la cárcel, así como la exclusión de la enseñanza, el púlpito y la confesión. Condenado a diez años de prisión, fue enviado a cumplir la pena a España. Tras fugarse del convento en el que se hallaba enclaustrado, pidió y obtuvo la revisión de su proceso, se refugió en Francia, viajó por Italia y fue arrestado de nuevo a su vuelta a la Península. Christopher Domínguez Michael nos ha obsequiado recientemente con una biografía del personaje y de sus vicisitudes en la época tormentosa en la que le tocó vivir. Sacerdote como sus compatriotas Hidalgo y Morelos, los abanderados de la emancipación, no compartió sin embargo con ellos su heroísmo y su destino trágico. Mitómano, versátil, fuguista profesional, coqueteó con los jansenistas franceses e ingresó en la logia paramasónica de la Sociedad de los Caballeros Racionales, en la que llegó a ocupar un cargo directivo. Después del día Dos de Mayo, abraza la causa de los patriotas, combate en sus filas contra Junot, cae prisionero de los franceses, se evade de nuevo, asiste en Cádiz a las sesiones de las Cortes y se convierte en un fervoroso defensor de la emancipación de Caracas, México y Río de la Plata. Gracias a la ayuda generosa de Blanco White abandona la ciudad andaluza y llega a Londres en compañía de su compatriota Villaurrutia y del futuro padre de la nación argentina, el general San Martín…*" y así dejamos plantado en el Londres de esos años, que era una especie de "*cuartel general de los rebeldes americanos*" (Domínguez, 1940), al sacerdote heterodoxo y rebelde, al soñador utópico y subversivo, encarnado por este personaje, que fue uno de los que seguramente trató con asiduidad Aimé Bonpland a partir de 1814, hasta su partida hacia América del sur, dos años más tarde. Sus mayores preocupaciones, una vez en Buenos Aires fueron los contratiempos que tanto él como sus allegados exiliados franceses, tuvieron con los Lautarinos dueños del poder político en las Provincias Unidas y en Chile.

Pero, al par que de esas riesgosas y aventuradas actividades, se ocupó Bonpland de recorrer lugares donde aprender y documentarse acerca de la agricultura práctica, en especial sobre los principales cultivos y los elementos botánicos de producción, seguramente para insertar mejor en su proyecto americano que no sólo era botánico puro. Aprovechó también para resolver asuntos familiares

pendientes, tales como la sucesión de su padre, y –según Foucault (1994: 196)[26] – para la liquidación del legado que le dejara la ex emperatriz Josefina.

Recién en 1816 pudo resolver Bonpland su opción final acerca de cuál sería su destino definitivo y, al llegar el otoño[27], se dirigió con su esposa Adelie Bouchy, viuda de Boyer, y su hijastra Emma Boyer (De La Croix-Riche Chanet, 2004: 276) a la ciudad portuaria francesa de Le Havre, donde aguardó hasta poder embarcarse el 22 de noviembre en el Saint Victor, con rumbo a Buenos Aires, con un cargamento heterogéneo de libros, semillas, cajones con plantas y esquejes, además de la compañía de Gabriel Lechêne y Agustin Banvillede, que eran dos jardineros franceses, contratados por él para colaborar en sus proyectos. "*El Saint Victor arriba por fin a Buenos Aires el 18 de enero de 1817, al cabo de 55 días de navegación, en ese puerto sin muelle de los confines del mundo…*" (Courthès, 2009: 63)[28], por lo que los pasajeros debieron alcanzar la costa en bote y en carreta, manejada ésta por los esforzados "carretilleros" de la época.

Dice Ottone (2009: 12): "*Su llegada a Buenos Aires fue saludada por la prensa*[29]*, en tanto la sociedad porteña y la nutrida comunidad francesa también le prodigaron su cálida acogida. Sin embargo no todas fueron buenas para él ya que en ese momento, las prioridades no pasaban por las ciencias*", es decir que localmente continuaba el curso histórico de la mentalidad colonial, que era en esencia mercantil, fijada en la coti-

[26] Acerca de esta aseveración cabe suponer que se trata de un dato novelesco, puesto que según Bernard Chevallier (2003: 190-191), que es conservador general del Patrimonio de Francia y director del Museo Nacional de los Castillos de la Malmaison y Bois-Préau, y que está considerado como uno de los mayores especialistas en el Primer Imperio, dice sobre ese acontecimiento "*...su muerte súbita* [la de Josefina]*, el 29 de mayo de 1814, la sorprende intestada y revela a plena luz el estado de sus finanzas. ¡Hasta último momento ha seguido comprando, tanto y tan bien, que a la hora de su fallecimiento acusa oficialmente cerca de tres millones de deudas, de las cuales más de la mitad provienen de créditos diversos, y un millón cuatro cientos cuarenta y siete mil francos se deben a ciento setenta y dos proveedores diferentes!...*" "*...con prudencia Hortensia* [su hija]*, acepta la sucesión bajo beneficio de inventario, pero Eugenio* [hermano de Hortensia]*, que goza de una mejor situación, no objeta nada. Un año entero no será demasiado para arreglar esta sucesión relativamente complicada. Iniciada el 8 de junio de 1814, se cierra el 22 de junio de 1815...*" "*...reuniendo todo lo que contienen sus propiedades...*" se obtiene al liquidar ese patrimonio, una suma que para Hortensia no corresponde más que a un año y medio de la pensión que le asignara su madre tras el divorcio. Es decir, como heredera sólo se puede contar a la hija de Josefina, que lo fue universal debido a la falta de testamento y al apartamiento voluntario de su hermano. No hubo legado alguno, pues la ex emperatriz murió sin dar a conocer heredero alguno. A lo sumo, y después de la liquidación del 22 de junio de 1815, pudo haber cobrado Bonpland, si es que lo hizo, algún monto por salarios adeudados (si fuera el caso que existiera tal deuda). Y así lo relata media docena adicional de biografías de Josefina de Beauharnais que consultamos.

[27] Esta fecha parece ser equívoca si se la coteja con los documentos que aporta Ricardo Piccirilli (1943, II: 349-350) y que hemos transcripto en páginas previas. El otoño francés comienza el 21 de septiembre, y mal pudo Bonpland haber estado esperando en Le Havre si en octubre e inicios de noviembre, en el otoño promediado, viajó a París con Rivadavia, además, de no ser por lo conversado con don Bernardino en el viaje mencionado, no había decidido aún su destino en el viaje mencionado, estaba aún –antes de hacerlo– sin la seguridad final de hacia dónde se dirigiría para ir al Nuevo Mundo.

[28] Es posible que Humboldt viera este alejamiento drástico de su amigo y compañero el viaje americano de 1799-1804 con sentimientos encontrados de pena y, tal vez de molestia, porque Bonpland abandonaba la obra conjunta sobre los resultados del viaje, que estaba en plena ejecución, pero, en su más recóndita intimidad pudo haber experimentado cierta larvada envidia: S. Méndez Reyes (1999: 82) dice que "*Humboldt tuvo el propósito de establecerse en México, una vez que éste obtuvo su independencia, así lo decía a su amigo J. B. Bousingault en agosto de 1822: "…sigo empeñado en mi resolución de dejar la Europa y vivir bajo los trópicos en la América española, en un sitio donde he dejado tantos recuerdos y cuyas instituciones están en armonía con mis deseos…*". Las mismas expresiones las formuló ante su hermano Wilhelm, en carta de octubre de 1822. Nunca concretó esos deseos.

[29] Por ejemplo, *La Crónica Argentina* del 13 de febrero de 1817 (Piccirilli, 1943, II: 350) fue uno de los periódicos que saludó a la familia Bonpland, a su llegada a Buenos Aires.

dianeidad del acaecer social, político, bélico y personal, sin que los esfuerzos por modernizar el país, hechos por Lima y México influyeran, pues eran aún lejanos e ignorados. La Universidad de Buenos Aires todavía no había sido fundada. Las otras eran la de Córdoba completamente amortiguada en la calma colonial y eclesiástica y la de Charcas o Chuquisaca en la que la carrera de derecho estaba enaltecida por mentes como la del catedrático aragonés Victorián de Villava, fallecido en 1802, y con la influencia de sus ideas prolongada en la generación de Pedro Domingo Murillo (1757-1810) en el Alto Perú y en la de mayo de 1810 en el Río de la Plata, y en gran medida también, se conservaron en aquella Universidad por obra del canónigo Matías Terrazas. Las ciencias no se cultivaban y el paso de Félix de Azara (retornó a España en 1801) no había dejado sucesores y el trabajo del naturalista europeo Tadeo Haenke (1761-1816), radicado en el Alto Perú, no tenía trascendencia pública. Tan sólo en Montevideo, se debatía en la soledad el naturalista precursor, el sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848), que en la época había dejado el cultivo de la historia natural por la política activa y, que muy pronto se comunicaría con Bonpland.

Si esa era la situación de la capital porteña, en el interior, con excepción de Córdoba y de Chuquisaca, era de completa carencia educacional y cultural. Modestas iniciativas como la de enviar cupos reducidos de alumnos provincianos a Buenos Aires para que recibieran educación tuvieron éxito, no tanto por su influencia intrínseca, sino por activar en las mentes la idea de la necesidad de educar. Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia se preocuparon mucho por el problema, y aquella efectivización de la política educativa "…*tuvo la virtud de encender los espíritus y despertar a la emulación*…" dado que el problema, era de magnitud. *"Una carta inédita hasta hoy del gobernador de San Luis expresa a lo vivo cómo vegetaban en la oscuridad las jóvenes inteligencias. "Cuando mis paisanos –expone– depositaron en mí su confianza en el tiempo de una dislocación general, no me ocuparon tanto los peligros del momento, cuanto me afligió la idea de su atraso en la civilización. Cerca de treinta años ha estado este pueblo sin una escuela de primeras letras, y sus habitantes tal vez lleguen al estado de desconocer la necesidad de su establecimiento. El se ha conseguido, es verdad, mas el tiempo se ha consumido en vencer los obstáculos que demanda la civilización y así es que en efecto aún no á correspondido a mis deseos; hago á Ud. este cuadro para recomendar los seis jóvenes que manda el pueblo de San Luis á educarse en Buenos Aires…""* (Piccirilli, 1943, I: 342).

La estancia en Buenos Aires, aparentemente fue en alguna medida frustrante para Bonpland, pues el curso de la situación política y económica local, impidió que se cumplieran tanto las promesas formales recibidas, como las expectativas

informales que se establecieron en su relación previa con los argentinos de Londres, quienes, por la fuerza y mutabilidad de los sucesos políticos y militares del Río de la Plata, perdieron muy pronto su influencia para efectivizar la vigencia del escenario prometido. No había Universidad local, ni la habría hasta agosto de 1823.

Una clara evidencia de lo que pasaba en esos años por la mente de Bonpland se refleja en su correspondencia con el mencionado sacerdote y naturalista uruguayo Dámaso Antonio Larrañaga[30], y será tenida en cuenta al discutir su trayectoria de botánico y como científico. Por lo pronto, ya en febrero de 1818, estaba Bonpland liquidando al mejor postor parte de su biblioteca traída de Europa, que era esencialmente botánica y estaba dotada de las mejores obras de su tiempo acerca del tema. De esos libros retuvo el mínimo que le era más necesario, y el resto se vendió, una parte a Dámaso Larrañaga, y el resto fue adquirido para dotar a la Biblioteca Nacional.

Lo más difícil en el estudio de este período bonplandiano es tratar de deslindar el papel respectivo que jugaron en sus decisiones su situación familiar, sus nexos políticos y su atracción por la botánica tropical, ya sea en un sentido naturalista puro, ya como generador de una actividad rentable, o como una suerte de necesidad vital profunda enteramente personal. Es muy verosímil que debió considerar la posibilidad de iniciar una actividad económica productiva de cierta envergadura con la explotación comercial de la yerba mate, un producto altamente valuado por entonces, con el que había tomado contacto marginal en la isla Martín García. El 6 de diciembre de 1818 había hallado árboles de *Ilex paraguariensis* presentes, de todos modos tal vez Bonpland, con su experiencia americana, y también cabe la posibilidad de que saliera de Francia sin manejarse con una idea clara de lo que iba a hallar en el suelo que pisara, y menos aún acerca de cómo orientaría allá su vida. De la lectura de su correspondencia y a través de la escasa documentación disponible, se desprende que recién hacia fines de 1819, comenzó a preparar decididamente en su interior, pero con suma discreción externa, su salida de Buenos Aires hacia un área botánicamente más atrayente. Antes sólo habría barajado alternativas tan imprecisas como impredecibles lo eran los hechos políticos decisivos que se sucedían de modo alarmante, en la región y en especial en el medio social y político de la capital del Río de la Plata.

Aimé Bonpland dejó Buenos Aires a los pocos años de residencia infortunada y se alejó, embarcándose hacia Corrientes en el año 1820, aunque en la capital de las Provincias Unidas –sin embargo– no había pasado en ella desapercibido ni

[30] Dámaso Antonio Larrañaga, 1923, III: 255-276.

habría experimentado padecimientos singulares. El desenlace de su estadía en la capital de las Provincias Unidas fue no sólo fruto del marco exterior de acontecimientos locales y regionales, sino también producto de su propio desenvolvimiento interior y del desarrollo y secuencia de sus vivencias íntimas.

Entre tanto, algo había madurado en su interior durante esos años que exigía otro escenario: no había dejado París, que era la capital mental y moral del occidente civilizado de su tiempo, para venir a medrar en la que pretendía ser la versión incipiente, pero aun así orgullosa, de una ciudad europea periférica, aunque manteniéndose lejos de serlo en el plano real. A esas motivaciones para dejar Buenos Aires, es posible que deba agregarse el factor íntimo de su infortunio matrimonial, que incluso, pero poco probablemente, pudo ser causa de su salida de Europa[31]. Varios autores consignan, pero sin ningún aporte probatorio, que antes de dejar Le Havre, ya prácticamente se había separado de hecho de su esposa Adelie y de su hijastra Emma, y que la familia habría viajado reunida como fruto de un acuerdo para tratar de hallar una nueva estabilidad[32].

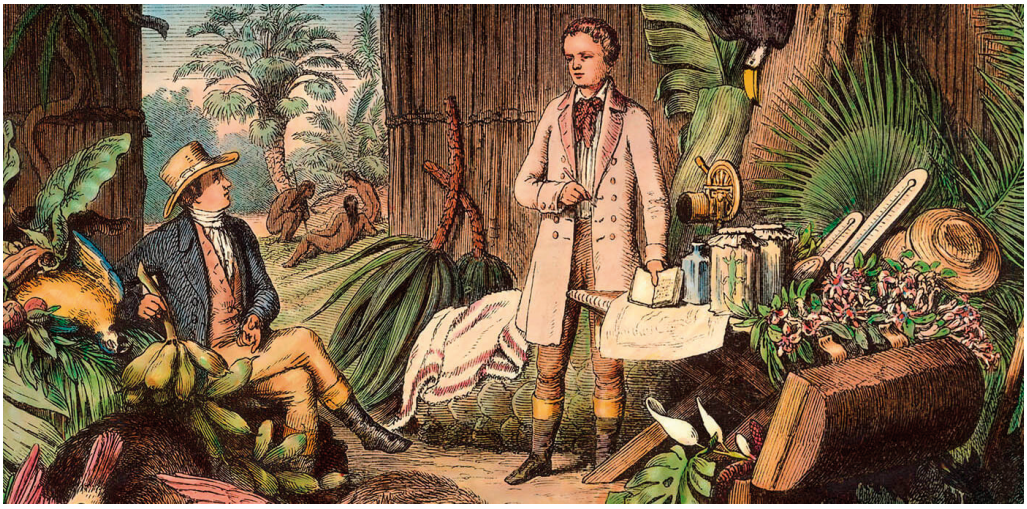
Acerca de la vida íntima, centrada en lo personal y familiar de Aimé Bonpland no existe documentación legítima, sólo presunciones audaces y poco creíbles. Las especulaciones sobre su supuesta homosexualidad son –si no burdas, al menos poco fiables– y se basan en su convivencia cercana con Alexander von Humboldt durante su largo viaje conjunto. Si bien este último tuvo acercamientos entusiastas y apasionados con hombres jóvenes que encontró en su viaje americano de 1799-1804[33], la convivencia con Bonpland debió ser para Humboldt, mucho más utilitaria y centrada en intereses compartidos: las colecciones botánicas especialmente, que una vida de "pareja". Humboldt no era frívolo ni fue un personaje de novela. Pudo tener sus preferencias sexuales, pero había en él algo que era su

[31] Dice De Terra (1973: 201): "*Bonpland se marchó a Sudamérica. Es difícil, saber a qué se debió esa decisión; sí, como algunos decían, partió para huir de su desafortunado casamiento, o si lo hizo por la nostalgia de la vida libre de los trópicos, y con objeto de continuar allí sus estudios botánicos*", y a eso agrega, como nota al pie de página, el mismo autor: "*… a los cuarenta años de edad Bonpland se casó con una muchacha francesa de veinticuatro. Debido a la reputación dudosa de la joven, los padres de Bonpland fingieron ignorar el matrimonio. La señora Bonpland acompañó a su marido a Sudamérica, abandonándole cuando su suerte tomó un giro desafortunado*". La exactitud de todo lo que este autor afirma es dudosa y, oportunamente se verá que no sólo hay otros datos concretos sobre lo que dice, sino otras interpretaciones para lo que supone más seriamente acerca de la cuestión.

[32] Hamy (1904) asegura que antes de su partida de Buenos Aires, en 1820, Bonpland ya vivía solo, es decir, ya se habría deshecho su hogar, y extracta una vieja información de un periódico parisiense de la época, el *Journal des Voyages* (Tomo IX, edición de enero de 1821, página 150), en una de cuyas páginas aparece una columna informativa, que dice que Aimé Bonpland se habría alejado de Buenos Aires y "*… se preparait à gagner l'intériéur du continente pour y créer une tannerie* [=curtiembre] *sur le Paraná…*", pero éste bien pudiera ser un dato emanado del propio Aimé Bonpland para encubrir sus planes reales o, simplemente, por mero antojo para desconcertar a terceros, pues más de una vez en su historia personal dio muestras de un comportamiento críptico y ocurrente.

[33] Véase al respecto Hampe Martínez (2002: 712-713), quien trata acerca de la escabrosa cuestión suscitada en relación con la decisión de Humboldt de elegir como compañante en un tramo del viaje al joven Carlos Montúfar, a quien José Celestino Caldas (muy afectado y seguramente ofuscado, pues quería ser el quien fuera con los viajeros), califica a Montúfar como "*… un Adonis ignorante, sin principios y disipado, "subyugado probablemente por el envenenado aire de Quito", donde no se respiran sino placeres*". Hampe Martínez, basado en una carta de Caldas de 1802, agrega un relato anecdótico narrando circunstancias que habrían afectado la conducta de Humboldt durante su corto paso por la ciudad de Quito.

propio "*imperativo categórico*", prioritario en ese extremo menguado de las selvas del noreste, las que supuso llegaban hasta dicha isla, en pleno estuario del río de la Plata, y quizá hasta la selva costera de Punta Lara, en la Provincia de Buenos Aires, cinco o seis leguas al sur de la capital, y en la costa bonaerense de dicho río. El hecho le provocó entusiasmo, aunque le produjo después cierta desazón, porque supo que se trataba de árboles plantados, presuntamente por los jesuitas, que habrían traído los retoños de la Reducción de San Javier (Castellanos, 1963: 63).



Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en el Orinoco.

A partir de entonces comenzó Bonpland sus estudios acerca de la planta productora de yerba mate (Hamy, 1906; Domínguez, 1919; Castellanos, 1963: 63), tal como se lo dice el propio Bonpland a Fr. Delessert en una carta de 1853, y lo mismo le participaría al gobernador correntino Juan Pujol en una larga misiva, presentada en 1855 y publicada en *Bonplandia*[34] ese mismo año. En esta última le dice que tuvo noticias sobre esas plantas de yerba mate hacia fines de 1817, cuando se lo comunicara el canónigo Belgrano[35]. En 1819 realizó Bonpland excursiones al Delta del Paraná y su prolongación bonaerense, seguramente tratando de saber si no había alguna otra planta de la yerba mate en esos ambientes de islas boscosas con fisonomía subtropical.

Recordemos que en ese año, y hasta 1822, en que A. de Saint-Hilaire hiciera su publicación formal proponiendo el nombre linneano de *Ilex paraguariensis* para la

[34] Dicha carta se transcribe en el Anexo Nº 13 de estos ensayos.
[35] Alude a la culminación de los estudios de leyes de Manuel Belgrano que se doctorara en ambos derechos en Salamanca.

especie, puesto que desde el punto de vista botánico estaba aún innominada. Presuntamente en 1821, Bonpland tenía ya elaborado su manuscrito proponiendo la denominación de *Ilex thaezans*, pero dejó esos escritos en la capital de Corrientes al salir hacia Santa Ana y, perdió así la primacía en la designación pues regresó recién en 1832 para recuperar sus libros y papeles. Modernamente se ha revivido la historiografía del caso (Giberti, 1990, 2011).

En 1817 falleció en extrañas circunstancias en el Alto Perú, el naturalista bávaro Taddaeus Haenke[36], que residía en América del Sur desde que viniera con la expedición de Malaspina. Haenke era por designación oficial, Naturalista de la Provincias Unidas del Río de la Plata. Bonpland se presentó prontamente como aspirante a sucederle en el cargo y el 28 de junio de 1818, le fue acordada esa más honrosa que real situación, con una asignación anual muy atractiva pues era de dos mil pesos fuertes. De ese modo logró Bonpland consolidar aún más su pasar económico. Recordemos en este punto, que si existe otra cualidad puntual bien reconocible en él, además de médico, botánico y cultivador, ésa ha sido su solidez crematística, que se expresaba tanto en su actividad comercial como en los honorarios, fruto de su ejercicio de la medicina.

Existe sobre su historia de esos años porteños, una masa de variadas y variopintas especulaciones, aisladas o en conjunto, que ofrece un marco coherente para explicar su partida hacia el norte, sin necesidad de suponer otro aspecto muy plausible de las circunstancias de Aimé Bonpland en Buenos Aires: una situación de potencial peligro por su relación cercana con los residentes franceses que intervinieron activamente en la política local (Hammerly Dupuy, 1958), algunos de los cuales perdieron la vida como consecuencia de su acciones y adhesiones. Aumentaba ese riesgo su no muy velada relación con figuras antiporteñistas activas (y en más de un caso de acentuado tinte anti-logia Lautaro o Lautarina) (Eyzaguirre, 1973), como lo fueran los hermanos Carrera[37] de Chile, exiliados en las Provincias Unidas, dos

[36] Taddaeus Haenke (1761-1816). Botánico y naturalista europeo, nativo en Bohemia en la actual República Checa. Participó del plantel de científicos de la Expedición Malaspina pero su incorporación al viaje fue muy accidentada.

[37] Hermanos Carrera: formaban parte de una caracterizada familia colonial chilena residente de Santiago de Chile. Se trataba de cuatro hermanos, tres varones, José Miguel (1785-1821), Juan José (1782-1818) y Luis (17891-1818), además de una hermana, la primogénita, Javiera, que fue muy unida con ellos, incluso en sus acciones políticas. Residió ésta en Buenos Aires entre 1817 y 1819, años en los que mantuvo un trato cercano con Aimé Bonpland, sobre el que poco se conoce. José Manuel fue de ellos, el que tuvo más activa y múltiple participación en los sucesos políticos de Chile y de las Provincias Unidas durante la primera década tras la independencia. Los tres tuvieron un final desdichado, pues sucumbieron ante pelotones de fusilamento. La única hermana, conocida como Javiera, era realmente Francisca Javiera Carrera (1781-1862) y fue una bella, inteligente e instruida dama, exiliada con sus hermanos en 1817, que los apoyaba fervorosamente desde Buenos Aires en sus ambiciones y movimientos, e intervenía muy activa en la política rioplatense, en especial, lo hizo en apoyo del que permaneció más próximo a ella, José Miguel, que actuaba en el litoral y en la Mesopotamia, apoyando a la República Entrerriana, hasta que se desmoronó el sueño de Ramírez al morir éste en combate en Río Seco, entonces José Miguel pasó por entero al enfrentamiento bélico con sus enemigos. Derrotado y tomado prisionero, fue fusilado en 1821. Javiera era enemiga acérrima de O'Higgins, y recién en 1824, al cesar éste en su cargo de Director Supremo de Chile, retornó a Valparaíso. Tuvo una larga vida, culminada en 1862, en la que sobrevivió a sus hermanos consagrada a la caridad y la atención de su casa. Tuvo cinco hijos fruto de dos matrimonios. José Miguel se acercó a Alvear, que estaba en fuerte disidencia con Pueyrredón y con San Martín, eso lo acercó a los franceses residentes, y también a Bonpland,

de ellos permanecían en la zona cuyana y José Miguel estuvo en Buenos Aires, la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe. Este último en su rebeldía se acercó a los caudillos del este, en especial con el ascendente caudillo entrerriano Francisco Ramírez, que estaba en 1820-21 protagonizando el papel de "Supremo" en su efímera nueva nación, a medias secesionista de la Mesopotamia argentina, la República Entrerriana. Recuérdese que la autoridad suprema de las Provincias Unidas era por ese entonces el General Juan Martín de Pueyrredón, miembro activo de la mencionada logia lautarina y sostenedor, desde Buenos Aires del esfuerzo bélico de otro hermano de logia, el general José de San Martín, empeñado en expulsar el poder español en los países del Pacífico, para lo cual organizaba su ejército en Mendoza.

Durante sus días en Buenos Aires realizó Bonpland excursiones exploratorias del nuevo medio natural que estaba a su alcance, pero, debido a "…*su situación económica y a la desorganización que se está gestando en el país, solamente lo puede hacer con dificultad y sin alejarse mucho. Llega, tal vez a Areco por el norte y por el sur hasta Chascomús. El 6 de diciembre de 1818 estuvo en Martín García y allá encontró unas plantas de yerba mate*[38] *que habían llevado los jesuitas de San Javier, y en agosto del año siguiente anduvo por el delta del Paraná*" (A. Castellanos, 2011: 58).

Más aún, no se ha indagado aún acerca de si Bonpland prolongó en Buenos Aires su relacionamiento con el "… *tan original y paradójico*"[39] Pazos Kanki y, hasta qué punto acompañó su actitud de oposición y rebeldía contra el gobierno del Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón (de 1816 a 1819), actitud que le costó al altoperuano el destierro, hacia fines de 1817[40], conjuntamente con sus compañeros de

al punto que las reuniones se efectuaban "… *regularmente en la casa de su hermana Javiera o en las del botanista Aimé Bonpland…*" (Ocampo, 2007: 298).

[38] Nota del autor de la cita: "*Según Hamy (1906) y Domínguez (1929), Bonpland en la carta del 26 de diciembre de 1853 a Fr. Delessert, enviada desde Montevideo, le dice que halló y comenzó a estudiar el té del Paraguay en 1818 en un viaje que hizo a la isla Martín García*" (Castellanos, 1963: 64).

[39] Así lo denomina el historiador boliviano Humberto Vázquez Machicado (1957: 95), para el mismo sería un personaje singular al que el mismo autor citado califica de andariego incurable, cuya vida atormentada y de perpetuo destierro recuerda en alguna medida la de Bonpland. Si bien se carece de una biografía definitiva, es posible que la imprenta en cuya compra intervino Bonpland, desde Londres fuera la que trajo Pazos a Buenos Aires para imprimir *La Crónica Argentina*, el órgano de prensa que motivó su destierro a finales de 1817, es decir, en el año más decididamente conspirativo de Pazos Kanki. El estudio y el conocimiento de la acción de las logias y de los grupos políticos actuantes, es el único capaz de proveer algún tipo de respuestas a las preguntas que plantea Vázquez Machicado (1957: 97) sobre Pazos Kanki, que: "*... aparece posteriormente en Londres, ¿A qué obedeció este viaje a Europa?, ¿Con qué recursos lo hizo?, ¿Qué pretendía o esperaba?"*, a las que hay que agregar: ¿Quién y con qué propósito costeó la imprenta traída al Plata en 1816? Si hubo cercanía efectiva entre él y Bonpland en Buenos Aires, eso sólo pudo darse en el curso de 1817, es decir, en el año conspirativo de Pazos Kanki. El tema merece ser ahondado. Por otra parte Pazos Kanki no es un personaje neutro para la historiografía paraguaya pues está estrechamente relacionado con el aún mal dilucidado caso de José Agustín Fort o Tort, del que se ocupara el historiador paraguayo Efraím Cardozo, quien creyó en la realidad de su vinculación con su país (Vargas Peña, 1985: 18-19) y estaría relacionado con un folleto publicado en forma anónima en Londres (1826), en inglés, intitulado "*Una narración de los hechos relacionados con el cambio ocurrido en las condiciones y relaciones políticas del Paraguay bajo las medidas de gobierno del doctor Tomas (sic) Francia por un individuo que fue testigo de muchas de ellas y obtuvo información auténtica sobre las demás*" (Vargas Peña, *op. cit*., p.21).

[40] Sin embargo, Pazos Kanki pudiera haber quedado subrepticiamente, a pesar de esa sanción, hasta un par de años más en el Río de la Plata, pues según datos que aporta Manuel Carrasco (1963: 166), "*... en 1819 vendió su imprenta y se marchó a Europa*". ¡Tal es la incertidumbre que aún reina sobre tantos personajes de aparente segunda línea, pero que son de enorme importancia en la interpretación de los entretelones de una historiografía llena de lagunas por haber estado primero centrada en la apología ingenua del procerato laudatorio y, además, desplazándose en una escala mayor de acontecimientos

acción opositora, Manuel Moreno (1790-1857)[41] y Pedro José Agrelo (1776-1846)[42].

Hay varios testimonios de que en Buenos Aires llevó Bonpland una vida social activa, vinculada con la sociedad más caracterizada (Vicente Fidel López, 1883-1893, IX: 30; Sixto Corvalán Mendilharzu, 1947: 393) y, es muy probable que hubiera conocido y frecuentado también en esos años tempranos de su residencia porteña, a la renombrada animadora social Mariquita Sánchez de Thompson (1786-1868), concurriendo a sus célebres tertulias en el salón de la calle del Empedrado o del Correo, hoy Florida al 200, pues años más tarde, en 1840, estuvo doña Mariquita en Montevideo, exiliada ella también, al par que su hijo, Juan Thompson, y éste debió reunirse socialmente o ser visitado como amigo por Bonpland en una de sus idas a la capital de la Banda Oriental, así se lo mencionó Juan a su madre, y ella en carta a su hijo del 19 de marzo de 1940, le dice: "*Recuérdame a M. Bonpland con el mayor afecto*"[43]. Esto confirma más de una versión[44] acerca de que doña Mariquita tratara a Bonpland en 1817-1820. Ottone (2009: 17), aporta más para el tema: "*Vicente Fidel López lo pinta hacia 1821, ingresando a la tertulia de Esteban De Luca*[45]*, quizá a través de los recuerdos de su padre Vicente López y Planes*, "…

relevantes, y después tornada vagamente sociológica y economicista para no cometer un pecado contra la moda, al aparecer como practicando una "*histoire événementielle*"!. De acuerdo con Vargas Peña (1985) Pazos Kanki habría sido efectivamente desterrado en 1817, pero reapareció en Montevideo en 1819, sin embargo, subsisten dudas y contradicciones en cuanto a las fechas de esos movimientos.

[41]Manuel Moreno (1782-1857). Médico y político argentino, nacido bajo el poder imperial español en la Buenos Aires colonial. Era hermano menor del destacado hombre de mayo, Mariano Moreno (1778-1811). Se cuenta entre los fundadores del partido Federal en la provincia de Buenos Aires. De joven luchó contra las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Fue empleado del gobierno revolucionario de mayo de 1810, ocupando cargos menores, y en esas funciones le tocó acompañar a su hermano Mariano en una misión a Londres.

[42]Pedro José Agrelo (1776-1846). Abogado, jurisconsulto, constituyente de 1819 y político argentino, nacido en Buenos Aires. Se doctoró en Leyes en la Universidad de Chuquisaca, donde tuvo ocasión de conocer economía política a través de los cursos del catedrático aragonés Victorián de Villaba, materia que en 1824 dictaría en la Universidad de Buenos Aires. Ingresó al funcionariado como fiscal en 1812 y el año siguiente fue juez. Fue miembro de la Asamblea del año 1813 y autor de un proyecto constitucional para las Provincias Unidas. Desde abril de ese año presidió esa Asamblea. En 1817 fue tenaz opositor, junto a Manuel Moreno, Vicente Pazos Kanki y Manuel Dorrego, del Director Supremo Pueyrredón, razón por la que junto a sus compañeros mencionados se lo deportó a los Estados Unidos. Regresó y continuó en su posición opositora por lo que fue confinado en la isla Martín García. Más tarde actuó como asesor de gobierno en la provincia de Buenos Aires, acompañando a Martín Rodríguez en 1823 y 1824. En esas funciones le dio gran prestigio su *Memorial ajustado*, referido a las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Opositor a Rosas, debió exiliarse en 1834 en Montevideo. Murió allí, en 1846, en el destierro y en la pobreza.

[43]Revisando la correspondencia édita (Sánchez de Thompson, 1952) de la culta y civilizada dama porteña, trasciende que ella se mueve dentro del círculo más estrechamente comprometido de la resistencia antirrosista, en especial con las actividades bélicas contra la tiranía y con el bloqueo francés, en un ambiente en el que Bonpland no era un extraño, sino protagonista activo.

[44]Vida social en Buenos Aires: el literato Eric Courthés (2010: 65), basado en datos de Vicente Fidel López (1890, I), en su recreación bonplandiana, pone en boca de Bonpland, esta reflexión acerca de aquellos días porteños: "*Vestido como un petimetre, un frac azul, una blanca corbata y un chaleco amarillo, soy objeto de todas las miradas, y Adelina ve con muy malos ojos a todas esas mujeres que van gravitando alrededor mío. Soy el centro de interminables tertulias en las cuales la gente se extasía por mi viaje a la fuentes del Orinoco, sin embargo, en mis adentros, todas esas representaciones no me entusiasman y ya sueño con viajar de nuevo…*".

[45] Corvalán Mendilaharsu (1947: 393) reitera y amplía esta versión acerca de la actividad social de Aimé Bonpland, en especial en relación con el salón de Esteban de Luca: "*Esta tertulia era representativa de la sociedad política, literaria y militar de entonces. No solamente se conversaba, recuerda López con su manera brillante, sino que se actuaba. Eran reuniones de mucho color…(…)…Cada noche encantaba* [Bonpland] *a sus oyentes hablándoles de una yerba nueva, de alguna planta utilizada o preciosa que había descubierto y a la amenísima lección, seguía una conferencia recreativa, con experimentos y prestidigitaciones que otro sabio; Mr. Yogier, acordaba por amable condescendencia a los ruegos que allá se le hacían…*".

con su frac azul, su blanco corbatón, y su chaleco amarillo, después de haber acomodado su paraguas en un rincón, muchas veces al lado de la espada de San Martín, entraba con su aire de angelical bondad, y era rodeado, al momento como el festejado iniciador de las bellezas de nuestra historia natural".

Con respecto a la posible causa política de su alejamiento, la misma estaría también vinculada con las hasta hoy tan mal esclarecidas relaciones que sostuvo con un relativamente numeroso grupo de oficiales y civiles franceses radicados en Buenos Aires, ex bonapartistas en su gran mayoría, que protagonizaron confusas cuestiones políticas y militares en una ciudad donde la acción de las logias y de los grupos secretos era muy significativa (Hammerly Dupuy, 1958; Fitte, 1966; Gandía, 1975; Ocampo, 2007). Es indudable que las simpatías de Bonpland no coincidían con las de Pueyrredón ni con las de los allegados de éste, vinculados todos con el General San Martín y con la Logia Lautarina[46]. Tampoco con los sectores porteñistas liberales y unitarios más notorios y, se volcaban preferencialmente hacia heterodoxos provincianos como los hermanos Carrera, el caudillo oriental Gervasio José Artigas y, en especial, para con el caudillo entrerriano Francisco Ramírez[47].

No podemos mencionar las tertulias que tuvieron a Aimé Bonpland como invitado, sin dejar de mencionar la que él mismo habilitó en su casa de Buenos Aires,

[46] Utilizamos la denominación de *Lautarina*, pues esa fue la designación formal de la sociedad secreta europea *Lautaro* al transplantarse a América, como lo dice Eyzaguirre (1973: 7): "*De Londres pasaron Alvear y San Martín a Buenos Aires en 1812 y allí, igual que en la primera ciudad juntaron otro núcleo secreto que tomó el nombre de Logia Lautarina. A ella se incorporó más adelante O'Higgins* (…), *y después del triunfo de Chacabuco se estableció una sede de la sociedad en Santiago que alcanzó extraordinario influjo en las decisiones gubernativas. Sus reglamentos hallados en los papeles del prócer, fueron publicados por la primera vez por el historiador Vicuña Mackenna en 1860. No hay en sus páginas el más leve indicio o preocupación de tipo filosófico o religioso, como tampoco la menor alusión a contactos con la masonería. Todo converge allí a una meta precisa e inmediata: asegurar la independencia de los países americanos*". El único comentario que cabe agregar es que la logia estaba compuesta por hombres, por ende, insalvablemente con sus ambiciones y pasiones a cuestas y, en consecuencia hubo personalismos y exclusiones, intrigas y corrupción, y esto provocó choques, hegemonías, oposiciones y persecuciones y hasta dejó muertes en el camino.

[47] Francisco Ramírez (1786-1821). Fue un caudillo argentino, nacido en Arroyo de la China, Entre Ríos, del que se desconoce casi todo antes de que en la década siguiente a la revolución de Mayo adquiriera notoriedad debido a sus actividades levantiscas y participativas en la guerras civiles que sacudieron a las Provincias Unidas en esos años. Su primera aparición histórica fue, según muchas fuentes, apoyando al caudillo oriental Artigas, sin embargo, Beatriz Bosch (1978: 61) indica que, "*de 1811 a 1814, lo encontramos, junto con su padrastro y sus medios hermanos, entre los emigrados entrerrianos al servicio de España*". Recién cuando cae el Montevideo realista, vuelve a su comarca entrerriana. Sus enfrentamientos con Buenos Aires y con el caudillo Estanislao López de Santa Fe, lo llevaron al predominio sobre sus más inactivos rivales entrerrianos, Eusebio Ereñú, Gregorio Samaniego, los hermanos Correa y Carriego. En 1817 se opuso decididamente al gobierno de Juan M. de Pueyrredón y a los lautarinos, sus partidarios, el caudillo entrerriano lo hizo en alianza con Artigas y con Estanislao López de Santa Fe. La firma por parte de Ramírez del Tratado del Pilar en 1820, fue la caída en una verdadera añagaza porteña para los caudillos federales y los condujo prontamente por la senda del enfrentamiento mutuo, muy bien prevista por Buenos Aires. En el interín, completando su ansia de dominio, había proclamado poco antes Ramírez la República Entrerriana, con él como mandante Supremo, y ocupó la provincia de Corrientes que, desde 1814, estaba bajo el dominio artiguista. En ese mismo año Artigas rompió con Ramírez y siguió sosteniendo la guerra con los portugueses y, también contra Buenos Aires, ampliando el frente contra los entrerrianos. En esa vía de acción, sufrió fuertes derrotas, a tal punto que, en poco tiempo más, debió resignar toda resistencia y entregarse al Dr. Francia, el gobernante del Paraguay, quien lo internó y lo retuvo confinado hasta que murió en Asunción en 1850, habiendo fallecido ya, muchos años antes Francia. Ramírez, desde hacia tiempo aliado con José Miguel Carrera, pretendió sostener por sí solo la guerra contra Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, pero fue vencido y muerto en las cercanías del río Seco el 10 de julio de 1821. Su República secesionista colapsó con él, prontamente. La relación amistosa de Ramírez con Bonpland fue notoria.

un hecho que casi nadie recuerda y que tiene respaldo documental, que ya ha sido citado, y que lo diera modernamente a conocer Emilio Ocampo (2007: 334): *"A mediados de 1818, los emigrados bonapartistas en Buenos Aires planeaban una nueva ofensiva. Liderados por el general Philibert Fressinet, se reunían regularmente en la casa de Aimé Bonpland, el ex botanista de Malmaison, para discutir sus planes. El gobierno, que vigilaba sus movimientos, en julio advirtió a Bonpland de las reuniones escandalosas que tenían lugar en su casa" y expresó su "desagrado" por la conducta de su esposa, una bonapartista fanática que criticaba abiertamente a las autoridades*[48]*. Esta advertencia, una vigilancia más estricta y el arresto de algunas figuras de la oposición, forzaron a los conspiradores a acelerar la ejecución de sus planes. El mayor Jean Bulewski partió hacia Chile con mensajes para los oficiales franceses que servían en el ejército patriota, mientras que Jung, Mercher, Robert y Lagresse viajaron a Montevideo para discutir los próximos pasos con Alvear y Carrera*."

Pero, si bien las reuniones en su casa podrían pasar como propias de compatriotas franceses nostalgiosos que se deleitaban hablando su lengua, bebían, discutían y reían, el 7 de septiembre de 1818, Bonpland cometió una indiscreción que bien pudo costarle hasta la vida. José Miguel Carrera estuvo en Buenos Aires para asistir a los acontecimientos políticos que se esperaban, ocasión en la que Lagresse le informó de la partida de los franceses que irían a Chile, y sus sospechas acerca de que las autoridades estaban, en alguna medida al tanto de lo que ellos tramaban, y los vigilaban para evitar que nadie se comunicara con el General Brayer, que esperaba noticias en Brasil. El francés amigo de Bonpland en Corrientes, Narcisse Parchappe estaba de paso para embarcarse esa noche en un barco francés a cargo de Agustín Dagrumet, rumbo a Rio de Janeiro. Ocampo (2007: 333), dice de este último, que su lealtad y convicciones bonapartistas estaban fuera de duda, así que le entregaron las cartas para Brayer. Bonpland aprovechó la oportunidad, e incluyó una suya para un botánico amigo, Joachim Lebreton, también partícipe de la conjura bonapartista. Vale la pena transcribir el texto traducido de la misma, publicado por Ocampo (*loc. cit*.), le decía: "*Sin duda se admirará Ud. al ver al portador de mi carta. Él le hará saber a Ud. del motivo de su vuelta precipitada al Janeiro y yo deseo que tenga un éxito completo cuanto va a emprender. He visto con placer a M. Parchappe, cuyos conocimientos y buen carácter sé apreciar como debo. Él conversará largamente con Ud. sobre nuestros proyectos de aquí, los que probablemente se hubieran realizado si él no hubiera formado la sociedad que determina su viaje al Rio de Janeiro. El tiempo nos hará ver si es bueno el partido que ha abrazado.*

[48] Nota de Ocampo para el texto que trascribimos: *"Daniel Hammerly Dupuy: El naturalista Bonpland y la conspiración de José Carrera contra O'Higgins y San Martín, Revista Historia, Nº 13, Buenos Aires, 1958, p. 84".*

Por lo demás, una cosa conduce a otra; todo depende, me parece, de la buena estrella que nos dirige. La conducción de plantas a Baviera de la que Ud. me habla no cuadra de ningún modo con nuestras esperanzas de un día al pequeño Rey de Roma sobre el trono de Francia. Me parece que en este caso el príncipe Eugène debería volver a entrar en Francia y hacer allí uno de los papeles principales. Digo esto porque así opinan muchas personas; por lo demás, yo no pienso que sin su padre adoptivo de Santa Elena pueda jamás Eugène hacer nada grande y útil a nuestro país. Me causa sentimiento recordar su conducta después de la primera abdicación de Napoleón; o no hay cosa que la justifique o él desempeña perfectamente el papel que se le ha encargado. Doy a Ud. mil gracias por lo que dice de nuestro país y principalmente de las grandes esperanzas que Ud. tiene; yo no dejo de tenerlas y creo que habrá una mudanza con la muerte del Rey. Sólo Dios sabe qué sucederá y qué planean los Aliados. Sin embargo, creo todo lo que Ud. dice, porque el "templo" de los espíritus es muy fuerte y permaneciendo en nuestro territorio resistiremos todo. Su carta al general Fressinet también me ha causado gran placer y creo que a través de las goletas francesas podremos escribirnos más frecuentemente. Yo, y creo que muchos otros, hemos sido cruelmente engañados en nuestras esperanzas. Soy más culpable que otros porque debería haber tomado ventaja del pasado, pero ya que estamos adentro, será necesario salir con honor… Nuestra existencia aquí hubiera sido muy agradable si no hubiera sido por esta desafortunada revolución y el espíritu de partido que destruye los placeres de la sociedad. En dos o tres meses, se teme un gran cambio. Se dice que ocurrirá muy pronto". La fuente documental es reconocida por el autor que seguimos: *"Bonpland a Le Breton, noviembre de 1818, en AGN S.X-C29-A10-N2. Sumarios Militares Letra C Expedientes 227-272 Nº 78*".

Si bien la carta precedente, no pudo llegar a su destinatario, su lectura depara mucha información acerca de la faz oculta de Bonpland: aunque comienza siendo algo críptico, culmina ofreciendo la verdad de sus creencias y acciones para respaldarlas y se muestra, en cierta forma velada, desilusionado con respecto al buen término de los sucesos. También en esta misiva Bonpland manifiesta su bonapartismo en forma desembozada, y lo hizo teniendo en cuenta que este tipo de mensajes se destruía muy pronto por seguridad, pues esas ideas eran afloramientos de su yo recóndito, tan raramente penetrable.

No estaba equivocado Bonpland en cuanto a la inminencia de sucesos graves. Por lo pronto, los conjurados fueron delatados por un informante anónimo, que –actualmente se sabe fue un médico militar que llegara a Buenos Aires con José Miguel Carrera (Larroquette, 2013: 77), era "*un francés corrupto*" dice Ocampo (2007: 334), llamado Jean Durand, quien exigió se preservara su anonimato– "*una vez registrada la enuncia, el 19 de noviembre, el coronel Rolón procedió al arresto de Jean Lagresse en su casa. Conducido al cuartel de los Aguerridos, no se dio cuenta que tenía el sobre encima.*

Llamó a Narcisse Parchappe para entregárselo, pero éste quedó detenido y no pudo salir. Hicieron llamar a Dagrumet y le pasaron de forma poco discreta el sobre, que esta vez descubrieron los centinelas. Secuestrados los elementos, se pasó a la apertura de una instrucción y la captura de los "fugitivos"". Entre la correspondencia se hallaba por un lamentable descuido, el sobre con la carta de Bonpland para Le Breton, que formó parte de la documentación probatoria y, desde entonces, descansa en el AGN (Archivo General de la Nación Argentina), en la sección Sumarios Militares.

Como consecuencia de los sucesos, Aimé Bonpland solamente fue objeto de un llamado indagatorio del que salió sobreseído. Es muy posible que en las desordenadas tramitaciones, que no eran en nada ajustadas a los tratos procesales legales que sufrió el grupo francés, quien leyó su carta no entendiera bien ni su letra ni el francés, así, no se enteró de casi nada de lo que se decía, y la dejó de lado. Alertado el gobierno, detuvo la caravana hacia Mendoza, arrestando de inmediato a Robert, a Mercher y al chileno Mariano Vigil. A Jung lo mataron de un disparo en un supuesto intento de fuga.

El proceso tuvo ribetes altamente irregulares, con fuerte intervención del Director Pueyrredón y, más que hacer justicia se procuró escarmentar y disuadir, por eso las condenas a muerte a Robert de Conantres y a Jean Lagresse, y la absolución de la pena física a los demás implicados, pero, eso sí, se les impuso el destierro. Bonpland fue excluido en la información previa del sumario. Los condenados fueron fusilados el 3 de abril de 1819[49]. Antoine François Leloir[50] y Aimé Bonpland encabezaron la asistencia a sus exequias, el día 4 de abril, ante la mayor parte de los residentes franceses en Buenos Aires (De la Croix-Riche Chanet, 2004: 276).

La situación de inestabilidad y conflicto de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que culminó en la anarquía del 20 de junio de 1820, el triste día del fallecimiento de Manuel Belgrano, y en el que Buenos Aires llegó a tener tres fugaces gobernadores, pudo haber sido para Bonpland el determinante último de su alejamiento de Buenos Aires, aunque más parece que ese contexto lo hubiera sorprendido en un curso de acción personal botánico-político propio, bien definido y madurado desde tiempo atrás, seguramente a partir de 1818, como antes se señalara.

[49] En las Provincias Unidas, como dice Halperín Donghi (2005: 380) para 1820 (y vale igual para el año de 1818 y el de 1819); "*…el espacio sobre el cual la guerra había asegurado el predominio político de los herederos del poder creado por la revolución porteña en 1810, no hacía figura de estado ni apenas de nación; los distintos poderes regionales que se repartían su dominio estaban casi todos ellos marcados de una confesada provisionalidad; el marco institucional en el cual la política se desenvolvía, inexistente en el nivel nacional, estaba desigualmente –pero en todos los casos incompletamente– esbozado en las distintas provincias. En varias de ellas (por ejemplo, en todas las del Litoral) –informa, morenista y luego rivadaviano Ignacio Núñez al cónsul británico Parish– no hay deslinde entre los tres poderes, "por falta de ideas*"…

[50] Este personaje, conspicuo en sus apariciones relacionadas a la vida francesa en Buenos Aires estuvo desempeñando una misión diplomática francesa poco definida, hasta que pereciera ahogado en el Atlántico, frente a la boca del Río Negro en 1821 (De la Croix-Riche Chanet, 2004: 279).

En ese caso, probablemente su viaje al norte habría sido consultado, si no concertado previamente, con allegados al caudillo Francisco Ramírez[51], en cuyos dominios iba a penetrar Bonpland, justamente en la fugaz hora de apogeo de la República Entrerriana, que había anexado a la provincia de Corrientes, y que fincaba en el beneficio y el comercio de la yerba mate una de las fuentes mayores de renta pública para sostener fácticamente el derecho a su pretendida autodeterminación como país independiente, algo que muchos historiadores ponen en duda que hubiera sido asumido en forma realista y políticamente articulada en la mente de Ramírez.

Partió Bonpland de Buenos Aires, alejándose de su familia, rumbo a la ciudad de Corrientes, el día 1° de octubre de 1820, en una embarcación de la casa comercial de Domingo Rougin[52], Mayer y Compañía, la sumaca *Bombardera.* También lo hicieron en su compañía ambos socios de la firma, pues llevaban el propósito de establecer en Corrientes una sucursal para comerciar la yerba mate que, como ya señalamos antes, en esos años constituía uno de los más valiosos productos regionales de riqueza y de intercambio[53].

Algunos autores, posiblemente basados en la poca claridad al respecto en el texto biográfico que le dedicó Brunel (1871), dicen que ni bien llegado a Corrientes, Bonpland salió hacia las Misiones, sin embargo las evidencias más sólidas

[51] Dice Bosch (1978: 65): *"El botánico francés Amado Bonpland tiene buena acogida en la República Entrerriana. Ramírez lo interesa por el cultivo de la yerba mate y le ofrece a propósito toda clase de facilidades"*, añade después irónicamente la historiadora entrerriana: *"Ha sido este estímulo y la referida creación de las veinte escuelas elementales, de los únicos hechos positivos producidos durante la hegemonía "ramiriana"."*

[52] Domingo Rougin fue otro de los franceses que estaba involucrado en la actividades bonapartistas secretas realizadas por su compatriotas de Buenos Aires.

[53] A propósito de la situación general de la capital correntina que hallaría Bonpland en 1821, conviene recordar el relato que hace A. Rudolf Rengger acerca de su estadía en ella, a fines del año 1818, quien expresa la visión de un extranjero, en especial de un europeo, del ambiente creado por la dominación artiguista, que sería después seguida por la entrerriana de Francisco Ramírez. El subjefe del que se habla, fue el misionero Andrés Guazurarí, ahijado y lugarteniente de Artigas. Cuenta el editor, el hermano de Johann Rudolf, que éste y sus acompañantes, llegaron a caballo después de andar 250 leguas de camino, "… *amarraron en Corrientes, una pequeña ciudad situada junto a la orilla izquierda del Paraná, no lejos de su confluencia con el Paraguay. // La provincia de este nombre ha entrado en guerra con Artigas, quien había reunido y armado a toda prisa algunos miles de indios, oriundos en su mayor parte de las destruídas misiones de Entre Ríos; y un subjefe de aquel, poco antes del arribo de los dos viajeros, con semejante hueste había tomado posesión de Corrientes y la había destruido en su mayor parte. Como consecuencia de los saqueos, que este subjefe, el mismo indio, practicaba contra el comercio con Paraguay, la navegación hacia ese país se había interrumpido totalmente, y dado que el puerto de Corrientes estaba a la vez clausurado ante Buenos Aires, los señores Rengger y Longchamp, no sólo se vieron detenidos en la prosecución de su viaje, sino también arrestados, como un ejercicio preliminar del destino que les esperaba en Paraguay. No obstante como extranjeros y naturalistas, personalmente no tuvieron mucho de que quejarse de los indios; por el contrario, fueron protegidos por el caudillo de éstos y recuperaron sus escopetas de caza robadas, con la autorización para hacer uso de ellas en el país.// Entre estos seres humanos extremadamente bárbaros, dicho sea de paso, de quienes Rengger dice: "donde pisa su pie, no vuelve a crecer el pasto", y la población blanca de dicho pueblo, situada en un grado de civilización no mucho más elevado, solamente una familia francesa y una inglesa constituían las únicas excepciones benignas para los viajeros, pasaron forzosamente ocho meses. Aquí practicaron con éxito la farmacología como fuente auxiliar para el motivo principal de su viaje, lo que les fue mucho más fácil porque el país estaba totalmente desprovisto de médicos que merecieran sólo en cierta medida ese nombre. Al mismo tiempo las investigaciones histórico-naturales no fueron abandonadas, pero debieron ser limitadas a los alrededores cercanos de la cabeza de distrito, a causa de la inseguridad del país. Aquí Rengger recolectó algunos cientos de nuevas variedades –al menos para él– de coleópteros, y describió una especie totalmente nueva, de una constitución tan peculiar, que no pudo ser incluída fácilmente en el sistema natural. En las clases de animales superiores la cosecha no pudo ser de importancia a causa de lo limitado del coto de caza: con todo, se familarizó con el tigre americano y los peligros que causa la persecución y caza del mismo".*

indican todo lo contrario. Por ejemplo, Juan A. Domínguez (1939: 2), que es muy riguroso en sus informaciones, niega realidad a esa supuesta primera visita a las Misiones, y dice: "*...llegado* [Bonpland] *a Corrientes el 28 de noviembre* [de 1820], *permanece allí hasta el 11 de mayo de 1821, en que emprende el viaje a las Misiones, después de haberse entrevistado con el General Francisco Ramírez, el célebre caudillo entrerriano, quien después de haber dominado a los otros caudillos (Ereñú, Samaniego y Carriego*[54]*), y desconocido la autoridad del Directorio* [de Buenos Aires], *se había erigido en jefe supremo de la República Entrerriana y establecido su sede de Gobierno en Corrientes*". Lo mismo se asume en forma más pormenorizada en los textos de diversos autores, entre ellos José Francisco Machón (1999), que es quien suministra la más completa reseña de la vida de Bonpland desde su llegada a Corrientes hasta el comienzo de su retención en el Paraguay.

Coincidentemente, se puede leer en la obra de Capaccio y Escalada Salvo (2014: 342): *"El primero de octubre de 1820 sale de Buenos Aires a bordo de la sumaca "Bombardera", llegando a Corrientes el 28 de noviembre, donde interiorizado de la situación política imperante y de las posibilidades que se le ofrecían, decide quedarse. Luego de mantener contacto con el caudillo entrerriano Francisco Ramírez, erigido en Supremo de su reciente creada República Entrerriana, proyectará un viaje a Misiones, no sólo para satisfacer su curiosidad científica, sino también la humana de recomponer su fortuna.* (…) *Antes de emprender su viaje a Misiones, tendrá oportunidad de recorrer los alrededores de Corrientes, llegando incluso a Itatí, estudiando la flora, así como el cultivo del tabaco".*

En el ámbito de ese propósito, inició Bonpland las primeras actividades destinadas a establecer una factoría destinada a la producción yerbatera en el área de la que fuera la vieja misión jesuítica de Santa Ana, aproximadamente a treinta kilómetros al este de la actual ciudad de Posadas, cerca de la costa del río Paraná. Como ejemplo de la pobreza e inexactitud de muchas fuentes que suelen ser citadas se cuenta la obra más tardía de las varias de los hermanos ingleses William Parish y John Parish Robertson (1839), quienes manejaron equívoca o intencionadamente información muy errónea acerca del tiempo de permanencia de la colonia y de su prosperidad, pues ampliaron exageradamente el corto lapso de

[54] Entre los proliferantes caudillos populares entrerrianos de la década 1810-1820, ocluídos después pero brevemente, por Francisco Ramírez, falta considerar en la enumeración a los hermanos Correa, quienes dominaban desde la Bajada (actual ciudad de Paraná), hasta Gualeguay y Gualeguaychú, en el centro y el oeste provincial. Todos ellos tenían y cultivaban cuidadosamante, su ascendiente sobre el paisanaje cercano. Efectuaban alianzas y las rompían en la medida que las ambiciones personales dominaban, además operaban con gran flexibilidad y, a menudo, se alteraban los esquemas geográficos de sus dominios. Urquiza (1801-1870), muy joven aún, todavía no había aparecido en la vida pública, y Artigas dominaba en el ángulo nordeste, sobre las antiguas tierras misioneras. Hasta mediados de la década todo se ajustaba bastante a la situación definida por Loza (1948: 204): "*Entre Ríos, dependencia de Buenos Aires, no era sino una oligarquía de caudillos que actuaba bajo la protección del jefe de los orientales*". Agrega Mitre (1887, III: 139): "*Entre Ríos era una asociación elemental, dividida topográficamente en tribus pastoras y militares, gobernadas por régulos independientes entre sí, sin más cohesión que la del territorio, ni más vínculo que el del caudillo prepotente que dominaba cada localidad…*".

trabajo de Bonpland en Santa Ana y, además, supusieron en forma absolutamente fantasiosa, que se hubiera alcanzado un buen desarrollo del emprendimiento. Los hermanos Robertson estimaban en dos años un espacio temporal que, en la realidad histórica, tan solo pudo ser de cinco meses, o menos. Los hermanos Robertson han alimentado así una leyenda, que sería repetida reiteradamente en lo sucesivo, acerca del grado de adelanto, la antigüedad y supuesta prosperidad del emprendimiento bonplandiano, que, en realidad, fue prácticamente abortado en sus primeros inicios por la incursión paraguaya que, como se verá a continuación, se llevó consigo al propio Bonpland en diciembre de 1821.

Bonpland apenas si pudo dedicarse a su empresa, pues recién salió de Corrientes a caballo hacia las Misiones el 11 de mayo de 1821[55].

Castellanos (1963: 65), expresa directamente: "*El 11 de mayo se va* [Bonpland] *a Caa-Caty, con recomendaciones eficaces para el capitán Aripí, a quien lleva auxilios de comestibles, con el propósito de explorar en su compañía y en la de sus indios los pueblos y montes de Entre Ríos"* Pérez Acosta (1942: 12). Parece que regresó poco después porque el 3 de septiembre del mismo año le escribe desde Corrientes a José Ildefonso Caso: "*Después de muchas peripecias, llega a Candelaria, frente a Itapúa. Describe el punto con entusiasmo. Hay abundancia de frutales. El Yerbal es bueno, pero nadie se atreve a explotarlo por miedo a los paraguayos. Después de estudiar la región, resuelve instalarse en Santa Ana, lugar distante dos leguas del Paraná, donde establece la colonia, que se ha de sostener mediante el laboreo de la yerba mate*[56]".

Hizo para ello un largo viaje, lleno de paradas y alternativas, y fue el 26 de junio, ya en las Misiones, cuando visitó por primera vez Santa Ana, a la que llegaría definitivamente como localidad elegida para su empresa, recién el 5 de julio, pues antes nuestro naturalista hizo una excursión de la que raramente se ha tratado en la historiografía bonplandiana y la que nos referiremos más adelante.

[55] Esta del 11 de mayo sería la fecha de su partida de la ciudad de Corrientes, y la del 8 de junio, como figura en el *Diario* bonplandiano publicado por los autores que venimos siguiendo (Capaccio y Escalada Salvo, 2014: 42), sería aquella en la que dejó Corrientes, es decir la jurisdicción correntina, que se extendía formalmente hasta la llamada Zanja de Loreto o la Tranquera, dejando detrás la última localidad correntina, Caá Caty, en la que el autor de este ensayo recibió por tradición familiar la referencia, en alguna medida expuesta en la novela biográfica de Luis Gasulla, de que había un nexo que lo retuvo algunos días, pues en el viaje de Le Havre a Buenos Aires de 1816, trabó Bonpland amistad con un militar compatriota que había hecho la campaña de Rusia como oficial napoleónico, el Coronel Bréard, que se había establecido en Caá Caty y formado una familia. Presuntamente, ya entonces, Bréard era hacendado y comerciante de cierto relieve y un conocedor de la región: es plausible que Bonpland le expusiera sus proyectos y le pidiera consejo, además de proveerse allí de elementos que transportó en el convoy de 10 carretas con las que salió hacia su destino. El hecho es que el 8 de junio recién dejó la caravana bonplandiana el paraje de Arerunguá, situado tres leguas al norte de Caá Caty, en un sitio hoy despoblado, que entonces era un nudo de caminos y sede de una posta.

[56] Es evidente que ya haya sido Castellanos, ya Pérez Acosta, ambos han hecho una versión de la carta a José Ildefonso Caso, en tercera persona. Ya veremos al completar el relato pormenorizado del viaje la exactitud de este resumen. El capitán Aripí no estaba en Caá Caty, sino muy lejos, acampado en las cercanías de Santa Ana, pero en el contexto político de ese año, debió de haber en Caá Caty algún representante de los intereses de Ramírez y de su República Entrerriana y, lo más posible es que el mismo fuera un indígena subordinado de Sity y de Aripí.

Llegó así a contar tras su recorrido previo de la comarca, con un panorama preliminar de la situación general (la topografía, la ubicación de los antiguos cultivos jesuíticos subsistentes, la disponibilidad de espacio para acampar y de mano de obra y, además, que pudiera contar con un buen acceso viniendo de Corrientes) y, en consecuencia, escogió a esa localidad de Santa Ana para establecer su emprendimiento.

Retornando al Diario, éste se contradice parcialmente con los datos previos que suelen considerarse, o –mejor, los complementa– ya que después de pernoctar en Arerunguá "*a fin de proveerse de lo necesario*", pues "*… la tropa se compone de diez carretas, 20 bueyes, cuatro vacas lecheras con sus terneros, ocho vacas (para consumo), 10 mulas, 12 caballos y diez domésticos*" (Capaccio y Escalada Salvo, 2014: 42-43). Prosigue el viaje y "*… el 22 llegará a Candelaria después de haber pasado el Garupá*[57]", y expresa Bonpland "*Es allí por la primera vez que vimos los tristes restos de uno de los pueblos más considerables de Misiones. Se puede decir que no quedan una sola habitación habitable, todo ha sido quemado por los paraguayos. Todo es escombros, pero lo que ha resistido al hacha y al fuego de los paraguayos son sus bellas plantaciones de naranjos que encontramos cubiertas de frutas deliciosas. Después de haber visitado todos estos escombros no se ve [más] que el resto de bellos pedazos de madera de construcción y de piedras muy bien talladas en conglomerado y arenisca. Fuimos a visitar el puerto, ahí como en el puerto de Itá Ibaté*[58] *vimos una canoa paraguaya que estaba de vigía. Visitamos también la pequeña fortificación que se encuentra emplazada al noroeste, en fin buscamos las plantaciones de yerba mate sin poder encontrarlas…*".

Los ya citados autores Capaccio y Escalada Salvo (2014: 41), basados en el propio Diario de Bonpland, el cual fue "*… encontrado entre sus papeles conservados y custodiados en el Museo de Farmaco-botánica Juan A. Domínguez, de Buenos Aires, que si bien fuera mencionado por Henri Cordier en su inventario de 1914, no fue utilizado por quienes se ocuparon o investigaron sobre Bonpland; nos permite en cierta forma contestar algunos interrogantes planteados. Este diario, como sus restantes manuscritos, de una caligrafía no fácil de leer y traducir, corresponde al viaje realizado desde Corrientes a*

[57] Garupá: arroyo de las antiguas Misiones, que actualmente separa las poblaciones de Posadas (27º22'S-55º53'W), de la de Candelaria (27º27'S-55º24'W), situada ésta última al este de la anterior, aunque ya ese espacio representa la expansión de la pujante "Gran Posadas".

[58] Itá Ibaté: localidad correntina situada en la margen del Alto Paraná, 154 km al este de la capital de Corrientes (27º25'S-57º20'W), allí convergían el camino de tierra a las Misiones, en pésimas condiciones de tránsito, y el que venía de Caá-Caty, pasando por la posta de Arerunguá. Otro ramal unía el paraje que hoy es Puerto Yahapé (al oeste de Itá Ibaté) con Arerunguá y Caá-Caty, pero casi no era transitado. El de Itá Ibaté fue el camino que hiciera en 1827 en naturalista francés Alcides d'Orbigny, para llegar desde el río Paraná, desembarcando equivocadamente en Barranqueras, tres leguas aguas arriba de Itá Ibaté (apenas a corta distancia de la primera guardia paraguaya sobre el río en la orilla izquierda, y luego cabalgando hacia Arerunguá, Caá-Caty (donde se detuvo unos días y recibió al año 1828), recorriendo después el mismo camino de la llegada, aunque haciendo desvíos para reconocer el territorio, hasta Itá Ibaté, donde se pusieron en marcha hacia Corrientes, esta vez por vía terrestre.

Misiones, entre el 11 de mayo de 1821 y el 28 de julio, en que se interrumpe su narración. Si bien el mismo, llevado en forma paralela a su Diario de Botánica, que se encuentra en el museo de Historia Natural de París[59]*, nos describe perfectamente el paisaje, la vegetación y los accidentes geológicos, no por ello deja de darnos singulares datos que interesan al historiador de ese momento tan especial de Misiones, en que la Provincia, luego de la última derrota de su Comandante General guaraní Francisco Javier Sity*[60]*, por las fuerzas de Francisco Ramírez, es incorporada a la República Entrerriana por este último creada*".

En Santa Ana, al efecto de sus planes de llevar a cabo un emprendimiento en la antigua reducción, recorrió las ruinas del pueblo, hizo desbrozar el que fuera el jardín de la misión para plantar tabaco, eligió un predio destinado a la chacra, reclutó personal necesario entre los indígenas semiasimilados de la zona, e inició una zafra de yerba para enviar prontamente un cargamento a Corrientes. Estuvo en el área hasta el 28 de julio, por lo menos, fecha en que la se interrumpe el Diario inédito de Bonpland, al que analiza en forma pormenorizada Manchón (1999), pero es evidente, que después de estos arreglos básicos, que se alejó cuanto antes pudo de allí, pues a principios de agosto se hallaba nuevamente en Corrientes, seguramente por vía fluvial, alistándose para retornar a Santa Ana a fines de octubre[61].

Por lo tanto, los supuestos y reiterados "dos años" de presencia de Bonpland en el incipiente emprendimiento de Santa Ana, se reducen en la práctica a una estadía que apenas alcanza a sesenta días de presencia personal, y a un par de meses más por parte de su gente. Mal pudo en tan corto período haberse puesto en marcha una empresa productiva de envergadura. Más aún cuando el esfuerzo se concentró tanto en el desbrozado y la rehabilitación del espacio de la antigua

[59] Nota de los autores de la cita: "*Su estancia en Corrientes, su entrevista con Francisco Ramírez, harán que a los iniciales fines científicos-económicos, se les unieran los políticos. No solamente debía examinar los yerbales, estudiar el mejor modo de beneficiarlos y la cantidad de yerba que se podía extraer anualmente, sino que también debía informar al Supremo Entrerriano sobre "el número de indios reunidos por el Capitán Aripí, los que se podían sacar de los montes"* y además, *"ayudar a dicho Aripí si lo juzgaba con buenas disposiciones"*, en compensación estaba autorizado a poblar en Misiones, *"en el punto que le pareciere más conveniente"*.

[60] Javier Sity o Francisco Javier Sití (ca. 1780-1835): fue un cacique guaraní destacado partícipe de la historia regional de las antiguas Misiones Orientales y de las provincias mesopotámicas argentinas. Tomó parte activa dentro del agitado período de 1815 a 1830, luchando incluso en la guerra de las Provincias Unidas contra el Brasil (1825-1828). Sus primeros escarceos se realizaron bajo la jefatura de Andrés Guazurarí, el caudillo indígena ahijado de Artigas. Enfrentó a las tropas portuguesas que sitiaban a Montevideo, siguiendo a Artigas. En 1826 se apoderó de las Misiones Orientales e invadió Corrientes con Guazurarí, llegando hasta Goya. Al caer prisionero de los portugueses en 1819 Guazurarí, asumió la jefatura total de las tropas misioneras. El caudillo entrerriano Ramírez lo reconoció como virtual Gobernador de Misiones, Sití apoyó a Artigas, pero tras sus derrotas de 1819, lo abandonó y se alió a Ramírez y a su República Entrerriana. Cuando en 1821 Ramírez quiso llevar la guerra a Santa Fe y a Córdoba –además de a Buenos Aires– se negó a cruzar con sus tropas el Paraná. El caudillo lo depuso de su mando y Satí, defraudado, se unió a los portugueses. En 1828 apoyó al general uruguayo Fructuoso Rivera en la toma de las Misiones Orientales, pero el tratado de paz argentino-brasileño de 1828 entregó esas tierras al Imperio Lusitano. Decepcionado una vez más, Satí dejó las armas y se retiró a Bella Unión, donde se pierden definitivamente sus rastros y se cree que falleció en 1835 cerca de esa población limítrofe uruguaya.

[61] Queda para una indagación ulterior el saber cuáles fueron las actividades de Bonpland en la capital correntina en esos casi dos meses, que precisamente, coinciden con uno de los momentos políticos más decisivos de la historia de Corrientes en esa década.

factoría jesuítica, abandonada desde poco después de 1767 –ganado todo el espacio por el abandono y el crecimiento secundario de la selva durante varias décadas previas– así como en la difícil labor de extracción del producto de los yerbales de la antigua misión, una tarea casi imposible sin la apertura de picadas y el cuidadoso talado de la densa vegetación invasora. Tenía urgente necesidad de realizar alguna venta de producto en este caso de extracción semi-silvestre, para poder adquirir elementos, materiales y herramientas, así como acopiar reservas monetarias, destinado todo a seguir adelante en su propósito y para alentar a sus socios.

Para complicar el caso –y esto tampoco se amolda en la imagen idílica del botánico ingenuo y abstraído en estudios y colectas vegetales– es necesario tener en cuenta una doble serie de consideraciones que, en general, omite la historiografía bonplandiana corriente.

Por un lado la densa actividad política del naturalista, desplegada desde antes de su llegada a Corrientes, con implicaciones gravísimas en el acontecer de la vasta extensión territorial que abarcan la Mesopotamia argentina y el Paraguay[62]. Por el otro, el desencadenamiento sucesivo de hechos históricos de relevancia en la cuenca del Plata y, en particular, en el área geopolítica mesopotámico-paraguaya, los que se sucedieron casi sin interrupción desde el inicio del año 1820, hasta la internación de Bonpland en el Paraguay por las fuerzas del régimen del doctor Francia.

Los mismos incluyeron la ruptura de la alianza entre Artigas y Ramírez, tras la firma por parte del segundo del Tratado del Pilar (el 23 de febrero de 1820)[63]. La desdichada campaña ulterior de Artigas en Entre Ríos y Corrientes, que lo puso

[62] El Dictador Perpetuo del Paraguay, el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia tuvo ocasión de interceptar correspondencia comprometedora entre Ramírez y Bonpland, por eso, no dudó hasta los últimos días de la estadía del francés en Itapúa, ya en 1831, en reiterar su convicción acerca de la culpabilidad de Bonpland, ante el delegado de gobierno en Itapúa: "*…en el departamento de Santiago hace tiempo que tengo detenido a un francés llamado Bonpland, que cayó prisionero en la persecución de los indios de la otra banda. Considero que con la detención en que se le ha tenido, habrá quedado escarmentado del procedimiento insultante y menospreciativo con que se condujo acompañando al indio caudillo de bandidos Nicolás Aripi, cuando vino a apoderarse de territorio y yerbales pertenecientes al Paraguay, sirviéndole de secretario y emisario de esta empresa a más de haber empezado a levantar un Plano del mismo territorio, como uno de los espías observadores que vinieron a estos países con otros franceses. Como además he sabido que es casado he tenido a bien permitir que salga y se vaya del Paraguay, encaminándose para esto a ese pueblo. En esta inteligencia, cuando vaya, no pongas embarazo alguno de su pasaje con sus trastos. Puede ser que con la ocasión de esos comerciantes se avenga con alguno de estos a que se conduzca su tropa o alguna de sus gentes, porque hombre ninguno del Paraguay no se le ha de permitir llevar. Francia*" (Archivo Nacional de Asunción, Colección Rio Branco, Catálogo 159, 10.V.1829, f. 34; ídem, citado por J. F. Pérez Acosta (1942).

[63] El Tratado del Pilar: dicen al respecto Poenitz y Poenitz (1998: 202): "*El 16 de febrero de 1820, el Cabildo porteño había decidido firmar la paz con los federales del Litoral, enterado de la derrota final de Artigas en la Banda Oriental. Por eso, el Tratado del Pilar, concretado el 23 del mismo mes, fue un acuerdo tripartito entre Buenos Aires, Entre Ríos, sin mencionarse a la Liga Federal ni a su Protector. El tratado proveía, además de la convocatoria a un Congreso en San Lorenzo para dictar la ley fundamental del país, a la seguridad ulterior de las provincias firmantes y a la finalización definitiva de las disensiones mutuas. En su parte secreta, la preocupación mayor fue la de proporcionar armamentos y hombres suficientes para la guerra con los luso-brasileños.*" Aunque los autores citados no lo refieran por tratarse en particular de la historia de la Provincia de Misiones, también Santa Fe, representada por Estanislao López fue signataria del Tratado.

en situación de total y definitiva derrota; la búsqueda de refugio del caudillo oriental en el Paraguay donde el doctor Francia lo neutralizaría para siempre; el apogeo de la República Entrerriana con la estadía de Ramírez en la ciudad de Corrientes y el máximo auge de su proyecto separatista; al que siguió la derrota y muerte de Ramírez en el Río Seco, provincia de Córdoba (el 10 de julio de 1821) y la recuperación de su autonomía por parte de la provincia de Corrientes el 12 de octubre de 1821.

A todo lo anterior debe agregarse el descubrimiento realizado en el Paraguay, por parte del gobierno de Gaspar Rodríguez de Francia, de la conspiración del año 20, concentrada en Asunción, que trajo como consecuencia el apresamiento de los que se suponía que eran los cabecillas y la liquidación de la última resistencia activa política y militar contra de su régimen. Esos hechos determinaron el endurecimiento del mismo. Se llegó así a un estado de cosas por el cual, recién a fines de noviembre de 1821, quedó Rodríguez de Francia en condiciones óptimas para recuperar para el Paraguay el dominio de la zona misionera en disputa, la que había sido sacada de su jurisdicción por Artigas en 1815, pero que aún en 1861 aparecía incluida por Alfred M. du Graty en su *Carte de la République du Paraguay*, como "*Territoire que le Traité de 1852 adjugea* (sic) *à la République Argentine; que posede le Paraguay et sur lequel il mantiént ses droits en consequence de la non ratification de ce Traité par la premiére*".

En adición, y para hacer aún más confusa la situación se dio el caso de que, como lo da a conocer Machón (1999: 57) basado en documentación del Archivo General de Corrientes, Nicolás Aripí el subordinado de Francisco Javier Satí y comandante de las Misiones y vecino cercano de Bonpland, totalmente sujeto al imperio de Ramírez, sostenía todavía en los meses finales de 1818, a ultranza su fidelidad –con bandera incluida– a la causa del fallecido caudillo entrerriano. El 9 de noviembre, el caudillo indígena misionero firmó un despacho dirigido al nuevo gobernador de Corrientes Nicolás Ramón de Atienza, producido en el que intitulaba "*Cuartel y Comandancia de la Provincia de Misiones*". Esto planteaba decididamente el retorno a la antigua segregación provincial de ese territorio[64] y su autonomía con respecto a Corrientes (donde gobernaba Atienza) y del Paraguay de José Gaspar Rodríguez de Francia, que también reclamaba esa jurisdicción. La sede de tal *Cuartel y Comandancia*, era la antigua reducción de San Ignacio Miní, vecina casi inmediata de la Santa Ana de Bonpland, "*cuya mano*", como lo afirma

[64]Dicen Poenitz & Poenitz (1998: 9) "*La Provincia Guaranítica de Misiones tuvo su origen en la expulsión de la Compañía de Jesús y la consiguiente temporalización secularización de la formidable obra misional que había forjado con los selváticos tupí-guaraníes durante 159 años (1609-1768) (…) Postergada la expulsión de los Padres hasta el año siguiente de 1768…*".

Machón (1999: 57), habría estado detrás de todas estas manipulaciones, después de su regreso al área de su emprendimiento de Santa Ana, en octubre de 1821.

Resulta probable que este documento se contara entre los muchos interceptados por Francia, y como lógica consecuencia de esas y aún otras circunstancias concurrentes, sucede lo que el mismo autor asevera (*op. cit*.): "*... recién a fines de noviembre, una vez desaparecida la República Entrerriana y habiendo quedado Misiones a su libre albedrío y desprotegida, el dictador Francia juzgó oportuno reivindicar como perteneciente al Paraguay el territorio de la margen oriental del Paraná...*".

El hecho histórico determinante se dio el 8 de diciembre de 1821, cuando cuatrocientos a quinientos hombres bien armados del ejército paraguayo, al mando del comandante de Itapúa, Norberto Ortellado, cruzaran desde Itapúa, hacia la costa izquierda del Paraná, después traspasaron el Garupá y se dirigieron a las ruinas de la vieja misión de Santa Ana, donde estaba instalándose el establecimiento de Bonpland. Según la versión más creíble lo hicieron entre el atardecer y la media noche de ese mismo día, por más que Brunel (1871: 19), que habría recogido de labios del propio Bonpland[65] la versión del ataque, lo hace pero sin mencionar el horario de la misma por lo que pudiera haber alguna circularidad en la transmisión del dato que nadie enunció. Los atacantes actuaron con gran violencia matando a buena parte del personal que trajo Bonpland de Corrientes y eliminando con saña a los indios guaraníes que hallaron. En medio de la matanza dejaron a las mujeres y niños como únicos testigos del suceso. Se apoderaron del equipaje personal, de los útiles y enseres de Bonpland y destruyeron lo que no pudieron llevar. Bonpland fue tomado por sorpresa y no atinó a resistir. Recibió un planazo de sable en la frente, una herida leve, y fue atado y arrastrado con un grillete en una pierna, por sus captores hasta reembarcar el grupo incursor de regreso a Itapúa. Los atacantes se apoderaron de sus papeles personales[66].

Además de la versión que comentamos arriba, Brunel (1871: 80) relata que M. Roguin (sic), comerciante en Buenos Aires y amigo íntimo de Bonpland, quien se encontra-

[65] El propio Adolphe-Louis Brunel (1810-1871), un médico francés que había sido durante años diplomático francés en Montevideo, dice al respecto de su biografía de Bonpland (1871: vi), que: "*…les détails m'avaient été fournis par Bonpland par lui-même: c'étaient les serieuses et touchants confidences du vieillard*". En español: "*…los detalles me habían sido provistos por el propio Bonpland: eran las serias y conmovedoras confidencias del anciano*".

[66] Dice Soerensen (1998: 80) "*O Ditador, examinando os papeis apreendidos com o estrangeiro percebeu que se trataba do naturalista Bonpland; imeditamente ordenou que fosse retirada a a corrente colocada e libertou-o. Foi cedida para Bonpland uma casa em Santa Maria, con a condição de que não saíse de uma área de dez kilômetros. // O Dr. Francia devolveu para Bonpland os papèis de sua propriedade, ficando com tres cartas, sendo uma do general Ramírez, outra de Monrerroso e a última do Comandante García. A carta de Ramírez chamou a atenção do Ditador, porque indagaba sobre o tipo de estradas que existía e a importancia das cidades*." Esto último, es poco creíble, pues Francia bien sabía de la presencia de Bonpland en territorio misionero, y que desde hacía semanas o meses, estaba con precisión en Santa Ana, pues el mismo Bonpland le había hecho llegar misivas al respecto. Francia no pudo haberse enterado así súbitamente que se trataba de Bonpland, las cosas venían de meses atrás. El comandante García al que se menciona, era el jefe de La Bajada un paraje del que derivara la actual ciudad de Paraná, capital entrerriana. La información suministrada proviene de Bunel (1871: 87).

ba en Corrientes cuando la catástrofe, le comentara en una carta lo siguiente: "Depuis longtemps, Bonpland me pressait de prendre un intèret dans son établissement agricole: Je héssitait, je le repondais de une manière évasive: je n'avais pas confiance dans la administration de ses affaires. Néanmois, je finis par lui promettre de m'associer à lui, soit par une avance de fonds, soit par une participation au travail qui lui convenait mieux; mais j'y mis pour condition que je visiterais l'établissement avant de me décider. À cet effet, je partis de Corrientes, où j'avais une succursale de ma maison de commerce de Buenos Ayres; et j'errivais sur le territorire des Missions juste au momento de la invasión de Santa Ana par les émissaires de Francia. Je passais un jour et une nuit sur les bords de la dernière rivière que j'avais à traverser. Je'y rencontrait deux charrettes à boeuf chargées d'herbe qui venaient d'y arriver, et qui se dirigeait sur Corrientes; elles étatient accompagnées de queques hommes qui arrivaient également des yerbales. Grâce à un violent orage qui fit de la rivière un torrent infranchissable. Nous échappàmes tous à une bande de soldats paraguayos, que avaient enlevé Bonpland et tué une partie de ses serviteurs. Ils s'approchérent plusieurs fois à de la rivière, mais plus que nous ils ne purent la traverser.// Le lendemain, nous aperçûmes plusieurs hommes à pied; c'était pour le pays une singularité qie appela notre attention. Nous leur fimes des signaux axquels ils répondirent; et peu après, tous les vîmes se jeter à la nage; quand ils furent arrives sur le rivage oû nous étions campés, nous reconûmes des homes qui appartenaient à l'établissement de Bonpland. Ils nous racontérent quils avait échappé miraculeusement au massacre dont les malhereux camarades avaient été victimes; ils avaient gagné le bois, s'y étaient enfoncés, se nourrissant de raciness depuis plusiers jours. Leur narration terminée, y leur forces une fois réparées, je donnai l'ordre de monter à cheval, et accompagnant les deus charrettes qui avaient été sauvées également, nous rentrâmes dans la province de Corrientes, ou la nouvlle du désastre subi par M. Aimé Bonpland et l'incendie de son établissement exita un regret profound: c'était une calamite publique. En effect, depuis de l'arrivée de Bonpland aux Missions, la province de Corrientes avait reçu une vie nouvelle; la culture et le commerce y avaient pris un essor, une activité qu'on ne connaissait pas depuis longue anées; aussi les habitants avaient afflué avec enthousiasme, parce qu'ils faissaient à Santa-Anna des echanges variés et lucratifs[67]*."*

La versión de Castellanos (1963: 66) es la más corriente, a pesar de su carga de dramatismo efectista y de cierta ingenuidad contextual en lo que se refiere a la historia regional:

[67] Tan sólo este último párrafo, enteramente imaginario, hace poco creíble el relato de Rougin a Brunel. Para dudar, basta pensar en la breve duración del emprendimiento, la falta de medios de comunicación propia de la época, el inmenso camino de semanas enteras a recorrer entre la ciudad de Corrientes (y así mismo sucedía con el incipiente poblado de Caá-Caty) para llegar hasta la vecindad de Itapúa, además la provincia de Corrientes no estaba allí mismo sino, muy distante, con caminos que eran prácticamente impracticables, éste era un disuasivo eficaz, sin necesidad de invocar la activa e implacable presencia paraguaya que, al menos hasta 1828, cuando estuvo Alcides D'Orbigny en la región, comenzaba a pocas leguas de Itá Ibaté hacia el este, a considerable distancia de por medio con la Candelaria, en la margen occidental del arroyo Garupá, en cuya cercanía tuvo lugar el incidente que comentamos.

"Una tarde vio [Bonpland] descender un bote por el río Paraná, le hizo señas y cuando se aproximó le preguntó al oficial por su compatriota José Tomás Isasi, amigo del Dictador. El oficial le contestó que en ocho días le traería la respuesta. Cumplido el plazo, Bonpland se fue caballo acompañado por el mayordomo y un peón a la ribera del río, el bote se aproximó y el mismo oficial le gritó "el Dictador supremo le manda decir que se vuelva a su casa". Lo que pasa es que el Supremo está indignado por el establecimiento de la colonia agrícola en "territorio paraguayo" sin su autorización. No es otra cosa que una base militar para preparar la invasión. Además, el fundador de la colonia es un francés, pueblo al que le profesa muy poca simpatía, está en relación con sus peores enemigos, Francisco Ramírez y el caudillo artiguista Nicolás Aripí. Entonces Francia ordena a Ortellado, Delegado de Itapúa, que destruya la colonia recientemente establecida en Santa Ana. El 8 de diciembre de 1821 a medianoche llegaron de improviso 500 soldados paraguayos y empezaron una matanza con los obreros indefensos, algunos fueron tomados presos y sólo unos pocos pudieron escapar. El mismo Bonpland, que no opuso resistencia alguna, fue herido de un sablazo en la cabeza, aherrojado y llevado preso a Itapúa donde se le confinó con la orden expresa de no alejarse más de una legua a la redonda. El establecimiento, según la orden del universitario colonial, fue reducido a cenizas. El tétrico teólogo de la Universidad de Córdoba veía en el nuevo colonizador no sólo a un intruso en los territorios de su propiedad y un competidor en el monopolio de la yerba mate, sino también un espía de su enemigo Ramírez, Jefe de la República de Entre Ríos –que comprendía esa provincia más Corrientes y Misiones–.[68]*"*

La escritora e historiadora uruguaya Ana Ribeiro (2003: 266, *passim*) ha sido quien, relató con mayor claridad y con buena documentación avalante la progresión de sucesos que llevó a Bonpland al cautiverio. Transcribimos algunos fragmentos de la misma: *"Fue la presentación de Bonpland ante el delegado de Itapúa la que, finalmente, terminó de desatar la ira del Dictador. El francés extendió ante el funcionario paraguayo una credencial que lo avalaba como representante del indio Aripí. El Supremo Dictador expresó rudamente su ira*: *"\Bonpland/ "…se agregó y se metió entre un Cuadrilla de indios Bandidos capitaneada por el llamado Aripí, que siendo restos de las hordas destruidas y dispersadas después de la derrota y ruína de su principal Caudillo*

[68] La versión de Robertson (1839: 277-279), que no fue testigo presencial y que, dificilmente se haya entrevistado por Bonpland por la enormes inexactitudes de su obra respecto a lo que pudieron ser los datos bonplandianos sobre sus actividades en Santa Ana, seguramente recibió los relatos de tercera o cuarta persona, también es efectista: *"A medianoche un grupo de cuatrocientos hombres que habían sido reunidos gradual y silenciosamente sobre la margen opuesta, pasó el río en canoas de Itapúa a Candelaria. Sable en manos y fusiles preparados se lanzaron sobre la colonia de Bonpland. En medio de los gritos y clamores de los habitantes los soldados masacraron a todos los indios del establecimiento, apalearon e hirieron a las indias e incendiaron las casas, instrumentos, cosechas, plantaciones, reduciendo el todo a un montón de ruinas negras y humeantes. A Bonpland le aturdieron a sablazos, le engrillaron, le arrancaron de entre sus fieles servidores que tres horas antes le rodeaban todavía con sus cuidados y afecciones y burlándose de su angustia por el espectáculo de horror que lo rodeaba, sin piedad por sus sufrimientos, lo pusieron brutalmente a bordo de una canoa, haciéndolo atravesar el Paraná, y lo llevaron a Santa María. No creáis que he exagerado en esta narración que me ha sido hecha a mí mismo por Bonpland y que los colores de este cuadro hayan sido forzados por mi imaginación".*

Artigas, vinieron a introducirse en el Territorio perteneciente al Paraguay, pretendiendo desmembrar, y apoderarse de este lugar, y formar allí, según decía el Indio, una Provincia hermana para arrendar a otros sus yerbales, como estaban ejecutando, a cuya consecuencia ya se habían hecho ingentes extracciones"(Archivo Nacional, Asunción, T. X, pp. 326-327).

Prosigue Ribeiro (loc.cit.): *"Principiaba diciembre de 1821 cuando las tropas paraguayas llegaron al Paraná, frente a Candelaria. El Dictador instrumentó la sorpresa haciéndolos pasar el río en la madrugada, para que demoraran en ponerse en guardia, "mientras los indios se disponen a cabalgar o a tomar otros arbitrios, especialmente para dejar abandonadas a sus familias en su turbación y sorpresa que les causara la repentina noticia, ya la expedición, si no les ha llegado, se les podrá haber acercado mucho".*/ *"Además de la sorpresa, organiza un especial despliegue, haciendo que pasen primero unos cien hombres en canoas, con fusiles cargados y municiones suficientes para apoderarse del puerto, "ahuyentando y retirando a balazos a los que quieren acercarse o ponerse a tiro". Los caballos debían ir pasando junto con las partidas, para que a medida que fuesen bajando de las canoas pudiesen disponer de ellos. Los llevarían tirados del cabestro o de los recados, desde las canoas./ La orden del Dictador fue que arrasaran con todo el territorio."*

Además, para el doctor Francia, la operación bélica no se completaba con la captura de Bonpland, la matanza de indios y el arrasamiento de su empresa en Santa Ana, sino que disponía enviar partidas a las zonas de entredicho fronterizo, como San Carlos, la Tranquera e San Miguel y todas las zonas donde hubiera yerbales rescatables. Al culminar el operativo de Santa Ana, quedaron en manos de los paraguayos veintidós prisioneros: Bonpland, cinco correntinos, un paraguayo, dos negros, cinco indios, siete chinas y una española (Ribeiro, 2003: 269). En tanto conducían a Bonpland y demás cautivos hacia sus destinos previstos en el Paraguay, las tropas de Ortellado prosiguieron el plan de asolar la región, rastreando, en especial al caudillo Aripí, que logró eludirlos. Estaba a cargo de esa tarea el teniente Lezcano, quien informa a sus superiores que fueron decomisados: "… *cinco percheles*[69]*con cuarenta y tantos tercios de yerba, lo mismo que mandó abrazar y quemar por no poder conducir, matándoles también algunos caballos que por flacos no se pudo traer, habiendo sido aprehendios cuatro correntinos, y algunos pocos fueron heridos en los montes*" (Archivo Nacional, Asunción, T.XIV, pp. 60-63, ex Ribeiro, 2004: 269).

[69] Cinco percheles: se trata de una versión diciciochesca local de *perchas*, una de cuyas acepciones en metrología antigua y era una medida de superficie francesa extrapolada en cuanto a volumen para los textiles, lanas, y otros productos a granel, en este caso es *yerba mate*. Cada *percha* o *perchel* solía tener equivalencias locales arbitrarias, pero básicamente, se trata de 484 pies cuadrados, es posible que se midiera la yerba canchada en una capa homogénea sobre superficies planas, lo que representaba un enorme y pesado fardo.

Así, la empresa bonplandiana de Santa Ana, terminó bruscamente, por causa de la tan reiterada en versiones más o menos cargadas de novelería acerca de la incursión de tropas paraguayas, pero antes de ese hecho, pudo haber tenido lugar, en algún momento de ese mismo año, una actividad de Bonpland acerca de la cual no suelen dar noticias claras sus biógrafos y de la que no se han podido hasta ahora aportar datos confirmatorios.

Se trataría de una muy probable primera, pero muy breve estadía en el Paraguay, la primera de las tres que en ese caso, habría protagonizado Bonpland en su vida, en esa nación. Entre los manuscritos existentes en el Muséum National d'Histoire Naturelle de París se cuentan los folios del *Journal de Botanique* conteniendo las anotaciones de un "*viaje al Paraguay*" efectuado entre octubre de 1820[70] y marzo de 1821. Pero, lo más posible es que lo del "Paraguay" simplemente se trate de un título genérico, como se plantea en la nota al pie, dado que Bonpland permaneció entre esas fechas, ya sea en viaje por el río Paraná, después en la ciudad de Corrientes, o en sus cercanías, con algunas excursiones un poco más largas, pero nunca de más de una veintena de leguas, hasta el 11 mayo de 1821, día en el que emprendió su viaje al antiguo territorio de las Misiones.

Las colecciones botánicas de ese período aparecen registradas en el *Journal*, anotadas desde el dorso del folio 56 al 80 del mismo, y abarcan desde su salida de Buenos Aires, el día 1° de octubre de 1820, hasta su llegada a Corrientes el 28 de noviembre del mismo año[71], y cubren también el inicio de sus campañas en el área de las antiguas Misiones, que culminarían con la mencionada instalación en Santa Ana, pero recién desde junio de 1821. Sin embargo, la existencia de un viaje previo a las Misiones antes de esa fecha debe ser enteramente descartada pues no existió físicamente el espacio temporal como para insertarlo.

Supuestamente habrían sido cuestiones relacionadas con la salud personal de Bonpland –se habló de paludismo[72]– las que determinaron el regreso de Bonpland a Corrientes, a comienzos de agosto de 1821. Esa suposición se menciona

[70] Llama la atención el título que el propio Bonpland puso a este cuaderno, pues si bien su destino explícito era Corrientes, él lo presenta como "*viaje al Paraguay*". ¿Era ese su objetivo real?, ¿Se trataba acaso de una aseveración consciente o inconsciente de carácter geopolítico?, o, ¿Acaso fue un mero título asignado *a posteriori* por el autor, como tal vez podría establecerlo el examen directo del original de ese documento?.

[71] Debe tenerse en cuenta que el viaje desde Buenos Aires tuvo una larga duración: le cuenta Bonpland a Larrañaga, en una carta fechada el 10 de noviembre del año 1820 en Corrientes: "*... nuestro viaje desde Buenos Aires hasta aquí ha sido muy dilatado, hemos gastado dos meses completos y esta demora ha sido causa que yo he trabajado mucho; tengo colectado un gran número de plantas nuevas e interesantes que espero poder publicar un día...*" (Larrañaga, 1934).

[72] El paludismo era un mal que presuntamente ya había padecido Bonpland en su viaje con Humboldt y que lo tuvo enfermo y postrado cerca de Cumaná en el mes de octubre de 1799. Espinoza (1997: 53) habla de "*... la fiebre palúdica que siempre castigó a don Amado...*", contraída en esa oportunidad. Pero, para algunos autores la fiebre tendría otro origen pues habrá resultado del ataque de un zambo cimarrón que trató de robarle su sombrero y para ello le golpeó con una maza en la cabeza, lo que habría originado sus fiebres ulteriores (Botting, 1973: 89; Foucault, 1994: 82).

en forma encadenada, por parte de la mayoría de los autores que tocan el tema[73], pero sin que se aclare qué mal padeció. Lo más posible es que hayan pesado en ese extraño y apresurado regreso, otras razones. Entre ellas podría contarse, según alguna mención, la necesidad de negociar la yerba que pudo haber traído de Santa Ana, para obtener productos y enseres para su recién iniciada colonia, o también, la necesidad de saber qué consecuencias arrastraba para sus proyectos la muerte de Ramírez en el mes de julio de ese mismo año.

Sin embargo, es improbable que Bonpland hubiera regresado a Corrientes con un cargamento significativo de yerba. Primero, por la dificultad existente para extraerla en un volumen adecuado y con la rapidez suficiente, tomándola de plantaciones completamente abandonadas y entreveradas con la selva resurgente. Y además, a la yerba extraída para su transporte y comercialización, era necesario secarla a fuego (*sapecarla*) antes de ser movilizada, y no hubo tiempo material para esa tarea. Finalmente, un viaje con yerba a cuestas podría haber tardado –al menos– un par de semanas en ser desplazada desde su punto de origen hasta la ciudad de Corrientes. La compulsa de fechas sólo permite suponer un rápido descenso, aguas abajo por el río Paraná, en una embarcación ligera y dotada de vela. Eso refuerza la hipótesis de que volvió a marcha forzada para dedicarse actividades relacionadas con el curso de los sucesos políticos, que presagiaban el rápido final de la República Entrerriana, extinguida formal y finalmente, el 12 de octubre de 1821.

Bonpland tenía necesidad de conocer la situación política general de la región, tomar contacto con los nuevos factores de poder –esta vez locales– y de fortalecer sus relaciones con sus socios, a los que necesitaba en forma imprescindible, por el eventual aporte de capital, mano de obra y tiempo de gestión política necesarios para el éxito de su emprendimiento misionero.

El otro viaje, hasta ahora meramente presuntivo –que habría sido la primera estadía paraguaya de Bonpland– se pudo haber realizado en algún momento en ese año, pero requeriría al menos un par de semanas. En el análisis de los registros inéditos aún del *Journal de Botanique*, podría estar la clave, y esa parte del mismo está depositada en el Muséum National d'Histoire Naturelle de París (Lourteig, 1977: 290, 314). Esa autora indica en un mapa de los viajes de Bonpland, la existencia de tareas de muestreo de plantas para el herbario, todas ellas avaladas con

[73] Descartando la información equívoca, Domínguez (1939: 2), quien, en general, ha sido muy riguroso en sus aseveraciones, niega realidad a la supuesta primera visita a las Misiones, dice: "*... llegado* [Bonpland] *a Corrientes el 28 de noviembre* [de 1820], *permanece allí hasta el 11 de mayo de 1821, en que emprende el viaje a las Misiones, después de haberse entrevistado con el General Francisco Ramírez, el célebre caudillo entrerriano, quien después de haber dominado a los otros caudillos (Ereñú, Samaniego y Carriego), y desconocido la autoridad del Directorio* [de Buenos Aires], *se había erigido en jefe supremo de la República Entrerriana y establecido su sede de Gobierno en Corrientes*".

los correspondientes registros en el *Journal*, procedentes de las localidades paraguayas de Trinidad y de Jesús, pero no aclara la fecha de las mismas.

Para la realización del supuesto viaje, Bonpland y sus asistentes y peones, pudieron haber seguido el derrotero que se iniciaba partiendo de la localidad de Santa Ana, pero no les fue posible pasar por Candelaria, en la costa argentina actual del Paraná –por donde años antes cruzara Belgrano con sus tropas en 1811– para salir a Itapúa (actualmente la ciudad Encarnación, cabecera del departamento de Itapúa, Paraguay), porque allí había una población paraguaya, con guardia permanente, que hubiera dejado documentada su presencia y le hubiera impedido avanzar. La única alternativa posible es que hayan seguido por la costa izquierda del Paraná hasta cerca de la antigua misión de Corpus, para cruzar por allí el río y luego continuara hasta la vecina misión de Jesús, recorriendo lugares denominados "río Boycaé" (=Arroyo Mboicaé[74]), Jesús y Trinidad, pues de todas esas localizaciones hay anotaciones de colección de plantas en el registro de Bonpland.

Suponíamos lo arriba expresado hasta que tuvimos conocimiento de la publicación de fragmentos del Diario personal de Bonpland en el período que consideramos, y que ya hemos expresado que se interrumpe el 28 de julio de ese años de 1821. Pues bien en ese texto están cumplidas las condiciones para poder realizar la breve incursión paraguaya que venimos tratando, pues el diario publicado por Capaccio y Escalada Salvo (2014: 44-45), dice que Bonpland, recién llegado de Corrientes, el 26 de junio da cuenta que no ha elegido aún emplazamiento para su proyecto y que seguirá marchando hacia el noreste dejando el pueblo de Santa Ana, que era, "*...uno de los más bellos del Entre Ríos[75] y su colegio[76] sobre todo, estaba construido sobre un buen plano y admiramos todavía la belleza y la elevación de sus corredores que han sido asolados por las llamas y el hacha. El colegio en su fachada al verdadero norte, da sobre una bella plaza cuadrada de la extensión de una cuadra. Al oeste de la puerta principal del colegio sobre el cual todavía se ve escrito "in nomine Dei 12 omne genu ficteatur" se encuentra la iglesia, viene después el cementario, una huerta, luego un bosque de naranjas de frutas dulces y soberbias. Todo el frente del colegio formado de un bello corredor formando (…), y toda la vuelta del patio principal está también provisto de bellos corredores. El cuerpo de la construcción principal, del que no quedan más que los fundamentos, estaba emplazado entre el patio y el jardín en oposición a la puerta princi-*

[74]Alicia Lourteig (1977: 314) lo sitúa en un mapa de la región, en actual departamento paraguayo de Itapúa, entre las antiguas misiones de Jesús y Trinidad, con desembocadura en el río Paraná.
[75]Nótese la fidelidad de Bonpland a la causa de Francisco Ramírez y su República. Cuando alude a parajes misioneros insiste en esa pertenencia a la soberanía entrerriana.
[76]El colegio, era la denominación que recibía en las misiones el sector de habitaciones destinado a los sacedotes jesuitas de las mismas, y allí era donde se recibía a miembros de la orden que estuvieran de paso por cualquiera de las Reducciones.

pal. Al este del patio se ve una (…) que era el patio de la servidumbre, así lo atestiguan los restos de una tahona y de una botica de herrajero. Todo el pueblo estaba formado de casas y calles alineadas de este a oeste, todas construídas en piedra y cubiertas de tejas como la de los otros pueblos (…)."

El 27 de octubre, prosigue el Diario, *"Llegada a Loreto, vista desde muy bellas plantas de araucarias plantadas (cuvy) así como algunas palmeras espinosas… Las araucarias son en número de diecisiete e indican haber sido parte de una gran avenida toda plantada de estos árboles… su situación es menos bella que la de Santa Ana… Loreto está muy destruída y no se encuentra más que escombros en un todo similar al caso de Santa Ana. Cerca de Loreto hemos visto un Calvario, esta capilla está enclavada sobre un punto muy elevado domina una muy vasta extensión del país* (…)".

Continúa el 4 de julio, ya en San Ignacio: "*El pueblo se encuentra emplazado sobre los alto de una colina desde donde se descubre el Paraná. Toda su situación es magnífica y sus alrededores ofrecen bosques muy numerosos de naranjas de dulces frutas. Todo el pueblo está destruido y no queda más una pieza, ni un solo corredor donde uno pueda ponerse al abrigo. La arquitectura de este pueblo tenía sin duda más de gusto y taludes que los de Loreto, Santa Ana y Candelaria. Todo inspira un aire de jardines que no se ve en otros pueblos*".

(…) "La iglesia magnífica estaba desnuda de grabados y santos de piedra. Una terraza soberbia o corredor magnífico dando a un gran jardín debajo del cual parece que puede verse correr el Paraná rojizo al sur. Muy lejos, más o menos a una legua, en fin las montañas del Paraguay, sirviendo para reposar la vista en este costado."

Y todo culmina con la aproximación al sitio clave para cruzar muy subrepticiamente a la otra margen, que seguramente con sus cerros llenos de un verdor vegetal inigualado, atenaceaban la imaginación y encendían el deseo de adentrarse en ese paisaje herborizando en su entraña, por parte de Bonpland, ansia que crecía, tal vez no muy a sabiendas del riesgo que entrañaba si esa acción se descubría.

El paraje en el que se adentraban era la antigua reducción de Corpus, a la que arribaron los viajeros el mismo 4 de julio, y "*Este pueblo se encuentra situado sobre lo alto de una colina… Corpus está enteramente destruido y apenas queda un solo corredor para ponerse al abrigo. De acuerdo al emplazamiento que ocupa la iglesia, la belleza de su peristilo y las escaleras tan cubiertas de escombros, juzgamos que era más bella que la de los otros pueblos, de los que hemos hablado, pero, lo que hay de admirable es el punto de vista que hay desde el peristilo a la iglesia, [desde allí] la vista penetra muy lejos en las montañas del Paraguay y domina el Paraná, que corre cerca del Corpus"*. Y prosigue el día siguiente, 5 de julio, *"a buena hora pasamos entre los escombros de la iglesia y del*

colegio que siempre era la habitación de los jesuitas. Juzgamos por los tristes restos que vimos, la belleza de este pueblo, pero se volvió grande nuestra sorpresa a la vista de una plantación de naranjas magníficas que ocupa todo el posterior de la iglesia, del cementerio y del convento, después de esta plantación estaba el jardín y todo esto estaba todavía rodeado de sólidas murallas".

Si bien el asunto se esclarecerá por completo sólo cuando se pueda consultar la documentación correspondiente (las fechas de ingreso en el *Journal de Botanique* de los materiales botánicos de esas localidades), cuesta hallar en la vida de Bonpland otro espacio temporal alternativo distinto del que quedó libre ahora, en Corpus, como para haber podido llegar en su curso a aquellas tan difícilmente accesibles localidades paraguayas del actual departamento de Itapúa.

Aunque sea meramente especulativo, puede también suponerse que durante su espera en Itapúa (=Encarnación), en 1830-1831, hubiera logrado Bonpland realizar esa excursión, pero de hacerlo, lo absolutamente probable es que o se impidiera por la fuerza o quedara algún registro oficial del intento, porque el doctor Francia recibía y emanaba permanentes disposiciones acerca de los movimientos y actividades del curioso "naturalista" francés de las que recelaba seriamente. Además, el *Journal de Botanique*, para todo el período que va de abril de 1822 hasta enero de 1831, bajo el título "Paraguay", sólo abarca los folios 14 a 56 del Manuscrito 204 del Museo de París.

Ninguno de los principales biógrafos bonplandianos, ni Brunel (1871) ni Hamy (1906), por ejemplo, se han referido a ese eventual viaje, que necesariamente hubo de haberse realizado y, al menos fue rendidor en el sentido botánico[77]. En consecuencia, los biógrafos ulteriores pasan también por alto esas actividades, que tal vez pudieran ser cruciales para entender cuál era el empeño real de Bonpland y cuáles eran las razones del mandatario paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia para recelar acerca de sus actividades, posiciones ambas que necesariamente debían ponerse en conflicto.

Estas consideraciones contribuyen a destruir el mito de un ingenuo Aimé Bonpland, que se habría establecido en Santa Ana sin otro propósito que explorar y explotar los yerbales, y al que, de súbito y sin racionalidad alguna, le llegó pesadamente el brazo ejecutor del Dictador Supremo del Paraguay, cuando lo hizo

[77] La anotaciones de Bonpland, a partir de la salida de Corrientes en el mes de mayo, hasta junio de 1821, llenan los folios 83 a 87 del *Journal de Botanique*, las de junio a agosto del mismo año, los folios 87 (dorso) a 94. Luego viene el Manuscrito 204, con el extraño encabezamiento: "*Viaje en el Distrito de Entre Ríos, Costa del Paraná*", noviembre-diciembre de 1821, ocupando los folios 1 a 13 de ese registro. El título mismo constituye una suerte de proclama de reconocimiento político y una presunta adjudicación de soberanía entrerriana en un momento de crueles disputas y tensiones territoriales, y acabamos de ver que subsistía aún, pero ya aconteciendo en el vacío, pues mientras Bonpland herborizaba en las ex misiones paraguayas del Alto Paraná, el azar bélico había aniquilado al Supremo de la efímera república mesopotámica.

apresar en Santa Ana. Casos como el de la incursión en tierra paraguaya desde Corpus, muestran que subyaciendo al empresario y al político, perduraban en su fuero interno las pulsiones que lo llevaron a los enormes esfuerzos del gran viaje americano con Humboldt: todavía era el Bonpland de los días equinoccial, a la vez curioso y osado en su pasión herbolaria.

Recuérdese que –como se dijo precedentemente–, recién en el mes de julio de 1821, el día 10, fue derrotado y muerto en el Río Seco, Santa Fe, el caudillo entrerriano y por entonces señor de la Mesopotamia argentina, en la que había proclamado[78] con carácter de estado soberano, la República de Entre Ríos, Francisco Ramírez (1786-1821), de quien el doctor Francia recelaba intensamente, y lo hacía con pruebas en mano, pues había interceptado su correspondencia en más de una ocasión[79]. Esa actitud de desconfianza era natural, dado que entre los propósitos de esa coalición mesopotámica, de la que desde el inicio también participaba activamente el "Protector" uruguayo José Gervasio de Artigas, aunque después enemistado con Ramírez[80], estaba la anexión del Paraguay[81].

Aunque hasta ahora no están completamente esclarecidas las relaciones de Bonpland con el general Francisco Ramírez, existe consenso –además de numerosos testimonios documentales– en cuanto a que éstas existieron efectivamente y que fueron buenas[82] y que ambos protagonistas llegaron a compartir algún tipo

[78] Francisco Ramírez cuando "… *instaura por bando del 29 de septiembre e 1820 la República Entrerriana*", cuando frisaba los treinta y cuatro años de edad. Beatriz Bosch (1978: 61) se cuenta entre los autores que niegan totalmente la tonalidad separatista de la proclamada República, que *"… reunía bajo ese rótulo los territorios de Misiones, Corrientes y Entre Ríos. La palabra "república" significa aquí "provincia", simple ámbito territorial. No cabe matiz separatista alguno. Por unos días apenas, el 6 de septiembre, Tucumán se adelanta al empleo del término, al sancionar una Constitución para la "República Libre e Independiente del Sud", unida sí con las demás que componen la Nación Americana del Sud…". Vocablo de uso frecuente, por lo demás en las actas de los cabildos coloniales con el sentido clásico de comunidad*". De hecho, la "república" de Ramírez duró demasido poco como para ver los alcances de su eventual separatismo. El problema es semántico y de comprensión de las mentes caudillescas, recordemos que hubo algo de alucinado e irracional en él y que lo llevó a la muerte prematura. No se puede hacer historia contrafactual. Recordemos que en los mismos años el Paraguay, el Alto Perú y Uruguay se separaron de una misma matriz virreinal en el Plata. Chiaramonte (1991: en especial, pp. 21-35) trata con bastante claridad la naturaleza y la causalidad de las fuerzas dispersoras antagonizando con las aglutinantes, sobre la base de un estado de cosas que denomina "… *la inexistencia de una nación en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX*".

[79] Además, cabe recordar que el caudillo entrerriano era de ascendencia paraguaya, por una de sus ramas: la materna, algo que acrecentaba la idea de que pudiera albergar ambiciones de incorporar el Paraguay a su expansiva República Entrerriana. La historiadora citada en la nota anterior, nos dice que "*Ramírez ambiciona extender su dominio hasta Paraguay. Más hubo de suspender los planes agresivos sobre la patria de los comuneros ante el cariz que revisten los sucesos en Buenos Aires…*" (Bosch, 1978: 64).

[80] Artigas, estando en Ávalos, en el sur de Corrientes, se enteró de la firma del Tratado del Pilar por parte de "… *su antiguo lugarteniente Francisco Ramírez, "esta es la peor y más horrorosa de las traiciones de V. S", le escribía el 21 de abril de 1821 desde Curuzú Cuatiá. Surgía así la enemistad entre ambos caudillos federales que los llevaría muy pronto a la guerra fratricida. El 24 de abril suscribió el oriental en Ávalos un pacto con el gobernador* [de Corrientes] Méndez y el nuevo comandante misionero Francisco Javier Sity, donde Misiones y Corrientes reiteraban su lealtad a aquél como "Protector de la Libertad" y se lo autorizaba a decidir la guerra o la paz contra los enemigos exteriores o interiores. El 7 de mayo Artigas impartía órdenes par el inicio de acciones militares contra Ramírez."

[81] Dice Carlos B. Pérez Colmán (1947: 246): "*La formación de la República de Entre Ríos y el proyecto de anexarse al Paraguay, demuestran que Ramírez aspiraba a reemplazar a Artigas en la alta función de unificar los pueblos orientales del Paraná, para formar con ellos un vigoroso organismo que contrapesara la influencia de Buenos Aires y sus aliados*". Véanse, por ejemplo, el caso ilustrado por los mapas de Juan Álvarez (2001: 60, 61), que representan los proyectos de dominio de ambos caudillos.

[82] Alberto Palcos (1941), afirma que Bonpland "*... parte* [de Buenos Aires] *en octubre de 1820 hacia el litoral. Somete sus proyectos al caudillo Francisco Ramírez, quien los apoya ampliamente, porque palpa la posibilidad de ensanchar el porvenir económico de las regiones sometidas a su mando*".

de proyecto. Además, hubo documentos especialmente comprometedores, como "*la carta del imprudente Leloir*" mencionada por Boccia Romañach (1999: 94)[83].

Pero, eso no significaría forzosamente que Aimé Bonpland, quien, si bien debió de estar enterado –y, muy posiblemente, compenetrado anímica y políticamente– acerca de los propósitos del caudillo entrerriano, fuera realmente un servidor exclusivo de esos planes en su tarea específica en el campo. Todavía puede sostenerse, aunque con beneficio de inventario, que su objetivo fundamental pudo haber sido la investigación botánica descriptiva y aplicada[84].

Además, aunque jamás retornó Bonpland a Francia y se asimiló notablemente a la vida criolla, nunca dejó de ser un francés al servicio de su patria cuando tuvo ocasión de ello. Aunque este es un capítulo muy especial de su vida personal y revela en Bonpland, la existencia de algo que iba más allá de un simple "patriotismo", ya fuera una conciencia clara de la obligación moral de servir a la nación que le abonaba una pensión especial y vitalicia[85], ya la concurrencia de sentimientos prácticos particulares, tales como la certeza de que sólo en su patria podrían conservarse sus herbarios y colecciones científicas en forma adecuada y duradera y que sólo de su país natal podía recibir libros y novedades en el campo de las actividades botánicas, mineralógicas, zoológicas y médicas que cultivaba, los que le eran particularmente necesarios para mantenerse al día en una ciencia que avanzaba a pasos agigantados, como lo hacía la botánica tropical y subtropical sudamericana en el siglo XIX.

Sin embargo, a pesar de esa aparente relación tan intensa con su patria, llama la atención el hecho de que Bonpland haya vivido lejos de Francia sucesos allí acaecidos, que conmovieron vivamente, e incluso cambiaron, el mundo moral y político de su tiempo (Cabeza Sánchez Albornoz, 1998), sin que eso llegara a despertarle sino muy escasas opiniones o comentarios –al menos, casi no se cuenta con evidencias escritas de las mismas– pues apenas si se conocen sus reacciones

[83] La carta del "Imprudente Leloir", alude a los manejos políticos e intrigas inocultables del emisario francés, que poco más adelante perecería accidentalmente en el océano Atlántico, frente a la costa patagónica, y que con su descuido perjudicó, sensiblemente a muchos de sus compatriotas que vivían en el Río de la Plata.

[84] Tal vez predominantemente esta última, debido a su afán de cultivador, de introductor de especies e investigador de lo que precursoramente podría llamarse fitoquímica experimental o farmacológica de plantas productoras de medicamentos, de tinturas, de protectores contra los insectos, o de otras proveedoras especies vegetales productoras de cera y de resinas y de otros productos útiles.

[85] Establecida por Napoleón, mediante el Ministerio del Interior y a título de recompensa, se le había otorgado en 1804 una pensión anual vitalicia de 3.000 francos. La misma se otorgaba oficialmente por la provisión de 6.000 especímenes de plantas herborizadas al Herbario del Museo de Historia Natural de París. De Terra (1979: 161), dice al respecto que el gestor exitoso de esa pensión fue Alexander von Humboldt, quien en los festejos de coronación de Napoleón "*… no se alejaría de aquella ocasión festiva sin lograr un favor para su amigo Bonpland. Al hablar con uno de los ministros del emperardor consiguió que se le prometiera una pensión anual de tres mil francos, que Napoleón confirmó, para premiar a los servicios de Bonpland a la ciencia francesa*". A pesar de la fecha dada por De Terra, según Hamy (1904) ese beneficio se habría establecido recién en 1807, después de consumada la entrega al Museo de Historia Natural de París, de 45 cajones de plantas secas (herborizadas) conteniendo 6.000 muestras. Recién entonces elevó Humboldt la carta –que Hamy transcribe–, solicitando se premiara a Bonpland con esa recompensa.

ante hechos políticos relevantes[86], como lo fueron –entre otros – la restauración monárquica en Francia en 1815, la formación de la Santa Alianza, los hechos revolucionarios de julio de 1830 y de febrero de 1848 en París, la toma francesa de Argelia en África del norte, el ascenso político de Luis Bonaparte, su golpe de estado de noviembre de 1851 y, la consecutiva proclamación del Segundo Imperio, con el mismo Luis Bonaparte, consagrado como Napoleón III, a la cabeza.

Incluso la relación de Bonpland con la presencia francesa en el río de la Plata, con el bloqueo, el desembarco en Martín García y los incidentes suscitados entre 1838 y 1840 con el régimen rosista, aparenta haber sido para él un acaecer relativamente distante y, es interpretable que brindara su apoyo, más como adherente a banderías políticas locales (su adhesión al unitarismo[87] y a los movimientos libertadores correntinos contra la tiranía de Rosas), que como ciudadano francés, aunque en este tema pude ser que Aimé Bonpland haya encubierto sus movimientos y contactos muy astuta y cuidadosamente, como sin duda lo exigía la delicadeza de los asuntos en los que pudiera haber sido confidente o partícipe. Ruíz Moreno (1997: 220) cita a Enrique de Gandía, aunque bajo una irónica referencia a éste como "*especialista en la época del descubrimiento*", cuando dice "*Hablamos de otro proyecto, a menudo recordado pero no bien estudiado, que tuvo por fin constituir una república independiente con el Uruguay, Corrientes, Misiones y la República Riograndense de Piratiní. En un estudio nuestro sobre Pedro Ferré hemos destacado cómo el naturalista Amado Bonpland fue encargado por* [Fructuoso] *Rivera[88], Ferré y otros políticos de proponer a Bento Gonçalves[89], entonces presidente de la República de Piratiní, para formar un estado con las naciones mencionadas*." Y éste es uno más de los casos similares en los que se lo menciona.

[86] Aunque sí, hay constancia del placer con que recibía, de tanto en tanto y con sensible retraso, los paquetes postales de diarios y periódicos, por lo común muy atrasados, procedentes de su patria, e incluso solía interrogar a los viajeros, con avidez acerca, de hechos políticos y personajes de la vida pública de Francia.

[87] Aunque reiteramos el uso tradicional de "unitarismo" para calificar a la oposición a Rosas, el adjetivo no cabe para la generación argentina llamada de 1837, ni tampoco a los sucesivos ejércitos libertadores que armó Corrientes durante la tiranía porteñista para combatirla. Isidoro J. Ruiz Moreno (2004) dice que esa denominación, aplicada a sus enemigos, era útil a Rosas para encubrir su centralismo impuesto a sangre y degüello. Ese autor (2004: 16) utiliza la denominación de *liberales* para los que resistían a la tiranía en los tiempos de Paz, Ferré, Rivera y J. P. López. La divisa central y congregadora que sostenían era *Libertad y Constitución*.

[88] José Fructuoso Rivera (1784-1854). Militar y político uruguayo, luchó desde el inicio por la independencia de España. Actuó primero a las órdenes de José Gervasio Artigas. Después contra la invasión portuguesa de 1815, que duró hasta 1825. En ese año se inició la guerra entre la Argentina (Provincias Unidas) y el Brasil, ocasión en la que las tropas uruguayas, con Rivera y sus hombres, apoyaron la causa de la nación rioplatense. En ese año el militar uruguayo Juan Antonio Lavalleja y sus llamados "33 orientales" lograron consumar la separación de Banda Oriental de la Argentina y el fin de la ocupación brasileña. Rivera fue presidente de la nueva nación de 1830 a 1834, y después ejerció el cargo por dos períodos discontinuos más, con fuerte protagonismo en el largo sitio de Montevideo por las fuerzas de Oribe, que encabezaba a los partidarios de la influencia rosista y antiliberal en Uruguay. Rivera fue también el creador del actual partido Colorado uruguayo.

[89] Bento Gonçalves da Silva (1788-1847). Fue un militar revolucionario brasileño nativo de Rio Grande do Sul, que terminada su participación en la guerra contra la Argentina (1825-1828), terminada con la batalla de Ituzaingó, de la que egresó con el nombramiento imperial de Coronel de Estado Mayor y después de ejercer el comando militar del estado de Rio Grande do Sul, fue depuesto por sectores conservadores en 1835, un hecho que determinó el estallido de la rebelión Farroupilha, creando un estado bélico que duraría diez años.

Más adelante se detalla en esa contribución, un mensaje de advertencia formulado a Urquiza sobre un potencial atentado contra su persona, enviado verbalmente por intermedio de Bonpland por parte del almirante de la flota francesa estacionada frente a Montevideo, y una misión de esa naturaleza, es evidente que no se confiaría a cualquiera que no perteneciera a un círculo de extrema confianza de quienes se la asignaron.

Lamentablemente hay poca correspondencia edita de Bonpland en ese intervalo de los dos primeros viajes al "Paraguay" que suministre detalles claros y precisos sobre sus andanzas botánicas, menos aún acerca de sus sentimientos personales, familiares y políticos. La única carta que aporta Hamy (1906: 79-80) de esos años es el texto incompleto de una misiva dirigida a A. R. Delile[90], fechada en su factoría de Santa Ana en 1821, sin especificación de día en el extracto conocido, y en ella le dice: "*...yo he hecho muchas excursiones en el Paraná y cuento a la fecha con de ocho a nueve centenares de especies de este país en mi colección de plantas. Tengo asimismo una también bella colección de insectos, algunas conchillas fósiles y no me va mal en lo que hace a la anatomía comparada...*"[91].

Debe destacarse que un porcentaje significativo de la información bonplandiana disponible, se caracteriza por su *circularidad*, pues para cada hecho que suele repetirse por parte de sus biógrafos y exégetas, hay siempre una cita básica a la que los trabajos posteriores reciben axiomáticamente como veraz y se encargan de reiterarla como si fuera un saber corriente. Es decir: suele bastar que algún biógrafo suponga –o aún invente– una circunstancia particular de la vida de Aimé Bonpland, para que después se reformule ese dato como cita cierta, a modo de fuente original documentada, sin la crítica heurística fundamental propia del trabajo histórico serio.

Tal es el caso, por ejemplo, de la vida de Bonpland en el Paraguay, entre diciembre de 1821 y mayo 1831, acerca de la cual se ha tejido un denso entramado de relaciones familiares, matrimonios o concubinatos, paternidades, intentos de fuga, relaciones con el doctor Francia, que hasta el presente no tienen el menor aval documental, o se han desmentido como el caso de sus (supuestamente) perdidos

[90] Alyre Raffeneau-Delile (1778-1850). Fue un botánico francés, del que Hamy dice (1906: 80) dice: "*… no he podido hallar en el Museo más que informaciones muy vagas acerca del botánico, cuya correspondencia con Bonpland no ha sido reencontrada*". Delile, que había participado como botánico en la expedición a Egipto de Napoléon I, a su regreso había sido designado Comisionado de la República Francesa en Wilmington, Carolina del Norte, Estados Unidos. En 1804 estaba todavía en Washington (Hamy, 1906: 8). El fragmento de texto perdido, fue publicado por la Académie des Sciences de París, en 1858, en un homenaje a Aimé Bonpland, por entonces recientemente fallecido.

[91] Las bastardillas en el texto transcripto son del autor. Nótese la ambigüedad de Bonpland cuando se refiere a sus excursiones de colecta "*dans le Paraná*" y a los centenares de especies "*de ce pays*". Después de leer los diarios publicados de Aimé Bonpland (Lourteig, 1977; Bonpland, 1978) y el reciente de Contreras Roqué y Boccia Romañach (2005), si algo resalta de los mismos es que la ambigüedad no es una de las características más habituales del naturalista francés, que por lo común, es claro, directo y objetivo, aunque puede tornarse notablemente críptico y encubierto cuando le conviene o lo cree necesario.

herbarios o el de las páginas correspondientes de su *Journal de Botanique*, que él llevaba correlativamente con las colecciones, en especial con aquellas especies vegetales nuevas o dudosas que caían en sus manos, todos ellos a buen recaudo y bien conservados.

En el conocimiento relativamente pormenorizado de la vida de Aimé Bonpland entre el 1° de octubre de 1820 y el 8 de diciembre de 1821, media un período sobre el que hay tres fuentes principales: una de ellas muy aprovechada, que es el texto de Hamy (1906), pues el de Brunel (1871), es demasiado impreciso al respecto, y toda la literatura ulterior es reiterativa o sólo realiza la exégesis de alguna que otra referencia puntual de fuentes aleatorias, especialmente las procedentes de la correspondencia bonplandiana (p. e.: Pérez Acosta, 1942). La segunda fuente es la aportada por Alicia Lourteig (1977: 289-317), con el inventario detallado de los manuscritos de Aimé Bonpland conservados en París. Se trata de una contribución valiosa pero incompleta para nuestro propósito, pues la intención de la autora ha sido, precisamente la de brindar un panorama general de la información básica, inédita o poco conocida, a la que, lamentablemente, aún no se le ha dado un uso adecuado como para reconstruir esa etapa tan interesante de la vida del botánico francés. La tercera fuente surge de una breve pero densa y sobria monografía de José Antonio Machón (1998, reeditada en 1999), en la que brinda el mejor panorama acerca de la actividad, viajes y relaciones de Aimé Bonpland en ese lapso.

Analizando las tres fuentes mencionadas, se encuentran contradicciones entre ellas en más de un aspecto, e incluso hay datos que aunque procedentes de alguna no encuadran en el panorama de cualquiera de las otras dos que se quiera considerar comparativamente. Aunque en este aporte no corresponde tratar ese período de la vida de Bonpland, conviene dejar expresada esta aseveración, que frecuentemente se puede hacer extensiva a buena parte del cúmulo historiográfico total existente sobre él, que tan sólo en una selección primaria de la bibliografía bonplandiana, comprende por encima de las 400 citas (Contreras, M. S., 2004).

Planteado el caso de este modo, es pertinente llegar a una conclusión: resulta frecuente que con las biografías de los personajes que cuentan con tal multiplicidad de aportes previos, se haga a partir de los mismos, un balance de incertidumbres y certezas. Así lo hizo Manuel Álvarez-Valdés y Valdés (2002) en el caso de Gaspar Melchor de Jovellanos, también abrumado por un cúmulo biobibliográfico inmenso, ateniéndose –como ese autor lo proclama– a las palabras que pone Miguel de Cervantes en boca del bachiller Sansón Carrasco, en el tercer capítulo de la segunda parte del Quijote: "*... el poeta puede contar o cantar las cosas,*

no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna".

Las mayores incertidumbres surgen de los años pasados por Bonpland en el Paraguay después de haber sido apresado por tropas paraguayas mientras trabajaba en territorio de la actual provincia argentina de Misiones en su proyecto, transformado ya en un incipiente emprendimiento de estudio fitotécnico y de comercio con la yerba mate. El hecho, acaecido en diciembre de 1821, en territorio de la actual provincia argentina de Misiones, entonces de jurisdicción paraguaya –aunque bastante controvertida[92]– le costaría al naturalista francés ser retenido contra su voluntad en un estado de libertad controlada y con residencia forzada en el área de las antiguas Misiones Occidentales, en el paraje denominado El Cerrito, situado entre las antiguas reducciones jesuíticas de Santa Ana y de Santa Rosa, ya entonces y desde años atrás (Azara, 1904), pertenecientes a la jurisdicción del departamento paraguayo de las Misiones.

Pocos temas como éste han generado más aportes a la que bien podemos llamar la "leyenda negra" francista. Se habla del cautiverio, de la prisión de Aimé Bonpland en términos de cruel reclusión, achacando al Dictador Supremo del Paraguay el haberlo sumido en esa condición sólo por voluntad dictatorial, crueldad e ignorancia, o por la suma de esas tres atribuciones. Eso está tan difundido que el historiador argentino José Raed (1996: 69), llega incluso a arremeter cruelmente contra el noble y veraz historiador paraguayo Blas Garay, acusándolo de "*panegirista obsecuente de las dictaduras paraguayas*" y autor de una "*vulgar alteración de los hechos*" que narra, por más que el joven historiador, no hacía sino repetir las propias expresiones de Aimé Bonpland, cuando este último muestra un grato recuerdo de su vida en el Paraguay, y lo hace expresándose sin rencor acerca del doctor Francia, como lo hemos destacado en ocasión de tratar sobre el retorno al Paraguay de Aimé Bonpland en 1857 (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2005).

Sin embargo, a pesar de la existencia de muchas detracciones como la citada, en general, la mayor parte de la literatura específicamente bonplandiana –la biográfica y la novelística también– coinciden en que Aimé Bonpland durante su retención en el Paraguay se dedicó a las actividades rurales, ejerció la medicina,

[92] Este es un largo y denso capítulo que abarca la historia toda de la antigua provincia de Misiones y sus vicisitudes desde que fuera segregada de la jurisdicción paraguaya a fines del siglo XVIII, para volver a unificarse —al menos en cuanto a la autoridad vigente— bajo el mando de Bernardo Velazco y Huidobro, el último gobernador español del Paraguay. Después de los sucesos de mayo de 1810 en la capital virreinal, se inicia una accidentada etapa de incertidumbre y agitación que dura más de medio siglo, hasta 1870. La derrota de la última resistencia paraguaya en Cerro Corá, cerró de hecho las disputas jurisdiccionales de la Argentina con el Paraguay en cuanto al territorio en litigio y permitió el avance de argentinos y brasileños sobre tierras paraguayas antes sin disputa jurisdiccional. Poco después, se consumó su desprendimiento de Corrientes y, no muchos años más tarde, se produjo la pérdida de una extensa fracción territorial en el oriente provincial, en manos del Brasil por causa de un laudo arbitral del presidente de EE.UU., Grover Cleveland (1837-1908), del 5 de febrero de 1895, un final desdichado y, muy posiblemente, viciado por intereses geopolíticos extraregionales que influyeron en la decisión arbitral.

herborizó, cultivó e investigó acerca de la botánica local con particular énfasis farmacológico, e incluso se especula –hasta el presente sin aval sólido alguno– con la versión de que habría formado una nueva familia, teniendo, al menos, dos hijos en ese lapso.

El propio Bonpland se encargó de esclarecer, aunque muy parca y reservadamente, y sin trascender nunca asuntos familiares, aspectos de su "*cautiverio*" –al que él llama "*detención*"– y en una carta a su amigo Domingo Roguin, Bonpland le dice:

"*San Borja, 22 de febrero de 1831*

À Monsieur Roguin.

"Señoy y viejo amigo mío, convencido del vivo interés que usted tuvo siempre hacia mí, me apresuro anunciarle mi salida del Paraguay. Luego de veinte meses de estadía en Itapúa donde he dejao un segundo establecimiento agrícola. Por fin he cruzado el río Paraná por orden del supremo, el 2 de febrero. El 8 he quitado la rivera e este río y el 15 he llegado a San Borja. El portador de estas líneas es Araujo, negociante portugués a quien he conocido en Itapúa, le ruego serle útil si hubiere la ocasión. La crecida excesiva del río [Paraná] no me ha permitido aún pasar todos mis efectos personales, pero tan pronto los recupere iré a visitar todos lo pueblos de Misiones que se encuentren en la rivera izquierda del [río] Uruguay, luego pasaré a Corrientes donde espero encontrar lo que he dejado y sobre todo, mis libros que me son extremadamente necesarios por la pérdida de varias obras en mis primeros meses de estadía en el Paraguay[93]*. De Corrientes retornaré probablemente a San Borja y finiquitando todos mis negocios aquí me dirigiré a Buenos Aires donde tengo tantos deseos y necesidad de ir. A fin de poner término a todas las tristes suposiciones que Ud. y todos mis amigos deben naturalmente haberse hecho durante los nueve años de mi detención en el Paraguay, debo decirle que en lo posible he pasado una vida tan feliz como pueda pasar aquél que se encuentra privado de toda comunicación con su país, su familia y sus amigos. La práctica de la medicina me ha proporcionado siempre el medio de subsistencia, pero como ella no tomaba todo mi tiempo había establecido una fábrica de "agua viva" [alcohol] y de licores, así como un taller de carpintería y herrería, lo que no solamente costeaba mi establecimiento agrícola, sino que me daba algunos beneficios provenientes de los trabajos ejecutados por cuenta de particulares. De esta manera he adquirido los medios para vivir con gran comodidad. El 12 de mayo de 1829 sin ningún otro preliminar el delegado de Santiago me comunicó la orden del supremo dictador, para abandonar el país. Esta orden fue una mezcla de justicia e injusticia que no he podido explicarla de manera positiva. He cruzado el Paraná con todos los honores de la guerra. Esta segunda época de*

[93] Esta observación es de gran interés pues es la única que da cuenta de la entrada de Bonpland con libros en el Paraguay. Sería interesante saber si los portaba consigo al internarse forzadamente en Santa María de Fe, o si se destruyeron en la noche trágica del 8 de diciembre de 1821, al ser arrasado el establecimiento de Santa Ana.

mi vida en Paraguay ha sido para mí un verdadero tormento. Nunca he dado lugar a nadie de quejas sobre mi persona. Yo era bien visto, y oso decirlo, estimado por todo el mundo. Mismo el supremo dictador desde mi entrada en la República hasta el 12 de mayo de 1819 me han acordado la más grande libertad, y los jefes de departamento en el que yo vivía me trataban con bondad. En fin, como todo tiene un término, el dictador ha decidido mi salida definitiva del Paraguay y lo ha hecho de la manera más generosa. Estoy libre y espero poder abrazar a todos mis amigos que se acuerdan de mí. Querría decirles un millón de cosas, pero el tiempo no me permite escribirles a todos. En mi detención he pensado en todo el mundo, y sin ninguna carta geográfica he viajado mucho durante nueve años consecutivos. No he hablado una sola vez en francés, por lo tanto espero quiera excusar mi dicción y todas la faltas ortográficas que he cometido en mi carta. Adiós mi querido señor Roguin, me quema el placer de encontrarle. Vuestro compatriota y sincero amigo Aimé Bonpland[94]*"* (Hemos tomado el texto de buena parte de la carta traducida de M. V. Benítez Martínez, 2010: 1120-1121).

A pesar de tan breves y concisos testimonios epistolares del propio Bonpland como el precedente, es muy significativo el "*silencio documental*" que rodea el período de la internación paraguaya de Bonpland, apenas esclarecido por un corto acerbo de testimonios escritos, en su mayoría referidos a la repercusión externa del hecho del confinamiento (los documentos relacionados con Simón Bolívar[95], Jean Esteban Richard Grandsire, Alexander von Humboldt, Antonio José de Sucre, Antonio Manoel Correa da Cámara, el vizconde de Chateaubriand, Woodbine Parish, José Antonio Pimenta Bueno, etc...) y no a la situación personal, legal, vital y de relacionamiento humano del cautivo, sobre la que apenas si se cuenta hasta ahora con las referencias –en su mayor parte epistolares– emanadas del propio Bonpland y con unos pocos documentos[96], todos ellos muy parcos en información o reiterativos unos de otros.

Tal circunstancia ha dado lugar a que toda una época de gran interés biográfico e histórico, que abarca casi una década de la madurez de Aimé Bonpland, entre

[94] Esta carta se conoce, en general sólo por un fragmento. Para obviar esa situación hemos querido presentarla completa.

[95] El estudioso de la historia cultural y además literato argentino radicado en el Paraguay, Raúl Amaral aporta elementos por los que considera, basado en un artículo que la supuesta carta de Simón Bolívar acerca de Bonpland es una falsificación (Amaral), sin embargo no hay asidero para esta suposición y no volvió a ser sostenida. Mandelli (1948: 425), narra la entrevista de Alvear con Bolívar, en una reunión en Potosí, el 12 de enero de 1826, en la cual el general venezolano le manifestó a Alvear: "*Voy a proponer a Vd. una idea neutra que tengo para ver qué piensa de ella. He hecho reconocer el Pilcomayo, y procurado adquirir todos los conocimientos posibles, para proporcionarme la mejor ruta al Paraguay, con el proyecto de irme a esa Provincia, echar por tierra a ese tirano y libertar a Bonpland, amigo a quien aprecio singularmente…*", pero, en la misma reunión Bolívar condicionó su realización a poder contar con la solicitud de las Provincias Unidas, a lo que Alvear replicó, "*que entendía que debía respetarse la libertad y la independencia de los nuevos estados americanos*" y por eso, era difícil que se formulara tal pedido (Ernesto Restelli: *La gestión diplomática del general Alvear en el Alto Perú*, Buenos Aires, 1927, pág. 26).

[96] Por ejemplo, en la extensa obra de José Antonio Vázquez (1975), que se centra en la transcripción documental de material de archivo de la época del Supremo Dictador, apenas si aparecen un par de referencias a Bonpland: una referida a las relaciones externas del Paraguay (pp. 236-237), y la otra es el conocido fragmento de la carta a Domingo Roguin, ya publicada esta última por la *Revista del Instituto Paraguayo* (Bonpland, 1899) y por Hamy (1906).

los 48 y los 57 años de su edad, haya quedado en gran medida sustraída al conocimiento histórico y se haya transformado en la sede de conjeturas completamente inciertas, muchas de ellas sólo novelescas.

Como se ha visto, le atribuyen, por ejemplo, mujer e hijos paraguayos; intentos planificados de huida por vía fluvial, siguiendo el Tebicuary hasta el río Paraguay y, desde allí hasta Corrientes[97]; escapadas de dos días para visitar supuestos yacimientos minerales que le interesarían; viajes encubiertos a Asunción para atender médicamente al doctor José Gaspar Rodríguez de Francia[98] y otras aventuras más de la misma supuesta audacia.

Hay versiones que llegan incluso al reino puro de la fantasía, en literatos de la envergadura de Augusto Roa Bastos, que en su novela *Yo el Supremo*, endilga a Bonpland la curación de un doctor Francia enfermo que se habría disfrazado de campesino para acudir en busca de tratamiento medicinal al paraje de destierro de Aimé Bonpland.

En un bello contexto literario, hace Roa Bastos decir a Francia, en un soliloquio que, por su penetrante e intuitiva interpretación acerca de cómo sería la vida de Bonpland como médico en el Cerrito, merece releerse: *"Disfrazado de campesino llegué esa noche a Santa María. Hice escapar a mis hombres a una legua, escondidos en el monte. Cubierto por mi sombrero de paja a dos aguas, me metí en la fila de los enfermos que esperaban frente a la choza en la falda del Cerrito. Me tocó estar entre un paralítico y un leproso, echados en el suelo; el uno con sus llagas y el aviso de su mal en un sombrero coronado de velas; el otro, sepultado media res en la inmovilidad total. Me eché yo también haciéndome el dormido, la cara pegada a la tierra pelada con olor a mucho trajín de enfermedades. Los dejé pasar. Cuando abrí los ojos me ví frente a un hombre rechoncho, lozano, fresco. Melena canosa, casi platinada. Pelo muy fino barriéndole el hombro. Idéntica a él su voz me dijo. No se saque el sombrero. No se descubra. No me tocó. No*

[97] Algo que un hombre del conocimiento geográfico y de la situación política y militar circundante, y con el realismo práctico y el instinto de supervivencia tan desarrollados, como lo era Aimé Bonpland, jamás hubiera soñado emprender, por ser prácticamente nulas sus posibilidades de éxito, puesto que un itinerario como ese, implicaba desde la escasa posibilidad de alcanzar el Tebicuary partiendo desde su residencia, cruzando por parajes muy trajinados por los pobladores que podían denunciarlo, después debía robar una canoa (algo insólito en esos años) que fuera capaz de servir para el largo itinerario propuesto, que comprendía atravesar guardias oficiales del gobierno paraguayo en la navegación del Tebicuary, además al salir de dicho curso al llegar a su boca en el río Paraguay, estaba presente todo el riesgo que representaban los indios payaguás en el mencionado río. Siguiendo su camino de huída, debía cruzar forzosamente frente a la verdadera valla filtrante que era la villa de Pilar del Ñeembucú, con sus guardias, en esos años del gobierno del doctor Francia (¿todo eso realizado a solas, o acaso como en la especulación gratuita, se le atribuyen cómplices, algo casi incomprensible en el Paraguay de la década 1820-1830?).

[98] La atribución a Bonpland durante su detención en Santa María de Fe, de un viaje a Asunción para prestar atención médica al doctor Francia se puede desmentir con absoluta seguridad. Lo poco que sabemos al respecto de la relación de la salud del Supremo Dictador con Bonpland, es lo que dice Wisner de Morgenstern, que estaba nuy compenetrado con la historia del período francista y que trató a gran cantidad de testigos presenciales, al escribir que "… *sintiéndose enfermo el Dictador, y no encontrando alivio en las medicinas suministradas por el médico Estigarribia, recibió de Bonpland un paquete de plantas medicinales*" (Viola, 1982: 218). Recordemos que Estigarribia era un empírico, no graduado, que ejerció la medicina herbolaria y además atendía partos y heridas. Varios autores dicen que su aprendizaje en el arte de curar se inició bajo la guía de Bonpland.

me auscultó. No me preguntó por mis males. Enseguida, sin hablar, sin preguntar, supo más de mí de lo que yo mismo sabía y podía contarle. Tome esto. Me tendió un manojo de bulbos y raíces. Parecían mojados por una resina muy gomosa. Mande hervirlos y poner la infusión al sereno durante tres noches seguidas. Sacó una petaquita parecida a la que yo uso para el rapé. La abrió. Adentro fosforileó un polvillo con la verdosa luminosidad de los lámpiros. Eche esto en la infusión. Tendrá su tisana de Corvisart[99]*. Casi sin aliento, guardé los bulbos y la cajetilla en mi matula de peregrino. Intenté sacar unas monedas. Puso su mano en mi mano. No, dijo, mis enfermos no pagan. ¿Me conoció? ¿Me desconoció? Vida no es entendida. No me reconoció visual. Puede que no. Puede que sí. Lo que respetó es el secreto contado sin palabras, a la sombra del sombrero que celaba mi sombra. Salí tropezando de puro contento en la infinidad de bultos tumbados en el suelo. Gentío semejante en la obscuridad a quejumbroso muerterío. Avancé pisando manos, pies, cabezas que se levantaban y me insultaban con el tremendo rencor de los enfermos. Pero aún esos insultos me hicieron más feliz todavía. La salud no conoce el lenguaje de la cólera. Yo la llevaba en mi bolsa. Bebí la tisana por tres días. Durante tres años mi cuerpo desbebió todos sus males".*

Después de esto cabe considerar las palabras de Carlos M. Rama (1970: 35): "*… la novela histórica es un género literario intachable. Saca su materia de la Historia, da imágenes de un pasado histórico determinado, pero las ofrece de pura literatura, sin la pretensión de valor como verdad estricta, aún cuando crea el autor que su representación del ambiente histórico es exacta*". Pero, lo que es necesario poner de relieve es que la novela sólo puede filtrarse legítimamente allí donde falta la información documental y, en consecuencia, la historia queda huérfana de elementos para su construcción más exacta y objetiva. En la existencia conocida de Aimé Bonpland, si hay claros en los que la historia no pudo entrar, uno de ellos es aquel en el que se desarrollara su verdadera vida, en especial en los planos científico, familiar, productivo y político, entre diciembre de 1821 y febrero de 1831. Este es el mayor y, el hasta ahora menos accesible de todos los interrogantes que se plantearan históricamente para sus biógrafos.

Cuando en 1829 el Dictador Supremo y Perpetuo del Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia lo dejó en libertad y le ordenó perentoriamente dejar el territorio bajo su mando, Bonpland sólo pudo llevar consigo sus efectos personales y algunas –tal vez muchas– cabezas de ganado. Debió separarse brusca y definitivamente de sus amigos, sus vecinos y pacientes, y –según algunos de sus

[99] Tisana de Corvisart: alusión a una renombrada infusión o decocción, a la que se suponía en su época y hasta más de un siglo después, dotada de grandes virtudes terapéuticas, creada por Jean-Nicolas Corvisart (1775-1821), un afamado médico francés de los inicios del siglo XIX. Corvisart fue médico personal del emperador Napoleón Bonaparte. Hizo grandes avances en la historia de la clínica, la cardiología y la semiología médica.

biógrafos– también de sus supuestos familiares. Después de una larga espera en Encarnación[100] cruzó el río Paraná para radicarse en las que serían sus residencias alternadas, primero en el Rincón del Piratiní, en la zona de San Borja, Brasil, y después en el campo de Santa Ana, en Corrientes[101], para realizar a partir de muchos años más tarde estadías cada vez más largas en la localidad correntina de Paso de los Libres.

Dice Castellanos (1963: 74): "*El 8 de febrero de 1831 partió [Bonpland] de la rivera izquierda del Paraná para ir a establecerse en San Borja, donde vivió hasta 1853, en que se trasladó a Santa Ana, río Uruguay abajo, pero a la margen derecha, provincia de Corrientes*, "*…despois de longa prisão no Paraguai, no ano de 1832 voltou para o Brasil, viveu oito a nove annos na margen do Uruguai, ao sul da embocadura do Piritinim, perto do Passo de São Lucas. Mudou-se despois para São Borja*[102]*, onde estableceu um pomar, que cultivou asiduamente até 1853. Dali seguiu para Corrientes, distante seis a oito léguas de Uruguaiana, onde possui uma estancia, chamada Santana que lhe ofreceu a República de Corrientes. Ainda há aguns meses atrás o senhor Gay recebeu cartas dêle. Mas poco despoiss chegou a noticia de que o anciao estaba gravemente doente. Quando então, o vigàrio lhe escrebeu para saber de su estado, nao veio reposta alguma e durante minha estada em São Borja nao havia certeza se Aimé Bonpland ainda estaría vivo. Então tomei a periro procurar sua estancia, á margen do Uruguai, a fim de poder enviar para Europa noticias exatas sôbre o companhero de viagem de meu nobre protetor*" (Avé-Lallemant, (1859), 1953: 250).

Tal como lo comenta Avé-Lallemant en el párrafo anterior, gracias a la intervención de Pedro Ferré, el que fuera gobernador de Corrientes durante dos períodos, que había creado desde 1830 un sistema de poblamiento de las tierras de la frontera oriental del territorio correntino basado en la entrega de tierras en enfiteusis a los que se ofrecieran dotados de capacidad para poblarlas, obtuvo Bonpland, en

[100] En este aspecto reina nuevamente la confusión pues varias fuentes le atribuyen equivocadamente una rápida salida del país con paso inmediato a Buenos Aires, cuando en realidad debió aguardar en Itapúa nada menos que durante catorce meses el permiso definitivo de salida (Lourteig, 1977: 273), pues consumó ese paso en febrero de 1831, dirigiéndose directamente desde el área de cruce del río Paraná a la zona del río Uruguay, a San Borja y, más precisamente, a un paraje rural cercano a esa población: San Juan Mirí. Recién estuvo –realizando una corta visita, hasta el mes de noviembre, de acuerdo con Castellanos (1963: 74-75) – en Buenos Aires en el mes de abril o mayo de 1832, como lo prueba el examen de las entradas de su *Journal de Botanique* (Lourteig, 1977: 274, basada en el MS 204, y citando también el manuscrito MS 212 conservado en la biblioteca del Muséum National d'Histoire Naturelle de París, lamentablemente aún no dados a conocer, pues tratan, de puño y letra de Bonpland acerca del final de su retención en el Paraguay) y así lo reafirma Josefa Sabor (1995: 30), apoyándose en la cita de una carta de Bonpland a Humboldt, escrita en casa del erudito y publicista italiano (y además corifeo servil del tirano Rosas) Pedro de Angelis (1784-1859), escrita el 7 de mayo de 1832 (transcripta por Hamy, 1906: 83, quien no tiene en cuenta este dato en su interpretación, y a quien sigue fielmente George Sarton, 1968, en el mismo sentido y con la misma omisión).

[101] El campo de Santa Ana, acerca del que trata extensamente Alicia Lourteig (1977: 283, *passim*) se halla a pocos kilómetros al noroeste de la localidad de Paso de Los Libres, en el departamento del mismo nombre, en la actual provincia argentina de Corrientes.

[102] Su residencia en São Borja, según la describe Castellanos (1963: 75) y que Demersay dibujara en 1844 o 45, consistía en una serie de ranchos con techo de paja, "*… rodeada naranjos y plantas europeas y con un cercado de Bomeliáceas (karaguatá) la separaba de sus vecinos. En una de sus cartas a Humboldt le hablaba de sus dos propiedades en la ribera del río Uruguay".*

abril de 1838, la concesión de un predio rural de cerca de cinco leguas cuadradas de superficie, a pocas leguas de Paso de los Libres, en el paraje de Santa Ana, que dio nombre a la estancia en la que Bonpland invertiría sus mejores recursos[103] para ponerla en marcha. Para hacerlo, adquirió 5.000[104] ovejas con un plantel adicional de carneros de la raza merino, a la que él creía la más apta para su explotación bajo el clima local, medio millar de vacas, dos centenares de caballos, 400 burras… Con esos elementos, pensaba el viejo trashumante, se entregaría a una explotación de excelencia. Sin embargo, a un año apenas de establecerse, le sobrevendría el desastre del que damos cuenta más adelante.

La razón de su residencia alternativa en el Brasil pudo responder, como lo señalan varios autores, a ponerse en condiciones de eludir eventuales incursiones paraguayas como la de 1821, sin embargo, es posible que al hacerlo, atendiera a dos aspectos más plausibles de su circunstancia personal. El primero sería el poder refugiarse, en caso de necesidad, de las temibles partidas deambulantes de facciosos o de desertores de los bandos bélicos que actuaban en Corrientes, sumida en la guerra civil. Conviene recordar que en el otoño de 1839, a raíz la derrota sufrida por el gobernador Genaro Berón de Astrada en Pago Largo por obra de las tropas rosistas del general Pascual Echagüe, tuvo Bonpland ocasión de sufrir asaltos y tropelías por partidas de prófugos y desertores, que sin disciplina alguna y bestializados por el miedo y la matanza de la batalla perdida, robaron su ganado, y arrasaron sus instalaciones. Igual hicieron con los bienes e instalaciones de los Bréard en Caá Caty. El otro aspecto que debió tener en cuenta Bonpland, debió ser la reglamentación vigente en las Provincias Unidas del Río de la Plata, por el cual los extranjeros residentes en el país podían ser movilizados e incorporados al ejército, según lo requiriera la situación reinante (Colli, 1963), pero esto a su edad ya era poco significativo, más aún en su condición de médico.

Tras los penosos sucesos de su estancia, Bonpland no llegó a desmoralizarse. Seguramente el desastre no fue total. Con lo que le restaba continuó su trabajo rural y así fue que pudo decirle a Humboldt, en una carta de 1855, que estaba entregado "*a la agricultura en gran escala*".

[103] Un desarrollo rural como el que Bonpland intentó, requiere una enorme suma monetaria. Nunca se ha hablado acerca de esto. Pero si nos preguntamos cuál ha sido el origen de esa capacidad económica podemos pensar que proviene del laboreo de la chacra del Piratiní, también de las pensiones pagadas anualmente por el gobierno de Francia desde 1809, otro aporte es el resultante del ejercicio de la medicina, pero es muy posible que el mayor aporte derivara de la venta de su ganado del Paraguay, efectuado, ya fuera antes de trasponer el río Paraná hacia su libertad en 1831, ya fuera vendiéndo en Itapúa las cabezas de ganado a los portugueses como le aconsejaba mediante su delegado en Itapúa el doctor Francia, ya que lo cruzara y lograra venderlo en la margen opuesta o en tierra adentro de Corrientes, después de haber dejado atrás la jurisdicción paraguaya. Creemos que optó por la primera solución, lo que le debe de haber aportado una buena ganancia.

[104] Con respecto a las 5.000 ovejas, puede haber un error, pues Ocampo (2007) enuncia 500, que es una cifra más racional teniendo en cuenta.

Con la relativa libertad que le dio esa base de sustento, fue que a partir de 1840, o antes, tal vez, se involucró cada vez más en el acaecer político correntino, y por extensión en el del Río de la Plata. De ese último año queda correspondencia cursada con el General José María Paz, con el general uruguayo Fructuoso Rivera y con otros protagonistas de esos años cargados de sucesos de tanta trascendencia y hasta relacionados con una eventual secesión correntina o regional del cuerpo total de la Provincia Unidas. Existe correspondencia que no es interpretable sino bajo esa óptica, a pesar del rechazo reiterado de un historiador como Isidoro Ruíz Moreno (1997, 2004) que elude un tema de ese calibre, casi prohibido de la historiografía nacional, calificándolo de fraude histórico, descartando de plano y más emocionalmente de lo que exige el método histórico, la realidad de lo que se refiere a los intentos localistas de lograr la libertad, aún al precio de la secesión, algo que ha involucrado a hombres de la calidad de José María Paz y Florencio Varela, como lo reconoce Enrique de Gandía, contando con otros protagonistas, que naturalmente incluyen a Bonpland.

Posiblemente entre lo más valioso que podría haber abandonado Bonpland al dejar el Paraguay –además de, si ese hubiera sido el caso, sus supuestos mujer e hijos[105]– se pudieron contar algunos de sus papeles personales, aunque una revisión preliminar de los hallazgos que vienen realizándose desde comienzos del siglo XX, parece desmentir esa suposición y demostrar que habría salido con bue-

[105]Acerca de la existencia de un posible concubinato con una mujer paraguaya –supuestamente indígena– que se habría llamado Regina Pañá –un apellido que se reitera actualmente en varias localidades paraguayas– y de tal unión habría nacido un hijo, también presunto, Juan Manuel Pañá, que habría venido al mundo poco después del alejamiento forzoso de Bonpland de Santa María de Fe, al ser liberado y expulsado en 1830, razón por la que nunca habría conocido a su padre personalmente (Espinoza, 1997: 193). Al respecto se carece absolutamente de referencias documentales. Recién aparecen noticias sobre el tema en la biografía escrita por Luis Gasulla (1978), la que si bien tiene mucho apoyo documental, y que cuando se refiere en forma directa a testimonios escritos es casi por entero inobjetable, contiene además, en sus 613 páginas un fuerte relleno novelístico, que en alguna forma escapa al espíritu del párrafo de Leopoldo Lugones que aparece como epígrafe en la página preliminar de su libro sobre Sarmiento: "*No quise escribir sino lo que sabía bien, quedándome siempre en la conciencia, como carga asaz pesada, el remordimiento de no haberlo sabido mejor*". A este respecto de la "familia" paraguaya de Bonpland existe una serie de versiones más o menos estereotipadas e indudablemente circulares. Una de ellas es la de Philippe Foucault (1994: 252), quien dice que ni bien llegara Bonpland cautivo a su área de internación, se acercó a él, apiadada de su estado, una mujer a darle agua. Era la hija del cacique Chiviré, sobre el que nadie más aporta datos históricos. Bonpland habría formado pareja con ella y habrían tenido dos hijos: María y Amado. Esas dos versiones podrían ser, incluso, compatibles una con otra y revelarían un no imposible Aimé Bonpland sembrador de hijos bastardos, pero acerca de lo que no hay prueba alguna. En un aporte biográfico moderno, Schneppen (1994), muy prudentemente, calla al respecto. Por su parte, el historiador paraguayo Alfredo Viola ha brindado generosamente al autor información documental inédita, más tarde aparecida en su libro, por entonces en preparación, *Cárceles y otras penas*, en el capítulo *Castigos mal aplicados*, según la cual "*...el cabo León Bonpland denunció que el reo Bluelly, licenciado del campamento general de Paso de Patria el 22 de abril de 1850, ha robado varias ovejas en Itapé* [Misiones]" (Archivo Nacional de Asunción, volumen 1416, N° 12, páginas 81 y siguientes, en la Sección Civil y Comercial). Todavía no hay respuesta posible para el interrogante que abre esta referencia, pero, si algo se puede aseverar, es que el apellido Bonpland, derivado de un sobrenombre, no es común y, posiblemente, sea exclusivo de los descendientes de don Aimé, pues hasta su propio hermano retuvo el apellido ancestral Gujaud. Sin embargo cabe la interpretación de que, cuando en 1844 el presidente paraguayo Carlos Antonio López abolió la marginalidad del indígena, incorporándolo por entero a la vida civil paraguaya, autorizó la adopción de apellidos españoles o europeos corrientes, que reemplazaron a los guaraníes –práctica que ya estaba de hecho en curso desde años atrás– y muchos eligieron los apellidos de sus patrones, sus parientes, sus amigos o de personas admiradas y cualquier vecino de Santa María y Santa Rosa, hasta entonces con gran remanencia como "*pueblos indígenas*" (Azara, 1904), bien pudo elegir a Bonpland como destinatario de ese homenaje afectuoso.

na parte de ellos, o hasta –lo más probable– haberlos retenido en su totalidad, tal como rezaba la orden del Supremo del Paraguay, de que salga con todo los suyo.

Todo lleva a creer que Bonpland pudo haber tenido un gran volumen de manuscritos personales durante su estadía en las Misiones paraguayas (recordemos la cita que hicimos en el prólogo acerca del aporte de Ch. R. de la Croix-Riche Chanet, 2004). Un hombre del carácter y del hábito de Aimé Bonpland, que recogía permanentemente datos, observaciones, estudiaba plantas, realizaba experiencias –le interesaba especialmente la extracción de sustancias medicinales y de productos aplicados de los vegetales–, seguramente, las registraba con la minuciosidad y la observación del detalle que conservó hasta su edad más avanzada. Así lo registraron todos los que lo conocieron o revisaron su vida a fondo (p. e., y entre otros: Brunel, 1871; Hamy, 1906; Domínguez, 1928a, 1928b; Bosch, 1973; Lourteig, 1977; Barón, 1985; Foucault, 1994).

Según lo estableciera Alicia Lourteig (1977: 275), incluso en el período más angustiante de la espera de un largo año que debió pasar en Itapúa, no se dejó abatir Bonpland y, "*... siguiendo su costumbre pasaba recogiendo plantas y anotándolas*". Esa autora agrega un texto tomado de Bouvier y Maynal (1950), que proviene de una carta del naturalista a un amigo no identificado[106]: "*... me había transformado en un rico plantador, cuando el doctor Francia me ha intimado a dejar súbitamente mi propiedad, en la que tenía cuarenta y cinco personas trabajando. Así fue como debí dejar en el Paraguay un establecimiento agrícola en plena prosperidad. Cultivaba en él el algodón, la Arachis hypogaea[107], cinco especies de Jathropa[108], muchas especies de Convolvolus batatas[109], la planta de la* [yerba] *mate. Había hecho plantación de viñas, de naranjos, de limoneros, de guayabos... En fin, he abandonado una destilería, un taller de carpintería y un hospital compuesto de cuatro habitaciones en las que tenía constantemente enfermos*

[106] La traducción es del autor, pues aparece en francés en el original y también en la trascripción de Alicia Lourteig (1977).

[107] *Arachis hypogaea*: se trata del nombre científico del maní, *manduví* en guaraní. Es una planta cultivada o *cultígeno* ancestralmente americana, pero con relaciones transcontinentales antiquísimas, basadas en contactos interculturales, y resulta de enorme interés en la historia antropológica. Ha sido un género de plantas exclusivamente sudamericano y que ya aparece mencionada por Cristóbal Colón en el *Diario* de su primer viaje de 1492. Como las especies más primitivas del género *Arachis* crecen en el sur de Mato Grosso y en el noreste del Paraguay, se puede suponer que su centro de origen se relaciona con esa región (Krapovickas, 1998). Cuenta en total, con unas ochenta especies.

[108] *Jathropa*: género de plantas de la familia de las euforbiáceas, que cuenta con cerca de ciento cincuenta especies, todas de carácter tropical o subtropical. Vulgarmente se las conoce en el Paraguay con las denominaciones de *piñón*, *piñó*, *piñó guasú* o *kuri'y-vaí*. Es posible que las cinco especies de la cita de Aimé Bonpland sean realmente dos o tres, y las demás simples variedades. La más común es *Jathropa curcas* L., de la que dice González Torres (1981: 342): "*es árbol de porte mediano, lactífero y tóxico; se suele plantar para formar cercos. Es de frutos amarillos tóxicos*". Actualmente se la usa en forma industrial para lograr el llamado *aceite de curcas* o *aceite infernal* (debido a los violentos efectos eméticos y convulsivos que provoca su ingesta). En los siglos XVIII y XIX integraba la farmacopea y, en dosis mínimas, era un activo purgante y vomitivo. Las hojas se usaban en cataplasmas sobre heridas y llagas, el látex se aplicaba en las heridas. El interés de Bonpland por estas plantas ha sido de carácter predominantemente médico.

[109] *Convolvolus batatas* L.: se trata del nombre botánico antiguo de la actualmente llamada *Ipomoea batatas* (L.) Poir., una planta doméstica o cultígeno vulgarmente conocido como *batata*, *camote*, *boniato* o *jety*, con enorme difusión regional. Pertenece a la familia de las convolvuláceas. Su área de origen es probablemente América tropical. Es posible que las "*muchas especies*" de la cita de Bonpland fueran solamente variedades hortícolas de la especie citada.

[internados]. *A todo eso debo agregar cuatrocientas vacas y un número de bueyes, yeguas y caballos suficiente como para hacer funcionar con holgura mi establecimiento...*".

Entiéndase que de haber habido mujer e hijos de por medio, este texto epistolar significaría una preterición de los mismos después de las "*vacas, bueyes, yeguas y caballos*", lo que revelaría una faz no totalmente descreíble del frío, solitario y andariego Aimé Bonpland…

Acerca de sus papeles en el Paraguay (ver las páginas 291, *passim,* de Hamy, 1906), habría dejado sus escritos del Paraguay a una familia amiga, la que después los habría entregado al cónsul (en Montevideo). Esto es fuertemente dudoso y, en el presente ya insostenible. En la época de Hamy no había más noticias que ésa acerca de dichos papeles, si es que efectivamente existieron y a los que retornan Phillippe Foucault (1990) y Ch. R. de la Croix-Riche Chanet (2004).

Pero, como ya se verá con más detalle, primero es necesario dejar en claro que el *Journal de Botanique* de esos años supervivió en sus propias manos, y que no necesitó de ningún portador secreto para retenerlo y, que además se conoce bien dónde está actualmente. Además –lo reiteramos–, el doctor Francia insistió fuertemente en el hecho de que Aimé Bonpland debía salir del Paraguay con todo lo que era suyo, y si algo caracterizaba a sus decisiones, era que éstas eran estrictas e irrevocables, y que debían cumplirse al detalle y en forma inapelable (Pérez Acosta, 1942).

Alicia Lourteig (1977: 289-301), realizó el inventario de los manuscritos conocidos de Aimé Bonpland, complementando lo ya expuesto en forma incompleta por Demersay (1860), por Cordier (1910, 1914) y por Domínguez y Autrán (1912), pero entre el material revisado no figura, con excepción del *Journal de Botanique*, ningún diario personal ni manuscrito del período considerado, existente ni en Francia, ni en la Argentina o en el Paraguay. Es lícito, por lo tanto, poner en duda que alguien haya aceptado correr el inmenso riesgo que hubiera significado retener y pretender sacar del Paraguay un manuscrito de las dimensiones que pudo tener el de Bonpland bajo el duro y muy controlado régimen del doctor Francia[110].

La alternativa final es esta: o simplemente Aimé Bonpland en su situación tan especial, se inhibió de escribir algo más que sus anotaciones especializadas del *Journal*, y no hay diario ni manuscrito alguno, o el o los mismos –si los hubo– se

[110] El hecho de que estando ya comenzada la redacción de esta obra hayan aparecido en cantidad significativa documentos escritos de puño y letra de Bonpland durante su estadía en el Paraguay a partir de 1821, y que estos obraran en manos de descendientes suyos, resuelve en forma casi definitiva el problema: Aimé Bonpland escribió mucho en esos años y llevó esos manuscritos consigo al salir del Paraguay en 1831, reteniéndolos entre sus pertenencias hasta su fallecimiento, tras el cual, sus papeles y documentos se dispersaron considerablemente, con más legatarios (legítimos y oportunistas, al parecer) que los antes supuestos, según se conoce documentadamente ahora.

extraviaron con todas sus demás huellas en el establecimiento rural de Cerrito o en las vecinas poblaciones de Santa María de Fe y de Santiago[111].

El hecho concreto es, que en el referido tomo "primero" del *Journal de Botanique* de Bonpland, se cuentan 43 folios escritos en el Paraguay, entre abril de 1822 y enero de 1831. Es decir, de los 56 folios en total que componen el cuaderno, conocido como MS 204 del mencionado repertorio, algunos son previos a su "detención" y se cuentan entre los escritos que cayeron en mano de sus captores en diciembre de 1821 –los que le fueron devueltos seguramente antes de abril de 1822, fecha en la que Bonpland reanudó sus anotaciones– y agregó a ellos los restantes folios que escribió desde esa última datación hasta su salida del Paraguay por Itapúa[112]. Esto da a entender que este manuscrito salió entero con él y llevado en sus propias manos, cuando debió alejarse del Paraguay.

Sabiendo que el *Journal de Botanique* está así salvado por completo, resta preguntarse una vez más acerca de cuáles pudieron ser los papeles que habría abandonado, cuya salvación habría entregado a terceros de confianza en las Misiones antes de alejarse. Es muy posible que si existieron, se tratara de un diario de los que solía llevar: "... *en ellos Bonpland relata sus periplos hasta en sus mínimos detalles, día por día, con fechas, alternativas, conocimientos y paisajes, compras, visitas, comentando su trabajo botánico y sus tareas de campo. Son los más importantes para formarse una idea de la vida que llevaba por estas tierras, de sus sentimientos hacia los seres humanos, sus reflexiones, sus actividades, sus proyectos y sus realizaciones. Tienen, además, un interés histórico para las regiones recorridas, ya que nos describen las costumbres y viviendas de las gentes en forma clara y vívida*" (Lourteig, 1977: 298), pero aun así, parece que esos manuscritos, que no eran demasiado voluminosos, se salvaron y aparecieron en la colección de documentos existente en la ciudad de Corrientes, debida a una reciente donación (Cedric Cerruti y Mabel Álvarez, *com. pers*.).

La existencia de un escrito de valor biográfico de un autor ignorado, al que a continuación de este escrito se traduce y analiza en un tercer ensayo, aporta algo más a esas certidumbres acerca de Bonpland, de las que se hablaba en un comienzo. Abre, además, la posibilidad de que en un futuro próximo se puedan dar a conocer muchos otros documentos inéditos, posibilitando una mejor reconstrucción de la vida material, profesional y de relaciones con el mundo no familiar del médico y naturalista francés.

Los enigmas bonplandianos persisten en otro plano, en el que apenas si se ha

[111] Una tercera alternativa es que esos documentos hayan seguido la suerte de muchos otros elementos de la documentación bonplandiana y que yazgan sepultados en archivos o museos, sin que el acceso a los mismos sea fácil ni cómodo al investigador. Tal sucedió con su *Diario* de viaje de 1821, como lo vimos oportunamente.

[112] Estas referencias se basan fundamentalmente en los datos aportados por Alicia Lourteig (1977: 291).

avanzado o se lo ha hecho apenas apresurada e improvisadamente: ¿Quién era realmente el hombre de carne y hueso, dotado de espíritu y voluntad, llamado Aimé Jacques Alexandre Goujaud, y apodado electivamente Bonpland quién sabe por qué subyacencia íntima. ¿Qué sentía y qué pensaba, qué tragedia o desgarramiento de su vida[113] lo trajo a América del Sur, de la que jamás retornó a pesar de la cantidad y calidad de las puertas que se le hubieran abierto de resolverse a regresar a su patria?, ¿Qué pensó acerca de los acontecimientos de su tiempo, íntima y libremente? Y, además ¿Cuál es la explicación de aquellas posiciones doctrinarias que se pueden suponer como fundamento de su decidida oposición al tirano rioplatense Rosas y de su adhesión a la causa más que unitaria, liberal o libertaria de Juan Lavalle, de la generación del 37, de Florencio Varela y de José María Paz, y también a la federalista de la autonomía correntina de Pedro Ferré? ¿Cómo fue su interpretación del mundo, su cosmovisión personal; cuáles sus ideas acerca de Dios y de la vida?.

Hay otros grandes vacíos de conocimiento: nada se ha tratado acerca de la formación inicial y la evolución religiosa ulterior de Aimé Bonpland, que en la particular condición de nativo de la ciudad francesa de La Rochelle, debía arrastrar una fuerte tradición familiar de adhesión católica o protestante, pues allí se produjo el casi exterminio del último bastión hugonote, bajo la férrea mano del Cardenal Richelieu, tres generaciones antes de la suya[114]. Menos se sabe aún acerca de cuáles fueron sus creencias últimas sobre la vida y la muerte. En esta materia fue parco por demás, y raramente deslizara alguna vislumbre de su espiritualidad. No es improbable que haya sido acentuadamente deísta como lo fueron muchos hombres del siglo XVIII, aunque no lo manifestara nunca. Pero, lo más posible es que, como su compañero de estudios médicos, François Marie Xavier Bichat[115] profesara un marcado escepticismo en materia religiosa, y como su amigo –y, en gran medida orientador y mentor inicial– Alexander von Humboldt, su ansia de conocimiento del cosmos lo acercara a la llamada filosofía natural, y

[113] Por ejemplo, De Terra (1979: 201) después de destacar que Bonpland marchó a América, abandonando París en el momento en que más necesitaba Humboldt de él para completar la edición de la gigantesca obra botánica resultante del viaje de americano de 1799-1804, dice: "*... es difícil saber a qué se debió esa decisión; si como algunos decían, partió para huir de su desafortunado casamiento, o si lo hizo impelido por la nostalgia de la vida libre de los trópicos, y con el objeto de continuar sus estudios botánicos…*".

[114] El sitio de La Rochelle fue realizado por decisión del rey de Francia Luis XIII y su ministro el Cardenal de Richelieu, y estaba destinado a aplastar con la fuerza de las armas el último foco subsistente de predominio de las ideas protestantes en territorio francés. El Cardenal Pierre Bérulle dirigió oficialmente, lejos de toda influencia y personalmente las acciones y, si se hizo cargo, fue justamente para privar a los disidentes del catolicismo de presencia política. A este respecto conviene aclarar que según información generosamente provista por el estudioso Eric Courthès (*com. pers*.), la familia Goujaud habría llegado a La Rochelle procedente de otra región de Francia cuando ya se había consumado el aplastamiento de los hugonotes, es decir de la rama calvinista del protestantismo francés.

[115] *Francois Marie Xavier Bichat*, residente en París compartía la práctica y la docencia con Jean Nicolás Corvisart (1755-1821), el gran clínico, en cuyo círculo de alumnos y allegados se conocieron Bonpland y Humboldt. Fue gracias a la intercesión de Corvisart, médico personal del Emperador Napoleón, que obtuvo Bonpland en 1808, "*el envidiado puesto de Intendente de la Malmaison*" (Hamy, 1904: 9).

pudiera, como el propio Humboldt[116] lo hizo para consigo mismo, calificársele de "*empirista racional*" (Labastida, 1999), aunque con ciertas reservas debidas a su largo "destierro" del medio europeo, y a la adopción por su parte de cierto distanciamiento personal e íntimo con respecto a los acontecimientos centrales de la ciencia, la cultura, la historia, la filosofía y el pensamiento europeo en general del siglo XIX[117].

Ya se ha insinuado que posiblemente Bonpland haya profesado una filosofía más práctica y vital, más recóndita para su yo habitual y con menor complejidad que la de su antiguo compañero, como lo fue la de muchos europeos científicos y viajeros "absorbidos" espiritualmente por la experiencia americana que los acercaba a estados vivenciales de un estado de libertad ni siquiera suponible en la experiencia europea, como debió serlo la de un hombre centrado en la acción y el trabajo personal.

Ha dicho Alfredo Castellanos (1963: 57) con respecto a Humboldt, agregándonos información sobre la relación entre ambos compañeros del viaje equinoccial y cuando ya ambos eran octogenarios, 1855: "*Humboldt le era indispensable* [a Bonpland] *para su producción científica, como el mismo Bonpland lo declaró al final de su trayectoria, y no como dicen algunos franceses modernos que lo oscureció con su actuación. En una carta que escribió a Humboldt desde Montevideo, el 2 de septiembre de 1855, entre otras cosas, le dice. "La petite cuisse, adressé par la maisson Delesert, que contenait l'inmortel* Cosmos *que tu has eu la l'obligueance de m'envoyer, était resté icí ou je devais rétourner bien avant ce temps. Mon premier soin donc a été d'ouvrir cette caisse et dejà j'ai pu commencer a lire ce inmortal ouvrage. Lors de mon rètour à Santa Ana qui vase verifier sous peu de jours le* Cosmos *será ma seule occupation ainsi que les tableaux de la nature. J'aime a me éntretenir de la lecture de tes ouvrages, il me semble souvent que je t'entends et cela me donne d'aimables suvenirs. Combien de fois, cher Humboldt, n'ai-je regretté notre separation! Je crois que tous deux nous y aurions gagné et que nous nous en réjuirions encore. L'homme a besoin d'un ami sincère, il a besoin d'epanche les sentiments secrets de son coeur. Mille cinconstances m'ont determiné à vi-*

[116] Castellanos (1963: 78), como testimonio respecto a Humboldt, nos hace conocer algo más sobre la calidad de la relación entre ambos compañeros del viaje equinoccial y cuando ya ambos eran octogenarios, aportando un fragmento de una carta en la que Humboldt escribe a Bonpland, el 1º de septiembre de 1853: "*Quoique je'aie bien peu d'espèrance que ces lignes et le livre qui acompagne (la belle traduction française de la nouvelle édition de mes Tableaux de la Nature) parviennent a tes mains, j'essaie pourtant, très prês de mes quatre-vingt-quatre ans, me trouvait sain, de te donner un petit signe de vie, ce qui veut dire d'amitié, d'affectueux dévouement, de vive reconnaissance.// J'apprends avec une gran de joie que tu te conserves dans une heureuse et inteligente activité. Un Américain qui m'est inconnu, S. John Teney, proffeseur de Botanique à New York, à eu la délicatesse de m'envoyer un trésor, ton portrait en photographie. J'y reconnu tes nobles traits, travaillés sans doute par l'age, mais tel que je t'ai vu à l'Esmeralda, à…, à la Malmaison. Tu as alisse (comme partout) d'agreables souvenirs à Berlin et je montrte ton portrait à toutes les personnes qui s'inéressent à ton nom, à tes excellents travaux. Ma santé se soutient par la assiduité du travail même. Le dernier et quatrième volumen du Cosmos paraîtra cet hiver…*".

[117] Agrega Minguet (1985: 72): "*Se debería subrayar que Alejandro de Humboldt, como muchos otros viajeros del siglo XVIII, fue un observador de los hechos y de la realidad concreta que no sucumbió a la tentación de teorizar sobre la base de sus observaciones*".

vre dans l'isolemente, éloigné des villes. Je m'occupe toujours de l'exercise de la Médecine, mais surtout de l'agriculture sur une grande échelle. Les guerres civiles m'ont causé des pertes de tout genre et irreparables. Malgré tout, j'ai cru mon devoir de continuer mes travaux agricoles à Sante-Ana. Je conserve toujours San-Borja parce que si l'une de ces habitations est de nouveau troblée comme cela est à craindre, l'autre m'offrira un asile pacifique[118]."

Con la experiencia de todo lo acaecido en su agitada vida, nunca perdió Bonpland la capacidad de ser generoso. Lo fue hasta el extremo, desprendido de intereses pequeños, hospitalario y en su vida social audaz y arriesgado para servir a la causa a la que adhiriera. En 1843, tras la derrota de los aliados de Corrientes en Arroyo Grande, el gran propulsor de autonomía correntina y de la libre navegación de los ríos mesopotámicos, Pedro Ferré, se vio forzado a exiliarse para resguardar su vida, pues sus bienes le fueron confiscados. Para ello hizo un largo camino fluvial y a caballo, que fue penoso pues llevaba una rodilla dislocada, y pudo así llegar a São Borja. Cuenta Ferré en sus Memorias (1921: 185), que debió afrontar persecución y amenazas y "*Que esto y sobre la incertidumbre de mi destino y el de mi familia, se me aglomeraban a la imaginación mil ideas tristes, cuando en aquellos momentos se me presenta mi antiguo amigo don Amado Bonpland, que habiendo sabido de mi llegada, vino en el acto a verme. Este ilustre y benemérito anciano*[119]*, fiel y constante amigo de sus amigos, a quien la naturaleza dotó de todas aquellas cualidades que hacen amable a una persona y que por intuición de ella misma parece que sus padres le pusieron el nombre de Amado, para que lo fuere, como lo es de todos. Este amigo, con sólo su presencia me llenó de placer y distrajo mis pensamientos. Me llevó a su casa en la villa*[120] *donde estaba hospedado hasta que compré la que actualmente poseo*".

[118] Este texto conmovedor presenta un Bonpland íntimo rara vez atisbado a través de la pesquisa constante de sus actividades y expresiones. Además, ahonda ante nuestros ojos la amistad entre ambos compañeros de un viaje producido medio siglo atrás de esta carta, que los ligó para siempre en una entañable amistad, a pesar de la distancia en el espacio y en el tiempo que les deparó la vida. Ambos tenían ya ochenta años y la más límpida lucidez los acompañaba, como suele hacerlo con los seres más espiritualizados en los que sólo la destrucción física, no el paso de los años es capaz de anular la mente y los sentimientos, que conservan siempre la frescura juvenil. La traducción española de la carta transcripta es la siguiente: "*La pequeña caja, remitida por la Casa Delessert, conteniendo el inmortal Cosmos que tú estabas en la obligación de enviarme, estaba retenida aquí* [en Montevideo, donde Bonpland había ido para pecibir su pensión francesa], *donde yo hubiera debido volver bastante tiempo antes. Mi primer cuidado ha sido abrir la caja y ya he comenzado a leer esta inmortal obra. Cuando retorne a Santa Ana, lo que se verificará en pocos días más, el Cosmos será mi única ocupación, incluyendo los Cuadros de la Naturaleza. Amo detenerme en estas lecturas de tus obras, me parece a menudo cuando lo hago, que te escucho hablar y esto me colma de preciados recuerdos. ¡Cuántas veces, querido Humboldt, he lamentado nuestra separación! Yo creo que ambos hubiéramos ganado y que aún nos gratificaría* [estar cerca]. *El hombre experimenta la necesidad de contar con un amigo sincero, precisa expandir los sentimientos secretos de su corazón. Miles de circunstancias me han determinado a vivir en aislamiento, alejado de las ciudades. Sigo ocupándome siempre del ejercicio de la Medicina, pero, ante todo, de la agricultura realizada en gran escala. Las guerras civiles me han causado pérdidas de todo tipo e irreparables todas. A pesar de eso he creído que debía proseguir mis tareas agrícolas en Santa Ana, pero conservo siempre a San Borja, porque si una de esas residencias es nuevamente arrasada, como es de temer, la otra me ofrecerá un asilo pacífico.*"

[119] El "anciano" Bonpland cumplía ese año 70 años de edad y gozaba de una fortaleza envidible: viviría aún quince años más.

[120] Recordemos que Bonpland tenía un pequeño establecimiento rural en el Rincón del Piratiní, una casa en la villa de São Borja y su estancia correntina en Santa Ana, cercana a Paso de los Libres.

ENSAYO BONPLANDIANO II. EN BUSCA DE UN AIMÉ BONPLAND REAL

"...el gran enigma de su vida, y el misterio que arropa con velo sutil su extraño destierro le convierte en un personaje de novela que obscurece a veces su fuerte personalidad en el campo de las ciencias naturales".
[Carlos E. Chardón, Naturalistas…, 1949: 139].

Muchos autores han aceptado a la biografía como un género historiográfico y existe un vasto acerbo de disquisiciones sobre la literatura biográfica, sus alcances, sus limitaciones, su metodología, e incluso acerca de las trampas y riesgos en que pueden (y suelen) caer quienes la cultivan.

Como José Ortega y Gasset ha sido uno de los más lúcidos analistas del género biográfico, nada mejor que asumir para la tarea (¿o el arte biográfico?), tres de las postulaciones centrales de su concepción filosófica: la *perspectiva* del autor, la *historicidad* del hombre biografiado y la vigencia de su *circunstancia*, para acotar y criticar los alcances posibles de la biografía. Todo eso puede resumirse en el hecho no siempre cabalmente asumido, de que el biografiado ha sido una realidad humana en un tiempo (histórico), en una circunstancia exclusivamente suya y sólo puede ser entrevisto desde la distancia, lo que significa asumir que existe una perspectiva dependiente del historiador, incluso con variaciones[121] en el paralaje abarcativo y expositivo, debidas a la ideología, o a las afinidades, coincidencias o rechazos personales, que pueden llegar hasta al "uso" del biografiado al servicio de motivaciones particulares, casi siempre mezquinas y mutiladoras de la que fuera su realidad vital, mental o moral.

El historiador puede acortar la perspectiva mimetizándose con el sujeto biográfico, puede enamorarse de él o proyectar sobre el mismo sus propios paradigmas: resultan así las reconstrucciones apologéticas o ditirámbicas, que en una especie de salto *ucrónico*[122] como en cierta forma lo califica Renouvier (1945), y crean una realidad virtual que, posiblemente nunca pudo tener cabida en un espacio y un tiempo reales. Lo mismo, pero a la inversa, sucede con los rechazos, que crean un producto biográfico que es otra suerte de irrealidad, tal vez más

[121] Variaciones que irrumpen cada vez más significativa y peligrosamente en la historiografía cuando a las limitaciones apologéticas y nacionalistas, se añaden las de la ideología, como lúcidamente lo analiza Wilson González Demuro (2003) para el artiguismo uruguayo. Muchas de sus conclusiones son válidas para una historia crítica de la literatura histórica del lopizmo y del nacionalismo paraguayo o las del sanmartinianismo nacionalista o militarista argentino.
[122] *Ucrónico*: sin ubicación precisa en el tiempo. Concepto que equivale en lo temporal a lo que significa utópico en el espacio.

pobre aún en la metodología de su construcción que la de carácter apologético pues el odio irracional –el ideológico lo es por excelencia– es el peor consejero.

Eso, que no es todo en cuanto al oficio del historiador puesto a biógrafo, pues falta aún referir un accidente que resulta bastante frecuente: el descubrir en el biografiado alguna faceta inesperada. La misma puede ser mínima o máxima en su participación en la personalidad total reconstruida, pero suele resultar sorprendente y negativa, en relación con la imagen esperada, también con la estereotípica o canónica.

Para colmo, a veces, justamente esa resulta ser la clave central para interpretar al personaje. Así es como se llegan a descubrir en el protagonista de la biografía, tanto notables virtudes o habilidades inesperadas, como traiciones, secretos designios, crímenes reales o virtuales, falsificaciones, mezquindades y envidias: tales son los riesgos que acechan a quien acomete la tarea de develar una biografía, más aún de un protagonista tan longevo como complejo, como lo ha sido Aimé Bonpland.

Por eso, cada construcción biográfica es fruto de una suerte de pacto con el protagonista de la misma, de resultas del cual, el o los autores se imponen a sí mismos límites, acotan los alcances posibles de los aspectos a hurgar, las lagunas y enigmas a develar, los fantasmas a evocar. Llevada ya a un extremo indagatorio y ante las características particulares de ciertos sujetos biografiados, la biografía se convierte en una patografía, es decir, en una reconstrucción médica del sujeto de la biografía.

Con la experiencia de ser humano maduro, podría concluir el autor que no hay vida humana sin sectores oscuros. El psicoanálisis y la ideología han sido a veces extremosos para hallarlos y, a veces, para regodearse en ellos, o aprovecharlos para fines colaterales o poco honestos. Como consecuencia esta consideración trae al caso, necesarias reflexiones acerca de la licitud de las intromisiones extremosas e innecesarias en la vida del sujeto de la biografía, las que, además, por lo general nunca son completas y verazmente descubiertas y expuestas.

Tratar este tema obliga a reflexionar acerca de una necesaria ética de la biografía. También podría requerirse para el arte biográfico una estética adecuada.

En síntesis, la única postulación que se puede formular, es que tan sólo la correcta perspectiva que adopte el historiador puede aportar elementos para resolver cada una de las cuestiones planteadas, las que nunca pueden ser extraídas sin mengua de su contexto histórico necesario.

Todo esto no es algo teórico, pues constituye la realidad cotidiana de quien reconstruye el pasado, porque a ese pasado lo han construido con su cotidianeidad, desarrollando sus existencias seres humanos reales, quienes pusieron en ello tanto sus virtudes y excelencias como su humanidad falible, histórica y circunstancial.

Generalmente lo inesperado en las biografías, puede estar dado por piezas enteras

de evidencia, así como sólo por fragmentos documentales, o –a veces– meramente por presunciones inferidas de realidades de otro modo inexplicables. Estos son algunos de los elementos que perturban al historiador, que tiene el deber como tal de aceptar el hecho documentado, pero puede sucumbir ante la tentación humana para desecharlo.

Cuanto más larga y compleja haya sido una vida, más rastros contradictorios habrá dejado. Raras son las vidas "lineales", como en cierta forma pueden quizás, haberlo sido las de Andrés Bello, de Delfín Chamorro, de Alfonso Reyes, de Antonio Machado, de Gabriel Casacchia, de Baldomero Sanín Cano o de José Enrique Rodó, para elegir algunas entre los millares de aquéllas en las que el protagonista, raramente sorprende a su biógrafo con un atisbo de apartamiento del canon esperado. En estos casos las menudencias incidentales son desdeñables.

Con otros protagonistas biográficos, los escollos suelen ser terribles para quien avanza entre ellos. Cuesta no dar un paso equivocado, extraviar el camino, prejuzgar en un sentido u otro: piénsese en las vidas del Mariscal Francisco Solano López, de José Gaspar Rodríguez de Francia, de José Santos Chocano, de Leopoldo Lugones, de José Vasconcellos, de Jean Jacques Rousseau, de Rufino Blanco Fombona, de Cecilio Báez, de Juan E. O'Leary, e incluso de los semiendiosados Simón Bolívar, José Gervasio Artigas y José de San Martín. Recorrerlas con ánimo de veracidad y más allá del mito heroico, o del rencor denigratorio, más que una hagiografía, puede llegar a constituir una aventura dantesca, con ascensos y descensos a muchos niveles de la complejidad del alma y de las acciones humanas.

En esos casos, en general lo único que se trata finalmente de salvar en la valoración de los protagonistas, si se quiere ser objetivo, es la calidad del aporte humano que han legado, dejándolo escrito en la historia y modificando la vida material, mental o moral de multitudes o de naciones enteras.

La modernidad, ligera e injusta en sus modas, ha creado para con las biografías, una especie de juego cruel y poco serio al que se suele denominar "desmitificación". Esta actitud, no es sino el rastreo mal intencionado y avieso, orientado hacia el sensacionalismo o destinado al regodeo en lo meramente anecdótico y accesorio[123]. Para colmo suelen ser la ideología o el credo, cuando no participa adicionalmente una curiosidad malsana y abusiva, las que dirigen esa forma de rastreo, generalmente con fines poco dignos.

Este largo preámbulo viene al caso porque el primer autor ya ha tratado mucho

[123] La pretendida desmitificación es vieja y se ha intentado muy expresamente con respecto a Humboldt y Bonpland. Es así que en 1981 un autor venezolano Ibsen Martínez Uribe presentó una obra teatral denominada *Humboldt y Bonpland taxidermistas*. Según un comentarista colombiano, en ella el autor habría logrado con éxito *"desmitificar a las dos figuras históricas de las que trata…"*.

con Aimé Bonpland (el personaje final que asoma a través de estos esbozos de ensayo –como podrían modestamente calificarse– es mucho menos que la cabeza emergida del iceberg con respecto a la parte que queda oculta bajo la superficie: esencialmente miles de páginas leídas, documentos revisados, lecturas complementarias, debates con colegas y amigos, además de las necesarias intuiciones empáticas que sobrevienen cuando se logra un alto nivel de "convivencia" con el personaje).

Con nuestro protagonista de ahora, hemos llegado en buena medida a conocerlo, a reconocer su circunstancia, a quererlo amistosa y sinceramente. Pero el caso es que al Bonpland resultante lo admiramos y lo respetamos fundamentalmente como síntesis vital, humana y moral, de una existencia larga y difícil como la de pocos. Llegó a realizarla mucho más por sus virtudes que por el azar, que también juega, y a veces con un protagonismo tan central, en el acontecer de cada vida.

Para reconocer esa vida se ha trabajado duramente para tomar la perspectiva adecuada. ¿Lo ha logrado? La respuesta podría ser un sí relativo. Es un sí para el Bonpland al que en alguna medida ha recreado como sujeto real, necesario para poder seguir sus pasos, puesto que para lograrlo, la exigencia básica ha sido coherencia, respeto e indagación sin trabas ni prejuicios en todas las sendas que se presentaron para llegar a él, tratando en cada una de ellas, de observar los límites necesarios y el contexto circunstancial.

Desde ese punto de vista el Bonpland que hemos descubierto es una figura humana excepcional, que tuvo un destino particularísimo, al que él mismo construyó con la configuración de virtudes y de defectos de la que fue portador, y que en muchos sentidos, limitó y menguó el producto total de su vida desde el punto de vista de la ecuación social e histórica, no así de la individual y personal, que quedó en su fuero íntimo y se fue con él.

Pero esta no es una conclusión unánime en la literatura biográfica bonplandiana. Existe un Aimé Bonpland que es el producto fácil de una visión superficial, que ha logrado elaborar la imagen de un sabio abnegado, una especie de santo laico, como dice más de uno de sus apologistas, que en un papel casi irreal, vino a América enamorado de su mundo natural, fue víctima de un tirano sádico, logró sobrevivir azarosamente, vivió dedicado desinteresadamente a sus plantas y a sus enfermos, hizo colecciones valiosas de historia natural y murió en la más completa pobreza negándose a retornar a Europa por una especie de sentimiento tolstoiano, que lo apartaba de la vida frívola y cómoda de las urbes. Según esas apologías fue, además, un genio de la botánica, descubrió miles de plantas nuevas y sostuvo durante toda su vida una calidad científica de excelencia en sus actividades.

Para mayor adorno se insinúa, a veces, un amor romántico por Josefina Beauharnais[124], que habría muerto "*en sus brazos*" (no en el de los hijos y de sus médicos, con la posible presencia de Bonpland en la propia habitación o en alguna contigua, como realmente sucedió), al que Bonpland se habría mantenido romántica y espiritualmente fiel y por eso sus nuevos nexos familiares habrían sido siempre muy laxos...

Para reconocer al Bonpland real, el hecho de haber llegado a reunir algo más de cuatro centenares de referencias bibliográficas es importante, pero no implica que ya todo esté dicho sobre el tema. Por el contrario, en el estado actual del conocimiento logrado, mucho de lo que se sabía sobre Bonpland se ha tornado confuso, contradictorio y resulta abrumadoramente denso para poder esclarecerlo sin depurar antes las fuentes circulares.

Salvando las distancias, cabe también para Bonpland lo que expresara Goethe para Bonaparte: "*La leyenda napoleónica es como la revelación de San Juan; cada uno siente que se esconde todavía otra cosa, pero nadie sabe qué*"[125].

En el caso de Aimé Bonpland es posible captar algo de eso *q*ue se esconde en sentido goethiano, y que lo hace en lo más íntimo de la que no resultaría inadecuado denominar la tragedia de su vida. También a través del análisis precedente y del que ahora emprendemos surgen algunas señas para poder hacerlo.

Uno de los problemas mayores se centra, en el curso de su Viaje al Paraguay de 1857 (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2005), en torno al misterioso personaje que es su supuestamente practicante médico sueco, Rosen Stile, quien fuera analizado en el manuscrito sin que en esa publicación los autores arriesgáramos hipótesis interpretativas mayores. Pero, lo que no se puede aventurar en la traducción de un texto, se puede tratar con mayor libertad en el marco de un ensayo bonplandiano como éste, más aún cuando el autor principal de aquella obra, profundizó mucho desde entonces en estas cuestiones que antes aparecían sólo soslayadas.

En primer lugar se plantea el problema paleográfico: el nombre Rosen Stile aparece citado varias veces en el texto, y es indudable que en ninguna forma y en ningún caso, puede leerse Rosenschöld, que es parte del onomástico completo del médico y naturalista sueco Eberhard Munck af Rosenschöld, quien residiera en el Paraguay entre 1843 y 1869. El mismo falleció finalmente en el Paraguay y en ese último año, consumido por las privaciones y el maltrato, o tal vez, fuera

[124] Esta suposición alcanza su máxima y más exaltada expresión en la obra de Carlos E. Chardon (1949) quien, por supuesto, no aporta aval documental alguno acerca de sus fuentes.
[125] La cita fue tomada de Uriburu (1982).

ejecutado en un calabozo o mazmorra, donde estaba prisionero presuntamente por sospechoso de complotar contra el ya casi evanescente régimen de Francisco Solano López. Como ya se refirió al tratar el punto correspondiente del Diario de viaje, de 1857, los autores de entonces, y después el autor principal de aquella obra, han agotado las pesquisas acerca de la posible existencia de un sueco de esa relevancia en el Paraguay de aquel año (especialmente a través de: Pérez Acosta, 1948, Mörner, 1955; Centurión, 1961; Schmitt, 1990; Barreto Monzón, 1992), con un resultado siempre negativo.

La conclusión es que Rosen Stile, tal como lo describe Bonpland, es necesariamente el resultado del encubrimiento de una persona de otro nombre, la que ajusta exacta o casi exactamente con Münck, pues la única diferencia significativa es que Rosen Stile –según cuenta Aimé Bonpland en su Diario de viaje– no sería médico, aunque practicaba la medicina, y Münck sí, lo era realmente.

Un rico caudal de información verbal sobre la presencia de residentes y visitantes suecos en el Paraguay, ha sido aportado generosamente por don Nemecio Barreto Monzón, quien ha escrito acerca de la historia de las relaciones paraguayo-suecas (1992). El mismo domina la lengua sueca y posee un amplio conocimiento acerca del Paraguay en el tiempo de los López. De acuerdo con ese informante, Aimé Bonpland estuvo relacionado muy cercanamente con Munck. Según su narración, que afirma se basa en evidencias documentadas, Munck, que había nacido en Suecia en 1811, y llegado al río de la Plata en 1841, conocía –debido a su precoz vocación de naturalista– la existencia y los méritos de Bonpland desde que tenía dieciséis años, hacia el año de 1827, y deseaba vivamente conocerlo. Al llegar al Río de la Plata se desenvolvió inicialmente Munck en la mesopotamia argentina, en Entre Ríos. También habría acudido alguna vez a Corrientes –a Santa Ana o a San Borja, ya en Brasil, esta última– para entrevistarse con Bonpland. Pero, no tuvo la suerte de hallarlo: el botánico francés estaba ausente en esa o esas ocasiones, así que no pudo verlo. Recién en la década de 1850, posiblemente una vez en 1854 (según su epistolario, Mörner, 1955), aprovechó Munck estadías en la villa de Pilar, en el Ñeembucú paraguayo, para pasar a Corrientes y visitar a Bonpland, con quien trabó alguna forma de amistad o de relación cercana.

Además, según los datos aportados por Nemesio Barreto Monzón, habría sido el propio Munck quien recibió personalmente en el puerto de Asunción a Bonpland en su visita de 1857, cuando arribara a bordo de la Bisson (acerca de lo que nada se dice en el Diario del viaje).

Tanto Bonpland como Munck, tenían ambos un rasgo en común: eran reacios a publicar, es decir, eran mucho más coleccionistas y hombres de ambientes abiertos

que investigadores de gabinete, como lo hace notar Hassler (1908).

De haber sido el supuesto Rosen Stile nada más que una referencia disimulada de Munck, resulta indudable que hay algo muy extraño en relación con él en el relato de Bonpland. Además, dado que Munck era fundamentalmente botánico y médico, es decir colega casi total de Bonpland, ¿Por qué no trataría éste de encontrarlo en Asunción y de dialogar con él acerca de los temas cuyo interés compartían; por qué no revisaría sus herbarios, que fueron ricos y valiosos (Contreras Roqué y Boccia Romañach, M. S.)? Y, en caso de hacerlo, ¿Por qué no lo hizo constar Bonpland en su relato del viaje?.

Para estas preguntas no existe una respuesta directa y fidedigna. Tan sólo puede inferirse una explicación presuntiva a través de un rico contexto de hechos documentados. Justamente es aquí donde el historiador puesto a biógrafo topa con el núcleo de ese *algo que se esconde* de la cita de Goethe, que lo obliga a descender a las profundidades interiores de un Aimé Bonpland inesperado, pero presentido a través de otras evidencias concurrentes, y –tal vez– a palpar crudamente una de las claves de su vida de relacionamiento con la alteridad humana entornante.

Encarar este caso particular, implica entrar a considerar el tema mucho más general de Aimé Bonpland como botánico. Como tal es considerado, casi por antonomasia, una de las grandes figuras de esa ciencia y casi siempre tratado con una adjetivación superlativa. Son frecuentes las alusiones de tono subidamente apologético y formuladas por legos en materia botánica, quienes además de caracterizarlo como botánico genial, le atribuyen la presentación de numerosísimas especies nuevas. Confunden de este modo la clasificación de plantas, es decir, el poder decir qué es botánicamente una planta dada, materia en la que Bonpland era un hábil y consumado especialista, con la presentación de descubrimientos botánicos novedosos o de innovaciones en el pensamiento tanto botánico como biológico global, un tipo de aportes que son muy escasos e irrelevantes en su caso[126].

Pero estas consideraciones exageradas se minimizan recurriendo a las fuentes adecuadas de la historia de la ciencia. Por ejemplo, Goodspeed en su historia de la botánica (1943: 91), apenas si le dedica unos renglones referidos a su papel junto a

[126] Sus descubrimientos botánicos, que fueron muchos al abordar un continente casi virgen de estudios botánicos durante el viaje de 1799-1804, se diluyen en los trabajos conjuntos con Humboldt y fueron fruto de una coparticipación en la tarea con un promotor como Humboldt permanentemente a su lado. Su realidad como botánico original recién se debía poner a prueba en dos circunstancias sucesivas, la primera cuando entre 1805 y 1816 debió estudiar finamente los materiales del viaje, tarea que cumplió mal, y que finalmente abandonó. La segunda se presentó cuando otra vez tuvo ante sus ojos la percepción de un continente botánico a descubrir, en el subtrópico sudamericano, que fue su entorno vital desde 1820 hasta su fallecimiento en 1858.

Alexander von Humboldt en el curso del viaje célebre equinoccial de 1799 a 1804; Singer (1947), Nordenskiöld (1949) y Papp (1971) ni siquiera lo mencionan en sus historias de las ciencias; Asimov (1971) no incluye la suya entre las biografías de los "*1197 grandes científicos desde la antigüedad hasta nuestros días*"; la Encyclopaedia Britannica, no aporta dato alguno acerca de él, es decir, en la historia de la ciencia universal, la huella de Bonpland es de carácter menor y, en general, se lo da como compañero y colaborador de Alex von Humboldt, acreditando su mayor mérito en esa participación en la empresa común.

Ya se analizará más adelante cuánto pudo haber en el propio Bonpland de exclusión voluntaria o autocompulsiva –puesto que más probablemente predominó esta última categoría psicológica– para generar ese papel secundario que se le asigna en la historia de la botánica y que corresponde a la realidad de su aporte en la ciencia botánica estricta.

Incluso en la botánica rioplatense, el rol poco relevante de Aimé Bonpland, es reconocido por los grandes botánicos locales, como es el caso de Lorenzo Parodi, en su historia de ciento cincuenta años de botánica en la Argentina (1961: 7-8), quien, después de un largo circunloquio y en tono casi de disculpa ante la figura mítica de Bonpland, llega a la conclusión de que: "*... su influencia en la botánica argentina es casi nula pero su ejemplo de voluntad férrea y de amor al trabajo nos obliga a la gratitud*".

La pobreza de su papel resalta en contraste con la de Antonio José de Cavanilles y de los botánicos españoles del fin de siglo XVIII y comienzos del XIX, que constituyen una pléyade de botánicos en sentido estricto como lo caracterizan, por ejemplo Arthur R. Steele (1982) o José María López Piñero. Todos ellos dejaron sus nombres ligados a una cantidad notable de nuevas especies y, en conjunto constituyeron el primero grupo biológico de estudiosos que llegó hasta a poseer una revista propia como medio de expresión de sus aportes botánicos.

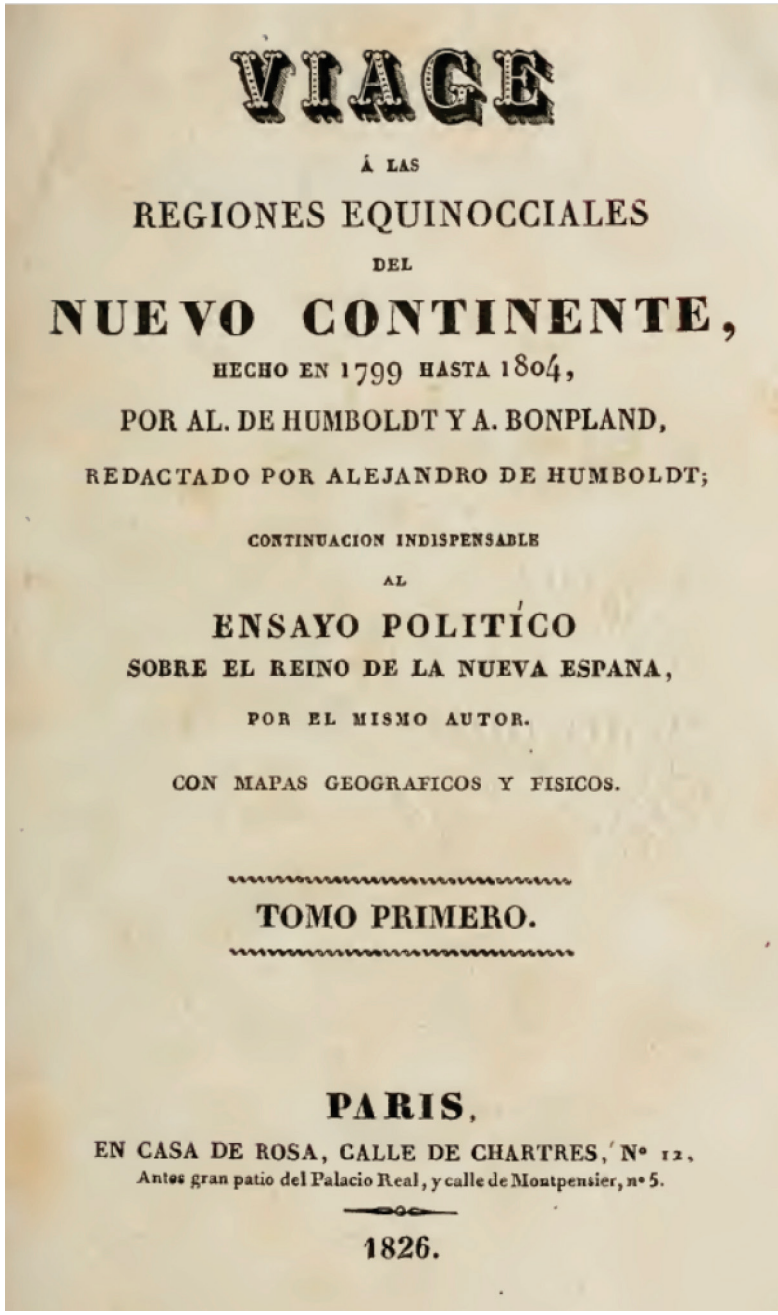
Se mencionó previamente una supuesta autoexclusión por parte de Bonpland en lo referido a desempeñar un mayor protagonismo en la historia de la botánica. Tal vez sea esa la mejor definición para la actitud personal de quien, a su regreso del viaje conjunto con Alexander von Humboldt, en 1804, traía el aporte de un inmenso y riquísimo herbario, además de un cúmulo de 2.700 grandes folios plenos de información naturalista y se supone que era el verdadero botánico de la expedición, como Humboldt lo reconociera más de una vez[127], aunque mejor

[127] Para la mayoría de quienes sólo conocen superficialmente el tema, Humboldt era más un científico de la tierra, vinculado a los minerales, la climatología, la geografía física y biológica. Sin embargo, los antecedentes como botánico de Humboldt antes de partir en 1799 hacia su viaje americano eran, tanto en cuanto a estudios y experiencia de museo y colecciones, como en lo referente a publicaciones realizadas en el campo de esa ciencia, mucho más densos que los de Bonpland. Se inició en ese campo en 1793 con su *Flora subterránea de Freiberg*, publicada en Berlín, en la que describiera 250 especies de criptógamas. Tan temprano como en 1794, ya planeaba la publicación de una *Historia de las Plantas*, propósito que no llegó a concretar pero dejó esbozado en borradores que denotaban su solvencia en el tema.

Una de las ilustraciones del género *Paspalum* del libro *Nova genera et species plantarum* de Bonpland y Humboldt, 1815.

pudiera afirmarse que fue quien centralizó la tarea botánica del viaje, pues también Humboldt lo era en muy buena ley.

El total de ejemplares colectados ascendió a 60.000, e incluía cerca de 6.000 especies distintas, de las cuales poco más de la mitad (3.300) eran especies nuevas para la ciencia. Es posible que previamente a este aporte, tan sólo Linneo, cuando decidió aplicar su nueva forma de nomenclatura binaria al mundo vegetal, haya tenido en sus manos un tesoro de tal magnitud para construir con el mismo una obra de envergadura difícilmente superable. Por acuerdo tácito o explícito –resulta más plausible esta segunda alternativa– todo ese material novedoso debía compartirse entre ambos copartícipes, esa obra debía publicarse en grandes



VIAGE

Á LAS

REGIONES EQUINOCCIALES

DEL

NUEVO CONTINENTE,

HECHO EN 1799 HASTA 1804,

POR AL. DE HUMBOLDT Y A. BONPLAND,

REDACTADO POR ALEJANDRO DE HUMBOLDT;

CONTINUACION INDISPENSABLE

AL

ENSAYO POLITICO

SOBRE EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA,

POR EL MISMO AUTOR.

CON MAPAS GEOGRAFICOS Y FISICOS.

TOMO PRIMERO.

PARIS,

EN CASA DE ROSA, CALLE DE CHARTRES, Nº 12,

Antes gran patio del Palacio Real, y calle de Montpensier, nº 5.

1826.

Viage á las regiones equinocciales del Nuevo Continente realizado entre 1799 y 1804 por Alexander von Humboldt.

tomos ilustrados y aparecerían con la autoría primaria de Humboldt y Bonpland figuraría como coautor (sin embargo, Bonpland fue autor principal de los *Species plantarum*, en sus primeros tomos, publicados entre 1815 y 1825).

Al retornar a Francia en 1804 tenían buena parte de las ilustraciones de las plantas nuevas ya diseñadas, las que debían ser completadas o realizadas nuevamente por dibujantes de campaña o por auxiliares contratados al pasar por las capitales hispanoamericanas, y muchas descripciones preliminares estaban esbozadas en los mencionados folios. Para consumar la gran obra que se esperaba fuera conjunta de ambos, sólo –¡y nada menos!– se requería que se entregaran de lleno al trabajo, que demandaría bastante más de una década de ardua concentración. Esta fue la gran opción de Aimé Bonpland al reinstalarse en la sociedad francesa al regresar de la América equinoccial.

Pero, además, debe destacarse que la obra completa planeada no se restringía a la botánica: aspiraba además a exponer los resultados zoológicos, mineralógicos, geológicos, geográficos, astronómicos y meteorológicos del inmenso viaje. Además se completaría para el gran público una obra de menor profundidad y volumen, el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* durante los años 1799-1804[128]. Por otra parte, se escribirían tratados de geografía y economía de Cuba y de México y, se publicaría una Vista de las Cordilleras[129].

Finalmente y después de múltiples pérdidas de la oportunidad o de la iniciativa por parte de Aimé Bonpland, debió ser Alexander von Humboldt quien escribió todas estas obras que pudieron corresponder a ambos en forma compartida, y eso se hubiera materializado de haberse mantenido asociados ambos, es decir, si Bonpland hubiera realizado su necesario aporte.

La gran obra botánica resultante del viaje apareció entre 1807 y 1839, comprendiendo *Plantas equinocciales*, en dos volúmenes; la *Monografía de las Melastomáceas*, en un tomo; la *Nova genera et species plantarum*, en siete volúmenes; la *Synopsis plantarum*, en cuatro volúmenes; y cada una en un volumen las *Monografía de las Mimosáceas* y la *Revisión de las Gramíneas*. Se trata en conjunto de dieciséis grandes volúmenes, que implican treinta tomos impresos, de los cuales dice el mencionado Röhl (1991: xli): "*... la mayor parte de esta gigantesca publicación fue redactada por Humboldt; Bonpland escribió parte de la monografía de las*

[128] Originalmente intitulada *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par A. de Humboldt et A. de Bonpland. Redigé par Alexander de Humboldt, avec an Atlas géographique et physique*, fue escrita en francés y publicada en París en trece tomos entre 1816 y 1831. La edición española más completa, con traducción y prólogo de Eduardo Röhl, fue publicada en Caracas en 1941-1942, en cinco tomos ilustrados. Los autores han utilizado la tercera edición de dicha obra, editada en Caracas por Monte Ávila, en 1991.

[129] Obra que apareció en 1812, bajo el título de *Vues des Cordillères et monuments del peuples indigènes de l'Amérique*, Librairie Grecque-Latine-Allemande Schoell, París, pp. 1-304, de autoría exclusiva de Alexander von Humboldt.

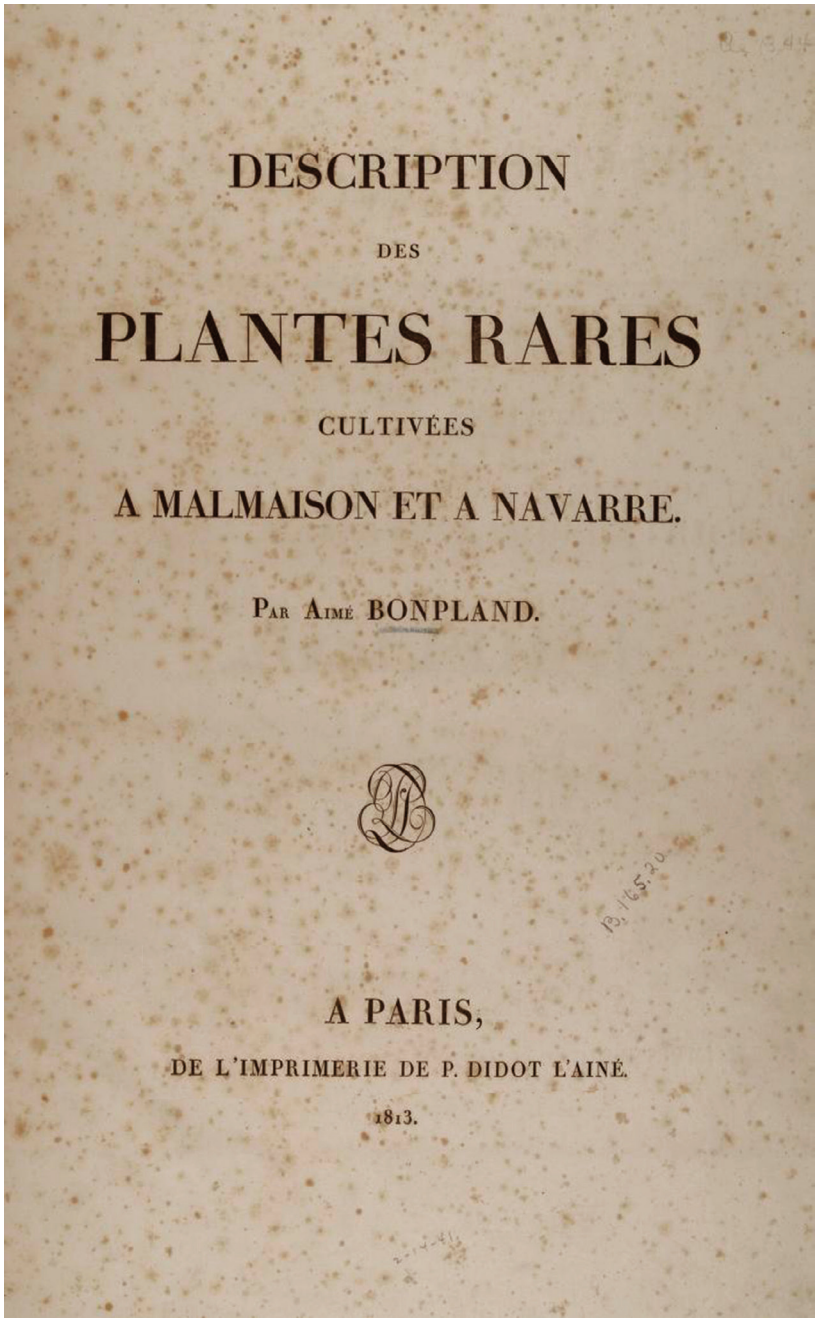
melastomáceas. Las últimas cuatro obras mencionadas se deben al distinguido botánico [Karl Sigismund] *Kunth*"[130].

A nombre de Bonpland ya como autor principal o como coautor, sólo figuran algunos de los primeros tomos de la gigantesca obra. Son éstos:

- *Plantes equinoxiales recuillies au Mexique, das l'île de Cuba, dans las provinces de Caracas, Cumaná, etc*. Schoell et Dufaur, París, Tome I, 1808, pp. I-VII + 1-234, 68 tabs., efigies de José Celestino Mutis; Tome II, 1809, pp. I-II + 1-191, 75 tabs.
- *Monographia Melastomacearum*... Lutetia, París, Tome I, 1816, pp. I-VII + 1-142, 60 tab col. et Tome II, 1823, pp. I-II + 1-158, 60 tab. col.
- *Hebeandea, nouveau genre de plantes*. Gessellsch. Nat. Freund, Magaz., Berlin, 1808, Vol. 2 (6), pp. 47-49.
- *Claytonia cubensis*. Ann. Mus. París, 1808, Vol. 7, pp. 82-84.
- *Description des plantes rares cultivés à Malmaison et à Navarre*. París, 1813, pp. 1-157, 64 tab. col.
- *Nova genera et species platarum quasin peregrinatione orbis novi collegerunt, descripserunt, partim adumbraverunt*. Amatus Bonpland et Alexander de Humboldt… Lutetia Parisiorum, Tome I, 1815, pp. I-XLVI + 1-302 +1-94 tab; Tome II, 1817, pp. 1-324, tab. 95-122; Tome 3, 1818, pp. 1-456 +tab. 193-300; Tome IV, 1820, pp. 1.47, Tab. 301-412; Tome V, 1821, pp. 1-338 + tab. 413-505; Tome VI, 1823, pp. 1-422 + tab. 513-600; Tome VII, 1825, pp. 1-399 + tab. 601-700.

Al ver la lista precedente, debe pensarse que dos trabajos, son apenas notas de tres páginas cada una, publicadas en revistas especializadas. Otra es una obra publicada en su paso por la Malmaison, en el que la infraestructura humana adicional empeñada en la obra fue considerable, dibujos, composición, armado de los textos son tarea del personal auxiliar financiado por la emperatriz. Lo mismo puede decirse de las monografías sobre plantas de México, Cuba, Caracas y Cumaná, y de la Monografía de las Melastomáceas, que fueron realizadas por verdaderas máquinas de producir en las que el papel del autor era redactar los textos y luego actuar de director de orquesta del equipo empeñado en la tarea editorial. Bonpland contribuyó en alguna medida a la obra acerca de las Melastomáceas. La última, la más cuantiosa y compleja (*Nova Genera et Species Plantarum*…), representa el "homenaje póstumo de Humboldt a su compañero", al otorgarle la primacía autoral.

[130] J. P. Duviols (1978: 21), en su *Voyageurs français en Amérique*, al exponer las bibliografías atinentes, se ve obligado a tratar de disculpar a Bonpland: *On pourra s'étonner que ne figure pas dans la bibliographie de nom 'Aimé Bonpland. Ce remarquable voyageur semble hélas condamné à rester dans l'ombre de son illustre collaborateur qui a "redigé" les ouvrages dans les quels il es difficile d'apprécier la part qué l'on doit au botaniste français: Ainsí, le Voyage aux rérions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 18901, 1802, 1803 et 1804, par Alexandre de Humboldt et A. Bonpland, rédigé par Alexandre de Humboldt. // Ajutons que la gigantesque entreprise des deus savants a été par ailleurs étudé en détail. Nous renvoyons notamment au travail complet et très documenté de Charles Minguet: Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole (1799-1804).* París, Maspero, 1969, pp. 1-693.



DESCRIPTION

DES

PLANTES RARES

CULTIVÉES

A MALMAISON ET A NAVARRE.

PAR AIMÉ BONPLAND.

A PARIS,

DE L'IMPRIMERIE DE P. DIDOT L'AINÉ.

1813.

Una de las obras de Aimé Bonpland. 1813.

Los siete tomos del trabajo mayor, fueron apareciendo mientras su eventual autor principal estaba en Londres o embarcado ya hacia el Nuevo Mundo. Fue Humboldt quien, generosa y lealmente, hizo de ese modo un gesto de despedida amistosa a Bonpland, quien en buena medida contribuyó con sus apuntes de viaje al texto final de las obras botánicas ("l*a mitad de las descripciones son suyas*", dijo Humboldt en una ocasión que más adelante citamos), pero de allí, al escrito definitivo y a la edición, hay un todo un mundo de dedicación y esfuerzo que Bonpland eludió. Otro sería el resultado si ambos "autores" hubieron compartido el esfuerzo total de la obra[131].

Para trabajar en los temas no botánicos concurrieron a la tarea Oltmanns[132] para la astronomía y los cálculos geográficos; Cuvier[133], Latreille[134] y Valenciennes[135] se ocuparon de la zoología y de la anatomía comparada; en cuanto a botánica, dice Douglas Botting (1973: 205) que fue Kunth[136] quien "*... escribió la mayor parte de los volúmenes, en reemplazo de Aimé Bonpland, cuya disposición*[137] *para la tarea pronto mostró ser altamente insatisfactoria*".

En el Anexo N° 16 se transcribe el texto completo del juicio de Botting (1973: 205) acerca de Bonpland, que se complementa con un párrafo que viene al caso copiar a continuación: "*... aunque a través de su correspondencia con Humboldt durante sus últimos años se mostró tan amistoso y leal como siempre, Bonpland llevó consigo a la tumba su envidia privada a causa del éxito de su amigo, al que él consideraba, no careciendo ente-*

[131] Es muy posible que Humboldt haya debido luchar fuertemente contra sí mismo para perdurar en la tarea, pues se autodefinía como lo carcateriza Fernández Pérez (2002: 193) apelando a un escrito de 1805: "*Inquieto, agitado y sin poder disfrutar nunca algo que he terminado, no soy feliz sino emprendiendo cosas nuevas y haciendo tres cosas a la vez. En ese ánimo de inquietud moral, consecuencia de una vida nómada es donde hay que buscar las principales causas de la gran imperfección de mis obras*." Evidentemente, luchó contra sí mismo y logró superarse, pero entre 1805 y 1825, a más de las inmensas obras botánicas que redactó o dirigió, escribió más de 2500 páginas de textos relevantes como lo son sus obras colaterales publicadas. Cubrió así su proclamada necesidad anímica de volcarse sobre tres obras conjuntas…

[132] Jabbo Oltmanns (1783-1833). Fue condiscípulo de Humboldt en Gotinga, cuando era un joven alemán, estudiante de matemáticas. Después estudió astronomía. Al regreso del viaje americano, Humboldt y él realizaron, entre mayo de 1806 y junio de 1807, seis mil observaciones siguiendo las fluctuaciones del campo magnético terrestre. En diciembre de 1806 arribaron juntos y en forma precursora al concepto de las "tormentas magnéticas" (De Terra, 1973: 167), un tema que se integró a la ciencia de avanzada muchas décadas más tarde en lo referido a su nexo con la declinación magnética. Oltmanns fue el autor principal de la cuarta parte de la obra de Humboldt sobre México (París, 1808-1810). Esto da una idea de la intensidad de la dedicación que Humboldt requería de sus colaboradores y de cómo fue ajeno Bonpland a tal ritmo de trabajo. Incluso fue Oltmanns quien rehizo y corrigió la totalidad de los datos geográficos de superficie y mediciones de distancias y altimétricas, e incluso participó en los cálculos demográficos (Humboldt, 1966: 102, 591).

[133] Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769-1832). Naturalista, zoólogo y anatomista francés. Había nacido en Montbeliard y se educó en Alemania. Desde 1785 se incorporó al Museo de Historia Natural de París, donde se consagró como el biólogo más destacado de su tiempo. Fue uno de los precursores y autor de significativos aportes a la anatomía comparada. Abarcó un vasto campo de la biología animal: estudiando los animales fósiles, los invertebrados y los vertebrados, fue el autor de la llamada regla de correlación de las partes para caracterizar las grandes especializaciones animales. Se opuso al transformismo y a la idea básica de evolución. Falleció en París, a causa del contagio durante una epidemia de cólera.

[134] Pierre André Latreille (1762-1833). Fue un destacado naturalista y zoólogo francés, discípulo y colaborador de Cuvier, que llegó a ser profesor de entomología en París. Fue él quien sentó las bases del sistema moderno de clasificación de los insectos.

[135] Achille Valenciennes (1794-1865). Zoólogo francés del Museo de Historia Natural, fue protegido, colaborador y amigo de Humboldt, al que acompañó en su viaje a Londres de 1818.

[136] Carl Sigismund Kunth (1788-1850). Era sobrino del que fuera preceptor de los hermanos Wilheln y Alexander von Humboldt. Era profesor de botánica y fue colaborador estrecho de Humboldt en la edición de la parte botánica de la gran obra acerca de viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo de 1799-1804.

[137] En el original inglés del que se traduce dice "… *whose abilities in this direction soon proved highly unsatisfactory*".

ramente de razón, que había sido logrado en alguna medida a expensas de su contribución".

Existe una serie de cartas, escritas a partir de 1805, en las que Alexander von Humboldt pedía, rogaba[138] y finalmente conminaba (en septiembre de 1810)[139] a su amigo Bonpland para que se hiciera cargo seriamente de la tarea de preparación de la obra. Según Botting (1973), Bonpland fue incompetente y no-cooperativo en su forma de trabajar[140]. ¿Por qué tomó esa actitud? Es muy difícil establecerlo, pero el hecho es que Bonpland postergaba su trabajo con toda clase de excusas y mentía a su colega acerca del retraso de su contribución[141].

Tal vez tuviera Aimé Bonpland una menguada autoestima y se sintiera por debajo de la capacidad que se requería para la empresa, albergando una inseguridad de fondo, que bien pudo ser la que le impidió, a través de su larga vida, dejar más que una cortísima obra publicada. O bien, pudiera ser que se despertara en él un rechazo insalvable a tomar en sus manos esa tarea en particular, por un trasfondo íntimo de resentimiento resultante de la suma de situaciones frustrantes del viaje americano, fincadas en la relación personal entre ambos, acerca de la cual se ha fantaseado mucho, pero lo poco que se sabe con certeza demuestra que no fue tan apacible como algunos pretenden.

Varios testigos presenciales han comentado que la actitud de Humboldt hacia Bonpland era la de un señor hacia su inferior, en particular cuando ambos viajaron por España antes de partir hacia América, en 1798 y 1799[142], al haber aceptado el pri-

[138] En una carta de noviembre de 1809, Humboldt recrimina a Bonpland su apatía: "*Te suplico de nuevo, mi querido Bonpland, te ocupes de terminar un asunto que tiene la más grande importancia para las ciencias, para tu reputación moral y para los compromisos que contrajiste conmigo en 1798*" (Chardón, 1949: 135).

[139] En esa carta escrita en septiembre de 1810 le dice Humboldt a Bonpland, repitiendo parcialmente conceptos de la de noviembre de 1809, que seguramente fue infructuosa: "*No me escribes ni una línea acerca de tu botánica. Te ruego que completes el trabajo, pues desde la partida de madame Gauvin sólo he recibido media página* [tuya] *del manuscrito. Estoy decidido a que no se pierdan los resultados de nuestra expedición. Por favor, persevera hasta el final. Se trata de una empresa de la mayor importancia, no sólo en interés de la ciencia, sino por tu propia reputación y cumplimiento de los acuerdos que tomamos al colaborar en 1798. Te ruego, pues que nos mandes algún original. El editor tiene la impresión de que has perdido todo interés en la ciencia en los dos últimos años. No recibirán con gusto un trabajo nuevo sobre botánica hasta que no se termine el primero. Te abrazo afectuosamente y en el curso de un mes sabré si me estimas lo suficiente para complacer mis deseos*".

[140] Puede ser que Humboldt se haya decepcionado, una vez de regreso con su compañero de viaje, pero en carta a Wildenow, desde la Habana, en febrero de 1801, decía de Bonpland (Díaz-Piedrahita, 200: 146): "*Bonpland y yo tenemos toda clase de razones para estar muy contentos. Él es, un alumno digno de Jussieu, de Defontaines y de Richard; es activo, trabajador, se adapta fácilmente a las costumbres y uso de los hombres, habla muy bien el español, es valeroso e intrépido, en una palabra, tiene condiciones excelentes para un viajero naturalista. Ha arreglado solo las plantas, que con sus duplicados, suben a 12.000. La mitad de las descripciones son su obra. A veces hemos descripto, cada uno por nuestra parte, una misma planta, a fin de acercarnos más a la realidad*".

[141] Hamy (1904: 10) dice al respecto de la realización de su tarea de redacción por parte de Aimé Bonpland: "*… comme les Lesueur et les Verreaux par example, il ramasse, il classe, il inventoire en perfection, mais il se dècide difficilemente à arrêter les termes d'une rédaction; il hésite, il recommence sans cesse, et en huit mois, comme dit Humboldt, termine à peine ce que d'autres finiraient en quinze jours…*".

[142] Dice sobre ese tema Díaz-Piedrahita (2000: 147): "*... al momento de obtener los permisos de la corte española el galo* [Bonpland] *figurará en los papeles oficiales como un simple secretario del Barón teutón* [Humboldt], *como su ayudante, como copista e incluso como criado. El interés particular en las plantas provenía de Kunth, un botánico berlinés que había aportado algunos fondos para el viaje de su amigo* [Humboldt], *y que luego se ocuparía del estudio de la mayor parte de las colecciones botánicas recogidas por los viajeros naturalistas en suelo americano*". Las mismas expresiones aparecen en *Un sabio en la meseta*, de Puig-Samper y Rebock (2002) con respecto al viaje por el territorio español que ambos hicieron en 1799: "*… el sabio alemán venía a España acompañado únicamente de su amigo, considerado como un criado o a lo más secretario por las autoridades españolas, el botánico francés Aimé Bonpland*" (Puig-Samper y Rebok, 2002).

mero las desiguales condiciones con las que se trató a su amigo por parte de las autoridades españolas, al referirlo como desempeñando un papel de sirviente de Humboldt. Por más que en Francia ya hacía diez años que reinaban condiciones más igualitarias, la española era todavía plenamente una sociedad del Antiguo Régimen, de constitución esencialmente estamentaria. También pudiera ser que se juntaran ambas razones, y aún otras, más íntimas y lacerantes, relacionadas con la personalidad y los hábitos de Humboldt, que hubieran dejado cicatrices definitivas en el ánimo de Bonpland, quien pudo haber quedado en alguna medida fijado dolorosamente en esos sucesos.

Un intento de dilucidar aspectos íntimos de esa cuestión podría ser, a la vez, cruel e inconducente, pues la verdad esencial yace definitivamente irrecuperable, desvanecida con los protagonistas desde hace casi dos siglos. Sin embargo, se exteriorizó en el comportamiento de Bonpland un aspecto de su carácter que encierra la explicación de algunas de las actitudes que se destacan en su biografía y que por esa razón merece ser analizado. Se trata del sentimiento de envidia que mencionara Botting, que parece haber sido un rasgo oscuro y permanente de su personalidad, aunque oculto bajo los pliegues de su compleja personalidad. Es posible que ese sentimiento estuviera, además, asociado con cierto grado de indecisión y alguna inseguridad en el plano de la especulación superior y de las concepciones científicas, actuando como un factor de bloqueo y de desaliento en muchos de sus propósitos íntimos con respecto al cultivo de la ciencia, para la que es evidente que estaba excepcionalmente dotado en cuanto a don de observación, a memoria, capacidad, dedicación y a habilidad instrumental. También, seguramente en capacidad asociativa y discernimiento conceptual, aunque el pensamiento abstracto es evidente que no fue su fuerte.

El concepto de envidia es complejo y en general sólo resulta asumido con mucha dificultad por el protagonista y siempre cuando se lo fuerce a ello. Tiene un símil superficial en los celos, pero es mucho más profundo y globalizado en la personalidad. Como lo señala Schoeck (1969: 21) la envidia se distingue de los celos porque es "*un estado de ánimo vergonzoso*", porque "... *estos últimos* [los celos] *son más aceptables* [íntima y socialmente que la envidia] *para el que los confiesa*". Fernández de la Mora (1984) ha dedicado un amplio y brillante estudio a este sentimiento, al que entiende como –en general– asociado tarde o temprano, en el que lo padece en forma aguda, al resentimiento[143], y con cierta frecuencia también, al masoquismo.

[143] El término resentimiento fue acuñado por Friedrich Nietszche y más adelante perfeccionado por Max Scheler (Hess *et al*., 1995), y en cuya génesis se cuenta fundamentalmente la envidia. En el *Diccionario de Psicología* de H. Warren (1948), figura como acepción corriente: "*Actitud permanente que tiende a rebajar los valores de personas y cosas y que obedece a algún fracaso en la vida el enjuiciador*." Para Alfred Adler, se trata de un sentimiento inconsciente de inferioridad.

Para ese autor –al igual que para Schoeck– es uno de los rasgos que más se suelen disimular en el comportamiento externo de las personas que lo padecen y que, tanto más se encubre cuanto más compleja y esclarecida fuera la personalidad de su portador.

El análisis parsimonioso y detenido de Aimé Bonpland como persona, muestra muchos rasgos inexplicables que sólo a la luz del concepto de un trasfondo de envidia logran una explicación más coherente. Es central en esta interpretación su nunca bien esclarecida relación personal con Alexander von Humboldt. La separación de hecho de Humboldt y Bonpland comenzó en el propio año 1804, ni bien regresaron del viaje y se fue incrementando progresivamente, por ejemplo, en 1808, cuando Bonpland asumió su cargo en la Malmaison, lo que motivó una efectiva divergencia de intereses entre ambos ex-compañeros. La ruptura final de hecho, no violenta ni manifiesta exteriormente, sobrevino en 1814, el año fatídico y del vuelco de Bonpland hacia asuntos tan ajenos a Humboldt, como las actividades de las logias, los movimientos secretos de los revolucionarios americanos, y la gestión de su viaje a América de fines de 1816. Pero esta enumeración es más anecdótica que nuclear en el tema sobrellevado por años, de la divergencia mental de ambos.

Es posible que hacia 1816 los casi tres lustros de desarrollo independiente de cada uno hubieran abierto una brecha muy honda en sus respectivas cosmovisiones, así como en sus intereses dominantes y ambiciones intelectuales. También en la intimidad de sus relaciones personales. No es en ningún modo improbable que esa brecha se ahondara sobre la cicatriz de viejas heridas abiertas durante el dilatado viaje compartido por ambos.

En pocos años la divergencia fue casi total. Irina Podgorny y Wolfgang Schäffner (2000) analizaron la evolución del lenguaje humboldtiano y de la expresión del pensamiento del sabio alemán. La conclusión es que ambos procesos se acompañaron de una técnica instrumental y conceptual novedosa y cada vez más compleja. Paralelamente Jaime Labastida (1999: 62) analiza la evolución de la cosmovisión humboldtiana, que llegó a aportar una nueva imagen del universo, acompañada de "*... una sabia combinación de experiencias directas y amplitud filosófica*".

Humboldt apuntaba tempranamente hacia una espiritualidad que Bonpland, que era esencialmente más pragmático y positivo que especulativo, más reduccionista que holista[144], no compartiría e incluso pudiera desdeñar, remitiéndose centralmen-

[144] Sandra Rebok (2008: 75), dice con respecto a Humboldt: "*Una concepción holística: Al examinar su obra bajo este criterio, vemos que todo su programa de investigación, todo su pensamiento holístico está basado en esta idea de una Geografía Física, lo que hacia el fin de su vida extendió a una Descripción fisca del mundo, en su última obra sintetizadora, el Cosmos, con la unificación de todo lo creado en la tierra y el espacio. En su prólogo al Cosmos explica más detalladamente lo que pretende con su investigación, sobre todo lo relacionado a su concepto holístico: "Preparación necesaria era ésta, si habrían de emprenderse con utilidad lejanos viajes; pero también tales trabajos tenían otro objeto más elevado: el de comprender el mundo de los fenómenos y de las formas físicas en su conexión y mutua influencia.*

te al trato directo con la naturaleza, a la que bravía o mansa, debían si no extraérsele, arrancársele sus secretos. Los dos debieron convivir casi cinco años de forzada cercanía cotidiana. A las divergencias en la estructuración anímica de ambos, debe sumarse que mientras el barón Alexander von Humboldt pertenecía al estrato nobiliario prusiano[145], Bonpland era un típico burgués del tercer estado de la Francia postrevolucionaria. No pudieron ser insensibles a las implicancias de la disparidad de estado social y a la absoluta asimetría de la intervención de ambos en la financiación del viaje, que para Humboldt significó la reducción en un tercio de su fortuna personal (Ortega y Medina, 1966: cv)[146].

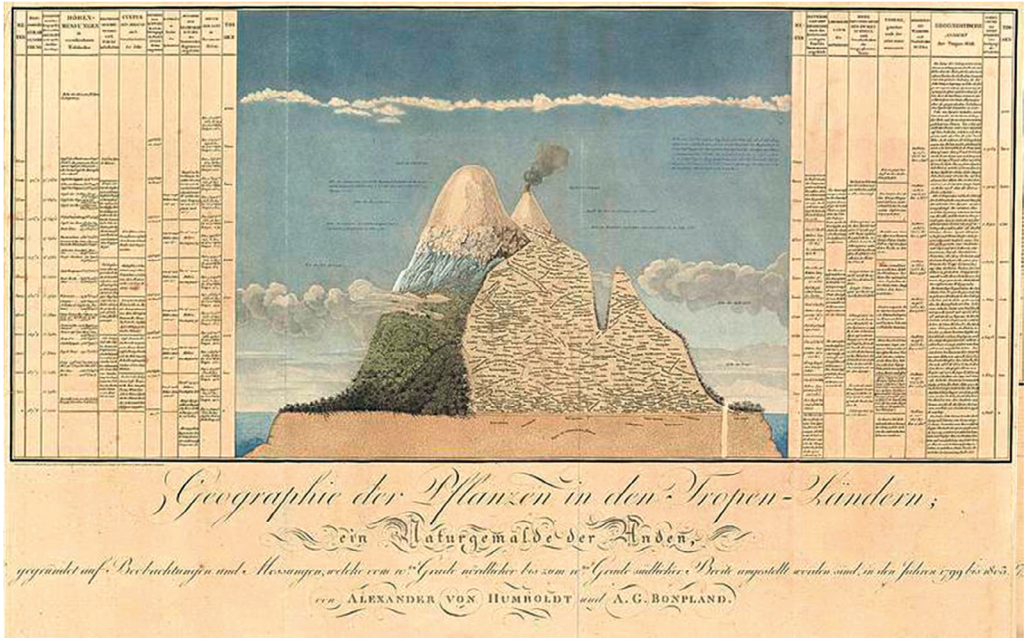
Tampoco deben dejarse de lado los datos acerca de la estricta diferencia social que los separara en su viaje previo por España[147] y el trato sumiso que guardara siempre Bonpland hacia Humboldt, hasta en su correspondencia, incluso cuando ambos ya eran muy ancianos. La diferencia entre ambos parece haber sido en todos los órdenes esenciales de su relacionamiento. Según Pablo Boetsch (2001: 309): "*La resistencia física de Humboldt, muy superior a la de su compañero francés, quien sufrió de diferentes dolencias a lo largo de esos cinco años, no se quebró ni siquiera ante el que se consideraba en aquel tiempo el monte más alto de la tierra, el Chimborazo, de unos 6.300 metros de altura, en los Andes colombianos. Sin equipo, sin ningún aditamento que pudiera facilitar el ascenso, se presume que llegó hasta los 4.500 metros de altura. ¿Quién era este sabio que hacía gala de un titanismo tanto físico como intelectual inagotable, que tanto estaba en las cumbres más altas de América como en los salones de la sociedad más refinada del París napoléonico, que sabía el nombre de las especies vegetales de las regiones con mayor biodiversidad de la tierra tanto como el nombre de los reyes olmecas, toltecas, zapotecas de la meseta central de México o el de los revolucionarios criollos que comenzaban a gestar los movimientos de independencia con respecto a España? Seguro que* [debía serlo] *alguien que se ajustara muy bien al perfil del héroe romántico, casi un personaje literario, un estereotipo del imaginario colectivo de los albores del siglo XIX. Conocidas son las palabra de Goethe sobre Humboldt...*".

Desde mi primera edad he tenido la suerte de escuchar los benévolos consejos de hombres superiores, convenciéndome desde luego de que si no se poseen sólidos conocimientos relativos a las diversas partes de las ciencias naturales, la contemplación de la Naturaleza en más extensos horizontes, como el intento de comprender las leyes por que se rige la física del mundo, sólo vana y quimérica empresa serían. Los conocimientos especiales se asimilan y fecundan mutuamente por el mismo enlace de las cosas (…) De este modo es como el naturalista ávido de saber se ve conducido de una esfera de fenómenos dada a otra segunda que limita los efectos de aquella."

[145] Sin embargo, la nobleza del padre de Humboldt databa de sólo una generación, pues "… *los Humboldt habían sido magistrados y guardas en las provincias del norte, especialmente en Pomerania*" (De Terra, 1966: 15). Por parte de su madre descendía de la familia de la estirpe de los von Colomb, una aristocrática familia originada en Borgoña y refugiada en Prusia debido a las persecuciones religiosas en la Francia del siglo XVII, que llegaron a casi aniquilar a los protestantes llamados hugonotes.

[146] La suma gastada en la expedición ascendió a 35.000 táleros, lo que representaba un monto muy signficativo en aquella época, aunque menor que la suma inicialmente calculada, pues Humboldt había previsto gastar en el viaje hasta la mitad de su fortuna personal (Röhl, 1991: xxiv).

[147] En el pasaporte concedido en marzo de 1899 por el Conde de Mariano de Urquijo, Ministro de Estado, tras la entrevista de Humboldt con el matrimonio real (Carlos IV y la Reina María Luisa, en Aranjuez), figura Bonpland en calidad de sirviente (Ortega Medina, 1966: lxiv).



Mapa del Chimborazo, 1807.

Mientras los años se sumaban para Humboldt llevándolo a un cada vez más rico y fecundo proceso emergente de expresión e interpretación del mundo, y que universalizaba cada vez más su pensamiento, para Bonpland se acumulaban los mismos años consolidando en él una configuración que muy bien ha definido Adolfo Ruiz Díaz (1970) como la de uno de los que él denomina "los Robinsones", hombres caídos en el destierro, una especie de naufragio, por el azar de la vida y de la historia, en "... *quienes la caída esencial del hombre se revive y concreta en la recaída en la naturaleza*". Para ese autor, "... *el rasgo capital hay que buscarlo en la no resignación a la soledad salvaje. Desde Robinson Crusoe hasta los pavorosos niños de William Golding*[148] *persiste la esperanza en el regreso o en el rescate*", como nunca la perdió Bonpland en su dilatada vida, pero el universo de los Robinsones se reduce, se insulariza, e indefectiblemente retorna a lo silvestre, además elucubra en soledad, perdiendo buena parte del mecanismo discursivo interior humano, que necesita del diálogo.

[148] Los *pavorosos niños*, creación del escritor inglés, William Golding (1911-1993), Premio Nobel de Literatura, 1983. La cita alude a su novela *Lord of the flies* (1953), en español *Señor de las moscas*. Se trata de una *distopía* o utopía negativa y brinda un cruel pero realista relato del afloramiento de las profundidades ocultas de los seres humanos. El ansia de poder y la afirmación del yo son las fuentes mayores de la negatividad a la que puede llegar el humano cuando pierde la inocencia infantil. A pesar de todo, Golding cree que hay un factor bondadoso que subsiste en algunos protagonistas, aún en los peores casos de barbarialización grupal o colectiva.

El hecho esencial es que mientras que Alexander von Humboldt ascendía al Cosmos a través de su curso intelectual y vital, Aimé Bonpland se restringía cada vez más a su isla robinsoniana del linde correntino-riograndense de Paso de los Libres y São Borja, en la soledad propia del siglo XIX de esas regiones casi despobladas y en las que la mayoría de la escasa población no era interlocutora válida para alguien como Bonpland, al menos para el Bonpland de 1815.

Muchas veces el conocimiento de las lecturas de un hombre permite llenar huecos inmensos en su biografía. Pero, en este caso, muy poco es lo que se conoce acerca de la biblioteca personal de Bonpland, con excepción de la que trajo originalmente consigo, que parece haber sido importante y quedó, en la parte que no fuera vendida al naturalista uruguayo Dámaso Antonio Larrañaga, parcialmente, en manos de un ejecutor de segundo orden como depositario en Buenos Aires, y de la que cierto número de volúmenes pasó, mediante venta, a la Biblioteca Nacional, entonces Biblioteca Pública de Buenos Aires. Todo eso sucedió antes de octubre de 1820[149].

De allí en adelante, ¿Dispuso realmente Bonpland en su etapa rioplatense de una biblioteca personal, siquiera de una de botánica bien surtida?, ¿Pudo acaso, actualizar ese repositorio con incorporación de lo más imprescindible de la creciente aparición de novedades de interés botánico cercano, por ejemplo con obras como las de F. von Martius, dedicada a la flora del Brasil, o las de Antonio José de Cavanilles y allegados, o de Pabón y Ruíz, sobre la flora peruana[150]?.

Incluso se puede plantear una pregunta dramática: ¿Tuvo Bonpland en su poder o en condiciones de consulta sus propias obras en colaboración con Humboldt y las de aquél en colaboración con Kunth, que encerraban los resultados del viaje americano inicial?. La respuesta es que sólo parcialmente poseyó esos materiales bibliográficos. Algún bagaje de libros fundamentales fue dejado por Bonpland en Corrientes, pero sólo algunos pudieron ser salvados del desastre que le hizo perder muchas obras en los diez años de ausencia forzada[151].

[149] De esos libros que Bonpland trajo a Buenos Aires consigo en 1818, se sabe poco con certeza. Espinoza (1997: 242) dice: "... *el doctor Severo Malabia, hombre de Gobierno del Directorio,* [estuvo] *haciendo urgentes gestiones a los fines de que esos libros de Bonpland sean adquiridos por el Gobierno y para la Biblioteca Pública*".

[150] Con respecto a esta obra Castellanos (1963: 58) publica la copia de una carta que el botánico español José Pavón escribió a Bonpland en 1806, que da cuenta de la relación que, en algún momento, existió con los botánicos españoles que trabajaron en Perú: José Pabón le escribió a Bonpland, una carta desde Madrid, el 15 de diciembre de 1806, en la que le da algunos datos interesantes acerca de su Flora Peruviana. He aquí uno de los párrafos pertinentes: "*Mi cordial amigo y respetable Botánico: le encargo a Vm. averigüe si el librero M. de Boeur, corresponsal de M. Gabriel de Sancha, tiene algún ejemplar de mi Flora Peruviana sin vender; pues en caso de no haberle quedado ninguno el Sr. Sancha podrá remitirle 10 ú 12 ejemplares en negro a M. de Boeur desde Madrid.// Noticio a Ud. que por causa de la guerra no se ha publicado el 4º volumen de nuestra Flora Peruviana; que hace cerca de dos años que está pronto el 5º volumen, el 2º tomo del Systema vegetalibum, varias disertaciones y monografías de las Chinchonas.".*

[151] Sabemos por las varias veces citada carta a Humboldt de 1857, que retenía consigo desde París la obra *Species plantarum*, de Willdenow, a la que evidentemente pudo salvar de todas las vicisitudes padecidas, reteniéndola hasta el fin de sus días. Ninguno de sus visitantes menciona, la presencia de libros, aún cuando muchos describen pormenorizadamente sus humildes residencias de Corrientes o del Brasil.

Acerca de qué bibliografía retuvo consigo en el Paraguay, entre 1821y 1831, nada se conoce, pero es posible que careciera casi por completo de obras escritas[152]. Después tuvo lugar su agitada vida cargada de duro trabajo médico, de sus faenas de ganadero, sus escarceos de político, y hasta de sus afanes de colector y experimentador herbolario, casi sin tiempo para lecturas densas y apacibles y sin posibilidad de mantenerse actualizado acerca del acontecer científico e intelectual europeo.

A ello se añaden sus raros viajes a Buenos Aires y a Montevideo, donde pudo hallar algunas obras[153]. Llama la atención lo que le dice en 1857 a Humboldt acerca de sus instrumentos de trabajo bibliográfico. Bonpland le comenta acerca del limitado número de obras botánicas con las que contaba, la mayor parte de ellas eran de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX: "*... el Genera plantarum de Jussieu*[154] *y el de Schreber; además el Species plantarum de M. Willdenow*[155]*, que yo traje de París, y finalmente con el Genera plantarum de M. Endliger*[156]*(sic) y los once primeros volúmenes del Prodromus de nuestro viejo amigo M. de Candolle*"[157].

Estas noticias acerca de Bonpland pueden dar lugar a diversas consideraciones. En primer lugar, causa asombro que habiendo y transcurrido más de cuarenta años desde el alejamiento de Bonpland de Europa y, habiendo trabajado juntos en parte de la edición de los primeros tomos de su obra conjunta sobre la vegetación

[152] Castellanos (1963: 62) publica al respecto: "*El 22 de febrero de 1831, le escribe Bonpland a Rougin desde San Borja diciéndole*: "*j'irai à Corrientes, oú j'espère toruver tout ce que j'ai lessè, surtout ce que j'y ai lessé, surtout mes libres qui me sont excessivement necessaires*…" Y en otra carta que le escribe a Humboldt desde Buenos Aires, el 1º de junio de 1832, le dice: "*j'ai pu retrouver quelques unes des libres que j'avais laissés à Corrientes; je les possède seulment depuis huit jours. Dans ce petit nombre se trouve le Species de Wildenow, les deux volumes des plantes equinocxialis qui comprissent 129 plantes; les dix premiers cahiers de l'ouvrage de M. Kunth comprenant 146 planches, etc*.".

[153] En algunos casos sus visitantes eran portadores de envíos de libros, seguramente de parte de Humboldt y de algunos colegas fieles que le quedaban en Francia. Tal es el caso de Arsène Isabelle (1943: 287), que en la visita que le hizo en San Borja en el año 1833, era portador "… *de diversas obras que llevábamos al señor Bonpland...*". Pero, lo de Isabelle se vincula a un misterio sin dilucidar aún por completo, como veremos en el tercer ensayo de esta trilogía.

[154] Antoine Laurent de Jussieu (1748-1836). Destacado botánico francés, miembro de una familia de botánicos ilustres. Fue profesor de botánica en París y uno de los maestros de Aimé Bonpland.

[155] Karl Ludwig Willdenow (1765-1812). Botánico alemán, fue maestro de Humboldt. Su *Species plantarum*, mencionada por Bonpland es la edición comentada y actualizada de la obra taxonómica de Linneo, realizada por Willdenow, de norme valor para los taxónomos vegetales de su época y aun bastante más allá de ella.

[156] Se trata de Stephen Ladislaus Endlicher (1805-1849), cuyo apellido escribe Bonpland en forma fonética "Endliger". Se trata de un botánico austríaco nacido en Presburg, actualmente en Hungría, cuya fama mayor reside en que formuló un sistema clasificatorio novedoso de las plantas en su obra *Genera plantarum secundum Ordines Naturales disposita*, aparecida entre 1836 y 1841, que fue escrita cundo el autor debió efectuar el análisis de una enorme colección de plantas herborizadas que Endlicher adquirió con sus propios recursos para el Museo de Historia Natural de Viena. Es otra de las obras que contribuyeron a actualizar el panorama botánico de Bonpland. Participó junto con Karl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868) de la redacción de la gigantesca *Flora brasiliensis*, una obra iniciada en 1840, a la que Bonpland nunca se ha referido por escrito. Tampoco menciona nunca a otra obra básica de su tiempo, presentada en tres volúmenes, *Genera et Species Plantarum Brasiliensis*, publicada entre 1823 y 1832, también fruto de los estudios de von Martius.

[157] Agustín Pyrame de Candolle (1778-1841). Botánico suizo, es uno de los que sentó los fundamentos de la fitogeografía. Tuvo un papel destacado en la creación del sistema moderno de clasificación de las plantas con flores (las Angiospermas). Desde 1796, se radicó en París. Entre 1808 y 1816 fue profesor de botánica en la famosa Universidad de Montpellier, regresando después a su ciudad natal. Su más célebre obra es la que refiere Bonpland, el *Prodromus systematis naturalis regni vegetabilis*, publicado en numerosos volúmenes entre 1824 y 1873. De ellos sólo siete aparecieron en vida del autor. La compulsa de las fechas de edición de esos tomos demuestra que, al menos en relación con este texto fundamental, Bonpland se pudo actualizar en forma significativa en los grupos vegetales que son tratados por aquel autor.

americana, recién se decidiera el primero a comentarle a Humboldt detalles metodológicos de su tarea botánica, cuando ambos ya eran más que octogenarios y tenían sus trayectorias vitales casi enteramente cumplidas.

La correspondencia anterior entre ellos fue mucho más de transmisión de noticias formales, académicas, saludos, buenos deseos, alusiones breves a terceros, comentarios acerca de viajes y salud, y evocaciones nostalgiosas, que de coparticipación en proyecto alguno científico o intelectual. Incluso, carece de una real intimidad amistosa, aunque el lenguaje epistolar de Humboldt resulta particularmente suave y afectivo. Resalta así como consecuencia del hecho de que ambos, casi ya transcurridas sus respectivas vidas, habían divorciado largamente sus intereses científicos y afectivos primordiales, por más que reivindicara en cada contacto la continuidad de su vieja amistad.

Podría decirse que los dos ancianos carecían, a pesar de las fórmulas de afecto manifiestas en su correspondencia, desde hacía mucho tiempo de un lenguaje compartido, particularmente en cuanto al ciencia que Humboldt practicaba, y que esa situación venía ya de los años europeos, casi desde 1805, si no de antes, pues los detalles acerca de la convivencia entre ambos en el viaje se conocen muy poco. Humboldt era afecto a ese tipo de ambiguas amistades del siglo XVIII, basadas en las *afinidades electivas* de Goethe, profesadas en su vida desde muy temprano, pues el 13 de febrero de 1788, todavía en sus dieciocho años ya juraba eterno amor fraternal al estudiante de teología Gabriel Wegener, en Frankfurt-Oder (Ortega y Medina, 1966: lvii). Esas situaciones se repitieron reiteradamente durante el viaje americano, y no hay pruebas de que Bonpland pudiera haberse relacionado de ese modo con su compañero y toda especulación realista tiende a descartarla.

Los sucesivos jóvenes americanos que gozaron de la intimidad de Humboldt durante el viaje equinoccial, pudieron alguna vez hasta interferir en el trato entre ambos, creando tensiones e incluso poniendo en riesgo la continuidad del proyecto conjunto, aunque el carácter de Humboldt era poco propicio a exaltaciones y, aún en las más duras circunstancias, mantenía un trato decoroso y sereno con los demás y en particular con su antiguo compañero, como lo asegura Botting (1973) y lo vemos en su epistolario.

Nicolás Besio Moreno (1959: 527) señala que los trabajos específicamente botánicos más importantes escritos por Bonpland, desde 1817 hasta su muerte, fueron los realizados acerca del vegetal productor de la yerba mate, el *Ilex paraguayensis* y sobre el índigo[158] (ver Hernández, 1975: 6). ¿Qué significa esto

[158] El Índigo: se trata del añil, una planta del género *Indigofera,* de la cual se obtiene por extracción el colorante denominado también índigo. En la época de Bonpland era valuadísimo puesto que aún no se habían descubierto las anilinas industriales, de síntesis química. Era la mejor y más corriente fuente de colorante azul para telas en la pujante industria textil.

frente al cúmulo de especies nuevas, de problemas de distribución, de adaptación, de fisiología y de fenología de tantas plantas que tuvo Bonpland en sus manos durante más de medio siglo? ¿Por qué –al menos– no publicó una obra aplicada como la que años después, en 1886, daría a conocer Domingo Parodi, el boticario ítalo-uruguayo-paraguayo y finalmente argentino, al que trató Bonpland en Montevideo y en Asunción: *Notas sobre algunas plantas usuales del Paraguay, de Corrientes y de Misiones*[159]?.

Es posible que el conocimiento empírico de un observador sagaz como Bonpland pudiera haber sido inmenso. Pero, también es probable que, a modo de verdadero Robinson, hubiera debido improvisar todo lo que tenía y disponía, en especial en cuanto a instrumental, colecciones comparativas, obras de consulta, y que todos los productos resultantes fueran de pobre factura: no era posible sobrellevar labores de plantador, de ganadero, de médico, de mineralogista, de fitoquímico, de colector y preparador, de aclimatador de especies, de mediador político, tal vez de espía, de botánico, todo al unísono sin perder en alguna medida, la capacidad de atender larga y sosegadamente un problema en particular con suficiente alcance como para justificar un aporte científico serio. Menos, aun cuando la ciencia de las plantas había devenido, en especial después de 1830, una actividad de escuelas, de grupos de trabajo, de intercambio activo de información, de especímenes, y hasta de consulta *inter pares*, de borradores y manuscritos de obras, antes de librarlos a la edición por parte de los principales botánicos.

Hay un comentario de Díaz-Piedrahita (2000: 71), acerca del botánico hispano-neogranadino José Celestino Mutis[160] que permite comparar la poca fertilidad en cuanto al trabajo escrito de ambos: "*Aparentemente Mutis nunca daba por terminadas las descripciones y dejó pasar el tiempo sin concluir buen número de ellas; esto equivale en la práctica a no haberlas hecho. Otras descripciones... quedaron inéditas*". Sin embargo, ambos casos son muy diferentes, el de José Celestino Mutis es el ejemplo paradigmático del perfeccionista extremoso, ordenado y prolijo, mientras que en lo atinente a Bonpland, se percibe en él una especie de segregación con el mundo activo de su especialidad, pues excepto con muy pocas cartas intercambiadas con

[159] Vésase al respecto Contreras Roqué y Boccia Romañanch, M. S. La obra de Domingo Parodi de 1886 es la compilación ampliada de notas botánicas previas, publicadas a partir de 1875, y correspondería realmente a la apropiación por el boticario genovés de los herbarios y notas de Munck, como lo probara Emilio Hassler (1908). Domingo Parodi había nacido en Génova, vivido desde niño en Montevideo, radicado en Asunción desde 1856 hasta el final de la Guerra de la Triple Alianza y, finalmente y después de un corto paso por Uruguay, se estableció en la Argentina hasta su muerte en 1889.

[160] José Celestino Mutis (1732-1808), forma corriente de nombrar al botánico español, natural de Cádiz, Joseph Celestino Bruno Mutis y Bosio. Cursó estudios de medicina y después de haber sido profesor de Anatomía en Madrid marchó a América en 1760, radicándose en Nueva Granada, en la que quedó adoptándola como su nueva patria, donde desarrolló una intensa obra de estudio de la vegetación. Falleció dejando su obra botánica sin terminar, con miles de páginas de apuntes, dibujos, descripciones y proyectos. Su mayor y mejor discípulo fue José de Caldas.

algunos colegas, no tiene casi comunicación con el resto del mundo de la ciencia moderna. Era como un sobreviviente –otra vez el Robinson– que escribía su *Journal de Botanique* para solaz propio. En su vida cotidiana era más un hombre de campo que un erudito, casi no tenía libros, mientras que Mutis llegó a reunir una rica biblioteca de más de ocho mil volúmenes, que provocó el asombro y la admiración de Humboldt[161] cuando lo conoció en su casa neogranadina (Chenu, 1992: 27).

Es posible que le quepa más a Aimé Bonpland la comparación con Francisco José de Caldas, que como dice de él Chenu (1992: 27) "*... es más un colector que un verdadero botánico; si no puede identificar a un vegetal respecto a los modelos linneanos se contenta con describirlo, completa su "personalidad" con sus virtudes medicinales, su uso, aplicaciones... contentándose con su nombre vernáculo, inca...*".

Si se piensa en el período vital de madurez de Bonpland, asombra la densidad de hechos que modificaron y relevaron sucesivamente el *paradigma* científico general, y en especial el de la biología reinante cuando cursó sus estudios. Ese período puede fijarse desde su regreso a Europa en 1804 hasta su muerte en 1858. Se extiende desde la enunciación transformista de Lamarck, en su *Philosophie Zoologique* de 1809, hasta la publicación de *El Origen de las Especies*, de Charles Darwin, en 1857. En ese período, aparecieron los sistemas industriales de producción seriada, tuvo lugar el enorme y audaz avance de la cirugía, se descubrieron la anestesia y la asepsia, se desarrollaron la anatomía comparada, la zoología, la botánica, la geología, la química, la astronomía y la paleontología en forma impresionante. En el campo de la geología Charles Lyell[162] revolucionó las bases de esa ciencia cuando enunció, en 1830, los modernos principios que demuestran que los cambios sufridos por la superficie terrestre a través de su historia, son completamente explicables por las mismas causas actuantes en el presente, cuanto más exaltadamente activadas en períodos excepcionales. A él se debe la formulación precursora a la que llamó H. G. Wells "*el libros de los sedimentos*", con cuya lectura se accedía, a través de simbólicas páginas sedimentarias, a capítulos enteros de la historia geológica del planeta.

Bonpland, formado como médico y como naturalista en los años previos a la obra mayor de Bichat[163], de quien ya se dijo que fuera condiscípulo, publicada

[161] Una admiración que fue mutua y que coparticipaba a Bonpland, en quien Mutis depositó tanta esperanza en su cultivo futuro de la ciencia, como se puede colegir, por ejemplo, en las dos cartas escritas a Mutis, por su discípulo Francisco José de Caldas en Quito, el 21 de enero de 1802, a un par de distintos corresponsales después de la visita de Humboldt y Bonpland.
[162] Charles Lyell (1797-1875). Fue un geólogo inglés, que marcó con su obra "*el fin de los mitos geológicos*" (Carmina Virgili, 2003) un hito esencial en la historia de las ciencias de la tierra. En el reside el eje central del cambio de paradigma que hizo posible a la obra evolucionista darwiniana producida a partir de 1857. Su obra fundamental *Principios de geología* comenzó a publicarse en 1830 culminando con el tercer volumen en 1833. Fue uno de los grandes inspiradores de Darwin.
[163] Marie-François Xavier Bichat (1771-1802). Médico y anatomista francés. Fue quien formuló y perfeccionó la *teoría de las membranas*, denominación que daba al que más adelante y en un concepto perfeccionado se denominó tejidos animales en el campo de la histología y de anatomopatología (Contreras Roqué, 2004).

entre 1797 y 1802, que generalizó el concepto de tejidos orgánicos, asiste como coetáneo en el curso de su vida a la enunciación de la teoría celular postulada casi al unísono por Mathias Jacob Schleiden y Theodor Schwann, en 1838 y 1839, respectivamente, ¿Pero, llegaron acaso hasta él, siquiera los ecos de esas nuevas orientaciones de la ciencia? Y así, y con las mismas reservas, se podrían mencionar los progresos acaecidos en los campos de la fisiología, la cirugía, la exploración médica de los síntomas (semiología), la farmacología y de la epidemiología, además de la química, de la física y de la astronomía. Tal vez no cupiera en sus horizontes de interés la revolución cognitiva provocada por la síntesis de una molécula orgánica, en el laboratorio experimental, por Wöhler, en 1832, que revolucionó el campo químico unificándolo.

En el caso de la medicina, los avances fueron casi inconmensurables, con la introducción de conceptos nuevos en patología, con la revolución en las técnicas quirúrgicas, y con el mencionado gran hallazgo de la anestesia, iniciado en 1846 por William Thomas Morton (1819-1868) y de la asepsia por Lister (1829-1912), en 1865. En lo instrumental los cambios fueron aún más dramáticos y van desde la creación del estetoscopio, hasta la revolución farmacológica, consecuente a la creación de la química orgánica después del ya citado descubrimiento decisivo de Friedrich Wöhler (1800-1882), cuando en 1832 sintetizó la urea en el laboratorio. Hacia 1844 se habían creado grandes laboratorios de farmacología en las mayores universidades europeas (Laín Entralgo, 1987: 199) pues para entonces, ya se había consagrado "... *institucionalmente la vinculación metódica entre la farmacología y la ciencia natural del siglo XIX*".

En otros campos del pensamiento y de la historia de las ideas, se habían sucedido los sistemas filosóficos que dejaron muy atrás a la filosofía natural y al racionalismo iluminista del siglo XVIII, pasando del vago vitalismo de tonalidad halleriana[164] de Bichat a nuevas formas de cosmovisión representadas por el espiritualismo, el idealismo kantiano, el utilitarismo, el eclectismo, y –predominantemente– el positivismo al que en gran medida había adscripto desde hacía muchos años Alexander von Humboldt, cuando se proclamaba como un *empirista racional*[165],

[164] Halleriana: referida a Albrecht von Haller (1708-1777), científico natural y pensador suizo alemán, verdadera figura polimática de la Europa de su tiempo. Fue un médico suizo, nacido en Berna, una de las figuras mayores de la Ilustración, que cultivó la ciencia como anatomista, naturalista y botánico, considerado el padre de la fisiología moderna, además fue poeta y filósofo natural. Su enorme erudición, a la vez científica y humanística hicieron de él una figura excepcional, de la misma y calidad de sus casi contemporáneos Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) y Johann Wolfgang Goethe (1749-1832).

[165] Ortega y Medina (1966: ix), caracteriza así la personalidad intelectual de Humboldt: "*A pesar de ser Alejandro de Humboldt un típico representante de la ilustración alemana, de hecho la desborda romántica, activa y radicalmente al situarse en el ala izquierda de la misma, caracterizada, según se sabe por su extremismo naturalista, su liberalismo a ultranza, su democratismo enajenante, su fisiocratismo neto y su anticlericalismo. El cientificismo de Humboldt, cuyas raíces, por supuesto, no pueden ser sino racionales e ilustradas, se orienta, con todo, hacia una febril y multiforme actividad empírica; pero no obstante da cabida en él, muy de acuerdo con la filosofía de Herder, al sentimiento, a la poesía, e incluso a la fe deísta, como puede observarse en los Cuadros de la Naturaleza y, sobre todo,*

haciéndolo muchos años antes de que Augusto Comte[166] enunciara su sistema en el Curso de Filosofía Positiva, de 1830-1832. Hasta la adopción generalizada del sistema métrico decimal fue posterior a su salida de Europa. Igualmente, en lo social hubo un estallido de utopismo relacionado con las primeras enunciaciones socialistas, con figuras detonantes como Babeuf, Fourier, Considerant, Saint-Simon, Enfantin, Prudhom, Bakunin, hasta que el Manifiesto de Marx fijó a partir de 1848, una vía de postulación teórica y de acción política, social y económica, de tremendo significado en la historia de ese siglo XIX y en la del siguiente.

¿Qué pasó entretanto por la mente de Bonpland, en medio siglo de apartamiento del flujo central del pensamiento y del desarrollo instrumental de la ciencia occidental?, ¿Hasta qué punto se enteró y, más aún, comprendió las nuevas teorías, los resultados experimentales novedosos, las nuevas corrientes de pensamiento? ¿Cuál fue su cosmovisión central? ¿Era ecléctico, escéptico, o simplemente tolerante pero despreocupado de toda meditación profunda y, en cierta medida, indiferente a los cambios y novedades?. En su correspondencia, en sus diarios, y en los testimonios de sus conversaciones se muestra casi aséptico ante toda idea trascendente o metafísica. Además se sabe muy poco acerca si era lector asiduo (o si siquiera gustaba de ellas) de obras filosóficas y literarias. Es posible que su forma de vida activa lo alejara de las lecturas no técnicas. De este modo la enorme eclosión del romanticismo y su significación para la cultura occidental pudo haber acontecido en forma totalmente desapercibida por él.

Llega, entonces el momento de plantear: ¿Puede una personalidad formada en el área central de occidente, en el trato con los mejores cerebros, con las especulaciones más decisivas de 1795 a 1815, cerrarse de pronto y enclaustrarse en un pragmatismo estrecho y en un paraje aislado y periférico del mundo?. Es empíricamente demostrable que eso es posible y la vida americana de Aimé Bonpland lo prueba, pero tiene su costo, su duro precio. Quien se aparta como él lo hizo –o, lo hicieron con él sus circunstancias– se aísla del tiempo en el que vive, se eclipsa como protagonista y, necesariamente si se trata de una mente privilegiada y abierta, como fuera la de nuestro Bonpland juvenil[167], muy posiblemente genera en el que lo experimenta un intenso resentimiento o un sentido de frustración doloroso.

en el Cosmos, síntesis universal de la ciencia, que reduce sinópticamente a arquetipos todos los elementos y los resume en un armonioso y jerárquico juego de dependencias. Esta última obra, que fue considerada por su autor como "el libro de [su] *vida", nos presenta la síntesis de la Naturaleza como suma total, como una demostración de la acción mutua de sus fuerzas; es decir, la idea básica de Humboldt en ese libro cumbre, Cosmos, es la tendencia a entender, como ya se ha dicho, "todos los fenómenos como un entero, como una totalidad...".*

[166] Augusto Comte (1798-1857). Matemático y filósofo francés, nacido en Motpellier. Cursó en la napolónica L'École polytechnique de París y egresó como profesor de Matemáticas. Tempranamente, en 1818, se asoció a la prédica utópica de Claude Henry de Saint-Simon (1760-1825), pero rompió con él poco antes de su muerte, en 1825.

[167] Pueden considerarse, por ejemplo, los juicios de Francisco José de Caldas (1768-1816) en su epistolario, en el que reiteradamente enaltece al "*sabio y profundo Bonpland*" (Chenu, 1992: 141), al que conoció y trató muy cercanamente en su estadía con Humboldt en Nueva Granada, en pleno viaje a de ambos a las tierras equinocciales.

Aimé Bonpland fue temperamentalmente un hombre muy contenido y formal en cuanto al trato con terceros, muy lejano de toda emocionalidad, exaltación o violencia. Centrado en su yo, era de una reserva sensible casi absoluta, era difícil adivinar sus sentimientos. Por ejemplo, en su tratamiento con Humboldt, se mantenía extremoso en ese sentido, aun cuando ambos ya eran octogenarios. Aparece como evidente que optaba por la puntillosa cortesía y la urbanidad o callaba en absoluto[168]. Por otra parte, sin ser misántropo era un solitario tanto como podía serlo en una sociedad como la de su tiempo.

Prácticamente no se le conocen accesos de violencia o exabruptos. Los episodios más duros que se relatan de su vida, que son la escena del zambo prófugo de la justicia, que lo atacara e hiriera en Cumaná, en 1799 (Botting, 1973: 89)[169]; su absoluto rechazo de la decisión de Humboldt y Zea de encadenar a los indios auxiliares en la zona del Orinoco para que no huyeran aprovechando la noche; y la escena de su apresamiento por las tropas paraguayas el 8 de diciembre de 1821, cuando recibió un sablazo en la frente, aunque nada sepamos por él, es posible pensar que no lograron alterarlo significativamente ni en forma durable. En el caso del vejamen a los indios dio rienda suelta a su cólera en forma supletoria, saliendo a herborizar (Foucault, 1994: 109). Aparte de éstas, sólo conocemos como exhibición personal de violencia la anécdota que cuenta Eric Courthès (2010: 55) con respecto al jardinero Lahaye, que trabajaba en la Malmaison y que por venganza o resentimiento incendió los establos de la residencia. Parece que Bonpland, como intendente y responsable de lo que sucediera –a pesar de que se logró sofocar el fuego–, haberle dado al culpable un fuerte puñetazo en un ojo, poniéndoselo "*a la funeraria*". Pero, ¿qué vida no tiene algún incidente de este tipo, por pacífica que haya sido?, y, más aún, es posible que se trate de una escena imaginada por el novelista.

Sus pasiones más íntimas y del ámbito privado casi nunca trascendieron, aunque en una ocasión del viaje, después de sufrir un fuerte ataque de paludismo, como lo cuenta von Hagen (1946: 69), Bonpland *"… libre ya del paludismo se vio pronto infestado por otra fiebre, y esta era de una clase que no podía vencerse fácilmente pues para ella no existían medicinas. Era la fiebre amorosa. Durante días cayó bajo el hechizo de una*

[168] En ese sentido, en cuanto a su talante de hábito no violento y conciliador, se pareció mucho Aimé Bonpland a su allegado Alexander von Humboldt, al menos, tal como lo presentara De Terra (1973: 185), pues en el trato con sus amigos "*... eximía de ver en ellos ciertos rasgos de temperamento o de creencias con las cuales estaban en contraposición a las suyas propias. Los aceptaba con paciente indulgencia, como a una parte mal formada de una planta por lo demás perfecta...*".

[169] Castellanos (1963: 58) brinda información adicional sobre este incidente: "*Al volver a Cumaná Bonpland sufrió un accidente que bien pudo demorarlos por más tiempo. Una noche se hallaban paseando solos los dos viajeros por un lugar a una media legua de lo poblado, cuando un zambo que los acechaba, le descargó tremendo garrotazo sobre la cabeza a Bonpland que lo tendió en el suelo. Después resultó que el tal zambo había sido abandonado en las costas de Cumaná, a raíz de una disputa con el capitán de un barco corsario de Santo Domingo en el cual servía. Vagabundeando por esos parajes, al oir hablar en francés a esos señores, pensó vengarse de los malos tratos en el barco recibidos por parte de sus patrones extranjeros, y tomó esa resolución.*".

zamba, una muchacha india con alguna sangre blanca en sus venas, cuyos quehaceres la llevaban a menudo a pasar cerca de su casa. La muchacha despertó en Bonpland deseos tan ardientes que le puso cerco, llegando incluso a proponerle matrimonio. La muchacha de piel morena consintió respirando voluptuosidad en cada uno de sus movimientos. Pero, unos cuantos días antes de aquel en que debían embarcarse en lo que habría de ser el equivalente de una luna de miel, desapareció la muchacha –se había ido, se rumoreaba, con un indio bello y taciturno–, Bonpland salió en su persecución; durante algunas semanas no supo Humboldt nada de él. // Durante este tiempo había esperado pacientemente Humboldt a que se extinguiera por sí mismo el fuego de la pasión en Bonpland. Además el tiempo acuciaba. (…) Unos días antes de hacerse a la mar, el 24 de noviembre de 1800, apareció Bonpland cargado con numerosos ejemplares. En la huida tras la zamba había llegado a una región maravillosa para el naturalista, y en su búsqueda de mariposas y plantas se olvidó de su amor. Humboldt se alegró muchísimo", a lo que agregara Castellanos: *"Tal vez porque a él también se dice que le pasó otro tanto…; ¡La juventud y la proximidad al ecuador!"*.

Ni siquiera sabemos a ciencia cierta cuál fue para Bonpland "su[170]" José Gaspar Rodríguez de Francia, o "su" Napoleón[171], ni siquiera "su" Humboldt o "su" Josefina, y eso, a pesar de que todo lo referente a ellos atañe a los seres humanos que, con seguridad más marcadamente influyeron en su vida. Tampoco conocemos sus juicios acerca de Juan Martín de Pueyrredón o Francisco Ramírez. Hemos llamado la atención (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2005: 105, 120) acerca de la prudencia y apacibilidad con la que recuerda y, hasta en una ocasión trata, a quienes fueran sus custodios o vigilantes en su estadía en El Cerrito. Inquiere sobre ellos como si se tratara de viejos vecinos o allegados, tercerizándolos, sin emoción y jamás con rencor o desdén manifiesto.

Pero, ya es tiempo de retornar al caso de "su" Rosen Stile, aquella singular denominación que, con cierto esfuerzo distorsivo del trazo irregular pero nítido de la mano octogenaria que escribió el diario de su viaje a Asunción de 1857, podría llegarse a suponer que fuera Rosen Stahl (=Rosenstahl), una versión libre (¡demasiado libre...!) del "*af Rosenschöld*" de Eberhard Munck, como sugiriera –en una comunicación personal al autor– don Nemesio Barreto Monzón.

Páginas atrás se planteaba un interrogante acerca del por qué de ese trato extraño y arbitrario del intrigante personaje de nacionalidad sueca. ¿Por qué

[170] Como le gustaba recordar a Miguel de Unamuno, cada uno tiene "su" prójimo, que es su aprehensión propia y exclusiva réplica de la alteridad del otro cercano. Antonio Machado refirió en un poema célebre ese "invento" íntimo y sutil del otro.
[171] El encubierto autor que firma A. de B*** observó en 1846 un retrato de Napoleón colgado de la pared de su habitación de recibo en San Borja. Espinoza (1997: 238) y Foucault (1994: 191), aseveran que a Aimé Bonpland "*Jamás le gustó Napoleón*", pero son narradores y no historiadores profesionales.

encubre Bonpland a Munck, como le llamaban en la sociedad asuncena y también sus allegados, colocándolo bajo un apodo sin aparente sentido? ¿Por qué no da cuenta en su diario del viaje de la relación efectiva y real sostenida con él?, ¿Por qué miente sobre él, si sabe que es médico, y que incluso vive de la práctica lícita y autorizada de esa profesión?[172]. Y, si por ventura se tratara de alguien real de ese nombre al que la historia hubiera devorado por completo, ¿cómo no recordó, buscó y trató al "otro" Munck que vivía en Asunción, aunque alternaba con estadías en Barreo Grande y con salidas de colecta de especímenes vegetales por múltiples parajes del Paraguay Oriental?.

Hay dos hipótesis que pueden ser analizadas con mayor racionalidad. Una de ellas, que tal vez es la más imaginativa, pero, no necesariamente la más probable, para la que aportara interesantes pormenores el ya mencionado Nemesio Barreto Monzón: se refiere a una posible trama de ocultamiento y espionaje porque según la misma versión, tanto Bonpland como Munck desempeñarían subrepticios papeles de agentes secretos de otras potencias, es decir, de Francia y de Suecia respectivamente.

Con respecto a esta última posibilidad, existe una serie de relaciones históricas que vincularon a la casa real de Suecia con la de Portugal. El Rey Carlos XIV de Suecia y Noruega, era el antiguo colaborador de Napoleón Bonaparte, el mariscal francés Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844), y estaba emparentado con la corte portuguesa y, por ende con la del Imperio del Brasil. Un sueco naturalista podía desempeñar un importante papel como agente al servicio de esas casas reales, muy vinculadas, y hacerlo pasando casi desapercibido y elevar informes a su gobierno como lo hizo Jean Adam Graaner en 1816 (Graaner, 1949). Suecia podía ser la que directamente sostenía la presencia de Munck, y esto no resulta novedoso en la política rioplatense, pues en el Río de la Plata, hubo algún representante secreto de ese país en los años cruciales del Imperio napoleónico y de la independencia americana, como han reconocido varios historiadores, pero ya la Europa era otra. Por otra parte ya se ha insinuado reiteradamente que Bonpland manejaba mucho más que lo que aparentaba tener entre manos, y que al parecer actuaba en esos años a fuerza de lo que en la actualidad suele llamarse un *operador* encubierto del poderoso caudillo entrerriano y después presidente de la Confederación Argentina, Justo José de Urquiza. Incluso ambos –Bonpland y Munck– pudieron

[172] Munck era desde muchos años antes el médico de confianza de la familia del Presidente Carlos Antonio López y, después la muerte de éste en 1862, siguió siéndolo de su viuda y de los hermanos Benigno y Venancio de Francisco Solano, lo que pudo haber sido la causa de su caída en desgracia en 1868, cuando aquéllos urdieron un malaventurado y torpe complot contra el Mariscal que se hallaba en el frente de batalla de sur. Sin embargo, no puede descartarse la intervención de Domingo Parodi por motivos de celo profesional y de ambición por sus colecciones botánicas, de las que finalmente se apropió (Contreras Roqué y Boccia Romañach, M. S.).

haber coincidido circunstancialmente en sus intereses estratégicos de momento en esa ocasión de encuentro.

De ser así, y si ambos conocían recíprocamente sus funciones crípticas, aunque el diario del viaje de 1857 no fuera para conocimiento público, una medida prudente era soslayar en el escrito los contactos mutuos. Pero, afinando el análisis, el encubrimiento de Munck –si es que Bonpland quiso lograrlo– está tan plagado de claves desgranadas en sus referencias, que de haber sido esa su intención, revela casi torpeza e imprudencia mayúscula al brindar esos datos. Este es un argumento que debilita la hipótesis en juego. Además, la edad de Bonpland era en ese año, en gran medida provecta, como para cumplir eficientemente funciones tan delicadas y sería muy raro que se las hubieran asignado.

Sin embargo, ese año particular de 1857, encerraba tales tensiones y era tan compleja la situación geopolítica regional, que seguramente las partes hubieron de apelar a todos los arbitrios posibles. Es de presumir que en ese entonces, nadie de cierta relevancia estuviera exento de desempeñar algún papel en el drama en juego. Hasta el propio Ernest Mouchez –un oficial de relativamente baja graduación y al mando de un *aviso*, es decir, una embarcación militar menor y de servicio auxiliar– aparece dos años más tarde intercambiando una delicadísima correspondencia confidencial con Francisco Solano López, como ya se ha dado a conocer en este ensayo.

A pesar de que el planteo de las misiones de inteligencia no aparece como enteramente desatinado, es muy posible que la cuestión pase por un meridiano completamente distinto y ya insinuado por el autor en una página anterior, cuya clave refuerzan, por ejemplo, las conclusiones de varios estudiosos que encararon la relación de Bonpland con Humboldt. Entre otros, Douglas Botting (1973) lo dice claramente: *"había en Bonpland un fondo de envidia"*.

Ya se ha mencionado la falta absoluta de referencia por parte de Bonpland a obras botánicas de científicos más jóvenes, o incluso coetáneos o anteriores que trabajaron sobre la vida vegetal sudamericana. Lo mismo sucede con los tratados médicos que le fueron contemporáneos a medida que transcurría su vida americana. Es muy difícil deslindar el por qué de esa actitud, pero el resultado concreto de la misma ha sido el aislamiento y la desactualización, una situación que para un cerebro lúcido como el de Aimé Bonpland debió llegar a ser dolorosamente consciente.

Ese era el precio de su renuencia a redactar, también de su conversión en "gaucho", tanto en su atuendo[173] como en su forma de vida; de su alejamiento de Europa, de la dispersión de sus libros, de rehuir a sus eventuales colegas y de

[173] El escritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1936 a, b) dejó testimonio escrito de las confidencias del ilustre jurista y autor del Código Civil argentino, Dalmacio Vélez Sársfield, de haber estado con un Bonpland enteramente acriollado, transformado en "un gaucho", y eso fue en 1855.

su apartamiento de Humboldt y con él de la Europa entera, cualquiera fuera el motivo último e íntimo del mismo. Dice Benjamín Vicuña Mackenna (1936: 96): "*El señor* [Dalmacio Vélez] *Sársfield había conocido a Bonpland en Montevideo y me decía que era un francés loco, que andaba con grandes espuelas y vivía en todo como gaucho. La prensa Europea ha publicado hace poco la tierna correspondencia entre Humboldt y su antiguo compañero de exploraciones y trabajos científicos, el uno llamándolo a Europa en nombre de la gloria, el otro resistiéndose en nombre de la naturaleza. ¡Extraña divergencia de los hombres ilustres! Alejandro de Humboldt vive en Europa en la cúspide de la estimación pública y los reyes se honran con su amistad. Amadeo Bonpland se ha casado con una criolla del Paraguay y habita feliz en una choza a orillas del Paraná*[174]*… "Más vale mi pingo*[175] *que toda Europa", dijo un día al doctor Vélez, jineteando a la edad de 70 años en su caballo favorito. Humboldt hablando de aquel sabio ilustre y singular, pronunciómе estas palabras: "¡Pobre Bonpland! Debe estar ya muy viejo; porque es dos años mayor que yo!" Según eso, Bonpland debe tener a la fecha 88 años.*"

La fama y los honores le llegaban más por inercia de una lejana hazaña y de sus viejos aportes a la botánica, méritos engrandecidos por el reconocimiento de sus padecimientos en la lejanía sudamericana, que por una continuidad orgánica de sus aportes científicos. ¡Singular *cursus honoris*, enteramente divergente del que se le hubiera exigido de permanecer en Europa y para el que poco sirvió su producción entre la fecha de su regreso a Francia en agosto de 1805 y su salida hacia América del Sur en noviembre de 1816, limitada a un par de cortas comunicaciones botánica, de coautorías de las primeras comunicaciones al mundo científico sobre las Melastomáceas, y como una generosa concesión de Humboldt, queda el encabezamiento de la primera serie Plantas Nuevas, su primer tomo acerca de las plantas raras de la Malmaison, una obra secundaria frente al tesoro inédito y novedoso que encerraba su herbario, con el que sólo tuvo esporádicos y frustrados contactos, nunca sistemáticos y de larga duración[176], ¡hasta decidirse a abandonarlo todo!. En ese ínterin Humboldt no sólo había comenzado en el propio año 1805 la publicación del primer tomo del *Voyage*..., cuyos 35 volúmenes se completarían en 1835; si no que, además, presentó varias ponencias científicas en el Instituto de Francia (en 1808, 1811 y 1814)[177], y publicó un par de monografías

[174] Las referencias colaterales son equívocas, Bonpland se había casado en segundas nupcias con una correntina, tal vez con sangre guaraní en sus venas, pero no vivía entonces, ni nunca, a orillas del Paraná.
[175] Pingo: argentinismo por caballo.
[176] Un ejemplo característico es el de su viaje a Berlín en 1807, donde permaneció trabajando junto a Willdenow muy activamente, pero ¡sólo cinco semanas!. Tras las cuales, prácticamente huyó de regreso a París (Foucault, 1994: 153).
[177] Bonpland presentó en 1805 una comunicación en el Instituto de Francia, acerca de la palmera de la cera, pero no la entregó para su publicación, por lo que no queda registro de la misma fuera del resumen habitual de ese tipo de presentaciones. Es decir, tenía el impulso de actuar formalmente en el campo de la ciencia oficial, pero no lo concretaba finalmente en forma tal de llevar al máximo la eficiencia práctica de su aporte mediante su publicación.

científicas en 1805, 1806, 1808 y 1809 (Röhl, 1991: xliii), mientras escribía miles de páginas de los futuros tomos conteniendo los resultados científicos del viaje. Aparte de eso, todavía pudo hacerse de tiempo como para publicar los libros *Vistas de la Naturaleza* (1807), *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*, en cuatro volúmenes (1811), *Investigaciones acerca de las instituciones y los monumentos de los antiguos habitantes de América*, en dos volúmenes (1814).

Por más que Philippe Foucault (1991: 145), un biógrafo moderadamente apologista de Bonpland, trata de explicar el comportamiento diferente de ambos ex compañeros de viaje: "… *en la mente de Bonpland, publicar significa, primero, hacerse útil a los demás, después a la Ciencia y por último a sí mismo. Para Humboldt se trata también de hacerse conocer, de no dejar a los otros la posibilidad de aventajarlos en su terreno...*", esa opinión resulta muy difícil de aplicar, por ejemplo, a la obra lujosa y exquisita de Bonpland acerca de las plantas del jardín de la emperatriz Josefina.

Además, el ámbito de quienes practican la ciencia no es un monasterio de santos ni de ascetas, es simplemente una de las tantas derivaciones de lo humano, con las virtudes y defectos humanos, muchas veces muy intensificados o exaltados.

La publicación es –se quiera o no– la base fáctica que sostiene una obra científica personal o grupal, y es lo que permite a su autor o autores aportar más, comprender mejor, intercambiar en un plano especializado resultados y aportes, los que más tarde o más temprano, finalmente devienen útiles a los demás. Humboldt lo interpretó cabalmente. A Bonpland le resultaba hasta doloroso hacerlo. No hay otra interpretación posible.

Por grande que sea el interés que presente el origen del apartamiento de Aimé Bonpland de un mundo mental, cultural y moral al que perteneció, y al que todas las evidencias demuestran que deseó pertenecer, por lo menos hasta su decepción en 1805, cuando no fue aceptada la propuesta de Jussieu de incorporarlo al Museo de Historia Natural de París como naturalista viajero, o a su amargura cuando Humboldt decidió, en 1807, incorporar a su colega botánico Willdenow, que estaba por entonces en Berlín, en la tarea de elaboración de la gran obra sobre los resultados del viaje, entregándole para ello una parte del herbario que Bonpland retenía para realizar su propia contribución. A raíz de esto, comenta Foucault (1994: 149): "*... un herbario para Willdenow... Ningún pedido habría podido herir más su amor propio. Esta injerencia de un antiguo camarada de universidad de Alexander* [von Humboldt] *en la parte botánica de su viaje es una muestra de desconfianza que considera indigna de ocho años de colaboración amistosa. El*

aguijón de los celos no está lejos. El tercio de su herbario para Willdenow..."[178].

Ya se ha expuesto en qué paró la propuesta de Humboldt de que ambos –Bonpland y Willdenow– trabajaran juntos en Berlín. Fue otra prueba que Bonpland no soportó y un aporte más para su exilio interior, precursor del destierro espacial.

El hecho concreto es que hacia 1810, Aimé Bonpland estaba cada vez más desconectado de la botánica básica y científica, y cada vez más abrumado por las complicaciones administrativas, financieras y humanas de su función como Intendente de la Malmaison. Es muy probable que en esos años mediados entre 1808 y 1814 se haya producido el gran derrumbe anímico del Bonpland científico, del que nunca volvió a recuperarse, por más que tuviera períodos de autoengaño y de optimismo al respecto hasta mucho después, se podría decir que hasta su muerte, más aún al leer su último relato: el del viaje a Asunción de 1857, que en muchos aspectos tiene una tonalidad hasta casi juvenil e ilusionada. Si llegó a ser un hombre sabio –*Karaí Arandú*– lo fue por experiencia humana, por avidez de saber, por su incesante curiosidad, y hasta por la *dromomanía* que le achaca Conde Jahn (1961), y no por contribuciones notables al conocimiento científico como fuera el caso de Humboldt.

Veinte a treinta años más tarde, cuando ya había salido de su retención en el Paraguay, pasado a San Borja y después a Santa Ana y se había hecho estanciero, dice Castellanos (1993: 75): *"Su carrera científica estaba tronchada. Si un atleta deja morir sus músculos al perder su entrenamiento, es difícil que recupere lo perdido; con más razón ocurre en el intelectual, cuya actividad es más delicada, su producción es como una cuerda sonora que no deja de vibrar. Holmberg en su viaje a Misiones lo explica bien: "Su cautiverio en el Paraguay, su trato constante con gente de campo, su sencillez natural, hicieron de él un campesino de aspecto inculto. De aquel hombre que había tratado a la Emperatriz Josefina íntimamente, y sin duda a Napoleón, De aquel sabio que paseaba por la Malmaison como en casa propia, que había ilustrado su nombre ligándolo al del sabio más brillante de nuestro siglo; conquistado por Rivadavia para nuestro país, de ese hombre la corteza civilizada desapareció casi por completo, pero conservando siempre en su corazón de santo los sentimientos que el medio primitivo no alteró jamás, y el altar que dentro del cráneo sólo pudo apagarse con el último latido".* Bonpland se lo

[178] Sin embargo, caben dudas sobre el contexto y el tiempo de este hecho mencionado por Fucault, pues De Terra (1973: 178), al referirse al considerable retraso de la obra científica acerca del viaje dice: "*... hubo tardanzas ocasionadas por interrupciones fuera de programa, como la marcha de Bonpland a América en 1816, que obligó a Humboldt a pedir la colaboración de Carlos Willdenow y de C. S. Kunth*". Eduardo Röhl (1991: xlvi) coincide con De Terra en la apreciación de los hechos y en la fecha de los mismos, pero esto no desmiente la ida a Berlín de Bonpland en 1807 para trabajar algún capítulo de la obra a su cargo junto a Willdenow, que no era un "*camarada de la universidad*", sino el maestro de botánica y gran amigo de Humboldt. Es posible que la incorporación definitiva y en relevo de Bonpland la haya efectuado Willdenow recién en 1816, aunque su colaboración ya era activa en 1807, como surge también del epistolario de Humboldt (1980).

explicó a Brunel (1871: 101), de esta manera: *"acostumbrado a vivir en libertad, a la sombra de los árboles seculares de la América, a escuchar el canto de los pájaros, los que suspenden sus nidos sobre mi cabeza, a sentarme para ver correr a mis piés las aguas puras de un arroyuelo; en reemplazo de todos esos bienes, que encontraría yo en el barrio más aristocrático de París? Encerrado en mi gabinete yo debería trabajar día y noche por cuenta de un librero, si es que éste hubiera tomado a bien encargarse de la publicación de mis obras, yo tendría por toda compensación el placer de ver eclosionar, de tiempo en tiempo, alguna rosa cautiva sobre mi cruzada. Perdería así lo que más aprecio: mi sociedad predilecta, mis plantas, que constituyen mi dicha y mi vida. No, no, es aquí donde yo debo vivir y morir".*

Cuando estaba cerca de cumplir setenta años supo Aimé Bonpland de la existencia de Munck, cuando éste intentó visitarlo. Después recibió cartas de él con consultas y con comentarios científicos. En esas misivas se expresaría la admiración del joven naturalista y médico por la figura mítica de Bonpland. Posiblemente lo visitó, concretando su primer contacto personal directo, en 1854, cuando Bonpland tenía ochenta u ochenta y un años de edad. Hubo entre ellos una relación de afecto mutuo y, seguramente Munk, que en 1857, cuando llegó Bonpland a Asunción tenía treinta y ocho años menos que él, lo recibió con muestras de amistad y veneración (Nemesio Barreto Monzón *dixit*).

Según la hipótesis de la envidia, Munck, era el más verosímil candidato para suscitarla. Ante todo porque era mucho más joven y estaba más actualizado científicamente, que contaba con mejores elementos de referencia botánica y de historia natural en general, como lo puede reconocer quien recorra sus herbarios y lo poco que subsistió de sus notas y correspondencia. Además sostenía una relación asidua con Europa (en especial a través de su maestro, el ornitólogo Sundevall[179]). Todo eso es muy posible que haya agitado profundas simas de su personalidad y despertado en Bonpland el fantasma de todas sus frustraciones y celos acumulados. Fiel a su talante mesurado y críptico en cuanto a expresión de sentimientos, debió Bonpland de tratar con Munck, es decir con Rosen Stile, en su último viaje, mucho más que lo que da cuenta en su diario. Jamás sabremos algo más acerca de la verdad última de esta relación.

No dejó Aimé Bonpland –en una verdadera actitud de conciencia escindida– de registrar en su Diario su encuentro con el joven sueco y de realizar cierta presentación general de él. Pero, lo hizo en un tono sólo apropiado para con un conocido reciente, sin emoción aparente y encubriéndolo bajo un nombre que no

[179] Carl Jakob Sundevall (1801-1875). Ornitólogo sueco. Estudió las aves, particularmente las bases de su clasificación. Su trabajo se basó más en los rasgos externos que en los caracteres internos y estuvo enfocado especialmente en el ordenamiento de los grupos menores de la subclase de las Passeriformes. Fue casi coetáneo, maestro y amigo de Munck.

era el suyo. Pero el hombre profundamente bueno y generoso que había en su fondo más arcano, no pudo sino sembrar de claves su escrito. Son ellas precisamente las que descubren al personaje; ¿Fueron esas claves construidas para sí mismo, para salvarse de su propia condena moral, para no matar simbólicamente a Munck, al que no odiaba? ¿O lo hizo acaso, para una posteridad que presintió hurgaría algún día en su vida?. Es más posible la primera alternativa; la otra, a todas luces, carece de sentido. Es más: a través de todo lo que conocemos de él Bonpland nunca hizo de profeta; un acentuado sentido existencial y fenomenológico lo llevaba a vivir densamente cada hora de su vida y a hacerlo en plena aceptación del instante presente y ajeno a todo fantaseo con el futuro.

A pesar de su aislamiento, Bonpland era generoso y siempre aprovechó las ocasiones de contacto con visitantes o diplomáticos europeos para enviar material botánico a colegas interesados. Por ejemplo, desde San Borja "... *envió a Jean Louis Alibert, profesor de materia médica, y a Achille Richard, profesor de Botánica de la facultad de París muestras para experimentar de dos plantas, jalapa y quassia, que desde entonces forman parte del arsenal terapéutico médico*" (Conde Jahn, 1961: 58).

A pesar de su silencio y de su distanciamiento, el nombre de Bonpland tuvo en su tiempo enorme trascendencia. Un ejemplo es el folleto impreso que circuló entre los médicos en 1849, aludiendo a una presunta "Bonpland's fever", fiebre de Bonpland, una patología particular bautizada con su nombre y a su eventual terapéutica. El folleto aparece sucesivamente en tres idiomas, en inglés, español y alemán y aparenta haber circulado mucho entre los médicos europeos y americanos. Por entonces, Bonpland tenía ya 76 años.

A pesar de su inercia productiva, Bonpland nunca llegó a afirmarse por completo en su actitud de abandono. Fue una constante de su vida el estar siempre "alistando" o preparando publicaciones de envergadura, es decir viviendo una ensoñación. Al contrario de Mutis, que tampoco publicaba pero anotaba, acrecentaba su obra, resolvía problemas subsistentes en sus ordenamientos, es decir, acrecentaba día a día su mar de papeles. Bonpland estaba desnudo de ese tipo de aprontes y sus papeles surgían con los problemas consuetudinarios y eran esbozos, atenciones aisladas a un hecho o una estructura vegetal, una deuda por atención médica, una carta a un viejo amigo o conocido de siglo atrás. Las paredes de sus residencias no tenían anaqueles, no había cajoneras, viejos arcones guardaban sus libros y sus ropas de viaje o de visita. Sin embargo, planeaba escritos, catálogos, síntesis y proyectos. Así sucedió en los años inmediatos posteriores al viaje americano, cuando aún era joven y disponía de amplias posibilidades, así lo expresó en su correspondencia con el naturalista uruguayo Dámaso Larrañaga

en los años pasados en Buenos Aires antes de 1820, y después, cada vez con menor asiduidad, pero hasta el fin de sus días, sostuvo siempre alguna ilusión al respecto. Incluso en otros campos de estudio y observación pudo haber tenido Bonpland idea de reunir lo que sabía en alguna publicación. A través de sus conversaciones con Demersay (1860, 1861)[180] sostenidas hacia 1844-45, y con el enigmático "A. de B***, casi con certeza fue en 1846", pero con la sola condición para este último diálogo de ser real el personaje, y que las páginas de esa extraña autoría no sean mero plagio en su totalidad, pues en cuanto al viaje de acceso lo son… Aparecen transcriptas en el tercero de estos Ensayos bonplandianos, Aimé Bonpland despliega en esos casos, un gran interés y un sólido conocimiento acerca de las antiguas misiones jesuíticas. Incluso Amable y Rojas (1995: 25) citan un escrito de Bonpland, cuando dicen: "... *en sus "Noticias sobre Misiones" aporta* [Bonpland] *interesantes referencias sobre los restos de los pueblos jesuíticos, material que aún no hemos procesado completamente*"[181].

Más de un autor se refirió al hecho de que en la historia de la cultura quedan sólo los que expresaron por escrito o en obras plásticas tangibles o, en alguna medida, sensibles para terceros sus elaboraciones mentales. Al costado de ellos y de la masa indiferente, ha vivido y muerto una legión inmensa de seres humanos sensibles, que han sido pensadores, han alcanzado niveles superiores de sabiduría y comprensión, que lograron arribar a cosmovisiones novedosas, que elaboraron sistemas filosóficos o teorías lógicas, estéticas o matemáticas. Pero, por una limitación personal, por acontecimientos frustrantes o por su particular óptica de la vida y del destino, se abstuvieron de escribir, de registrar, de dejar testimonio. Por eso, sus mundos interiores se fueron irremisiblemente con ellos, sin incorporarse al colectivo subyacente al lenguaje y al colectivo cognitivo de las comunidades humanas a las que pertenecieron.

Es en eso que reside la diferencia más profunda entre Humboldt y Bonpland. Por más que se hayan levantado contra el primero muchas voces críticas, en general poco fundadas y basadas en una valoración extemporánea de su obra, su figura tiene el carácter de monumento universal. Sus obras se reeditan y crece continuamente la literatura al respecto de su figura, de sus métodos, de su

[180] Incluso Demersay reconoce en esas publicaciones su deuda de gratitud con Bonpland debido a toda la información que él le proveyera. Lo hace en especial en uno de los, al menos cinco, artículos que bajo el título de *Fragmentes d'un Voyage au Paraguay*, aparecieron sucesivamente en la revista *Le Tour du Monde. Nouveau Journal des Voyages,* publicado en París bajo la dirección de M. Èdouard Charton, y fueron publicados por la Librairie Hachette et Cie, París, en especial el primer artículo, aparecido en 1865, pero correspondiente a los años 1844-1847 del viaje americano de Demersay. Se trata justamente del volumen dedicado a brindar un resumen general de lo que es el Paraguay, desde el punto de vista geográfico, social y político. El siguiente está dedicado a las misiones jesuíticas, y es el segundo de la serie. Las referencias de Demersay a Bonpland en el relato que enunciamos aparecen en el Anexo.

[181] El autor no conoce otras referencias a este trabajo, ni aparece citado en las bibliografías corrientes acerca de las Misiones jesuíticas ni sobre las obras de Bonpland.

pensamiento. El propio Alexander von Humboldt, adelantándose a los críticos que le reprocharon haberse dedicado a tantas cosas que sólo pudo dejar una obra demasiado hija de su tiempo y de su circunstancia para perdurar, dijo de sí mismo: (Maldonado, 1992: 141): "*He sido más útil por las cosas y por los hechos que he proporcionado y por las ideas que he sugerido que por mi propia obra*".

En el caso de Aimé Bonpland no hay casi obra escrita, no hay ideas notables que perduren, pero su figura se ha tornado por una especie de mitificación póstuma en apóstol y mártir de la botánica americana. En el Paraguay y en la Argentina es un precursor y una figura legendaria. Ha dejado, por lo menos, la huella de una personalidad superior, la del superador de adversidades, del hombre casi infinitamente fuerte y realizador de una dilatada vida que es inseparable de la historia regional. Las luces de Humboldt se reflejan sobre él y le confieren un brillo que intensifica el que le es propio. Lo recuerdan calles, localidades y, hasta hay dos cumbres casi gemelas en los Andes venezolanos, en las cercanías del pico Bolívar, que fueron bautizadas con los nombres de ambos viajeros y naturalistas.

En la historia de la ciencia, la vida de un hombre dedicado a la investigación es sólo el trasfondo perecedero de su actividad y de su pensamiento. El interés de lo meramente biográfico para esa disciplina y para los demás que cultivan su mismo campo de conocimiento, se reduce a todo aquello de carácter vital, episódico o anecdótico que en alguna medida haya retroalimentado la génesis y el desarrollo de ese pensamiento. En el caso de Aimé Bonpland los detalles de su historia personal, más que explicar un pensamiento, contribuyen a dar cuenta de cómo el compañero y colaborador original de Humboldt, quedó marcado por la experiencia compartida y se alejó después de ella, sin dejar nunca de añorarla, de moverse en derredor de ella y de anhelar, en un sueño que cada vez se iba haciendo más irrealizable, el retornar al gran proyecto juvenil y compartido.

Los avatares de la historia hicieron que un hombre excepcional como lo fuera Aimé Bonpland, desde el inicio de su vida histórica, desplegara su existencia a la sombra de una personalidad tan única y relevante en la historia de la ciencia, de las ideas y de la interpretación de la naturaleza y del Cosmos, como lo fuera Alexander von Humboldt. Por eso es tan frecuente la alusión sesgada, al "compañero de viaje de Humboldt", el "colaborador de Humboldt", "el ayudante de Humboldt", como aparece en la casi aluvial historiografía humboldtiana, que crece sin cesar alentada tanto por la revista alemana *Humboldt*, como por la exuberancia de seminarios, simposios, homenajes, ediciones especiales

Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en el Amazonas por Eduard Ender.

con folletería anexa, y las obras con formato de libro, que se aproximan, cada una desde un ángulo de mira particular, a la vida y la obra del gran humanista y científico, alemán por nacimiento y universal por vocación y obra cumplida.

México y los países surgidos de la que fuera la Nueva Granada colonial no escatiman las recordaciones personales y los aportes a la bibliografía humboldtiana. Entre las obras más notables aparecidas en las cuatro últimas décadas merecen ser puestas de relieve las de Charles Minget (1985)[182], de D. Botting (1991), la de Röhl (1991), en Caracas; la de Jaime Labastida (1999) en México; la de Joaquín Pérez Fernández (2002) en Madrid; la de Fiedler & Leitner (2000) en Berlín…, todas ellas con alguna extensión de la mirada primaria, proyectada sobre Aimé Bonpland. Pero, lo más importante para destacar es que con las diferentes publicaciones la figura de Humboldt crece y las brumas en las que el positivismo y el cientificismo de gran parte del siglo XX, la relegaron a una especie de purgatorio de la memoria póstuma, en el que yace gran parte del acontecer científico y espiritual de la ilustración y sus acólitos y continuadores en el siglo XIX. Sin embargo, a través de ese flujo

[182] Esta biografía había sido publicada previamente en francés en 1969, pero por su relevancia la mencionamos en su edición en español, publicada por la UMAM de México en 1985.

bibliográfico, Bonpland aparece cada vez más difuso y lejano, percibiéndose con claridad que la tendencia dominante separa ambas personalidades, haciéndolo como si adivinara la brecha humana y sistémica que la vida abrió entre ellos, una vez que se separaron al concluir el célebre viaje de 1799-1804.

ENSAYO BONPLANDIANO III. LA SUPUESTA VISITA DE UN ENIGMÁTICO PERSONAJE A BONPLAND EN 1846

[... de A. de B***, en 1861, traducción de Julio Rafael Contreras Roqué].

La bibliografía bonplandiana es abundante y se remonta muy atrás en el tiempo. Hubo un primer auge que fue marcadamente bipartito, compartido cercanamente con la referida a su participación conjunta en el viaje equinoccial de 1799-1804, y es, casi en su totalidad periodística –en el incipiente periodismo de la Europa de inicios del siglo XIX, entre la que se cuentan anuncios, homenajes, reseñas y avisos de viaje y hasta ofertas de libros (como la que se produjo en Buenos Aires cuando Bonpland puso en oferta los suyos, en 1818 y 1919). Un segundo auge tuvo lugar cuando se inició para Bonpland su retención en el Paraguay gobernado por el poder absoluto del doctor Gaspar Rodríguez de Francia, más comúnmente llamado doctor Francia. La noticia más o menos deformada o realista se difundió por Europa y América, pero todavía no transformada en material de libro, sino de sueltos periodísticos o de transcripción de cartas de apoyo y lamentación por la retención forzosa que padecía. Ya en anuarios y otras publicaciones académicas, aunque muy poco prioritarias, comienzan a aparecer protestas o anuncios al respecto.

Recién cuando ya libre, Bonpland viajó a Buenos Aires en 1832, aparecieron los primeros textos extensos y de carácter, en buena medida biográficos, como lo fueron los artículos del polígrafo italiano y colaborador de Rosas, Pedro De Angelis, quien después de alojar a Bonpland en su casa, escribió dos reseñas biográficas y laudatorias, que después fueran publicadas. Una en francés *Notice biographique sur Aimé Bonpland*, se reprodujo años más tarde en Montevideo, en la Imprimierie du Río de la Plata, con 21 páginas, en 1853 y reiterada en 1893. Otra intitulada *Biografía del célebre naturalista Amado Bonpland*, fue republicada en Corrientes, en 1855, por la Imprenta del Comercio. Se trataba de la misma que incluyera su autor en su Acusación y defensa de Rosas, en 1954, a partir de la p. 149, editada en Buenos Aires. El mismo De Angelis publicó en la *Revista del Plata*, 1855, vol. 17, pp. 361-362, una carta de Humboldt a Bonpland, escrita en Berlín el 1º de noviembre de 1853.

A partir de 1830 se multiplican las citas, una vez libre Bonpland, pues comienza a funcionar como atractivo para muchos europeos que siguen sus rastros y tratan de verlo. Entre otros lo hizo Arsène Isabelle, un notable exiliado francés, quien a fines de 1829, se embarcó en Le Havre hacia el Río de la Plata, y en los años sucesivos, después de pasar varios meses en Buenos Aires, emprendió un extenso viaje que se inició con la visita de la región cuyana, en el oeste rioplatense, en Mendoza, y a partir de allí, recorrió un notable y difícil itinerario, que en 1833 lo llevó a remontar el río Uruguay y, tras efectuar el reconocimiento de parte del curso en el este de Entre Ríos, se embarcó en el Salto Grande, entonces El Salto, cerca de Concordia en la antigua estancia jesuítica de Mandisoví, para alcanzar un punto desde el cual marchar hacia Porto Alegre, atravesando el territorio por la zona de las antiguas Misiones. Antes de partir debieron Isabelle y sus cinco acompañantes pasar tres días en el Salto. Allí se alojaron en casa del Sr. Thedy, un suizo francés muy hospitalario que los recibió en su vivienda, donde encontraron a un viejo marino que les llevaría en su modesto barquichuelo, el Hornfleur, aguas arriba, hacia São Borja.

Se embarcaron en el Hornfleur el 27 de octubre de 1833, a las cuatro de la tarde, incomodados por una fuerte lluvia que se desencadenó al poco de partir…

Desde ese punto en adelante brinda Isabelle un ameno relato de su viaje hacia el destino fijado, al que finalmente arriban el 1º de diciembre de 1833. Casi inmediatamente, el relato prosigue con los acontecimientos de una estancia relativamente larga en el área de São Borja, pues recién el 13 de febrero de 1834, aprovechando la partida de una tropa de carretas que iban a Rio Pardo, se irán en compañía de la misma, hacia el este, prosiguiendo el viaje de estudio y reconocimiento hacia Porto Alegre, trayecto acerca del que dejara escrito un ameno relato Arsène Isabelle.

Realmente Isabelle prestó sólo una atención intensa pero muy focal, al encuentro con Bonpland, y para saber algo de lo que aconteció entre ambos, debemos retornar al final de la Introducción de su obra, para saber que, entre los destinatarios de los agradecimientos por su apoyo durante el largo viaje, se contaba: "*Aimé Bonpland, el célebre botánico, colaborador de Humboldt. Ha tenido a bien acordarme hospitalidad con la paternal bondad que lo caracteriza, en medio de los desiertos en donde su amor por las ciencias naturales, le tenían aún exiliado del mundo científico*" (Isabelle, 2001: 24). Más adelante (ibid: 204), expresa "*Nos quedamos dos meses en Misiones, yendo y viniendo de São Borja al Piratiní, en cuya confluencia estaba el excelente señor Bonpland*[183]*, viviendo como un solitario, alojado casi como el consolador de Chactas. El*

[183] En el Rincón de San Juan Mirí, hacia el noreste de São Borja, en territorio brasileño.

ex intendente de la emperatriz Josefina, viajero célebre, nos acogió con bondad paternal y se esforzó en contribuir, en lo que de él dependiera, al éxito de nuestra caza y de nuestras recolecciones zoológicas. Cuando partimos de San Borja, Bonpland se preparó a ir a la provincia de Corrientes de donde debía bajar inmediatamente a Buenos Aires[184]."

Hasta el momento nada es problemático: el azar de un camino particular para llegar a Porto Alegre a través de las antiguas Misiones Orientales por parte de un compatriota y sus compañeros, en especial cuando están en tren de no sólo atender al paisaje y a la historia, sino colectando especímenes de tipo biológico, conmueve a Bonpland, que por entonces en 1833-1834, mora un poco retirado de São Borja, en el Rincón del Paratiní, que los aloja como sus huéspedes, y ellos se quedan dos meses trabajando en esa zona. Arsène Isabelle, que encabeza al grupo, queda afectivamente prendado de Bonpland, pero aún la fama que concita el interés público, no había aureolado tanto a Bonpland como para que el viajero visitante creyera de valor registrar sus conversaciones en el relato de su extenso viaje. Por eso, conviven gratamente, y así transcurre el plazo y se marchan, e Isabelle deja testimonio agradecido en su obra sobre el viaje, que se publicó en Le Havre, en 1835, como *Voyage a Buenos-Ayres Et a Porto-Alegre, par La Banda-Oriental, Les Missions D'Uruguay Et La Province de Rio-Grande-Do-Sul (De 1830 à 1834),* y al que juzgara certeramente el destacado publicista argentino Ernesto Morales como (1943: 14) como "… *uno de los más importantes libros de viajero que se haya escrito en el Río de la Plata*".

En general, la bibliografía bonplandiana no ha tomado nota de la obra de Isabelle, que es apenas colateral a la misma. Sin embargo, ya veremos qué papel juega realmente. Por otra parte, la convergencia de intereses naturalistas y de recolección de especímenes naturalistas estrecha la cercanía de ambos trasterrados y trashumantes: Isabelle con Bonpland, entre quienes las ideas liberales y antirosistas constituyeron otro factor de aproximación. Ignoramos si pudieron volver a encontrarse en las idas bienales de Bonpland a Montevideo.

Habíamos leído a Isabelle hace muchos años, en la versión traducida de 1943 por la Editorial Americana de Buenos Aires, la que nos dejó un recuerdo imborrable, aunque no retornamos más que ocasionalmente a ese texto. A comienzos del siglo XXI, cuando buscábamos información bibliográfica acerca del viaje de Bonpland al Paraguay en 1857 (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2005), hete aquí que dimos con dos tomitos, que representaban dos ediciones (la segunda de 1863 y la cuarta de 1881) de una obra no traducida al español, de una supuesta

[184] "*Bajar prontamente hacia Buenos Aires":* aquí hay un equívoco, o un disimulo de Bonpland de su verdaderos pasos, pues se iniciaba el año 1834, y el médico y naturalista francés, había estado en el año 1832, durante más de seis meses en la Capital de las Provincias Unidas y recién retornaría por allá en 1837.

autoría por parte de A. de B***: *Mes voyages avec le Dr. Philips dans les Républiques de La Plata, (Buenos Aires, Montevideo, la Banda-Oriental, etc.).* Deuxième édition, 1863. Mame et Cie., Imprimeurs-Libraires, Tours, pp. 1-348, el primer volumen. El otro no difería sino en la fecha, 1881, y porque estaba publicado en París.

Una rápida toma de contacto con la obra nos asombró, pues estaba dedicada parcialmente a una visita del autor y su acompañante a Bonpland en San Borja.

La lectura nos despertó un mayor interés puesto que era la primera versión que contactáramos de un Bonpland tan locuaz y enfocado en un tema preciso como era el de la experiencia jesuítica y el estado de las ruinas de la antigua reducción de San Borja. Secundariamente leímos el viaje desde el Salto entrerriano hasta San Borja y fue entonces que experimentamos una sensación inquietante de dejà vu, o de dejà lu, sin saber aún cuál era la experiencia previa que así nos condicionaba, y que no provenía precisamente de esta obra que teníamos por primera vez en las manos. Después de tres días, se nos presentó la memoria de Arsène Isabelle reclamando por sus fueros autorales, pues el viaje Salto-San Borja está literalmente copiado en el relato posterior (el primero es de 1833), el de A de B*** está dudosamente ambientado en –lo más temprano posible por el contexto del relato, en 1846[185]– pero la trasposición es de ambas obras es textual.

En un primer momento asociamos A. de B*** con Armand de Brossard, pues veníamos de encontrarlo como pasajero en un viaje con el capitán francés Mouchez, en el aviso fluvial de la Marina de Guerra francesa Le Bisson, en un viaje aguas arriba por el eje fluvial Paraná-Paraguay hacia la Asunción, previo en el que llevó a bordo a Aimé Bonpland en marzo-abril de 1857 hacia la misma ciudad. Armand de Brossard era una personalidad interesante, rechazada por la historiografía rosista argentina debido a sus escritos sobre la tiranía y sobre el sojuzgamiento de las provincias rioplatenses por el centralismo porteño. Desempeñó funciones diplomáticas en Buenos Aires y fue enviado, más tarde como observador de los sucesos de la fallida colonia de Nueva Burdeos en el Bajo Chaco del Paraguay. Pero cotejando fechas de su actuación, no había posibilidad de atribuirle el viaje y, por ende, la obra en cuestión.

Aunque hay muy poca información bio-bibliográfica disponible acerca del verdadero autor, Susana Santos Gómez (1983, II: 317, 320), desmiente a Arredondo y señala que la verdadera identidad de "A. de B***" corresponde con la de Juste Jean Étienne Roy, acerca de quien no provee más datos, de modo que el tema aún continuaba abierto para más indagación bibliográfica. Por nuestra parte no

[185] Por referencias del texto de A. de B****, éste es posterior al paso de Demersay por São Borja en 1844 y a la terminación de la insurrección de los Farrapos en el estado brasileño de Rio Grande do Sul (1835-1845).

hemos podido dar con más información al respecto y, llevado por otras tareas dejamos de lado la cuestión.

Con respecto a esta obra, su consideración implica la necesidad de enfrentar una serie de dudas bibliográficas, una de ellas –referida a la verdadera autoría de libro– que en alguna forma ha sido posible esclarecer nominalmente, al menos; y otra que aparece en el texto mismo y resultaba casi imposible de resolver con los elementos de juicio que teníamos a mano.

En primer lugar, ¿Quién es el verdadero autor?, ¿Quién se encubre tras el alfónimo A. de B***? ¿Se trata realmente de un alfónimo, o es un mero sinónimo? La primera apreciación surgida ha sido la de Horacio Arredondo (1951, Tomo II, p. 75)[186], quien llevado por la coincidencia de las iniciales, al igual que nosotros en el comienzo, atribuyó la autoría de la obra al viajero y diplomático francés Armand de Brossard, quien es autor de una obra en la que narra su visita a Buenos Aires en 1847[187] ("A. de B***" había estado el año anterior, en 1846, en el Plata). El motivo de la misma fue su actuación como secretario del conde Alejandro Colonna Walewski, miembro francés de la misión Walewski-Howden, venida a la región para actuar diplomáticamente en el conflicto surgido en las relaciones entre Francia e Inglaterra por una parte, y el gobierno de Buenos Aires por otra, las que estaban, desde hacía algunos años en un grado de máxima tensión y con amagos bélicos entre las partes actuantes.

En aquella ocasión aguardamos poder tener entre manos la obra original en francés de Isabelle para cotejarla con la ediciones francesas del texto de A. de B***, pero fue algo que nunca se concretó, hasta que hace muy poco tiempo conocimos el artículo sobre el viaje de A. de B***, publicado por Daniel Lena Marchiori Neto y José Newton Cardoso Marchiori (*Balduinia*, nº 45, pp. 17-32, 2014): *A viagem de Just-Jean-Étienne Roy (Armand de B***) ao oeste do Rio Grande do Sul. I. Visita a Aimé Bonpland na Villa de São Borja*.

Los mismos, como se ve por el título precedente coinciden en nominar a Just-Jean-Étienne Roy (1794-1870), como autor de la obra que tratamos, lo hacen basados en una obra erudita sobre bibliografía riograndense de A. Barreto (1976, 2: 1.165), y comparten esa atribución con Stephen Bell (2010: 158). Ambos descono-

[186] Corresponde a Horacio Arredondo (compilador): *Civilización del Uruguay; bibliografía de viajeros, contribución gráfica*. Edición del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1951, 2 volúmenes.

[187] Se trata de Armand de Brossard, 1850. *Considérations historiques et politiques sur les républiques de La Plata dans leur rapports avec la France et l'Angleterre*. Guilaume et Cie éditeur, París, pp. 1-471, obra que ha sido traducida y editada en español en 1942, como *Rosas visto por un diplomático francés*, con un estudio preliminar de Álvaro Yunque, Editorial Americana, Buenos Aires, pp. 1-372. En esta obra aparecen interesantes consideraciones acerca del Paraguay, de las relaciones de Rosas con el gobernante paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia y sobre los problemas relacionados con la lucha por la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay. Nagy y Pérez Maricevich (1969) transcriben un fragmento de esa obra de Brossard, que está especialmente referido al Paraguay.

cen a Isabelle y su obra de 1835, y también tienen la sensación de que algo no es correcto.

Bell (2010: 158) expresa: *"One French travel account, the work of the pseudonymus Armand de B. (Just-Jean-Étienne Roy), traveling with a Dr. Philips, was styructured entirely arround a visit made in the 1840s from the mouth of the Plata ascending the Uruguay River to Bonpland's home at São Borja. They planned to use Bonpland's knowledge of the region as the basis for attempting a journey into Paraguay, une that does not seem to have taken place. Roy found not of originality to report in this book. He didn't comment on Bonpland's vast garden planted with oranges and European trees. His material circumstances were described as haighly modest, in that the only ítems of note were portraits of Napoleon and Josephine in a small reception room*[188]*."*

Más perspicaces que Bell han sido los autores brasileños que también trabajaron sobre ese texto (Marchiori Neto y Marchiori, 2014: 19), que dejan constancia de sus sospechas acerca del relato del supuesto Roy: *"O tema de Bonpland foi objetivo principal da viagem de Just-Jean-Étienne Roy de acordó com Abeillard, Barreto, o major conhecedor da bibliografía sul-rio-grandense Barreto. Al respecto del texto traducido [el de Roy], três aspectos chaman especial atenção: a utilização de um pseudônimo (A. de B***) por parte do autor, em contraste con outras obras de sua autoría; as escasas referências persoais a Aimé Bonpland, ojeto principal da obra; e a inconsistencia das decripções de lugares visitados, inclusive de São Borja. Estes três fatos, reunidos, bastam para colocar sob sopeita a efetiva realização da viagem. A ese respeito, Stephen Bell, autor da mais recente e completa biografía sobre a longa vivência do cientista francés na América, também manifestou estranheza pela escassa informação fornecida pelo francés, mais sem contestar a utenticidade do relato."*

Se presenta a continuación la traducción de los dos últimos capítulos de esta obra que puede resultar interesante aunque resulta muy poco conocida en la actualidad, pues aparecida en 1860, tuvo cuatro reediciones en los siguientes treinta años. El motivo de incluir este texto es que el mismo, no sólo constituye el relato de dos viajeros franceses que hicieron en el año 1846 un largo y penoso viaje a San Borja para encontrar a su compatriota Aimé Bonpland, sino que a través del mismo surgen varios núcleos de interés: ante todo, la descripción del camino, largo, difícil y a veces harto penoso que debía recorrer Bonpland cada vez que salía por el río Uruguay aguas abajo cuando regresaba a su residencia en San Borja

[188] La traducción española del texto trasncripto es la siguiente: "*Una obra narrativa de viajes francesa, escrita bajo el pseudónimo de Armand de B. (Just-Jean-Étienne Roy) viajando conjuntamente con el Dr. Philips, fue estructurada enteramente alrededor de una visita realizada en los años de 1840 desde la boca del Plata, ascendiendo por el río Uruguay hacia la residencia de Bonpland en São Borja. Los viajeros planeaban utilizar el conocimiento regional de Bonpland como base para incursionar en el Paraguay, algo que no parece haber tenido lugar. Roy desplegó poca originalidad en lo relatado en este libro. No comentó nada acerca del extenso jardín de Bonpland, plantado con naranjos y árboles europeos. Las circunstancias materiales de su vivir fueron descriptas como muy modestas, y el único asunto que trata de esa realidad fue la presencia de retratos de Napoleón y de Josefina en una salita de recepción*".

rumbo ya fuera a su estancia de Santa Ana, hacia la capital uruguaya, a la que iba cada dos años para cobrar su pensión francesa vitalicia en el consulado galo en Montevideo, y también regresando desde allá a su residencia en Corrientes o a la de São Borja, e igualmente cuando iba a visitar al general Justo José de Urquiza, en caso de que lo hiciera caballo, puesto que estos encuentros se realizaban, a partir de 1850, en el suntuoso Palacio San José, al sur del Salto.

Por otra parte, en base a la conversación de los viajeros con el suizo Thedy, que tenía una casa comercial en el Salto, se conocen datos de un testigo directo de la vida y actividades de Bonpland, del que era un admirador y, que una vez, según sus dichos, había visitado largamente en su propia casa.

Pero, lo más importante es la narración de la visita realizada a Bonpland en San Borja, por "A. de B***" y M. Philips, quienes se alojaron en su casa durante dos semanas. El autor transcribe algunos de los diálogos sostenidos y describe su residencia y sus hábitos de vida. Además de dar una versión escrita de esas conversaciones, brinda un interesante resumen de las supuestas opiniones de Bonpland acerca de la historia de las reducciones jesuíticas. Aunque debe advertirse que es muy perceptible que el autor –el misterioso A. de B***–, agrega mucho de su propia visión, que –como se verá– es muy relativa a su tiempo y a su línea de pensamiento.

Ambos capítulos de A. de B***, se transcriben completos porque permanecen aún inéditos y son de interés histórico regional. Forman parte de la traducción completa de la obra que el autor (JRCR) ha realizado y está en vías de edición, pero el resto del libro no es atinente a la historia del Paraguay ni a Aimé Bonpland, sino de un viajero interesado por la mesopotamia argentina.

Según se expresa en la obra, A de B***, terminado su cometido local, regresó a Francia y publicó su relato de viaje, expresando sus consideraciones acerca de la situación del área del Plata. Años más tarde retornó Armand de Brossard a la región como cónsul francés en el Paraguay, arribando a Asunción en el viaje de *La Bisson* –la nave bajo el comando del Capitán Mouchet– en el mes de enero de 1858, es decir, un año más tarde que cuando la misma embarcación llevara a Aimé Bonpland a Asunción, en 1857 (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2006).

A pesar del hecho de que la autora no aporte las razones de su opinión, pero dado que se trata de la última emitida al respecto, se seguirá provisoriamente en este caso, la mencionada asignación de autoría, aunque con las extremadas reservas que aún deben ser solventadas por una mejor compulsa de textos y revisión de datos de la época.

El primer autor ha tenido ocasión de revisar las ediciones de la obra asignada a Etienne Roy, la primera de 1860, la segunda de 1863, y la tercera 1881, que son

idénticas en cuanto a sus textos, ambas impresas en Tours, pero existe una cuarta edición, hecha en París, que no pudo ser examinada.

La otra cuestión, que está relacionada con el texto mismo de la obra del supuesto Roy, es la relación que pueda existir entre la misma y la de Arsène Isabelle, otro viajero francés que estuvo en la región entre 1830 y 1834, y navegó el río Uruguay en 1833, es decir trece años antes en lo que respecta al recorrido efectuado aguas arriba del Salto, por el río Uruguay. Arsène Isabelle publicó el relato de su viaje en París, en 1835[189]. En la Introducción del mismo (en la edición española de 1943, en la p. 39), dice haber concurrido a San Borja para visitar a Aimé Bonpland, de quien recibió hospitalidad, y se le agradece en la introducción de su obra[190]. En la misma sólo se refiere brevemente, y casi al final, al encuentro con Bonpland, pero sí describe con extensión el trayecto fluvial desde el Salto hasta San Borja.

Pero, lo llamativo del caso es que el viaje desde el Salto hasta San Borja de Isabelle en 1833 y del supuesto Juste Jean Étienne Roy en 1846, ¡es absolutamente el mismo! Con variantes (algunas de ellas pueden ser fruto de no haber podido revisar sino la traducción española de la obra de Isabelle), con una gran reducción en longitud del texto y el agregado de algunos detalles adicionales, el itinerario, los incidentes, los personajes y el descenso en el puerto de San Borja son notablemente coincidentes. Sin embargo, el Bonpland entrevistado por Roy y Philips, es evidentemente el de 1846, y no el de 1833.

Sin embargo, y para ahondar el misterio, hay aspectos de la cuestión que siguen sin atisbos de develamiento, ¿Qué pasó en el encuentro Isabelle-Bonpland de 1833, referido en la edición de 1835 del viaje del primero? Apenas si hay referencias: dice Isabelle (1943: 305): "*Nos quedamos dos meses en Misiones, yendo y viniendo de San Borja al Piratiní, en cuya confluencia estaba el excelente señor Bonpland*[191]*, viviendo*

[189] Se trata del: *Voyage a Buénos-Ayres et à Porto-Alègre, par la Banda-Oriental, les Missions d'Urguguay et la Province de Rio Grande-do-Sul (de 1830 à 1834). Suivi de considérations sur l'état du Commerce Français à l'extérieur, et principalement au Brésil et au Rio-de-la-Plata*. Imprimierie de J. Morlent, Le Havre, 1835, ulteriormente traducido por Pablo Palant al español y publicado en Buenos Aires como *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil en 1830*, con noticia biográfica por Ernesto Morales, Editorial Americana, Buenos Aires, 1943, pp. 1-455.

[190] Dice Arsène Isabelle: "*Aimé Bonpland, el célebre botánico, colaborador de Humboldt. Ha tenido a bien acordarme hospitalidad, con la paternal bondad que lo caracteriza, en medio de los desiertos en donde su amor por las ciencias naturales, le tenían aún exiliado del mundo científico*". Retornado Isabelle al Plata en 1847, después de una estadía en Europa, lleva una agitada vida combatiendo, tal como lo hizo Bonpland la tiranía de Rosas, en cuya brega pierde la vida su hijo mayor, oficial de la Legión Francesa, fuerza que se sumara a la defensa de la que Dumas llamara "la Nueva Troya", que estaba sitiada como reducto liberal por el caudillo oriental y prosélito del tirano Rosas, Manuel Oribe (1792-1857). Sostuvo Isabelle ulterior correspondencia con Bonpland, comunicándole en una ocasión datos acerca de estudios que realizara en restos fósiles de un ictiosaurio, un mastodonte y un gliptodonte. Falleció en 1879, al poco de regresar a su ciudad natal le Havre, donde iba a ejercer el consulado uruguayo en la misma. Había nacido en 1799 (ver al respecto de estas fechas la *Noticia Biográfica* por Ernesto Morales).

[191] En una nota al pie de página dice: "*En el Rincón de San Juan Mirí*". Resulta extraña esta ubicación de Bonpland en 1833. De ser así, no estaba aún asentado en la propia San Borja, sino a más de cien kilómetros al noreste, pues el río Piratiní corre paralelo al Camaquá, que desemboca muy cerca de San Borja, al norte de la misma. Ambos son afluentes de la margen izquierda del río Uruguay. Por entonces la única zona practicable para llegar al paraje era siguiendo el camino que va de San Borja a São Luiz Gonzaga, cruzando el Piratiní hacia el norte y, muy cerca del mismo, en una zona de yerbales. El término *rincón, es un localismo*, significa regionalmente "*el espacio de tierra rodeado por un recodo o vuelta de un curso*". Es evidente que ya

como un solitario, alojado casi como el consolador de Chactas[192]*. El ex-intendente de la emperatriz Josefina, el viajero célebre, nos acogió con bondad paternal y se esforzó por contribuir, en lo que de él dependiera, al éxito de nuestra caza y de nuestras recolecciones zoológicas. Cuando partimos de San Borja, Bonpland se preparó para ir a la provincia de Corrientes de dónde debía bajar inmediatamente a Buenos Aires*"[193].

Con aparente inocencia, "Étienne Roy" cita más de una vez, y bastante ambiguamente, a Isabelle. Lamentablemente en su demasiado breve Noticia biográfica del autor, que precede a la traducción de 1943, el singular erudito Ernesto Morales no suministra las fuentes de la abundante información que se percibe que maneja.

Aunque el caso merece ser ahondado, se puede manejar transitoriamente un par de hipótesis: Isabelle, que según Morales habría retornado a la región en 1837 después de una estadía en su patria, bien pudo haber ingresado desde Rio Grande do Sul a San Borja en 1846, y haber combinado ulteriormente en la narración, sus experiencias de ambas fechas, en el relato firmado por A. de B***, que en ese caso, le pertenecería.

Sin embargo existen incongruencias, tales como las noticias que aporta el residente en El Salto (Salto Grande), el señor Thedy –pero el Thedy de 1846 y no el de 1833– en Salto, el hecho de que Roy y Philips aparentan ser esa la primera vez que ven a Bonpland, y la misteriosa presencia de ese "Monsieur Philips", acompañante que parece merecer la más respetuosa actitud de "Roy". Luego está el viaje a Buenos Aires de Roy y Philips, de donde ambos habrían sido expulsados por las autoridades rosistas, regresando a Francia, cosa que difícilmente pudiera haber realizado Isabelle en 1846-47, proscripto por Rosas y por eso amenazado por su temible mazorca.

La otra hipótesis es que la existencia de Roy sea real y que Philips pudiere haber sido Isabelle, quien –en ese caso– no debió viajar a Buenos Aires al fin de la estadía en San Borja, al respecto de lo cual el texto es realmente poco claro.

De acuerdo con esta hipótesis, Etienne Roy y Arsène Isabelle, en común acuer-

en ese entonces estaba Aimé Bonpland en su intento de establecimiento de San Juan Mirí, al que recién estabilizaría a fines del año siguiente, cuando regresara navegando por el río Uruguay, con tres agicultores franceses contratados para trabajar con él.

[192] Chactas: alude al personaje de la novela romántica de Chateaubraind *Atala*. Chactas era un viejo filósofo, que se había radicado en el seno de la etnia aborigen norteamericana de los Natchez, quien –a pesar de haberse tornado parte de la sociedad más civilizada– experimentaba una marcada nostalgia por el estado salvaje: "*… por su edad, sabiduría y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, había comprado la virtud a expensas del infortunio...*". Acogido por los salvajes, provenía de la Europa del siglo XVII, donde "*... había conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido a las fiestas de Versalles, a las tragedias de Racine, a las oraciones de Bossuet: en una palabra, había contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor… "* (Vizconde de Chateaubriand: *Atala. René. El último Abencerraje*. Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1931, p. 22). Chactas significa, en la lengua natal de los natchez, según Chateaubriand: "*La voz armoniosa*".

[193] Efectivamente, en 1834 estuvo Bonpland en Corrientes, donde se conectó con Pedro Ferré gestionando la cesión de tierras en Santa Ana, Corrientes. Pasó después a Buenos Aires y regresó a fines de 1834 a su finca de San Juan Mirí.

do, habrían atribuido al supuesto "A. de B***" el relato combinado de ambas visitas, ocultando por alguna razón desde dónde venían, cosa muy natural en el agitado panorama de toda la región en 1846, cuando toda ella estaba, si no sumida en revoluciones o en guerras, al menos reponiéndose de sus consecuencias y preparando nuevas etapas de acción bélica.

También podría tratarse de un mero plagio por parte de Roy del texto original de Isabelle, lo que es muy difícil de suponer que pudiera suceder en vida de este último, que falleció en 1879 (o, tal vez, ya muy anciano, en 1888, pues hay confusión al respecto) y, por lo tanto, convivió con dos ediciones de la obra en cuestión, aunque ambas fueron editadas en Tours, en el interior de Francia, y poco difundidas.

El presente aporte no alcanza para develar la realidad. Queda, por lo tanto, como tema abierto para nuevas indagaciones.

El viaje de Arsène Isabelle

Nota:

Antes de adentrarnos en el texto de Etienne Le Roy, insertamos la Noticia Biográfica de Ernesto Morales, previa a la edición de la primera traducción española de la ya citada obra de Isabelle (1943). En el Colloque International Franco-Argentin, del Centre de Rechercehe Internationale et Atlantique (EA 1163); llevado a cabo en la Facultè de Lettres, Langues, Arts et Sciences Humaines, en La Rochelle, France, 4 & 5 novembre 2010, se dijo en la Prèsentation generale du Colloque:

"*Aimé Bonpland, médecin et naturaliste rochellais est une des figures les plus attachantes des savants naturalistes français qui ont parcoru l'Amérique du Sud pendant la première moitié du XIXème siècle. N'a-t-il vécu lui même plus de quarante ans sur ce continent? De 1799 à 1804 il accompagna d'abord le savant prussien Alexandre de Humboldt lors d'un voyage célèbre que fit redécouvrir à l'Europe les territoires d'une Amérique alors colonie espagnole. Puis, de 1817 à sa mort, en Argentine, il vécut dans les nouveaux Etats des pays riverains du bassin de la Plata, l'Argentine, le Paraguay l'Uruguay et le Brésil. /…/ Outre Bonpland de nombreux savants naturalistes et voyageurs ont parcouru ceux nouveaux Etats indépendants: par exemple Auguste de Saint-Hilaire au Brésil, Jean-Baptiste Boussingault en Clombie; Alcide d'Orbigny en Argentine, au Pérou et en Bolivie ont fait partie de ceus nombreux naturalistes français qui ont observé les ressources naturelles et humaines de ces differents pays…*". Es muy poco lo que suele recordarse o citarse de Arsène Isabelle, pero merece también figurar en esta nómina en una posición destacada y cercana a la de Bonpland. Tal como él se dio con devoción a su patria adoptiva y perdió hasta la vida de hijo mayor en su brega por la libertad y la justicia rioplatense.

NOTICIA BIOGRÁFICA DE ARSÈNE ISABELLE

Por Ernesto Morales, 1943

Alrededor del año 1830, la comunidad francesa en el Río de la Plata era importante. Las luchas políticas habían arrojado de su país a muchos franceses cultos y liberales. Y algunos buscaron refugio en Sur América. Arsenio Isabelle era uno de ellos ¡Singular hombre era este Araseño Isabelle! Por su inquieta curiosidad, por su audacia, por su inteligencia y cultura, parece uno de esos mercaderes marinos arrancados de los relatos orientales. Dejó varios libros, y uno de ellos destinado a narrar su viaje por América austral. Se titula *Viaje Buenos Aires y a Porto Alegre, la Banda Oriental, las Misiones de Uruguay y la Provincia de Río Grande do Sul*. Apareció en El Havre, ciudad natal del autor, y a cuyos comerciantes está dedicado, el año de 1835. Pulcramente escrito, con pluma ágil y colorida, apasiona por momentos, abunda en observaciones personales y en datos históricos. Es, sin duda, uno de los libros más importantes que viajero alguno haya legado. Merece un comento. Pero antes, siquiera someramente, vamos a hablar de su autor, el polifacético y curioso Arsenio Isabelle, que fue viajero, comerciante, industrial, contador, naturalista, geógrafo, historiador, canciller, funcionario público, profesor de latín y periodista.

Este "sutil buscador de sensaciones estéticas", como lo define Álvaro Guillot Muñoz, "interesa, según él mismo por la multiplicidad y diversidad de sus actividades, por sus reflexiones de hombre curioso, por sus excursiones a través de las comarcas que nacían a la vida constitucional". Es un espectáculo humano la vida de Arsenio Isabelle, que llega joven y proyectista al Río de la Plata, participa activamente en su existencia y vuelve al patriota octogenario[194]. Además, queda su libro, siempre pleno de interés para los que gusten evocar el pasado de la ciudad nativa.

"Republicano de buena fe" durante el terror blanco desatado en el gobierno de Carlos X, Isabelle se ve precisado de salir de Francia. Ya cuando la restauración borbónica había calzado la sandalia del viajero para recorrer Suiza, Bélgica, Austria, Prusia e Italia y en diciembre de 1829 se embarca en El Havre con rumbo al Río de la Plata. Tiene 34 años. Su intelecto está nutrido de clásicos y de los filóso-

[194] La discordancia reinante entre las diversas fuentes de información acerca de la data de nacimiento y muerte de Arsène Isabelle es desconcertante.

fos enciclopedistas; además, Chateaubriand, Saint-Pierre y Balzac han encendido su espíritu romántico, y aún todavía los utopistas sociales lo han llenado de inquietud polemista. Ha frecuentado a Lammenais y a Prudhon. También a Cuvier, Saint-Hilaire, Humboldt, D'Orbigny y Bonpland [quienes] han complicado sus conocimientos de dudas y audacia científica.

He aquí al hombre que, empujado por las circunstancias políticas y la ambición de hacer fortuna en el comercio, llega a Montevideo en febrero de 1830 para en seguida pasar a Buenos Aires. Viene cargado de proyectos que debe abandonar enseguida. Buenos Aires en 1830 se presentaba sombríamente amenazador para los hombres de ensueño. Él nos ha dejado sus impresiones en el libro que enseguida comentaremos. Establece una industria, viaja, investiga como botánico[195] y naturalista, observa costumbres, toma apuntes históricos; pero la tiranía se enseñorea de todo. Los argentinos liberales como él, deben abandonar el país. Arsenio Isabelle sale también para Montevideo, luego vuelve a su patria, publica su libro de viajes y retorna, en 1837.

Es nombrado cónsul francés, funda una familia, intenta negocios en gran escala, ocupa un puesto de funcionario en la Aduana y en la educación pública de Montevideo; viaja, conoce el Paraguay, el Brasil y la Patagonia; escribe como redactor en jefe de *Le Patriote Français* contra la tiranía de Rosas; palpita con la existencia peligrosa de los amenazados por el ejército de Oribe, tanto que su hijo mayor, oficial de la Legión Francesa, pierde la vida en el combate del Cerrito. El emigrado francés ya está definitivamente ligado a la vida del Plata; su pensamiento, su acción y su sangre le han fecundado.

Cae la tiranía y él continúa en la brega. Es preciso sembrar ideas de libertad en la patria adoptiva y vivir. Los negocios le han fracasado. Enseña latín y contabilidad, y escribe libros, investiga científicamente. En una carta a Bonpland le dice que le enviará notas sobre los estudios que ha hecho en osamenta de un ictiosaurio, de un mastodonte y de un tatú gigante (descendiente del gliptodonte). Parece que comenzó una historia sobre Francisco Emilio Babeuf[196] y la conspiración de

[195] Investiga como botánico: efectivamente, después de haberse iniciado con la flora argentina como tal, se une poco más de un año después, con los destacados naturalistas uruguayos Bernardo Prudencio Berro y Teodoro Villardebó, en la que fuera la primera expedición científica del Museo de Historia Natural de Montevideo, efectuada en 1837, algo que está documentado por las etiquetas de las muestras vegetales que colectara personalmente durante la excursión. Como botánico basta para ver cuán apreciado era para el cultivo de la recolección de especímenes, considerar que son tres las especies epónimas de plantas dedicadas a su nombre en el universo vegetal linneano: una Euphorbiaceae, *Jathropa isabellei* Mûll. Arg.; una Lamiaceae, *Salvia isabellei* Briq.; y una Solanacea, *Solanum isabellei* Dunal.

[196] Francisco Emilio Babeuf, se trata realmente de François Noël Babeuf, llamado Gracus (1760-1797): ha sido uno de los precursores del socialismo utópico en Francia. Nació en Saint Quentin. "*Cuando fue commissaire à terrier, il doit exhumer, puor le conte des hobereaux qui l'emploient des droits feudaux èteints*", por esa causa cuando en 1789 desempeñó un cargo oficial reclamó la abolición de los privilegios personales y reales, abogando por una Ley Agraria, que llevara a una repartición igualitaria de la posesión de la tierra. En 1974 publica dos periódicos en París, *Le Journal de la Liberté de Presse* y *Le Tribune du Peuple* (Kupfermann, en De Launay, 1973: 39). Desde esas páginas describe una utopía igualitaria precursora de las muchas

los iguales, que se ha perdido, y que concibió una historia platense de la tiranía de Rosas. Conocedor de los cronistas rioplatenses Schmidel, Barco Centenera, Ruy Díaz de Guzmán, Lozano, Guevara, Chaerlevoix, y de Azara, Funes, Angelis, escribió una reivindicación de Sebastián Cabot, aparecida en 1862, y entre otras monografías y folletos, un estudio sobre Emigración y colonización en la provincia brasileña de Rio Grande do Sul, la República Oriental del Uruguay y toda la cuenca del Plata, otra sobre Los moluscos y los roedores, otro sobre Las plantas sarmentosas del río Uruguay y otro titulado Salvación de las repúblicas sudamericanas, un intento de solucionar su problema político-social, aparecido en 1872 y traducido al italiano y al inglés.

Pobre, inválido a causa de un accidente, aunque siempre activo y luchador, fiel a su liberalismo de la juventud, siempre interesándose por la suerte de las repúblicas del Plata tanto como por la de Francia, escribiendo o dando conferencias, mostraba su espíritu en permanente vigilia. Volvió a El Havre como cónsul del Uruguay, y en su ciudad nativa murió, pasado los 80 años en 1879.

Parece que Amadeo Jacques[197], interesado por este activo compatriota con quien compartía inquietudes filosóficas y convicciones políticas, comenzó a escribir su biografía. Álvaro Guillot Muñoz y José María Fernández Saldaña nos hablan de ella como de cosa definitivamente perdida en el oleaje del tiempo. Lástima, en verdad, porque biografiado y biógrafo se merecían.

En el comienzo de su libro, ya Arsenio Isabelle se confiesa poseído por el irresistible afán de los viajes. Cuando aún no había podido realizarlos, la lectura de ellos lo consolaba, desde Gulliver, el inverosímil, hasta Bougainville, y otros bien reales. "Elegí, -dice- para satisfacer mi ardiente curiosidad, el antiguo virreinato de Buenos Aires. Y así el mes de mayo de 1830 lo encontramos arribando a su capital, ya proyectado un itinerario que es una proeza: De Buenos Aires pasará a Mendoza donde tiene un amigo francés (Anatole Ch…); recorrerá las provincias

que se formularán en Francia en el siglo XIX. Formó parte de las filas jacobinas y sobrevivió a ellas, después fue uno de los fundadores –cesado ya el terror– de la radicalizada *Société du Panthéon*, clausurada por Bonaparte. En 1796 encabeza a los afectados por la hambruna que traen las guerras y las convulsiones sociales. Hizo popular en París una canción de sus seguidores *Moeurs de froid, moeurs de faim* (Muero de frío muero de hambre). En ese mismo año planea una sublevación en las tropas acuarteladas, la *Conspiration de l'égalité*. Denunciado, fue apresado. Las autoridades lo condenaron a muerte, pero en la víspera de su ejecución se suicidó con un puñal. Se guillotinó a su cuerpo muerto. Dejó sólo páginas periodísticas exaltadas por sus sentimientos igualitarios, que mantuvieron su recuerdo en las luchas sociales del siglo XIX.

[197]Amadeo Jacques (1813-1865). Fue un prestigioso educador francés radicado en la Argentina. Estudió en la Sorbonne, doctorándose en letras y en la Universidad de París se licenció en ciencias naturales. Fue profesor en prestigiosas instituciones de Francia. En 1839 expuso una *Memoria sobre el sentido común.* Tuvo diferencias ideológicas con Victor Cousin, a pesar de profesar ambos un espiritualismo ecléctico en lo filosófico. Cousin era ministro de instrucción pública y Jacques, en respuesta a sus divergencias, publicó en 1847, una revista *La Liberté de Penser* (1847-1850), pero a raíz de ello fue dejado cesante de sus cátedras. Se exilió en 1851, llegando en 1852 a Montevideo y después de derribada la tiranía de Rosas en 1852, pasó a la Confederación Argentina. Venía recomendado por Alexander von Humboldt. Urquiza lo nombró Director de Catastro de la Confederación. Ejerció ese cargo en Córdoba y en Santiago del Estero. Tomó parte como agrimensor en una expedición al Chaco y publicó sobre esa experiencia *Excursion au Rio-Salado et dans le Chaco* (París, 1857, Imprimerie de Pillet

de Cuyo, Salta y Jujuy; pasará a Tucumán y Santiago del Estero; de aquí al litoral, hasta Misiones, Brasil, Uruguay; saltará a la Patagonia y aparecerá nuevamente en Buenos Aires. Pero al llegar a ésta después de haber viajado en medio de un terrible pampero[198], halla a la ciudad convulsionada por la guerra civil. Además, su amigo Ch… parece haber sido fusilado en el norte. Sus briosos planes se derrumban. Debe conformarse con una excursión cinegética hasta Quilmes, tan llena de peripecias que ella le dice lo que hubiera sido poner en práctica su prístino proyecto. Queda en Buenos Aires, donde se establece con una fábrica de jabón; luego pasa a Montevideo, escapando de la atmósfera, sofocante para sus aspiraciones liberales; contrae buenas amistades y escribe sus impresiones. Entre los amigos cita a Aimé Bonpland, Faustino Lezica, Octavio Fabricio Mossotti[199], José Álvarez de Arenales, Francisco Ducasse y Carlos Laforgue, padres del conde de Lautremont y de Jules Laforgue, los dos poetas franceses nacidos en el Uruguay. Por sus amistades deducimos las inclinaciones intelectuales de este industrial y comerciante que intima con naturalistas, militares, físicos y geógrafos.

El libro de su viaje se divide en tres secciones: Su estada en el Plata (Montevideo y Buenos Aires), su exploración por el [río] Uruguay y Brasil hasta Porto Alegre y sus reflexiones sobre las posibilidades del comercio francés en estas regiones sudamericanas.

En su libro, instructivo y ameno, hallamos siete capítulos consagrados a Buenos Aires. Describe la ciudad, sus aspectos, sus particularidades y lo seguimos en un largo itinerario a través de ella, desde el puerto, pasando por la Alameda, continuando por la plaza de la Victoria y oyéndole describir los principales monu-

Fils Ainé, pp. 1-59 + 1 mapa). Con Juan María Gutiérrez escribió un *Plan de Instrucción Pública*, y además amplió su *Curso de Filosofía* y lo tradujo al español, obra que fue muy usada en su tiempo. Estuvo en Tucumán, y después fue profesor primero, y luego rector del Colegio Nacional de Buenos Aires. Falleció súbitamente a causa de un derrame cerebral. Tenía 52 años.

[198] Pampero: denomínase así un tipo de viento característico de la zona pampásica argentina que procede del cuadrante sud-sudoeste. Es fuerte con ráfagas intensas y generalmente frío, típicamante barre los estados tormentosos bajando considerablemente la temperatura reinante. Siguiendo el corredor de la Mesopotamia argentina llega hasta el norte, en el Paraguay, y en ocasiones, hasta Mato Grosso do Sul y al Oriente boliviano, donde su irrupción es llamada *surazo*, abarcando al fenómeno térmico que acompaña a este viento, que incluso se siente en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Incide en la navegación de embarcaciones livianas (y las de velas del pasado) creando peligrosos trances para las tripulaciones. Procede de centros ciclónicos del Atlántico sur. En el Río de la Plata, en especial cuando tiene dirección sudeste, levanta marcadamente el caudal del estuario, provocando crecidas en sus orillas, llamadas *sudestadas*. También sopla en el Uruguay y suele llegar hasta el borde austral del Planalto riograndense en el sudeste del Brasil. Es más típico de la estación fría del año, pero también acontece en la cálida, aunque con menos frecuencia.

[199] Octavio Fabricio Mosotti (1791-1863). Fue un físico italiano con múltiples inquietudes científicas, pues era además, electricista, astrónomo, climatólogo y topógrafo, que había estudiado los fenómenos de capilaridad y de resonancia, que llegó en 1828 y permaneció hasta 1836 en la Argentina, contratado por la Universidad de Buenos Aires para desempeñar la cátedra de Física, a la que se llamó el Aula de Física experimental. Dictó materias de ese rubro y además matemáticas superiores, destacándose por su capacidad de transmitir conocimientos y de formar discípulos. Al igual que Bonpland, debió su venida a la acción de Rivadavia. Creó en Buenos Aires el primer observatorio astronómico, aprovechando el aparataje específico que quedara almacenado desde la actuación de las Comisiones Demarcadoras fronterizas del siglo precedente, en las que actuaron Félix de Azara y Francisco de Aguirre, instalándolo en el convento de Santo Domingo, después del remoto precedente en el siglo XVIII del que instalara en la Reducción de Cosme y Damián, el sacerdote nativo del virreinato, padre Buenaventura Suárez. Mossotti fue ingeniero de la Oficina Topográfica creada por Rivadavia hasta 1831.

mentos y edificios públicos, aderezado todo de reflexiones sobre las costumbres y de evocaciones históricas. Éstas son veraces mientras no nos hable de la guerra civil. Porque Isabelle, intelectual –como Echeverría o Gutiérrez[200] o Alberdi o Sarmiento–, tiene sobre el conflicto que asola el país el mismo punto de vista rivadaviano que los hombres de la Asociación de Mayo. No comprende, no podía comprenderlo, claro está el complejo político y económico que ha desatado la guerra civil, y habla de los "gauchos" con desprecio y rencor, como se pudiera hablar de una chusma que se opone conscientemente a todo lo que significara civilización, o sea, europeísmo. Cree que el triunfo del partido Federal y el encumbramiento de Rosas se debe sólo a que adula las bajas pasiones de esa plebe. Conceptos que el extranjero recogería de boca de unitarios a quienes su condición intelectual ligaría a poco de ser huésped de Buenos Aires. (Tiene errores como el de llamar al general Balcarce "capataz" de Rosas). No son pues, sus reflexiones lo que más nos interesa en su libro, sino sus observaciones, sus pinturas, la evocación de la época, el pintoresquismo y el dato que en sus páginas recogemos. Lo seguimos por la calle Reconquista, rumbo al sur, y con él llegamos a la Boca, a Barracas y por fin salimos a la Pampa…

Isabelle sabe mirar. Viandante alerta, no descuida detalle y es así como los capítulos dedicados al estado social, a las costumbres, a la industria, comercio y navegación son los que más nos siguen interesando.

De la situación política saca esta consecuencia lapidaria: "En resumen, Rivadavia, al cual no se puede dirigir otro reproche que el de haber querido hacer su patria viril antes de la pubertad, Rivadavia hubiese convertido a Buenos Aires en una nueva Atenas. Rosas, hombre de costumbres austeras y poca educación, la haría una Lacedemonia[201]; pero la corte que lo rodea y lo sostiene no hará de Buenos Aires más que una ciudad española". Y en esta observación de ver a Rosas como una resurrección del colonialismo contra las innovaciones de la Revolución de Mayo, debemos reconocer la sagacidad de Isabelle.

Entre las páginas del libro anotaremos las más coloridas y brillantes que dedica a hacer el elogio de las porteñas, sobre la que destaca por su espiritual vivacidad a Mariquita Sánchez.

[200] Alude a Juan María Gutiérrez (1809-1878), una de las figuras más relevantes de la cultura argentina del siglo XIX, fue jurisconsulto, literato, poeta, crítico, historiador y educador. Nació en Buenos Aires. Formó parte del Salón literario de Marcos Sastre y fue uno de los fundadores de la Asociación de Mayo, por lo que tuvo que desterrarse huyendo de la tiranía de Rosas. Regresó después de 1852, año en el que fue constituyente y adhirió políticamente a la Confederación Argentina, de la que fue Ministro de Relaciones Exteriores de 1854 a 1856. Desde 1861 hasta 1875 fue Rector de la Universidad de Buenos Aires. Su labor escrita es cuantiosa y múltiple, historia, crítica literaria, ensayos, biografías, planificación educativa. Fue uno de los amigos más cercanos de Esteban Echeverría.

[201] Lacedemonia: se trata de la Laconia, una región situada al sur del Peloponeso, en la que durante la Grecia clásica se erigió la ciudad de Esparta con enorme protagonismo en la vida de toda Grecia.

El último capítulo de los consagrados a Buenos Aires lo constituye una revista cronológica de su historia, desde su primera fundación hasta 1835, bastante exacta. Y esto indica que Isabelle no era un viajero frívolo, sino que procuraba informarse, comprender el país que recorría con planta ágil, y ansioso de sensaciones tanto físicas como estéticas.

El estudio que hace de Buenos Aires, lo repite con Montevideo y Porto Alegre.

Llevado del patriótico afán de expandir el comercio y con éste las industrias de su patria nativa, consagra al final de su copioso libro una extensa serie de Consideraciones sobre el estado del comercio francés en el exterior y principalmente en el Brasil y en el Río de la Plata. Cabal hombre de la burguesía liberal de los comienzos del siglo XIX, renovadora e inquieta, los puntos de vista, esperanzas y conclusiones de Isabelle, constituyen hoy para nosotros, evocadores de aquel instante definitivo de nuestra nacionalidad, un documento bien valioso. La psicología de un tipo –el de los hombres que organizaron nuestra región– y la de una época, pueden verse como en un espejo en las "consideraciones" de este extranjero, de mente liberal, y representante del creciente industrialismo de la nueva Europa, ya surcada por ilusiones y conflictos que, prolongándose hasta los días de hoy, buscan por la violencia concretarse o solucionarse.

Notas, mapas y grabados coadyuvan a hacer del Voyage à Buenos Ayres et à Porto Alegre, del dinámico Arsène Isabelle, uno de los más importantes libros que se haya escrito sobre el Río de la Plata.

TRADUCCIÓN DE LA OBRA DE J-J-E. ROY (1846)

CAPÍTULO X

El Salto ha dado su nombre a una villa en la que uno está forzado a buscar un albergue hasta encontrar el medio por el cual continuar su ruta fluvial más arriba de los saltos del río Uruguay. Esta villa no alcanza siquiera a la mitad del tamaño de Paysandú. Está situada sobre una altura aislada de la margen oriental del río, que casi llega a convertirse en una isla en los períodos de creciente del río Uruguay.

No había más de cinco o seis casas de azotea en Salto cuando arribamos a ella. Las otras residencias eran ranchos, en general bien construidos, y en su mayoría aparecían blanqueados exteriormente. La iglesia era también una construcción del tipo de la de los ranchos, igual que como sucedía con la de Paysandú; solamente se había levantado a un lado de la entrada un simulacro de campanario, en forma de portal, del que colgaban dos campanas de tamaño mediano.

El salto fluvial, es decir, la catarata, no se encuentra frente al pueblo: dista del mismo cerca de ocho kilómetros hacia el norte, donde está el que llaman el Salto Chico. A doce kilómetros aguas arriba de él, existe otro mayor, denominado el Salto Grande. Estos dos saltos, que no se reconocen más que por la rapidez de la corriente entre las barrancas muy altas, permanecen en descubierto debido a las aguas bajas, durante casi las tres cuartas partes del año, de modo que en ese período tornan imposible toda navegación por estos parajes. Los barcos que arriban desde *aguas arriba*, recalan a treinta kilómetros de la villa, en una pequeña curva llamada Puerto, enfrentada a un grupo de islas designadas como Islas de Herreros, nombre que corresponde a un ave del orden de los pájaros que abunda en estas islas. La voz restallante de este pájaro imita muy bien el ruido de la lima y el golpe del martillo sobre el yunque[202].

El trayecto entre el Puerto y la villa se hace por tierra, a caballo o en carreta. Una vez traspuestos los dos saltos, formados ambos por rocas a flor de agua, el río Uru-

[202] Este dato, tomado textualmente de la obra de Isabelle (1835, 1943: 264) resulta extraño. Isabelle dice: "*Isla del herrero o cerrajero" debido a un pájaro del orden de los gorriones, género "cotinga", subgénero "procnia", conocido en el Brasil con el nombre de "ferrador" y "araponga" ("csmarynchos nudicollis"). Su voz chillona imita por turno el ruido de la lima y del martillo sobre el yunque*". A pesar de la confusa y perimida atribución taxónómica, es evidente que se refiere al ave de la familia de los Cotíngidos, *Procnias nudicollis*, conocida vulgarmente como *pájaro campana*, *güirá campana*, *Güirá pon* o *araponga.* Si bien la distribución actual de la especie, que tiene carácter selvático, actualmente es muy lejana de esa localidad, es muy posible que en la época del viaje de Isabelle (1833) el estado del medio natural hiciera posible la presencia de esa especie, que actualmente se restringe en la Argentina al noreste de la provincia de Misiones, pero que siguiendo las formaciones boscosas de la costa atlántica, alcanzaba en Rio Grande do Sul hacia 1980 la latitud de 30° 30′ sur, la misma que la de la zona del Salto del río Uruguay (William Belton, 1985, Birds of Rio Grande do Sul, Brazil. Part II. Formicariidae through Corvidae. *Bulletin of the American Museum of Natural History*, New York, 180: 90).

guay, aunque muy rápido en algunos parajes, es navegable para grandes piraguas y para botes planos hasta la altura del Paraguay[203], es decir a más de mil kilómetros de su desembocadura en el río Paraná.

Dado que no había hospedaje en el Salto, como no lo hay en los otros villorrios del río Uruguay o del interior, nos hubiéramos visto muy afectados si no hubiese sido porque el señor Thedy, originario del cantón de Vaud, en Suiza, tuvo la gran bondad de acogernos y albergarnos durante los tres días que debimos permanecer allí, aguardando que soplara un viento propicio para remontar el río hasta las Misiones. El mencionado señor Thedy desplegó para con nosotros los deberes de la hospitalidad en una forma que no pudo ser más generosa, sin querer escucharnos siquiera mencionar ninguna forma de compensación. Hizo todo eso por nosotros, sin que nos hubiéramos presentado ante él con carta alguna de recomendación. Además, a ese bondadoso desinterés lo dispensaba con tanta naturalidad, tan familiarmente, poniendo en ello tanta gracia, que se hizo acreedor con todo mérito de la designación como *padre de los franceses*, que nuestros compatriotas se complacían en dispensarle, no sólo en el Salto, sino a una gran distancia en su derredor.

Pudimos conversar con el señor Thedy acerca del objeto de nuestro viaje, y en especial, sobre el señor de Bonpland, al que él conocía bien:

"He tenido el honor –nos dijo– de recibirlo dos veces en ocasión de su último viaje al Plata[204] y, después de su regreso, he ido personalmente a hacerle mi visita de buen vecino (¡Qué vecindad, con cerca de trescientos cincuenta kilómetros de distancia!) y he residido en su casa más de un mes, a pesar de que mi intención inicial era pasar allí, cuanto más, una semana, Pero, qué queréis, se trata de uno de esos hombres de los que uno no puede separarse una vez que se tuvo la buena fortuna de encontrarlo".

¿Piensa Usted –preguntó el señor Philips– que podremos encontrarlo en San Borja?.

-Creo que sí, pues dado que se ocupa de la agricultura, apenas si se aleja de su explotación si no es para hacer de tanto en tanto, es decir, cada dos o tres años, un breve viaje a Buenos Aires y Montevideo, o bien a Alegrete, y algunas veces hasta Porto Alegre, pues él no suele dirigirse al Plata sin pasar antes por allí; y en cuanto a sus excursiones a la provincia de Río Grande do Sul, él ha retornado de

[203] Nótese que en el texto se maneja el concepto de la soberanía paraguaya sobre la antigua Provincia de las Misiones, hacia la cual llevaba el río Uruguay durante la época colonial.

[204] Se trataba de un viaje de Bonpland a Montevideo, destinado al cobro de su pensión francesa, algo que realizaba cada dos años. Llegar a Montevideo desde el alto curso del río Uruguay era toda una hazaña, en especial regresando en el sentido de aguas arriba.

Alegrete hace algunos meses[205], y no es posible que haya dejado San Borja desde esa época.

–Dios mío –exclamé sorprendido– Usted habla de los viajes y de los trabajos agrícolas de Bonpland como si se tratara de un hombre pleno de fuerzas, pero –si no me equivoco– él tiene en este momento setenta y tres años[206], y no comprendo cómo un septuagenario pude dedicarse a tareas tan fatigosas.

Y si yo añadiera –replicó sonriendo el señor Thedy– que aparte de esas ocupaciones el señor Bonpland ejerce la medicina con el celo y el ardor de un joven practicante, que a cualquier hora del día o de la noche está dispuesto a montar a caballo para ir a brindar sus cuidados con igual solicitud tanto a ricos como a pobres, a criollos como a europeos, a los negros y a los mestizos, y hace todo eso, casi siempre gratuitamente y, a menudo, a gran distancia de su domicilio. Si os dijera finalmente que, además encuentra tiempo (y esa es su recreación) para recorrer las selvas cercanas a San Borja para buscar plantas nuevas, para enriquecer sus colecciones de historia natural, o para colectar plantas medicinales para el tratamiento de sus enfermos, y que en medio de tantos trabajos, él no descuida su correspondencia con los sabios y con las sociedades científicas de los dos mundos, tendríais el derecho de sentiros aún más sorprendidos, pero vuestro asombro cesará cuando hayáis visto al señor Bonpland, pues encontraréis en él un hombre que parece encarnar un desmentido a su propia acta de nacimiento. El hecho es que yo, que gozo de un buen estado de salud y de una buena constitución corporal, y que aún no alcancé la cincuentena, no desearía competir con el señor Bonpland en fuerza, agilidad y dureza para soportar la fatiga.

Ahora –dice el señor Philips– permitidme otra pregunta: ¿Os parece posible que de San Borja podamos dirigirnos al Paraguay?

¡Ah! Al respecto no hay ninguna certeza. Sin duda el dictador López es menos rígido que lo que lo era el doctor Francia, pero aun así, subsisten muchas dificultades, según he sabido, para que puedan ser admitidos en el Estado los extranjeros procedentes de países que aún no han reconocido su independencia y que, en consecuencia, no tienen en el Paraguay un representante acreditado. Por mi parte no puedo daros a este respecto ningún dato positivo, pero el señor Bonpland es la persona indicada para haceros conocer el verdadero estado de cosas.

[205] El viaje a Alegrete (29° 46′ sur-55° 46′ oeste), localidad riograndense situada *"... unas veinte leguas al sur de del Guiaraça (pequeño río que corre sobre un lecho de arenas rojas y que se inicia en las montañas...//...y va a desembocar en el Camaquá) se encuentra Alegrete, pequeña ciudad fronteriza de la provincia de Río Grande con la Banda Oriental."*. Tenía entonces comercio activo y hasta se explotaba una mina de oro (Isabelle, 1943: 307).

[206] Esta referencia convalida que el viaje de Juste Jean Étienne Roy y de Philips se realizó en 1846, pues el libro en general, es muy pobre en referencias calendarias exactas.

Al día siguiente de nuestra llegada encontramos en casa del señor Thedy a un viejo marino de Honfleur, de nombre Víctor, que estaba pronto a partir hacia la antigua Misión de San Borja. La oportunidad no podía sernos más favorable y nos apresuramos a entrar en tratativas con él, temerosos de tener que quedar largamente en Salto. El barco de ese marino, aforado en -a lo sumo- dos toneladas, era chato, sin cubierta y, desde todo punto de vista extremadamente incómodo, puesto que nuestro equipaje lo colmaría y no contaríamos con más reparo que para nuestras provisiones. ¡Bella perspectiva para un viaje de cuatro a cinco semanas! Es verdad que nuestro compatriota, viejo lobo de mar venido a menos como marinero de agua dulce, se jactaba de poder franquear en quince días los trescientos cincuenta kilómetros que separan el Salto de San Borja, y aseguraba que en caso de lluvia podría colocar un cuero a modo de carpa para nuestra protección: ya veremos más adelante cómo mantuvo su palabra...

Al tercer día de nuestra llegada al Salto, a las cuatro de la tarde, nuestro lobo de mar juzgó oportuno hacernos embarcar. Cuando apenas habíamos recorrido poco más de diez kilómetros, estalló una violenta tormenta y un pampero[207] borrascoso nos hizo girar como nuestra embarcación fuera un trompo. El patrón no quería, bajo ningún precio, retornar al Salto, abonando esa decisión con el razonamiento que "él nunca había aflojado ante el mar".

No obstante, una fuerte ráfaga que desgarró la única vela de algodón que tenía nuestra galera, le obligó, mal de su grado, a hacernos tocar tierra en un islote formado por la creciente del río Uruguay. Cuesta imaginar lo que debimos sufrir en ese desdichado islote, donde no había siquiera una astilla de madera seca. La lluvia comenzó en el momento en que desembarcamos y no cesó hasta el día siguiente al mediodía. Era sabido que no podíamos buscar abrigo a bordo, donde era imposible acostarse. Habíamos contado con los cueros que el patrón debía embarcar para hacernos un techo de emergencia, pero, ¡sólo había traído unos pocos que únicamente alcanzaron para preservar nuestras provisiones de boca y nuestro equipaje! Fue así que debimos resignarnos, no sólo a quedar sin cenar, sino que peor aún, debíamos acostarnos bajo la bóveda, también húmeda, del firmamento.

La mañana siguiente cuando amanecimos presentábamos una apariencia de náufragos: temblábamos castañeteando los dientes y estábamos famélicos. Cuando la tormenta calmó, el patrón nos hizo dejar ese lugar y nos condujo hasta la vecindad

[207] Pampero: viento procedente del oeste y, a veces, del sudoeste, generalmente fuerte y frío, propio de la región pampásica argentina, con extensión en el Uruguay y en el sudoeste del Brasil. Su aparición como fenómeno climático temporario ha llamado con frecuencia la atención de los viajeros extranjeros. Alcanza ocasionalmente, en especial en el invierno al Paraguay, como lo describe Demersay (1860: 199): "*El viento del sudoeste lleva el nombre de pampero, porque antes atraviesa las estepas de las Pampas: si sopla en verano trae consigo siempre una tormenta...*".

de un saladero. Al arribar saltamos rápidamente a tierra, corrimos con las piernas desnudas a través del suelo anegado hasta llegar a un rancho, en el que requerimos hospitalidad. Nuestros huéspedes eran gauchos originarios de las islas Canarias, que habían llegado hace mucho tiempo, como tantos otros, para poblar esos desiertos y reemplazar a los naturales.

Su vivienda, como todas las de los gauchos, era una choza de barro entremezclado con cañas, cubierta con paja cortante[208], construida evidentemente con toda la simplicidad de la arquitectura primitiva. Poseía dos ambientes: el dormitorio y la sala de estar o de recibo, que hacía, a la vez, de cocina. Una cama formada por cuatro estacas plantadas en el suelo sosteniendo un zarzo de cañas o de correones de cuero entrelazados, sobre los que se coloca, a modo de colchón una magnífica piel vacuna sin curtir; algunos otros cueros tendidos en el suelo para acostar a los niños, *bolas*, *lazos* (armas indispensables del gaucho) y arneses de caballo que colgaban de las paredes del rancho, constituían el único amoblamiento de la rústica recámara. Otro *zarzo* de cañas soportado por seis estacas, servía a las damas de canapé o de sofá; además, había dos cabezas de hueso pelado de buey, a modo de butacas, un barrilito de agua, una marmita de hierro fundido, dos calabacitas que servían de vasos, una escudilla de madera y un asador de hierro clavado verticalmente ante el hogar, que estaba en el centro mismo de la cocina, componían rigurosamente el inventario de la sala de recibo. A todo eso debo agregar que en la casa de los gauchos más ricos se encuentra lateralmente del cuerpo principal de la vivienda, una segunda choza, análoga a la primera, que sirve de cocina, de *fiambrera*[209] y de alojamiento de las aves de corral.

Nunca se construye una chimenea; el fogón se encuentra en la parte central y el humo sale por donde puede. Los desperdicios de los animales domésticos, las exhalaciones de las carnes colgadas y de los cueros estaqueados, ocasionaban una hediondez insoportable, mientras que miríadas de insectos zumbaban incesantemente. Afuera y en torno, había revoloteos de trupiales[210] y de caracarás[211], mientras

[208] La llamada *cortadera* o *capi kisé*, una gramínea con gran desarrollo, la *Cortaderia dioica*, que posee bordes foliares silicificados y cortantes. Se usa aún en la actualidad como elemento para techar ranchos o enramadas en áreas rurales.

[209] Fiambrera: denominación popular asignada a un armazón de varillas o listones de madera o de caña, con forma de cubo o de paralelepípedo revestida de tela mosquitera –más modernamente de tela metálica– que era usual en ambientes campesinos para guardar carnes y otros productos perecederos al abrigo de moscas u otros insectos. Se colgaba a la sombra, en lo posible donde hubiera corrientes de aire que "refrescaran" al producto guardado. Por extensión, puede ser una habitación aireada y, de ser posible protegida de los insectos, la que cumple esa función.

[210] Trupiales: *Troupiales* en el original. Denominación no usada en el Paraguay (es propia de Venezuela) que se da a las aves de la familia Icteridae o ictéridos, llamados vulgarmente y en forma genérica *güira-u*, de los que hay numerosas especies. Son en general gregarios e insectívoros, pero hay excepciones en cuanto a la modalidad social en algunas especies que viven en pareja. En la cita original de Isabelle (1943: 292), de la que esta es una versión resumida, dice "*troupiales de vientre amarillo*", y aclara *Oriolus flavus*, actualmente denominado *Xanthopsar flavus*, que es el *chopî-sa'yju*, llamado *oroité* en la zona nororiental correntina, donde lo observara el autor.

[211] El *caracará*, también conocido como *carancho* es un ave corpulenta, con poderoso pico, de la familia de los falcónidos. Abunda en toda la cuenca del Plata y es muy característico de las zonas abiertas y de los bordes de los montes. Científicamente se trata de *Polyborus plancus*, o, más modernamente de *Caracara plancus*.

que algunos buitres o urubúes[212] se disputaban en el campo cercano los despojos de animales de raza bovina y caballar, cuyas osamentas, amontonadas como en las catacumbas o esparcidas en un sitio u otro de la superficie, daba al suelo la apariencia de un campo de batalla.

En tanto se secaban nuestras ropas ante el fogón humoso, nuestros bravíos hospedadores se lamentaban de las miserias del tiempo, y de las querellas interminables de los partidos que desgarraban a esas desdichadas provincias[213]. Nos trajeron en un *cuerno*[214] leche recién ordeñada; la aceptamos con avidez y les ofrecimos en compensación la poca *caña*[215] que nos quedaba. Después fueron a prepararnos un *asado* de carne fresca, justo en el momento en que el patrón nos apremiaba a reunirnos para embarcar.

Hacia la noche nos detuvimos sobre la costa de Entre Ríos para cenar y pasar la noche. Mis lectores deben recordar que el río Uruguay separa la banda Oriental de las provincias de Entre Ríos y Corrientes; que la primera está situada en la ribera izquierda del río y que las otras dos lo están sobre la margen derecha; además, que hasta aquí nosotros no nos habíamos detenido más que sobre la orilla izquierda, es decir, en territorio perteneciente a la Banda Oriental o República del Uruguay. Esta vez vivaqueamos sobre la costa entrerriana, y como la madera seca era muy abundante, pudimos hacer una enorme hoguera que sirvió tanto para acabar de secarnos, como para garantir durante la noche contra la visita de algún honesto jaguar o de todo otro posible vecino tan amable como ese.

Después de haber comido con apetito un abundante asado y tras haber saboreado el *queso de Goya*[216] (especie de queso muy seco y muy salado), pero carecíamos a guisa de pan de otra cosa que no fuera la *fariña*[217] de mandioca, y para bebida no disponíamos nada más que la *caña* y el agua clara. Instalamos

[212] Urubú: se trata de la denominación popular general guaranítica usual para las aves de la familia Cathartidae, que comprende a los buitres, *zopilotes* o *zamuros*. En el Paraguay hay cuatro especies pero los más comunes son los de plumaje negro, ya sea con cabeza negra, amarilla o roja. Son de hábitos carroñero. Urubú deriva del guaraní *Yrivu*.

[213] Alude a la situación de Corrientes, Entre Ríos y la Banda Oriental, que prácticamente desde la Revolución de Mayo, en 1810 vivían una permanente situación de convulsión, con invasiones, guerras, arrasamientos, ejecuciones, degüellos y hasta amenazas de invasión externa por parte de los portugueses, con los que las Provincias Unidas habían sostenido una dura guerra. Antes las hordas brasileñas del general Chagas habían arrasado las antiguas misiones del río Uruguay, justamente en el tramo que recorrían ahora los viajeros.

[214] Cuerno: se trata de un cuerno de bovino, especialmente de buey, vacío y seco, al que solía añadirse una rústica tapa de madera trabajada a cuchillo y algún tiento de cuero para colgarlo de una clavija o gancho en las paredes o para atarlo a la silla del caballo aperado. Se usaba a modo de vasija para beber y para guardar agua o leche.

[215] Caña: en el original dice *cana (eau de vie)*, es una especie de aguardiente o de ron criollo de la región, que se prepara con la caña de azúcar o *takuare'e*. Tiene fuerte gradación alcohólica. Localmente se le daba también el nombre de *guaripola*.

[216] Queso de Goya: era prestigioso en ese tiempo y se fabricaba en la zona correntina de Goya, sobre la costa del río Paraná, muy cerca de la latitud geográfica en la que se encontraban entonces acampados los viajeros sobre la costa del Uruguay.

[217] Fariña: denominación portuguesa y de uso fronterizo de una especie de harina gruesa de mandioca utilizable para muy diversas comidas, muy útil a los viajeros por la rapidez y facilidad de su preparación, con agua caliente, de una pasta gelatinosa a la que los brasileños en portugués llaman *farofa*.

confortablemente nuestros recados de dormir sobre el pasto, al pie de una palmera *corondaï* (sic)[218] y gozamos de un sueño apacible y reparador de las fatigas y la desdicha de la noche precedente.

En la madrugada del día siguiente reinaba el buen tiempo y soplaba un viento favorable para nuestra navegación. En un instante todo el mundo estuvo en pie, con los recados plegados, las armas revisadas (es una precaución muy necesario de observar cada día), y todos a bordo. Tomamos *mate* antes del alba, ese cordial, de uso tan común en este país como el té lo es en la China, debía sostenernos incluyendo el mediodía, hasta la hora de la cena. La sobriedad es una virtud impresa fuertemente entre las costumbres de los españoles americanos, quienes no hacen nunca más de dos comidas al día, aunque toman mate a cada instante. Hicimos un buen recorrido hasta llegar al Salto Grande, al que franqueamos no sin dificultad ayudados por las velas y por ramas, a la rapidez de la corriente.

Después de una noche lluviosa pasada nuevamente al aire libre, llegó el nuevo día y, a eso de las once de la mañana pasamos ante una estancia, a la que nos apresuramos a acudir para reconfortarnos. El estanciero era un indio guaraní[219], muy rico y hospitalario. Junto a él desayunamos con un excelente *asado* y con leche recién ordeñada. Además el dueño de casa quiso que lleváramos dos *arrobas* (veinticinco kilogramos)[220] de carne fresca.

Saliendo de la casa vimos en el campo bandadas de palomas y de tórtolas, muchos venados (ciervos); tinamúes (perdices) y ñandúes (avestruces), todos en cautividad.

Continuando el viaje, pasamos próximos a un rancho abandonado, castigado por la maldición; el fuego del cielo había caído allí recientemente y había sembrado el pavor en una familia india al haber dado muerte a una muchachita de doce años, cuya modesta tumba todavía era visible. Me mostraron algunos caballos abandonados que se acercaban cada anochecer a pasar la noche cerca del corral, donde en

[218] *Corondaï*: así aparece en el original, correspondería a *karanday*, o *palma*, nombre corriente de la palma *Copernicia alba*, sin embargo hay una confusión básica en el relato: la distribución de la *karanday* no alcanza a la costa del río Uruguay, pues orientalmente no pasa en la provincia de Corrientes al este del Iberá (excepto en el extremo noreste de la misma (Juan Romulado Báez, 1937: Área de dispersión actual de las Palmáceas en la flora de Entre Ríos, Gaea, Buenos Aires, Vol. 5, pp. 63-78). La palma que abunda en el sitio referido por Juste Jean Étienne Roy, debe corresponder a la denominada popularmente *pindó*, botánicamente *Siagrus romazoffiana*. En la versión de Isabelle (1943: 272) dice *caranday*.

[219] Posiblemente el par de franceses, con fuerte etnocentrismo europeo, denominan *indio guaraní* a un paisano criollo, con facciones mestizas o indígenas pero enteramente integrado como poblador rural del campo entrerriano o uruguayo guaraní, pues no especifican en qué banda fluvial estaba la estancia. Esa misma distinción se percibe cuando tratan, un poco más atrás, acerca de la sobriedad de los *españoles americanos*, los que realmente serían difíciles de hallar en estado de pureza genética en ese tiempo y lugar geográfico.

[220] Arrobas: aparece en español en el texto, pero la equivalencia que señala Juste Jean Étienne Roy es arbitraria, aunque es posible que reinara gran confusión al respecto, pues en la España previa al sistema métrico decimal, incluso había arrobas castellanas de 11,502 kilogramos y arrobas aragonesas de 12,5 kilogramos. Arroba procede del árabe *ab'rub*, que es la cuarta parte del quintal, medida también muy variable, que en Castilla pesaba 46 kilogramos, aproximadamente. Isabelle (1943: 449) suministra una tabla de equivalencias, según la cual "1 arroba de 32 libras equivale a 14,5 kilos, o 30 1/3 libras de Hamburgo".

algún tiempo una mano inocente los acariciara. Me causó una gran emoción al verlos así, tristemente detenidos, cerca de la tumba de su joven ama... Se podría decir que, en medio del desierto, ellos eran los únicos que habían quedado para llorarla y para mostrar ante el viajero que pasaba cerca de esa tumba, un ejemplo de fidelidad y de reconocimiento inspirado por la naturaleza[221].

El río Uruguay, a partir de Salto y hasta llegar a Itaquy [=Itaquí], es decir, a lo largo de doscientos cuarenta kilómetros de recorrido, no presenta en sus orillas más que un bosque bordeante, poco extendido en lo ancho, con árboles bastante variados, pero cuya composición, en especies es la misma a lo largo de todo el curso fluvial: predominan los espinillos, los sauces, los laureles, los seibos, los ñandubay, los timbó (especie de acacia)[222], los talas, los lapachos (corpulenta especie de la familia de las bignoniáceas), las palmeras y muchos arbustos espinosos, entre los que algunos, como es el caso de las mimosas, producen encantadoras flores; las lianas son numerosas, las plantas parásitas se entrelazan por todas partes[223], tachonando el follaje con flores de todos los colores hasta en las copas de los árboles más espesos, razón por las que se dio el nombre de flores del aire[224].

En tanto se navega por el curso del río se goza del espectáculo, pero cuando se cruzan espacios de sabana o los territorios inundados, la vista puede apenas detenerse, recorriendo las vastas planicies bajas o débilmente onduladas desprovistas de árboles, no ofreciendo más que pajonales espesos (que marchitados por los ardores del sol son en muchos sectores de talla más elevada que la de un hombre), transformadas en bañados extensos en los períodos de creciente y desborde del cauce. Esa situación se extiende particularmente por la orilla izquierda de la Banda Oriental y de las Misiones brasileñas, pues la ribera derecha, de Entre Ríos y Corrientes ofrece, en general, terrenos más altos, con una vegetación más variada: se ven en ella, de tanto en tanto, algunos bosques que se recortan en la lejanía, cejas selváticas o las elegantes palmeras con penachos globosos siempre dominantes.

También aparecen allí estancias y chacras que recrean la vista, consolando al viajero que a menudo se estremece espantado de su aislamiento en medio de esas vastas soledades[225].

[221] La cita de Isabelle (1943: 276) que invoca el autor, es la que aparece entre paréntesis en su propio texto.
[222] El timbó es un árbol de gran porte –*"el más grande del Paraguay"*, lo consideran López *et al*. (1987: 182). Pertenece a la familia vegetal de las fabáceas. Su nombre científico es *Enterolobium contortisiliquum***.** Tiene una copa ancha y densa en forma de hongo, alcanzando una altura que va de los 15 a los 40 metros. Se encuentra en toda la cuenca de los ríos Paraná y Paraguay, generalmente en zonas húmedas y en sectores relativamente altos. Tiene unas típicas semillas duras y negras con forma de oreja humana, de ahí el otro nombre paraguayo: *kamba-nambi* (oreja de negro, literalmente).
[223] Seguramente asocia el autor parásitas (viven a expensas de otras) con epibiontes o epífitas (viven sobre otras plantas, colgadas de otras, pero son fisiológicamente independientes), que corresponden a distintas categorías, taxonómicas, y fisioecológicas, por eso las ve tan numerosas.
[224] *Flores del aire*, en español en el original, corresponde a varias especies de la familia de las bromeliáceas, que son epífitas o epibiontes pero no parásitas.
[225] Nuevamente el autor cita en este punto la obra de Isabelle, sin especificar página ni tema en que halla coincidencia o que

Proseguimos avanzando de ese modo, lentamente entre medio de las soledades, durmiendo cada noche en tierra, a menudo sin encontrar en ella un rincón suficientemente seco como para encender un fuego. He olvidado el número de noches en las cuales, temblando de frío, estábamos obligados a velar, con las armas en las manos, para rechazar el ataque de los jaguares; también aquellas en las que nos dormíamos sin cenar. Y en esas jornadas el calor era excesivo, sofocante a tal punto, que casi nos incapacitaba para movernos. Para llegar a tener una idea aproximada de todo esto, debéis representaros cuál sería la situación de individuos enteramente expuestos a los amagos de las tormentas, a la humedad glacial de las noches y a los fuegos devorantes del sol. Tales eran nuestras circunstancias, pero, ¡No teníamos nada de qué quejarnos porque éramos nosotros mismos quienes voluntariamente habíamos elegido este tipo de vida; sólo caben las lamentaciones cuando la desdicha cae sobre quien se coloca lejos de esos riesgos!, ¡Y cuántos he encontrado de mis pobres compatriotas que soñando con la fortuna fácil, se habían lanzado a estas comarcas, en las que se vieron obligados a deambular como buhoneros entre poblaciones tan ralamente dispersas en estos desiertos, vendiendo algunas de nuestras manufacturas, a menudo tan caras, tan poco convenientes, tan inútiles, que sus distribuidores, después de haber tenido que malvender a precio irrisorio sus mercancías, veían desvanecidas sus ilusiones, e incluso sus esperanzas de poder retornar a la patria!

Un día nos detuvimos en hora temprana en un hermoso paraje, en el seno de una curva formada por la confluencia del Arapey, curso que tiene su fuente lejos, en el interior de la Banda Oriental. Había allí dos ranchos, un corral, un horno, una *rancada*[226](*sic*), y arreglos de jardinería dispuestos en bastante buen concierto, pero completamente abandonados. El patrón nos advirtió que esas instalaciones habían sido propiedad de indios guaraníes de las Altas-Misiones, a los que el gobierno oriental había obligado recientemente a alejarse debido a sus actos de bandidaje, por más que ellos hubiesen brindado una hospitalidad franca y cordial a los viajeros.

A partir de este paraje comienza a verse una serie de casas dispersas, de aldeas y de pequeñas villas que estuvieron habitadas hasta hace poco tiempo por indios guaraníes que fueron desplazados de las misiones durante la guerra de la República Oriental con el Brasil. Pero esos indios, sin industria, inclinados a

sirve de aval para sus afirmaciones. Lo hace, seguramente porque su escrito en este último período es textual del de Isabelle (1943: 278).

[226] *Rancada* (seguramente *ranchada,* que equivale a *ramada* o *enramada*, como se traduce en la versión española de Isabelle). En nota original del texto traducido dice lo siguiente: "*La rancada está destinada a dar sombra delante de la habitación y también para servir de lugar en el cual dormir al abrigo de mosquitos o de tigres. Se compone de cuatro a seis columnas de por lo menos dos metros de altura, por encima de las cuales se dispone horizontalmente ramazón o troncos de palmeras hendido por la mitad* (Isabelle, *Voyages à Buenos Aires*, p. 368)". Resulta de gran interés al respecto consultar al respecto de la *ramada* en esa región, el excelente y erudito trabajo de Roberto Lehmann-Nitsche (1919: 610, *passim*).

la pereza, quedaron completamente abandonados a sí mismos. Los brasileños, que fueron enemigos declarados de los orientales, y también de esos guaraníes que en un comienzo eran dóciles, los impulsaron a unirse a los fieros charrúas y se agregaron junto a ellos, a gauchos criminales, dedicándose en conjunto a desvastar y saquear todas las estancias así como las poblaciones del interior para vender el ganado y los cueros robados a los portugueses y a los brasileños, que encontraban muy cómodo enriquecerse mediante esos arreglos, al mismo tiempo que satisfacían el odio nacional que profesaban a aquellos a los que denominaban *españoles*. Los guaraníes asociados a los charrúas servían también de instrumento a las facciones en pugna en la república para acrecentar el desorden reinante, de modo que el gobierno de Montevideo debió adoptar medidas enérgicas con el objetivo de garantizar las propiedades de los ciudadanos y de asegurar el orden en el estado. Por eso se enviaron tropas en campañas en las que se destruyeron todos esos poblados indígenas que veíamos abandonados, así como los restos de los charrúas. Después de esos sucesos (1833), el espacio geográfico que se extiende desde el Salto hasta el Brasil quedó parcialmente desierto.

Dentro de ese estado de cosas pasamos sucesivamente las poblaciones arruinadas de Belén, de Santa Rosa o de la Bella-Unión. De esta última villa no quedan más que una cuarentena de ranchos en pie, pero parece que había más de doscientos en 1832, y ese punto estaba más poblado y tenía más actividad comercial que el actual Salto; además tenía una oficina aduanera, un comandante del puerto y uno militar, encargado de la policía. Bella Unión era la última población de la Banda Oriental en el camino hacia las Misiones brasileñas, cuya frontera apenas si dista ocho kilómetros. Para llegar hasta aquí por el río, se cuentan ciento sesenta kilómetros desde el Salto.

No tardamos en alcanzar tierras brasileñas (de la provincia de Rio Grande do Sul o de San Pedro), en las que podemos destacar con satisfacción que existe una diferencia notable en el aspecto del país: campos verdeantes, árboles en la campiña, rebaños en los faldeos de las lomadas o en las planicies; ciervos y ñandúes en abundancia, en síntesis, una apariencia de vida y de cultivo, contrastando singularmente con los desiertos que hasta aquí habíamos recorrido. Los brasileños no son por naturaleza más industriosos ni más trabajadores que sus vecinos los orientales y los argentinos; pero sus estancias se han multiplicado en esas comarcas durante y después de la guerra; una gran parte de las tropas de ganado reunido por los merodeadores, y aquellas que los gauchos matreros[227] robaron

[227] Gauchos matreros: pobladores criollos o indígenas que pasan la mayor parte de su vida sobre el caballo, y cuya ley es la vida libre sin más, actitud muchas veces reñida con las leyes.

durante las guerras de facciones, han venido a poblar los campos de pastoreo brasileños. Además aquí se tiene el cuidado de quemar a menudo los campos, lo que produce el rebrote de la hierba y contribuye mucho a su fertilidad[228] gracias a las sales contenidas en las cenizas; además de ese modo han exterminado a los animales dañinos, tales como los reptiles, las langostas, las hormigas, que pululan activamente en las épocas calurosas.

Fue así que acampamos por primera vez en tierras brasileñas, en el borde de un bosque, a orillas del Arroyo del Tigre. En ese lugar fuimos alcanzados por cuatro brasileños armados, que aparecieron a bordo de una larga piragua hecha de un solo tronco de árbol, dirigiéndose hacia un paraje un poco más alejado del nuestro. Ellos nos obsequiaron de buena gana un trozo de carne fresca, por la que sentíamos gran necesidad puesto que nuestro *charque*, que había sido envuelto en un cuero antes de estar bien seco, había sufrido mucho a causa de las lluvias continuas y comenzaba a descomponerse. Por esa razón, salvo cuando podíamos obtener alguna paloma, teru-tero, o venado, en caso de poderlos atrapar, por lo común no comíamos más que esa mala carne, demasiado salada, asada o cortada en trozos, y acompañada, a modo de pan, por harina de mandioca.

Pudimos conversar con ellos y se apresuraron a asegurarnos que no teníamos nada que temer estando en tierra brasileña, ni por parte de los hombres ni de los animales, pero que no era así en las tierras que habíamos recorrido. Nos relataron muchos actos de bandidaje que se habían cometido últimamente, y pretendían que debíamos creernos muy afortunados por no haber sido atacados por los indios o por los gauchos vagabundos que rondan a lo largo del río Uruguay para saquear a los viajeros. Nosotros no habíamos temido nada semejante, y puede ser que nuestros brasileños o nos estuvieran relatando como sucesos actuales recuerdos de otros tiempos, o que, como suele suceder, se empeñaran en calumniar a sus vecinos.

En el curso del mismo día, pasamos ante el caserío de Santa Ana, donde estaba la primera guardia brasileña cuando se remonta el río Uruguay. Cuatro días más tarde, en momentos en que admirábamos una bella salida del sol, nos dijo nuestro patrón, al mismo tiempo que nos señalaba una palmera lejana y muy alta:

Estáis alcanzando el final de vuestros padecimientos; he ahí la estancia de San Marcos distante sólo una cuarentena de kilómetros del pueblito de Itaquy.

[228] La quema de campos. Este es un tema muy significativo para la región entera del subtrópico sudamericano en la que la quema estacional de campos está tremendamente difundida como un hábito cultural del campesino casi imposible de extirpar a pesar de sus desastrosos efectos ambientales de carácter atmosférico global y sus consecuencias ecológicas *in situ* fuertemente negativas. Es el caso de un prejuicio cultural arraigado tan fuerte, que hasta ahora no ha podido ser erradicado, practicado desde el oriente de Bolivia, el Paraguay, el área Chaqueña argentina, Corrientes, Mato Grosso, hasta Rio Grande do Sul.

¿Y del de San Borja?, pregunté yo.

Está a un centenar de kilómetros más allá de Itaquy.

Me resigné no sin murmurar mi desazón. Esa noche fuimos a dormir a la estancia de San Marcos; el estanciero brasileño nos recibió muy bien, brindándonos una excelente cena, rociada de buen vino de Porto.

Después de pasar dos días de descanso en San Marcos, el soplo de una fuerte brisa del sur nos impulsó drásticamente en nuestro curso y fue así que alcanzamos y sobrepasamos la confluencia del *Ybicuy guazú* (gran río del *Ybicuy*), que era el viejo límite de la banda Oriental hacia al norte[229], todavía a cuarenta kilómetros al sur de Itaquy[230]. Recién esa noche arribamos a ese villorrio tan pomposamente anunciado. Resultó no ser más que un mezquino caserío compuesto de una treintena de ranchos mal construidos y esparcidos sin ningún orden. En este paraje residía la segunda guardia brasileña que se debía sobrepasar viniendo del Salto. Había allí un comandante militar dependiente del de San Borja, un juez de paz, etc.

Debimos permanecer un par de días en Itaquy pues fue necesario cambiar de embarcación. Salimos gananciosos en el asunto, debido a que nuestra nueva chalana estaba provista de un precario techado, construido con cañas y cubierto de cueros estirados mediante correas. Eso hizo innecesario el tener que bajar cada noche a dormir en la tierra firme, y fue así que, al recorrer el trecho que nos separaba todavía de nuestro destino, pudimos gozar cada noche a nuestras anchas, de la visión espléndida que allí ofrece el río Uruguay, con sus orillas pobladas de bosques magníficos, en los que la lujuriante vegetación brasileña se desplegaba a cada paso que avanzábamos.

El ansiado arribo al puerto de San Borja se produjo, por fin, en la cuarta jornada después de haber dejado atrás Itaquy. El, *porto* o *passo* (simplemente una especie de vado) es nada más que una especie de picada bastante escarpada abierta en la selva costera, extremadamente incómoda para todos aquellos que tienen que transportar mercaderías desde o hacia las embarcaciones.

He aquí que estamos arribando a San Borja (=São Borja, a 28° 39′ sur-56° 00′ oeste), el caserío o la villa, situada a más de cuatro kilómetros del puerto. Se accede a ella después de haber atravesado los bosques ribereños de la orilla izquierda del Uruguay, lo que debe practicarse por sendas tortuosas y llenas de fango. Hay allí algunos ranchos, que corresponden al *porto*[231]. Nos detuvimos en uno de ellos para

[229] Hasta antes de la última usurpación brasileña, en la que el límite fue llevado a la boca del río Quaraí, muy cerca de Bella Unión, una localidad uruguaya fundada por el general Fructuoso Rivera (30º15′S-57º35′O).

[230] Situado a los 29° 08′ sur - 56° 33′ oeste.

[231] El porto: equivale a la vía de acceso a aguas libres por la que se puede acceder con una canoa. En España se utiliza puerto para designar un paso montañoso que da acceso a un determinado valle.

hacer transportar nuestro equipaje y, sin pérdida de tiempo, nos dirigimos a pie al villorrio, a pesar de que el calor resultaba excesivo.

Al contemplarnos la gente se asombraba vivamente, estando acostumbrada a que tanto los argentinos como los orientales que llegaban, no hacían un paso a pie. En nuestro trayecto debimos atravesar un espacio abierto, despojado de árboles y de matorrales y cubierto de una hierba fina y aromática. Al poco apareció ante nuestros ojos la torre cuadrada de la iglesia que fue destacándose a medida que ascendíamos por el sendero inclinado hacia el río. En ese punto, descubrimos delante nuestro manchones boscosos, naranjales y *chácaras*[232]. Las mismas estaban rodeadas de zanjas adornadas por bromeliáceas con hojas de un rojo sangre y bellas flores en racimo. En la distancia, hacia el este se percibían arboledas de poca extensión, espaciadas, como se ven en las granjas de la alta Normandía. Al volver nuestra mirada hacia atrás nos dimos cuenta que desde donde estábamos teníamos una buena visión del río Uruguay, cuyo curso sinuoso aparecía parcialmente velado por espesas y magníficas selvas. El camino que seguíamos se elevaba, suave pero continuamente hacia San Borja.

CAPÍTULO XI

Cuando por fin llegamos a San Borja, nuestro primer pensamiento fue el de informarnos acerca del domicilio del señor Bonpland. Una mujer india o –al menos, mestiza– con la que nos encontramos, nos indicó claramente mediante gestos que comprendimos con más facilidad que su lenguaje, que era una mezcla de guaraní con algunas palabras españolas y portuguesas, algo que obviamente resultaba ininteligible para nosotros.

De acuerdo con las indicaciones de la mujer nos dirigimos hacia el extremo norte de la villa, y al encontrarnos casi en la campiña, percibimos un amplio huerto plantado de naranjos y de arbustos europeos.

Un seto de bromelias separaba el jardín de las vecinas habitaciones y, en medio de ellas, se elevaba un rancho de la más sencilla apariencia.

Debe de ser aquí –dijo el señor Philips– y sin vacilar se encaminó por una especie de senda que nos llevaba hasta una puerta con claraboya que daba acceso a la morada. Seguí tras él, unos pasos a la zaga.

Cuando nos estábamos acercando a la casa un doméstico indio, que probable-

[232] Nota original de Juste Jean Étienne Roy *"Chácaras: es equivalente a chacras en español, pero aquí, así como en la provincia de Corrientes, chacra es una palabra que no se emplea solamente para denominar una explotación agrícola del tipo de una granja; sino que designa también toda clase de residencia de campo, y corresponde al mismo concepto de las quintas en Buenos Aires."*

mente nos había visto venir, apareció en la puerta y nos preguntó cortésmente en español qué deseábamos.

¿No es este el domicilio del señor Bonpland?, interrogó el señor Philips.

Sí, señor.

¿Está él en la casa en este momento?

Sí, señor.

En ese caso, podríais anunciarle que dos franceses desean verlo y presentarle sus saludos.

–Entrad, señores –contestó el doméstico– ya voy a avisarle. Diciendo estas palabras, nos introdujo en una especie de locutorio o saloncito modestamente amoblado en el que los principales adornos eran dos retratos representando, uno al emperador Napoleón I[233] y el otro a la emperatriz Josefina.

Estábamos entretenidos contemplando esas pinturas, cuando se abrió la puerta del locutorio y vimos que entraba el propio Bonpland. Aunque jamás le habíamos visto, lo reconocimos de inmediato debido al retrato que de él nos había hecho el señor Thedy.

Sus cabellos blancos y las arrugas de su rostro bastaban para dar a conocer su edad, pero la vivacidad de su andar, el timbre de su voz plena y vibrante parecían los de un hombre de sesenta años.

Señores –nos dijo, mientras nos saludaba con simpatía– yo siempre agradezco a quienes realizan la buena acción de llegar a visitarme en mi soledad, pero cuando se trata de compatriotas, la bienvenida es doble.

Tomó entonces la palabra el señor Philips, poniéndolo, en pocas palabras, al corriente del propósito de nuestra visita. El excelente anciano escuchó con interés y complacencia y contestó a mi compañero de viaje cuando éste termino de hablar:

Será necesario destinar un tiempo para conversar acerca de todo eso, pero, mientras tanto, es necesario que descanséis, que os refresquéis, además de mandar por vuestros equipajes. Cuando estéis bien instalados, entonces, trataremos acerca de esos asuntos.

Mientras tanto enviaba a uno de sus domésticos[234] a buscar nuestros equipajes al puerto.

[233] Aimé Bonpland, cuyas relaciones con el Emperador fueron relativamente poco intensas (a pesar de las suposiciones opulentas de Leguizamón Pondal, 1936, que carecen por entero de aval documental), conservaba su retrato, pero raramente hacía alusión al mismo. En una carta escrita en 1852 a su amigo correntino Valdés, alababa el carácter firme mostrado por Napoleón III y lo llamaba "*descendiente del pequeño caporal*", seguramente en alusión al hermano de Napoleón I, Luis Bonaparte, rey de Holanda (Barón, 1985) y padre del Emperador Napoleón III.

[234] Nótese que no se habla de familia, la que seguramente estaba en el campo pues en ese año de 1846 Bonpland estaba casado y estaban naciendo sus hijos (el menor fue de 1847), y recién lo habría dejado su mujer en 1851 de acuerdo con Espinoza (1997). Además no denota la pobreza que después observó un visitante y repitieron tanto en la bibliografía. Según se dice, había más de un doméstico: ¿Qué sucedió con ellos en la década siguiente?.

Finalmente, al caer la noche nos encontrábamos instalados en su casa, en la que en el curso de unas pocas horas nos habíamos vuelto tan íntimos como si fuéramos amigos de veinte años de antigüedad.

Fue así que permanecimos quince días en casa del señor Bonpland. Ese período constituye uno de los más gratos de mi vida y retengo del mismo un imborrable recuerdo. En ocasiones se suscitaba entre el señor Philips y él una interesantísima conversación que yo solía escuchar en religioso silencio. Dotado de una memoria poco común, el antiguo intendente de Josefina tenía una conversación fácil, jovial, sembrada de evocaciones anecdóticas y resultaba en extremo cautivante. A veces, mi imaginación exaltada se trasladaba a las remembranzas mitológicas, y me parecía estar representando el papel de Telémaco[235] que en otra ocasión me había atribuido el señor Philips, y en esos jardines perfumados del Nuevo Mundo creía escuchar a Mentor[236] conversando en los campos Elíseos con uno de los sabios de la antigüedad.

En ocasiones realizábamos largos paseos a caballo, pues el vigor del señor Bonpland igualaba a su memoria y, a pesar de su edad avanzada se mostraba como un jinete incansable. "*Como decía acerca de su ilustre amigo el señor de Humboldt* –observaba un viajero que había accedido a su intimidad– *él había extraído de los Andes esta vitalidad centenaria en la que no se marchitaban ni la actividad del cuerpo ni las tareas del espíritu. Pareciera que los viajeros que han explorado las altas montañas en la vecindad del cielo fueron como los navegantes de las regiones boreales. Cuando se visita Greenwich, uno se inclina con sorpresa ante los casi centenarios viajeros que han pasado su juventud en medio de los hielos eternos de los polos. La misma longevidad parece reservada a los viajeros que alcanzaron las cumbres nevadas del Illimani y del Chimborazo*[237]".

Desde los primeros instantes de nuestra llegada nos anunció el señor Bonpland lo imposibilitados que estábamos para visitar el Paraguay. Nos narró todas las dificultades que había experimentado para llegar allá uno de nuestros compatriotas, el señor Demersay, quien acababa de retornar a Europa. Había sido necesaria la intervención del Ministro del Brasil en Asunción para lograr obtener para él un pasaporte por parte del Presidente López, pero ese Ministro ya había dejado su misión en el Paraguay.

[235] Telémaco: es el personaje central de *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, obra del escritor francés François de Salignac de la Mothe (1651-1715), conocido literariamente como *Fenelón*. Se trata de una imitación de Homero, de gran belleza y perfección literaria. En ella es el joven Telémaco quien narra, inicialmente cómo en su viaje a Pilos, en compañía de Méntor, un personaje más sabio y maduro, visitó al sabio Néstor, y más tarde a otros prohombres en los Campos Eliseos. La analogía de personajes, con el señor Philips y con Bonpland es evidente.

[236] Méntor: personaje de la mitología griega, hijo de Álcimo y amigo de Odiseo, por extensión se aplica una persona ducha y experimentada que guía o asiste a otra con menor experiencia y conocimiento.

[237] Nota original del supuesto Juste Jean Étienne Roy: "M. A. Demersay: *Histoire physique, economique et politique du Paraguay, Tome I°, p. xlv*".

En compensación –agregaba Bonpland– trataré, entre tanto, de compensaros de algún modo por este contratiempo, compartiendo con vosotros los recuerdos que he conservado de ese país y haciendo que conozcáis las observaciones recientes que realizó allá el señor Demersay.

Uno de los primeros asuntos que hubieran sido de mi interés en el caso de poder visitar el Paraguay –dijo el señor Philips– hubiera sido conocer las famosas Misiones de los Jesuitas. Hubiera deseado tener ante mis ojos lo que aún permanece de esos célebres establecimientos que cuentan con tan abundantes apologistas como detractores.

Podéis haceros una idea –nos dijo el señor Bonpland– acerca de la forma material que tuvieron esas misiones pues aún subsiste la de San Borja, que es una de las mejor conservadas de las establecidas en la orilla izquierda del río Uruguay.

En el curso de uno de los paseos que efectuamos con el señor Bonpland, pudimos visitar plenamente ese pueblo que ya habíamos atravesado una vez, pero –por así decir– sin contemplarlo. He aquí lo que nos hizo conocer nuestro huésped y guía.

Estábamos ante una amplia plaza con aproximadamente ciento cincuenta metros de largo por ciento treinta de ancho, en tres de cuyos lados se levantan casas construidas en una sola planta. Fueron levantadas con barro asentado sobre un armazón de madera y están distribuidas de tal modo que forman residencias todas iguales. Están cubiertas por techados de tejas que las sobrepasan hacia delante con unos voladizos que se proyectan hacia la plaza formando su conjunto alrededor de ella, una especie de peristilo o galería cubierta, sostenida a intervalos regulares por pilastras de sección cuadrangular construidas con piedras labradas de color rosáceo.

En el costado norte de la plaza se encuentra la iglesia, que no presenta nada notable en su aspecto exterior. El edificio se compone simplemente de cuatro paredes de piedra labrada, coronada por un techo de tejas y por una pequeña torre cuadrada, formando una cúpula en el interior[238]. Tan solo el portal se destaca notablemente del resto, pues presenta un tallado de gran valor artístico efectuado en madera por artesanos indígenas bajo la dirección de los jesuitas. No existe ningún herraje, tanto en esta construcción como en las casas de habitación.

Un atrio sostenido por columnas de madera dura ocupa la fachada de la iglesia, a la que se accede mediante una escalinata cuadrada formada por varios escalones.

[238] Véase el plano de la reducción de San Borja en el cual aparece la planta de distribución de todas las dependencias de la antigua misión de Francisco de Borja de acuerdo con el padre Pablo Hernández (1913, I, figura 31).

A la izquierda de la iglesia, en una especie de entrante, se ubica el colegio, detrás del cual se extendía un amplio jardín plantado de naranjos, limoneros, higueras y diversas plantas indígenas. El mismo está rodeado por un muro de piedra que acompaña todo su perímetro.

Lateralmente al colegio, y contiguo al mismo, funcionaba un asilo, además de depósitos, almacenes, etc. Se accede a la plaza por sus extremos norte y sur. La impresión general que suscita la plaza es la de un cuartel o de un claustro. A partir de la misma y su contorno de viviendas antiguas, se extienden lateralmente, sin orden regular, ranchos, chacras y algunas pequeñas residencias, muy prolijamente presentadas.

Actualmente las autoridades y los comerciantes más fuertes se alojan en las viejas habitaciones que fueran de los indígenas. El comando militar ocupa el colegio. El asilo, los depósitos y almacenes están en ruinas. En lugar de repararlos, se le sustraen materiales para usarlos en nuevas construcciones. Incluso la propia iglesia está en tal estado de deterioro que hace forzoso celebrar el culto divino en una pequeña capilla instalada en una de las galerías laterales de la plaza.

Durante cierto tiempo dudamos en visitar el interior de la vieja iglesia pues se esperaba verla colapsar de un momento a otro. Cada vez que soplaba un viento un poco fuerte, como es el caso del *pampero,* se desprendían del techo enormes vigas, que caían con estruendo, estremeciendo el resto de la vieja construcción.

La forma del edificio del templo es la de un cuadrilátero alargado sin naves laterales ni campanario. Sólo a la entrada del coro, por encima del púlpito se llevaba la cúpula con armazón de madera que ya mencioné, la que estaba decorada con pinturas bastante bellas. Dos hileras de columnas de madera dura, ya fueren de estilo toscano o rústicas, sostenían la estructura en el interior del templo y formaban una nave. Los ornamentos del coro habían sido sustraídos, así que todo aparecía desnudo, provocando al visitante una profunda melancolía.

Al ver el triste estado de un edificio religioso, no pude contenerme de expresarle al señor Bonpland:

¿Cómo puede ser que en un país católico no se hayan realizado esfuerzos por cuidar mejor un monumento sagrado que, seguramente, encierra tantos conmovedores recuerdos como para excitar el celo y la piedad de todos los fieles?.

Corren tiempos desdichados –me respondió–, pues son las guerras civiles y las revoluciones las que han causado estos estragos. El resto de las demás Reducciones o Misiones de la orilla izquierda del río Uruguay se encuentran aún más maltrechas que estas de aquí. Algunas de ellas poseen ruinas notables que dan cuenta de su pasado esplendor. En otros casos el estado actual de los antiguos

emplazamientos es tal, que no pasan de ser un rimero confuso de piedras amontonadas, invadidas y casi ocultas por una vegetación parásita.

Como remanente de los antiguos habitantes de las reducciones se vislumbran, aquí y allá, pobres indios diseminados por los alrededores, viviendo en chozas o refugiados en las construcciones de lo que fueran los colegios. Fueron ellos los que tenían a su cargo el cuidado de las iglesias cuando todavía estaban en pie, pero ahora no se encuentra más que miseria por doquier, además de la soledad y el abandono. A través de todo esto que se contempla, se podrían reconocer las cicatrices profundas de los estragos causados por la guerra externa, por la invasión de las hordas indisciplinadas de Artigas bajo la conducción de Andrés Tacuarí[239] en 1816, por las del general Rivera en 1828, además de los desastres más recientes, pero no menos deplorables de la guerra civil acaecida en esta región del Brasil, cesada muy recientemente[240].

Tal es –continuó Bonpland– el estado actual de los siete pueblos o Misiones[241] de la orilla izquierda del río Uruguay, pertenecientes al Brasil y a la provincia de Rio Grande do Sul. Pero, al menos todavía son ellos capaces de ofrecer a la vista estas ruinas notables, mientras que las quince reducciones que existieron entre el Uruguay y el Paraná, en el sector noreste de la provincia de Corrientes[242], han desaparecido por completo. Por último restan ocho misiones de las treinta fundadas por los jesuitas, las que están encerradas en el Paraguay propiamente dicho, y que aún subsisten. Las mismas no han sufrido las devastaciones de las guerras civiles y sus construcciones permanecen en pie. Su régimen administrativo fun-

[239]Andrés Tacuarí: se refiere al caudillo indígena Andrés Guacurarí, Andresito o Andrés Artigas, llamado así porque había llegado a ser adoptado en 1811 por el caudillo oriental José Gervasio Artigas (1764-1850). Era nativo de San Borja. Dice de él Castello (19984: 176), que como lo ha dicho Hernán Félix Gómez: "*... era "en los sucesos de la época una figura muy compleja". Que su ilustración era indiscutible, pues su letra y firma mostraban una cultura definida. Pero que no obstante los buenos propósitos de su correspondencia aparecía sin embargo, complicado en los más torpes abusos. Por ejemplo, en ocasión de los lamentables hechos cometidos por sus hombres en Itatí y Caá Catí, escribió al gobernador Méndez* [de Corrientes] *diciéndole: "Este hecho me abochorna demasiado, a pesar de que en continuo les exhorto (a sus soldados guaraníes) el respeto que deben tener a todo jefe y su reportación en plazas fuera de su situación, la afabilidad y el tratamiento del vecino graduándoles sus fueros y sus derechos". De Andresito decía Mantilla: "Lo adoraban sus tropas bárbaras. Era mestizo, de blanco e indio, bajito, bien proporcionado de cuerpo, cara redonda con rastros de viruela, ojos verdes y penetrantes, poca barba; era ignorante pero tenía buena letra y mucha perspicacia. Sus tenientes imitaban sus vicios y su fiereza, cuando lejos de su vista mandaban, pues en presencia suya sólo por orden expresa procedían*". A pesar de que una amplia corriente historiográfica populista y nacionalista, ha tratado con ligereza de reivindicar su figura, el recuerdo de su paso por la provincia de Corrientes (incluso logró someter a su capital en 1818) entre 1815 y 1818 dejó el recuerdo de "… *un régimen de terror y de vergüenza que se abrió en la provincia*" (Hernán Félix Gómez, 1997). En 1819 cayó prisionero de tropas brasileñas y se ignoran las circunstancias del final de su vida, aunque posiblemente fue eliminado por sus captores (Cabral, 1980).

[240] Se refiere a la guerra de los Farrapos, o "*a Revolução Farroupilha*", terminada justamente un año antes, en 1845, por la cual Rio Grande do Sul trató de independizarse del resto del Brasil. Eso dio lugar a una larga y sangrienta lucha que agitó a la región muy duramente. Varias fuentes bibliográficas hacen saber de las simpatías de Bonpland para con el bando separatista.

[241] Los siete pueblos jesuíticos a los que alude Bonpland, eran las llamadas Misiones Orientales, o sea los correspondientes a las reducciones de San Miguel, San Juan, San Lorenzo, San Ángel, San Luis, San Nicolás y San Francisco de Borja (fundada esta última en 1682, y denominada después del alejamiento de los jesuitas, simplemente San Borja). La capital de las mismas era la misión de San Miguel. Actualmente todos ellos están en el estado brasileño de Rio Grande do Sul.

[242] Bonpland daba estas explicaciones cuando la jurisdicción oficial de la provincia de Corrientes se extendía sobre la controvertida área de las antiguas Misiones entre el Paraná y el Uruguay, antes de que por arbitraria decisión del gobierno nacional se la despojara de ese territorio, originando la que actualmente es la provincia argentina de Misiones.

ciona en los días que corren, casi tal cual fuera instituido originalmente por los fundadores de las Misiones.

Fue aquí donde el viajero al que me referí antes[243] ha estudiado este régimen, y fue a través de la información recogida en las propias reducciones personalmente, y por la que él pudo obtener de Bonpland, quien ha pasado diez años en el seno mismo de las Misiones. Sobre la base de todo eso, ha compuesto una historia de esos establecimientos cuya publicación aguardamos con impaciencia[244]. Se puede presumir anticipadamente cómo será la obra confeccionada a partir de una preliminar profesión de fe, que el autor ya ha publicado: "*Hablar de los jesuitas* –nos dice–, *aún acerca de aquellos de América resulta una empresa muy espinosa, en la que hay que hurgar, al menos, en un cúmulo de suposiciones. Por lo tanto, y es bueno que se sepa, cualquiera fuere la opinión que uno se forme sobre las influencias, las intervenciones políticas, o los designios secretos de la célebre compañía en Europa, no sería posible desconocer sin una alta cuota de injusticia, los grandes servicios que ella ha prestado en el Nuevo Mundo a la causa general de la humanidad. Fueron enviados para sustraer los indígenas a la avidez de los conquistadores, a las medidas vejatorias de los gobernantes. Al calor de las enérgicas protestas del obispo de Chiapas*[245]*, los jesuitas han cumplido con su pesada tarea, desplegándola entre innumerables obstáculos y corriendo riesgos que provocaron más de un mártir en sus filas. Su austeridad ha desafiado todas las acusaciones, todas las calumnias. Su administración dejó entre los indígenas recuerdos bajo cuya presión sucumbieron sus sucesores. Se ha criticado vivamente, por supuesto que lo sé, al régimen de las Misiones –al cual no creo fuera conveniente para una sociedad como la nuestra– pero un pueblo joven, compuesto de seres humanos sin previsión, sin cuidado de lo será el mañana, debió ser gobernado con los medios, y con las pompas y ritos que convinieran a su juventud. La destrucción de la Orden ha dejado, en consecuencia, un inmenso vacío en América que los viajeros se muestran unánimes en denunciar. En todo el territorio de las Misiones la obra social de los jesuitas ha desaparecido hace tiempo, la obra material está en vías de desaparecer por doquier... En pocos años la soledad se ha enseñoreado en medio de esos magníficos establecimientos. Los indios han retomado en camino de los desiertos y se han dispersado en los bosques que sus ancestros habían abandonado siguiendo la palabra persuasiva de unos hombres cuya fama de mansedumbre y de caridad había llegado hasta ellos. Es necesario exceptuar del cuadro trazado al Estado del*

[243] Se refiere al ya citado médico francés Alfred Demersay. En la lista bibliográfica aparecen sus obras referidas a las misiones jesuíticas indicándose en cuáles da cuenta de su conocimiento personal con Bonpland.

[244] Se trata de la obra *Historia del Paraguay y de los establecimientos de los jesuitas*, publicada en dos tomos, en Francia, en 1860, pero precedida y seguida por contribuciones menores en revistas y periódicos de Francia y de la Argentina.

[245] Se refiere a Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566): nacido en Sevilla, España, llegó a América en 1502. Adoptó una actitud de defensa de los nativos propugnado la sanción de leyes que los protegieran de los abusos de los conquistadores y colonizadores. En 1537, el Papa Pablo III promulgó bajo su influencia la Bula *Sublimis Deus,* que reconocía la racionalidad y la humanidad de los indígenas americanos.

Paraguay, al que su aislamiento a partir de la Independencia lo ha preservado de la manía de las revoluciones, que es casi endémica de las antiguas colonias de España. Gracias a esa tranquilidad tradicional, lograda a un alto precio, ha sido posible conservar intactos los monumentos que testimonian la grandeza y la riqueza de la Orden famosa, cuyo nombre permanecerá, en lo sucesivo, inseparable de su consideración."[246]

He aquí expresada en pocas palabras, la síntesis de la historia de las Misiones, tal como he podido recogerla a través de las conversaciones que tuve con Bonpland sobre el tema, y además del estudio que realicé a través de los autores que han escrito sobre el mismo con imparcialidad.

Esos religiosos, instruidos y hábiles, no se limitaron en todos los casos –esto es verdad– a la persuasión y a la predicación apostólica para reducir a los indígenas; se valieron también de medios temporales, pero en general supieron utilizarlos con moderación y prudencia. La formación de los pueblos jesuíticos a lo largo del Paraná y del Uruguay, fue en gran parte debida al terror provocado entre los indios por la feroz tiranía portuguesa.

Pero siempre y por encima de todo, la moral del cristianismo que fue predicada entre esas tribus independientes, no tardó en dar lugar a cambios saludables que favorecieron a las Misiones, y que posteriormente permitieron fundar pueblos hasta en las partes más recónditas del interior.

Examinemos ahora el régimen interior de las Misiones, pues importa conocerlo para arribar a una idea acertada de las relaciones que los neófitos podían tener con los misioneros.

Todo había sido perfectamente dispuesto en su organización para que no sufrieran necesidades materiales. Al ponerse a la cabeza de los pueblos de indígenas conversos, los misioneros se ocuparon, ante todo, de asegurar la subsistencia de sus neófitos; ellos los hicieron trabajar ordenadamente para la comunidad y superaron así la absoluta carencia de previsión que muestran habitualmente los americanos.

No es posible disimular que la mayor dificultad existente para la tarea de civilizar a un pueblo salvaje es hallar cómo someterlo a un trabajo regular, es decir, hacerle entender que es necesaria la previsión y que los suministros se tornan indispensables para aquellos que ya han constituido una sociedad. En ella hay necesidades regulares que se hacen sentir al dejar la vida nómade y forman parte de los requisitos de la vida sedentaria. En la mayoría de los casos se han dado fracasos para quienes trataron de reunir en sociedad a las comunidades salvajes,

[246] Nota original de Juste Jean Étienne Roy: "M. A. Demersay: *Histoire physique, économique et politique du Paraguay et des établishements des jésuites. Tome I (Introduction)".*

y es necesario reconocer que resulta equivocado emplear grandes motivaciones como las que usaron los jesuitas para conducir los neófitos al trabajo[247].

Como profundos pensadores, como hombres que han estudiado y conocen el corazón humano, los padres jesuitas habían comprendido que para los pueblos que no temen a la fatiga cuando su imaginación está ocupada, era necesario que el trabajo –en alguna forma– fuera siempre una ocasión festiva o que, por lo menos presentara el aspecto de serlo. Se trataba –como se ve– del *trabajo atractivo*, como el soñado por un utopista moderno[248], pero aplicado entonces en una medida justa, en circunstancias muy particulares, completamente excepcionales, y sobre todo, santificado por la religión, pues la religión se asociaba a esas fiestas de la agricultura, he aquí de qué modo.

A la hora señalada para ir a los campos, se construía con ramas jóvenes un domo vegetal bajo el cual se colocaba una estatua de la Santa Virgen, entonces se hacía oír la música.

Los cultivadores transportaban esa especie de altar al campo, lo adornaban con flores, tras lo cual se entregaban a sus trabajos al son de los instrumentos, que no cesaban de interpretar melodías capaces de darles ánimo. Debemos agregar que el tiempo consagrado al cultivo era siempre de corta duración, y en este detalle se advierte el exacto conocimiento por parte de los jesuitas del carácter de sus neófitos.

Las especies cuyo cultivo estaba más difundido no ofrecían una gran variedad: se trataba de aquellas de las cuales los pueblos, aún salvajes, hacían uso habitual. Se cuidaba especialmente de producir maíz, mate o té del Paraguay y el algodón sembrado en los sectores en los que el tipo de terreno era favorable. Todos los productos de esa agricultura no eran entregados en forma directa a cada cultivador: eran reunidos en los depósitos pertenecientes a cada comunidad. Cada indio recibía la misma ración de maíz, de carne y de yerba mate. Se trataba de una ración abundante y se la había calculado sobre las necesidades conocidas de los americanos, que con intervalos soportaban, en su vida natural, las privaciones más austeras alternadas con los excesos más peligrosos.

La vestimenta era, como es de suponer, de una simpleza extrema; hacía falta para que los indios se decidieran de una vez por todas a adoptar la nuestra, a la que iban poco a poco refiriéndole ventajas que antes ignoraban en la medida que llegaban a conocer esa indumentaria. El atuendo que portaba el pueblo consistía

[247] Nota original de Juste Jean Étienne Roy: "Ferdinand Denis: *Résumé de l'Histoire de Buenos Ayres, du Paraguay et de las provinces de la Plata (suivi du résumé de l'histoire du Chili, avec des notes, Lecomte et Durey*, París, 1827, pp. i-xvi + 1-321).

[248] Nota original de Juste Jean Étienne Roy: "*Fourier. Este no fue el único préstamo que el autor del sistema de los falansterios ha tomado de los establecimientos de las Misiones del Paraguay*".

en una bata blanca. Los oficiales de los villorrios, escogidos siempre entre los indios, se vestían con brillantes uniformes traídos de Europa.

Las mujeres, que eran alimentadas como los hombres, se vestían en forma parecida a la de ellos. La tarea casi exclusiva que les era asignada, consistía en hilar la cantidad de algodón que se les otorgaba semanalmente: ésta era una obligación que no podían eludir. Al resto de su tiempo lo empleaban en las faenas atinentes al interior de la vivienda familiar.

Fue en las Misiones donde se pudo hallar la prueba definitiva de que el nativo americano está dotado, tal vez aún más que el habitante del Viejo Mundo, de esa disposición personal que exige contar a la vez con los dones de la habilidad y de la observación, y que deben ser puestos en juego en los casos de que en el interior de su humilde morada no se encuentren todos los utensilios que la necesidad cotidiana requiere. Sin embargo resultaba que muchos desdeñaban resolver de por sí esas necesidades, considerando que robar un instante a la tranquilidad personal es un precio muy caro a pagar por la comodidad resultante. Sin embargo, resulta verdaderamente sorprendente el número de hábiles artesanos que crearon los jesuitas. Pero, se daba el caso de que sus talentos estaban dedicados, casi exclusivamente, al embellecimiento de las iglesias y de los colegios. Hemos podido contemplar muestras notables del despliegue de esa habilidad al visitar la iglesia de San Borja. Nunca se estimuló la dedicación de esos talentos para decorar el interior de los propios domicilios, ya sea porque no les estaba permitido, o –y esto es lo más posible– que estuvieran personalmente poco dispuestos a ese género de tareas a la que no estaban obligados[249].

Cada población estaba gobernada por dos jesuitas. El uno, con el cargo de cura, estaba encargado de la administración general; él no aparecía ante los neófitos más que en circunstancias importantes, como lo eran, por ejemplo, las fiestas solemnes, en las que el cura ocupaba siempre el primer rango en el ceremonial. El otro sacerdote era el llamado vice-cura o vicario, que era quien tenía centralmente a su cargo las funciones de asistencia espiritual y era el que estaba en permanente contacto con los indígenas, cuya lengua hablaba, y a los que daba ilustración religiosa. Inmediatamente subordinados a ellos estaban los jefes civiles, elegidos entre los indígenas: eran los llamados caciques, alcaldes, etc. Sin embargo, estos últimos no eran sino los subordinados de los jesuitas y estaban encargados del cuidado activo de todo lo atinente al bienestar general de las poblaciones.

Todos los indios eran iguales y les estaba vedado tener posesiones individuales. Ese régimen ofrecía la única transición posible del estado salvaje en el que

[249] Nota original de Roy: "M. Ferdinand Denis, *Resumé*... déjà cité".

estaban inicialmente, hacia una civilización más perfecta. Es cierto que bajo este sistema, ningún motivo de emulación podía surgir para estimular a los indígenas reducidos para perfeccionar sus talentos, dado que los más virtuosos y activos no podían comer ni vestirse mejor que los demás y no existía ningún reconocimiento adicional. Sin embargo, esta clase de gobierno era la única conveniente para las hordas brutales y feroces; su aplicación procuraba la dicha de aquellos indígenas que –semejantes a niños– eran incapaces de gobernarse a sí mismos. Constituía algo así un cambio tan afortunado para esos salvajes, acostumbrados a degollarse los unos a los otros, o a servir a los españoles como esclavos. Los particulares y los comandantes españoles se permitían, despreciando la legislación vigente expresamente referida a esta materia, reducir a la esclavitud a todos los indios que cayeran en sus manos.

Por esa causa, fueron ellos los que cultivaron los primeros gérmenes de odio hacia los jesuitas: "*Las quejas de los comandantes militares* –tal como dice el Padre Aguilar en su memoria justificatoria dirigida al Rey de España– *provienen de aquellos que desearían que esos indígenas hubieran sido sometidos no sólo a vuestra Magestad, sino también a cada uno de los españoles en particular, y aún a los sirvientes y a los esclavos de los españoles*".

Se ha reprochado a los jesuitas la ignorancia en la que mantuvieron a sus neófitos. Es verdad que no se les brindaba más instrucción que en los principios religiosos y en aquello que accesoriamente fuere necesario para la recepción de los sacramentos de la Iglesia. Se les enseñaban los *Mandamientos de Dios*, el *Pater* y el *Ave*, el *símbolo* de los Apóstoles y algunas plegarias: se trataba de unos rudimentos de instrucción moral a los cuales los jesuitas limitaron sabiamente sus propios esfuerzos educativos. Los indígenas no aprendían ninguna ciencia, ninguna lengua extraña, pero sí fabricaban las telas con las cuales confeccionaban sus vestidos. Las artes mecánicas, incluyendo el hilado y la confección de telas y prendas, les eran enseñadas por sacerdotes jesuitas enviados de Europa a ese efecto. Se empleaban las mediocres ganancias generadas por una cultura embrionaria para procurarse herramientas, enseres y armas. Los indios neófitos llevaban a las villas españolas todo lo que les sobraba de telas, tabaco, yerba y pieles.

Esos productos eran puestos en manos del procurador general de los misioneros, que los vendía o los intercambiaba lo más ventajosamente posible. Después rendía cuenta de todo con precisión. Luego de haber deducido del producto de las mercancías, el monto del tributo legal, se empleaba el resto para la adquisición de cosas útiles o necesarias para los indios.

Los naturales reducidos en las Misiones eran, en general, pueblos libres que se habían puesto bajo la protección del Rey de España. Al hacerlo convenían el pago de un tributo anual de una piastra por cabeza. Estaban obligados a tomar las armas en los cuerpos armados españoles en caso de guerra, para lo cual debían armarse a su propio costo y trabajar en las fortificaciones. Así fue que prestaron grandes servicios a España en su guerra contra los portugueses. Sin embargo, a despecho de convenciones que eran fundamentalmente sagradas, no se tenía ningún escrúpulo en tratar a esos pueblos cristianos como si se tratara de tropeles de animales.

En 1757 una parte del territorio de las Misiones fue cedida por España a la corona de Portugal. Se ha pretendido que los jesuitas rehusaron a someterse a esa cesión, o sea a dejarse transferir de súbditos de una corona a otra sin ser consultados. Los indios afectados por ese traspaso tomaron efectivamente las armas; pero fueron derrotados con facilidad, y tras una gran matanza, por las tropas europeas enviadas para sofocar la revuelta y someterlos. La rapidez con que se consumó esa derrota es la mejor prueba de que entre ellos no había verdadera unidad ni jefes. En 1767, esos sacerdotes a cargo de las Misiones fueron echados de América por orden real, y sus desdichados neófitos, en consecuencia, puestos en pie de igualdad con los demás habitantes indígenas del país.

Después de la expulsión de los jesuitas, los monjes que fueron encargados del cuidado de los pueblos que aquellos debieron de abandonar, ni alimentaron ni vistieron a los indios en la misma forma que antes, además los agobiaron de trabajo. Los comerciantes y los comandantes militares pudieron así, dar rienda suelta a sus exacciones.

Conclusivamente, un informe ministerial inédito, dirigido al Rey de España por un enemigo de los jesuitas reconoce que "... la población de los treinta pueblos de los guaraníes, establecidos por esos religiosos, se elevaba en 1774, a ochenta y dos mil sesenta y seis individuos, la que en el momento de la expulsión de los jesuitas alcanzaba, al menos, a cien mil; la misma había sido reducida en el curso de los veinte años siguientes a cuarenta y dos mil doscientos cincuenta almas, es decir, a bastante menos de la mitad; que los portugueses, antes contenidos, han invadido siete pueblos, y que para detener ese avance extranjero es necesario restablecer el excelente ordenamiento militar creado por los jesuitas".

He aquí hechos concretos capaces de hablar por sí mismos. Hemos visto a qué estado estaban reducidas en el presente veintidós de esas treinta misiones.

Mientras tanto –y debemos apresurarnos a decirlo– que si bien muchos de los indios que las poblaban han retornado a los bosques para retomar la vida sil-

vestre de sus antepasados, un gran número de ellos, a pesar de haber quedado librados a sí mismos, han continuado el proceso de integrarse a la civilización, lograron vivir con ciertas comodidades y fueron numerosos los que se vistieron a la manera española. Incluso algunos entre ellos adquirieron propiedades y se mostraron como ciudadanos útiles, buenos padres de familia y, por encima de todo, como fervientes cristianos. ¿Cómo es posible interpretar estos hechos que no aparecen como aislados, sino como si fueran los rebrotes de un magnífico árbol al que una política ciega abatió pero no logró desarraigar por completo?.

Los ocho pueblos jesuíticos establecidos en el Paraguay, subsisten con su organización primitiva, pero con una distinción drástica: hoy los encargados de su administración son laicos. Pero, el trabajo en común, la posesión compartida del territorio y la repartición de provisiones y de otros elementos básicos que se realiza igualitariamente por cabeza de habitante, siguen teniendo lugar de acuerdo con las reglamentaciones originales establecidas por los jesuitas[250].

Cuando el señor Bonpland nos habla del Paraguay se refiere necesariamente al famoso doctor Francia; pero lo hace con un tacto y una moderación perfectas, lo que contribuye no poco a aumentar la veneración que experimento hacia mi sabio compatriota. A pesar de sus justas quejas contra el dictador, le rendía una ecuánime apreciación de reconocer que, después de haber hecho pasar sobre el Paraguay un yugo de hierro, había logrado generalizar en sus habitantes el gusto por el trabajo, por las artes y por el buen orden. Agregaba que el régimen se había dulcificado en los últimos años de su vida, y que su despotismo había también dejado entrever algunas intenciones dignas de elogio.

Quince días después de que arribamos a San Borja, fue necesario comenzar a pensar en nuestro regreso. Para ello resolvimos aprovechar la noticia de una pequeña embarcación que debía partir de Itapúa, situada a algunos días de marcha de nuestra residencia actual, para desde allí descender por el río Paraná.

El señor Bonpland se empeñó en acompañarnos hasta el sitio de nuestro embarque y lo hizo, a pesar de nuestras protestas e instancias para retenerlo en su casa.

¡Y qué! –nos dijo– ¿acaso queréis privarme de poder prolongar el goce de un placer que experimento tan raramente, como lo es una ocasión de hablar en francés con franceses?. Por otra parte, el territorio que vais a recorrer desde aquí a

[250] Desde el 7 de octubre de 1848, ese estado de cosas cesó. Un decreto del presidente Carlos Antonio López, dictado en esa fecha, declaró ciudadanos de la República a los indios de todos los pueblos, haciéndolos entrar en el derecho común, suprimió el fuero particular que les estaba asignado, estableció nuevas autoridades, etc. "*Yo ignoro* –dice Demersay después de haber citado este hecho– *las consecuencias que tendrá esta medida tomada por el Presidente López; la experiencia dirá pronto si los indios liberados de los trabajos comunitarios se han tornado dignos de la libertad que les fuera otorgada con frases de un liberalismo sonoro del que y tengo razones para desconfiar*".

Itapúa, no resulta muy seguro en estos tiempos para los extranjeros y yo, que soy de aquí, soy tan conocido que me muevo sin nada que temer, seré una presencia útil para vuestra seguridad.

No pudimos sino dejarlo hacer su voluntad.

Ya en marcha, recorrimos sin inconvenientes el sector de la provincia de Corrientes que se extiende entre San Borja y el Paraná, y acabamos la marcha a caballo, saliendo frente a la Villa de Itapúa, donde encontramos, anclado en un pequeño puerto al navío en cuestión. Era una goleta de Buenos Aires, cuyo patrón no tuvo ningún inconveniente en aceptarnos como pasajeros después de haber visto nuestros pasaportes.

Había llegado, finalmente, el momento de separarnos del buen anciano. Él aseguró que nos volveríamos a encontrar en Francia, pues –según nos dijo– pensaba retornar a ella antes de morir, no para terminar allá sus días, sino para volver a contemplar los lugares más valiosos para sus recuerdos. Mientras le oíamos expresarse así, cuidábamos mucho de no desalentar en él esa esperanza, pero no pudimos creer que estuviera dotada de algún fundamento.

Efectivamente, Bonpland nunca la realizó, por más que esa ilusión haya perdurado en él hasta los últimos momentos de su vida. Algunos meses antes de su muerte, todavía escribía a uno de sus amigos en París:

"El más vivo deseo de regresar a Francia está muy profundamente impreso en mi corazón, y cuando los diversos trabajos que acabo de narraros, estén bien encaminados, nada me detendrá más aquí y marcharé a ver nuevamente la Malmaison. Pero ese viaje será de corta duración. Allá ofreceré al Gobierno mis colecciones botánicas y mineralógicas para que sean depositadas en el Museo [de Historia Natural de París] y después retornaré al seno de mis plantaciones del [río] Uruguay"[251].

Bonpland tenía ochenta y cuatro años de edad cuando escribía esas líneas, hacia fines de 1857[252]. Falleció, o mejor, se extinguió apaciblemente, en su establecimiento de Santa Ana, cerca del río Uruguay, el 12 de mayo de 1858.

Nuestro viaje por el Paraná se realizó con una maravillosa rapidez en comparación con el tiempo que tardamos en remontar el río Uruguay. Esta vez descendíamos aguas abajo, en un río de rápida corriente y en el que la navegación no está trabada por ningún obstáculo. Cinco días después de habernos embarcado arribamos a Buenos Aires.

[251] Nota original de Juste Jean Étienne Roy: "*extracto de una carta dirigida a M. Demersay*".

[252] De ser exacta esa fecha se trataría de una de las últimas cartas conocidas escritas por Aimé Bonpland, posterior, incluso, a la dirigida a Alexander von Humboldt, que es del 8 de junio de 1857 y habría sido escrita muy poco antes de entrar Bonpland en la etapa de marcada decadencia física y moral. La que puso poco después fin a su vida.

Desdichadamente, durante nuestra ausencia la cuestión [bélica del Río de la Plata] no había adelantado un paso y aún empeorado en algunos aspectos, de modo que la guerra civil continuaba con mayor intensidad en las orillas del gran "*fleuve d'Argent*". La energía de los agentes de la intervención [anglo-francesa] resultaba impotente de cara a la obstinación del general Rosas, quien sabía que el gabinete francés estaba poco dispuesto a declararle la guerra. De esas tribulaciones derivó una desagradable consecuencia que nos afectó personalmente. Cuando presentamos nuestros pasaportes a las autoridades para viajar a Chile, puesto que pensábamos hacerlo cruzando las Pampas, el rechazo fue tajante y, como máxima concesión, se nos dio a entender que actuaríamos en forma muy prudente si abandonáramos de inmediato Buenos Aires.

Tratándose de cualquier otro gobierno habríamos protestado, convencidos como estábamos de nuestra inocencia, incluso demandando explicaciones por el trato que se nos daba; pero ante un déspota caprichoso como Rosas, que tenía tan conocidas formas de satisfacer sus odios, sus venganzas o sus meras sospechas, lo más prudente resultaba callar y huir. Fue así que nos embarcamos en el primer navío que zarpó hacia Europa y dejamos el país.

No fue sin un vivo sentimiento de pena, que me alejé de esas bellas comarcas, encaminadas hacia la anarquía, y a los excesos del despotismo. Pero, después de nuestra partida hemos seguido día a día, los acontecimientos que tuvieron lugar en ese país. Con profundo sentimiento de alegría hemos visto caer a Rosas, derribado por uno de sus antiguos lugartenientes, el general Urquiza. Como consecuencia se liberó Montevideo del acoso y la Confederación Argentina pudo, por fin, respirar libremente y asumir la actitud digna de una gran nación.

"El aprendizaje de la libertad –dice Martín de Moussy, en la notable obra que ya hemos citado– ha costado caro a los pueblos hispano-americanos. Las revoluciones, las guerras civiles se desataron y fueron crudamente experimentadas, pero de esa extensa agitación, surgió una cada día más profunda e imperiosa necesidad general de legalidad, de orden, de paz y de trabajo. Es así que, esa necesidad saludable, ese sentido conservador, nunca han sido mejor comprendidos que en el Plata después de cuarenta años, cuando la iniciativa gloriosa del general Urquiza ha logrado desplazar a la dictadura inepta y sanguinaria de Rosas. En torno a ese hombre eminente se ha agrupado lo mejor de lo que la nación argentina cuenta de esclarecido en el ejército, en la administración, en el foro, en las letras, en la industria, etc. Ha sido de este conjunto humano, unido por una comunidad de sentimientos elevados, inteligentes y devotos por la patria, que ha surgido la nueva organización del país, a la que la constitución de 1853 consagró. Este régimen liberal y reparador, ha reabierto las puertas de la patria a todos los argentinos, sin excepción y ha llamado y acogido

a los extranjeros laboriosos, brindándoles una posición tan independiente y favorecida como la de los propios nacionales.

A eso lo hemos visto con nuestros propios ojos, palpado con nuestras manos a través de nuestras largas visitas a las provincias. Ha sido a través de nuestras relaciones con los habitantes tan amables y hospitalarios que hemos comprobado esa fe profunda en el porvenir de un país que -es posible- un día causará asombro al mundo por el espectáculo de su pujanza y de su prosperidad"[253].

Aimé Bonpland

[253] Nota original de A. de B***: "Martín de Moussy, prefacio de su *Description de la Confédération de La Plata...*".

AGRADECIMIENTOS

A la destacada botánica argentina Alicia Lourteig, que a través de una vieja correspondencia, sostenida en la década de 1970, aportó datos valiosos sobre el tema. Al muy querido y recordado médico, maestro y amigo, José Luis Minoprio, que alentó estas investigaciones y estableció el contacto con Alicia Lourteig, con la que guardaba algo más que una gran amistad y sabemos cuánto le alegraría la mención conjunta con ella. A José A. Amorim, que fuera director del Museo de Farmacología "Juan A. Domínguez", de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires y nos dispensó la más calurosa y fraternal acogida cuando acudimos a ese prestigioso centro a documentarnos para nuestra investigación. A Carlos A. Sánchez, destacado, culto y delicado artista plástico correntino y libreño, es decir, hijo de la misma tierra que vio partir de esta vida Aimé Bonpland y celoso custodio de su memoria. A los amigos Cédric Cerruti y Horacio A. Aguilar que escribieron los generosos prólogos de esta obra. Al intelectual paraguayo Julio César Frutos Coronel, amigo entrañable y autor del prólogo de una obra bonplandiana anterior. A Eduardo G. Ottone por su intercambio permanente y sus contribuciones bonplandianas básicas. A Eric Courthès, entusiasta literato e hispanista autor de una obra roabastiana en su estilo, que perdurará largamente en la literatura acerca de Bonpland. A Carlos Bonpland, tan buen amigo como el resto del distinguido grupo bonplandiano que emprendió en diciembre de 2011, en Encarnación, Paraguay, la iniciativa de crear una asociación que nuclee a quienes recuerdan y admiran a Amado Bonpland, en especial a Diana E. Reyes, a Mabel Álvarez, a Patricia Mariño, a Carlos Roa, a Horacio Bonpland, a Eric Courthès, integrados todos ellos al grupo de correntinos y paraguayos "bonplandianos". A Alfredo Boccia Romañach, con el que trabajamos mucho sobre el tema. También a Antonio Krapovickas, quien fuera director del Instituto de Botánica del Nordeste (IBONE), de Corrientes, por su apoyo bibliográfico y sus más de dos décadas de gratas conversaciones sobre Bonpland, al que admiraba con serena pasión. A la verdadera legión bonplandiana que está surgiendo con multiplicidad geográfica y casi forzándonos para que sigamos trabajando en el tema, a todos ellos gracias por su afecto, su estímulo y por querer poner en marcha la iniciativa de una Fundación Aimé Bonpland, tan necesaria para contrarrestar el olvido y la confusión, en los que la superficialidad y la anticultura (*sensu* Jorge Bosch, 1992) tienden a sepultar a las mejores figuras del pasado, en especial

cuando su reviviscencia carece de finalidad políticas o de ribetes ideológicos. Así podemos nuevamente nombrar a Eric Courthès que ya tuvo un encuentro bonplandiano de primer orden, con una reviviscencia mitad onírica, mitad narrativa de la figura del viejo naturalista; a Carlos Bonpland y familia y a Arturo Freyche, descendientes todos de don Aimé; a Jorge Sánchez, destacado artista plástico correntino y libreño que reconoció y amó las huellas de Bonpland en su tierra natal, Paso de los Libres, e ilustró magníficamente los signos aún vivos del sabio a través de sus creaciones pictóricas. A Patricia Mariño, a Diana Reyes, a Mabel Álvarez, a Mirta Arriaga, a Carlos Roa Bastos, a los amigos bonplandianos de São Borja, de Encarnación (Paraguay), de Asunción (Alfredo Boccia Romañach, Adelina Pusineri y Rubén Capdevilla), de Buenos Aires como Claudio Bertonatti, de Alemania (Álvaro Mones), de Francia (el culto y erudito Cédric Cerruti), a Alberto y Karina Mejuto por su apoyo bibliográfico y a Alfredo Gangi que contribuyeron entusiastas en la búsqueda bibliográfica. También a una larga lista de destacados colaboradores y amigos que prestaron su apoyo y aportaron información o apoyaron también la búsqueda bibliográfica: João Meneghetti, Jorge Vast Salanuove, Washington Luis Pereyra, Roberto Ferrari, Alberto Duarte de Vargas, Nemesio Barreto Monzón, Marta Del Priore y Violeta Antinarelli. Al Rector de la Universidad Nacional de Pilar, Paraguay, don Víctor Ríos Ojeda y a don Ever Villalba Benítez, Decano de la Facultad de Ciencias, Artes y Tecnología de esa casa de altos estudios por haber brindado al primer autor el ámbito de sosiego y libertad necesarios para consumarla.

Anexo N° 1

[Carta de Aimé Bonpland a Dámaso Antonio Larrañaga, fechada en Buenos Aires el 13 de febrero de 1818. La traducción del original francés es de María Isabel Belloni, y ha sido transcripta de Larrañaga, 1923, III: 258-259]

"Señor Doctor:"

"Hace ya varios años que tengo el honor de conocerlo de fama y cada día mi deseo de conocerlo personalmente aumenta. No hace mas que algunos días que supe de una manera positiva su regreso a Montevideo y si no estuviera detenido aquí por ocupaciones que no puedo abandonar sería yo mismo el portador de esta carta. Postergaré pues mi viaje a Montevideo para una época mas alejada si sus negocios no lo traen a Ud. aquí. A pesar del deseo inmenso que tengo de conversar con Ud. y de echar una ojeada en sus hermosas colecciones de plantas, de insectos, de minerales, etc. Estoy muy al corriente de todos sus hermosos trabajos y de su noble afán por las ciencias por el señor Segurola[254] y por don Bartolo Muñoz[255]."

"Desde mi llegada acá recogí algunas plantas; este país, Vd. lo sabe, o por lo menos los alrededores de la ciudad son pobres comparativamente con los de Río. Algunos grados de calor más y un suelo más húmedo influyen considerablemente sobre la diversidad[256] y sobre la fuerza de la vegetación. Vd. señor, que está alejado de la ciudad, Vd. que visitó el Paraná, el Uruguay y sus islas debe haber hecho allá cosecha abundante y que le ofrecen cosas nuevas. ¡Ah si yo pudiera admirar todos los tesoros que Ud. ha recogido y verlos pronto publicar, a fin de que toda Europa haga justicia a sus méritos y a los esfuerzos que Vd. ha hecho por una ciencia tan amable y tan generalmente cultivada por todas las clases de la sociedad!"[257].

[254] Saturnino Segurola (1776-1854). Destacado sacerdote argentino, doctorado en teología en Chile. Fue el primer bibliotecario de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional. Fue él quien propagó la vacunación antivariólica en Chile y en las Provincias Unidas. Desempeñó diversos cargos públicos y eclesiásticos. Tuvo una valiosa biblioteca que legó a la Biblioteca Nacional. La relación de Bonpland con él y con Muñoz revela la amplitud y la calidad del mundo social que trató al llegar al Río de la Plata.

[255] Bartolomé Doroteo Muñoz (¿?-1831). Es una de las nobles figuras de la historia cultural rioplatense devorada por el tiempo que lo relegó a un inmerecido olvido. Fue un culto sacerdote español, radicado en el Plata desde la época del virreinato. Fue un naturalista de vocación y se interesó también por la arqueología. Sus colecciones de historia natural y sus libros formaron parte de las primeras donaciones para formar el Museo Nacional de Buenos Aires, actualmente de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia".

[256] Diversidad: sorprende este concepto, seguramente hijo de la pasión ordenadora del cosmos de Alexander von Humboldt. Se requirió el paso de más de un siglo para que las ciencias biológicas descubrieran la diversidad biótica o biodiversidad como uno de los parámetros fundamentales de la organización armónica (sistémica) del fenómeno vital en escala espacial. Las mentes generalistas y cognitivamente amplias y receptivas intuyen con admirable precisión propiedades que resultan aún inexplicables en su tiempo.

[257] Estas palabras de Bonpland no fueron proféticas: a partir de 1810 el marasmo social e intelectual en que se sumió gran parte

"Al partir de Europa, creí conveniente, siguiendo el consejo de varios amigos de traer libros para acá; seguí sus consejos y traje sobre todo un buen número de libros de Historia natural."

"He colocado algunos de ellos en la biblioteca de este país, pero me quedan todavía. Aunque yo creo que con su viaje al Brasil su biblioteca particular habrá aumentado mucho y la de su ciudad también, le envío una lista de algunas obras y en el número Vd. encontrará ciertamente alguna que Vd. no posee. Esta lista le será remitida por el señor Cavallon, que ha sido invitado por la firma Proguin Meyer y Compañía a presentársela."

"En el caso, pues, de que Vd. determinara quedarse con algunas obras, le prevengo que la mayor parte de ellas podrán sufrir una reducción, es decir: las que sean para Vd. o para la biblioteca. Debo prevenirle también que espero una respuesta de Chile a donde envié una lista muy considerable de las obras que me quedaban para vender y le ruego por consiguiente que dé lo más pronto posible una respuesta al Sr. Cavallon o a mí mismo sobre la elección que Vd. pudiera hacer. Le pido perdón, señor, de hablarle en mi primera de comercio y de Historia natural, pero espero que Ud. me disculpará en razón del motivo que me ha determinado a traeros tantos libros de Historia natural."

"Espero, señor doctor, que Ud. me hará el honor de escribirme y le pido permiso para conversar con Ud. alguna vez."

"Tengo el honor de saludarlo y soy con el más profundo respeto su muy adicto y atento servidor."

"Aimé Bonpland"
"Al señor Dr. Larrañaga"

de América con la independencia y con las luchas civiles ulteriores, devoró a Larrañaga como a tantos otros. Fue político y se alejó de la ciencia. Cuando quiso retornar ya era tarde. Su obra no pudo publicarse sino muy fragmentariamente. Se editaron en Montevideo cuatro grandes tomos con la compilación de su obra (uno de ellos es un Atlas) con láminas pintadas por el propio Larrañaga.

Anexo N° 2

[Carta de Aimé Bonpland a Dámaso Antonio Larrañaga, fechada en Buenos Aires el 2 de abril de 1818. La traducción del original francés es de María Isabel Belloni, y ha sido transcripta de Larrañaga, 1923, III: 263-266]

"Buenos Aires, 2 de abril de 1818"

"Señor:"

"Con placer inmenso leí la carta interesante que Vd. me hizo el honor de enviarme, le ruego acepte mi agradecimiento muy sincero y crea que me será agradable mantener con Vd. una correspondencia activa; yo soy mas interesado que Vd. en ello, es cierto, pues Vd. [es] más versado que yo en la Historia Natural de este país y yo encontraré en su correspondencia una multitud de cosas interesantes y nuevas."

"Ya habría tenido el honor de escribirle; si no lo hice antes fue porque estuve bastante seriamente enfermo; pero ahora estoy un poco mejor y voy a volver a emprender el curso de mis trabajos."

"La perseverancia que Vd. ha tenido, señor en estudiar solo diversas partes de la Historia natural, es verdaderamente admirable y estoy impaciente por hacer conocer su nombre y sus trabajos al mundo de los sabios dedicándole un hermoso género de plantas, pero es necesario que sea bien destacado y sobre todo que sea un hermoso árbol."

"Estoy realmente apenado por los daños espantosos que Vd. encontró en sus colecciones, de plantas, de insectos, y de aves, a su regreso de Río. Es una gran pérdida, pues hay muchos objetos que Vd. no volverá a encontrar. Yo traje aquí un herbario de más de 20.000 plantas bien determinadas, una colección preciosa de conchillas y una colección de mineralogía muy interesante, pues que contenía toda la mineralogía de mi viaje con Humboldt y todo lo que yo me había procurado en ese género desde mi regreso a Francia hasta la época de mi partida. Yo me había hecho una dulce ilusión, yo creí que esas colecciones preciosas por su elección y por la manera con que estaban determinados los objetos serviría, por decirlo así, de base, en esta, para un establecimiento de instrucción pública y veo con dolor, que el estado de guerra continuado obliga a olvidar la ciencia. Resulta de ello que todas mis colecciones están todavía embaladas y que no he podido gozar de ellas desde mi llegada a esta. Estoy buscando una casa en la ciudad y en cuanto haya encontrado una abriré en ella mis cajones y dispondré todas mis

colecciones a fin de poder gozar de ellas y de mostrárselas cuando sus negocios lo llamen a esta. Tendría mucho gusto en saber que sus ocupaciones principales le permiten entregarse durante algunas horas por día al arreglo de sus colecciones. El dominio de la Historia natural es tan vasto hoy día que es imposible sin tener cerca de uno grandes colecciones y bien determinadas. Al venir a esta parte de América tenía por objeto enviar desde aquí manuscritos a Europa y empezar a publicar la Historia natural de este país, hasta tengo amigos en París que deben encargarse de seguir las láminas y la impresión de todo lo que yo enviaría; pero hasta ahora no les he remitido nada ni les remitiré nada hasta haberlo visto a Vd. y saber positivamente por Vd. cuáles son sus intenciones sobre el particular. Yo sabría con desesperación, que publicaba sin su asentimiento trabajos a lo que Vd. tiene mil veces más derecho que yo y que por lo demás considero de su propiedad."

"Le ruego, señor, se sirva disculpar una carta tan larga y permitirme que le reitere todos los deseos que tengo de sostener con Vd. una correspondencia seguida; acepte las seguridades de mi profundo respeto con el que tengo el honor de ser de Vd. muy atento y seguro servidor."

"Bonpland"

Anexo N° 3

[Carta de Aimé Bonpland a Dámaso Antonio Larrañaga, fechada en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1818. La traducción del original francés es de María Isabel Belloni, y ha sido transcripta de Larrañaga, 1923, III: 272-275]

"Buenos Aires, 15 de septiembre de 1818".
Al señor Dr. Larrañaga.
Señor:

Solo en los últimos días de julio puede, a fuerza de diligencias, encontrar el gran paquete que Vd. me ha enviado el 25 de mayo pasado. Pocos días después tuve el honor de contestar con una larga carta a sus interesantes trabajos; pero ella quedó muchos días entre mis manos por carecer de ocasiones seguras. Desde ese tiempo eché mano a la pluma, muchas veces, y nunca pude hacer partir mi carta; hoy vuelvo a empezar y espero tener más suerte. Voy a aprovechar de la amabilidad del señor Capitán Abadie que quiere encargarse de mi carta.

Vd. me elogia, señor, pero yo merezco poco esos elogios. Nuestro viaje nos ha dado cierta reputación; pero nosotros podríamos haber hecho mucho más de lo que hicimos. Para ello hubiera sido necesario que Humboldt y yo nos hubiésemos establecido en París, que allí, como en América hubiéramos estado siempre juntos, trabajando de acuerdo, y que todos nuestros trabajos tuvieran por objeto la publicación de nuestros manuscritos. Muy lejos de ello, apenas llegamos a Europa nos separamos, en fin, él en Alemania se ha ocupado de política y yo en Francia acepté el puesto de Intendente de los Dominios de la Emperatriz Josefina y allí perdí mucho tiempo para las ciencias. Por esta pequeña reseña Vd. adivinará fácilmente cuáles fueron las razones que determinaron mi viaje a La Plata, donde me encuentro desde hace 18 meses y donde el desgraciado estado político de su país ha contrariado y suspendido todos mis proyectos.

Estoy profundamente admirado de todos sus trabajos; son inmensos. Exceden, me atrevo a afirmar, a toda idea exagerada que pudiera haberse concebido; es increíble que Vd. solo, en el país, entregado al estudio de la historia natural, sin guía, sin libros, haya podido Vd. reunir tantos objetos diferentes y clasificarlos como lo ha hecho. ¡Qué pena señor Doctor si Vd. hubiese perdido sus colecciones durante su estada en Río! ¡Cuánto tiempo y cuántas molestias perdidas, que largo y qué costoso sería volver a reunir todos los seres que componen sus

interesantes cuadros! Sáqueme Vd. de la inquietud, se lo pido ¿se han perdido todas sus colecciones? ¿Se verá Vd. en la necesidad de volver a empezar un trabajo práctico tan largo, tan desagradable y que no se armoniza en absoluto con las graves ocupaciones de su puesto importante?. Tenemos necesidad, gran necesidad de paz y de tranquilidad; pero, ¿podemos empezar a obtenerlas? Ignoro cómo vislumbra Vd. el porvenir en Montevideo, en cuanto a mí aquí no me puedo prever cuánto podremos entregarnos sin tropiezos, a nuestras ocupaciones predilectas, al estudio de la Historia natural! Sin embargo, que lindo sería hacer conocer a la Europa erudita sus inmensos trabajos y todo lo que estas regiones contienen en todas las ramas de la Historia Natural. Vd. se ha enterado tal vez de la muerte del célebre Dr. Tadeo Hancke: pero lo que Vd. quizá no sepa es que yo tendré probablemente su puesto; es una de las ideas que *me lisonjea más.* Si el gobierno me da pues ese puesto cuento empezar de inmediato las excursiones al interior del país. Primeramente había puesto mis miras sobre Corrientes y el Paraguay, pero hoy, la ejecución de ese proyecto requiere reflexiones y yo me entendería para ello con el Director supremo si me da la comisión que espero. Tengo cada día más ganas de ir a Montevideo para verle a Vd. ahí, para conocerlo personalmente, para admirar todos sus trabajos y en fin para que me guíe Vd. en las excursiones que me propongo hacer y en los trabajos que debo emprender. Mis intenciones serían de hacer grandes colecciones, de ampliarlas lo más posible, y reunirlas para formarles aquí un gabinete de Historia Natural que serviría para la instrucción pública y para la publicación de la Historia Natural de las Provincias Unidas. Estoy ya muy dispuesto a empezar con la flora aunque poco rica que veo, en plantas indígenas, sin embargo tengo ya bastantes de ellas para formar algunos cuadernos interesantes, pero en todo caso no haré nada sin consultarlo.

El Señor Abadie me dijo, si le entendí bien, que Vd. tenía huesos del gran esqueleto hallado en Luxán y que yo vi en el Museo de Madrid. Si realmente Vd. tuviera esos huesos yo sería del parecer que Vd. lo conservara para el país. Vd. podría hacer un dibujo reducido y enviarlo a Europa y le estarían muy agradecidos de ese obsequio. Cuvier es el único hombre a quien eso conviene y tal vez fuera lo mejor dirigir los dibujos al Ministro del Interior, para el Museo de Historia Natural, o directamente al Museo y escribir a Cuvier en cualquiera de los dos casos. Perdone, le ruego, mis sugerimientos al respecto, y tenga la convicción de que lo hago en su interés y en el de su país.

¡Volvamos a sus cuadros tan eruditos y tan interesantes! Cada vez que los miro, y eso me sucede a menudo, mi admiración aumenta y creo que Vd. haría una

cosa útil para su gloria científica en hacerlo publicar en Europa. Si Vd. fuera de ese parecer y deseara que yo le indique la marcha que me parece más conveniente seguir, yo lo haría con tanto gusto como solicitud.

La Historia Natural es un campo muy vasto que hay que explorar, todo el mundo puede trabajar en él y quedará siempre algo por hacer. Después de mi llegada aquí me he ocupado, sobre todo, de Botánica y Anatomía comparada. He recogido pocos insectos y no he descrito más que un pequeño número de animales.

Ocupado con mil cosas diversas, no he proseguido con toda la actividad de que soy capaz de mis ocupaciones principales y en cuanto se resuelva la decisión que espero del Gobierno, sobre el puesto de Hancke, volveré a emprender mis tareas con más actividad. ¡Ah si supiésemos, señor Doctor, reunir nuestros trabajos y empezar enseguida la Historia Natural de estos países! Ella es esperada en Europa y creo poder asegurar que será allá bien acogida.

El deseo de no perder también la ocasión del señor Abadie, me obliga a terminar mi carta y le ruego acepte las seguridades de todo mi respeto y toda mi admiración y soy de Vd. con mayor sinceridad.

Su affo. servidor Q.B.S.M

Bonpland

P. S.: Escribo al Director de Jardín Botánico de Toulon que se llama Mr. Rober, que conocí allí hace unos 5 años y que quizá en consecuencia de la recomendación que le hice de él al Médico de la Marina en París, ha sido designado para ese puesto a la muerte del antiguo profesor Mr. Martin, el señor Robert ha tenido la complacencia de escribirme por intermedio del Sr. Abadie, y de enviarme el Catálogo del Jardín de Toulon y de ofrecerme que me hará envíos de semillas y de plantas. Hago para el señor Robert en este momento, un envío de semillas de plantas indígenas y le pido varias semillas y plantas útiles para el país. ¿Cuándo podremos nosotros, señor doctor, tener también nuestro Jardín Botánico y cultivar una multitud de plantas útiles para el país? Es preciso, me parece, empezar por hacer un Gabinete de Historia Natural y el resto vendrá con la tranquilidad y la paz de estos países. Me gustaría saber si Vd. tiene otras plantas además de las que me mencionó procedentes de las semillas que yo había enviado al señor Fed. Capdevill[258].

[258] El P. Larrañaga agregó en el pliego de la carta, y al pie de la misma, el siguiente comentario: "*30 de septiembre la recibí y escribí al Sr. Robert remitiéndole algunas semillas*".

Anexo N° 4

Expresiones de A. Demersay acerca de su contacto con Aimé Bonpland en 1844 en su encuentro en São Borja**.** En la primera guardia paraguaya del Río Paraguay (transcripto y traducido de la obra de Paolo Mantegazza, 1858)

Dejando las aguas del Paraná para adentrarse en las del Paraguay, el escenario natural pierde en grandeza pero se acrecienta en cuanto a gracia y color. Al mismo tiempo que navegaba, me daba cuenta que entraba a un país de esclavos, y yo, que tuve la fortuna de visitar aquella extrañísima república y de poder salir de ella, propongo que en la entrada del río se inscriba el verso de Dante: *Guarda com'entri e di cui tu ti fide*[259].

Ni bien hubimos anclado ante las puertas de la China americana se vio desprender de la costa del Chaco una canoa larga y ágil como una víbora, que se desplazaba con extraordinaria velocidad mediante los movimientos acompasados de sus seis u ocho remos, tallados en forma de lanza.

Los motores de esta frágil embarcación son hombres delgados, morenos y con un rostro impasible. Visten blusa de color escarlata, pantalón blanco y van descalzos. El oficial que los encabeza no se distingue de los demás sino por el hecho de no portar remo en sus manos. También él parece detestar el calzado o no conocerlo.

Esta singular diputación sube a bordo, visita el bastimento, interroga, indaga y exige el inventario del cargamento y el nombre y apellido de todos los pasajeros. Si viajáis en una embarcación paraguaya podéis estar seguros que junto a vuestro nombre va adjunto un esbozo de vuestro carácter y una reseña del propósito que os lleva a visitar el sacro territorio de la mandioca.

[259] Dante Alighieri: *Comedia. Infierno,* canto V, versículo 19, traducción de Ángel Crespo: esa fue la advertencia proferida por Minos al llegar Dante al segundo círculo infernal: "*Ve como entras y en quién tu alma confía*".

Anexo N° 5

[En la Primera Guardia paraguaya del Río Paraguay (transcripto de la obra de Ildefonso Bermejo, 1973: 57)]

No quiero detenerme en narrar y describir lo que es allí la naturaleza, que es mi ánimo pasar por estos encantos para poner a mis lectores con brevedad en el campo de los hechos.

Hacía ya dos horas que habíamos entrado en las rojas aguas del Paraguay, y una fortaleza coronada de cañones, que repentinamente descubrí, nos demostró que nos hallábamos en *Tres Bocas*, y que las márgenes izquierda y derecha eran el territorio paraguayo. Un cañonazo disparado por aquel fuerte intimó al vapor para que detuviera su marcha, y poco tiempo después se acercó al buque un bote con soldados que subieron a bordo. Todos los individuos del vapor fueron convocados para subir a cubierta, y el oficial que venía con aquellos soldados, después de contar escrupulosamente los pasajeros, pidió a cada uno su pasaporte, y los examinó con gran detención, y nos miró a la cara por ver si estaban conformes a las señas del documento con la fisonomía de la persona que le llevaba. Terminada esta tarea, siguió otra no menos ridícula y molesta; el oficial tomó razón muy menuda de la cantidad de dinero que cada uno introducía. Los pasajeros deben presentar a los guardias paraguayos las onzas de oro que lleven y las apuntan para que al retirarse del país no puedan extraer mayor cantidad que la que han introducido. Comprendí que en esta República no está muy acariciado el sistema del libre-cambio.

Anexo N° 6

[En la guardia de las Tres Bocas (transcripto de la obra de Héctor F. Varela, 1934: 174-175)]

A las doce de la noche llegamos a las *Tres Bocas*. Inmediatamente vino, de la costa oriental del río, una canoa.

La tripulaban tres soldados y un oficial. Vestían los primeros, pantalón blanco, chaquetilla azul con vivo punzó, y unos enormes sombreros de cuero en los que estaban pintados los colores de la bandera paraguaya, en forma de una franja de tres dedos que circundaban la copa.

Los defensores de la Patria de Carlos Antonio López venían descalzos.

Una grosera espada, un pequeño galón en la manga y un par de burdos zapatos, era lo único que distinguía al oficial de la tropa.

Aquella era la primera autoridad paraguaya que debíamos encontrar, al penetrar *a la antigua Provincia del Virreinato*.

Lo primero que el oficial pidió, fue la lista de los pasajeros.

Entonces empezó a dirigirnos a todos indistintamente, multitud de preguntas.

- ¿De dónde viene?
- ¿A qué viene?
- ¿Se va a quedar mucho?
- ¿Va a negociar?
- ¿Son de las provincias de abajo?
- ¿Acatan al Supremo?
- ¿Traen muchos pesos?

Cada cual respondió, según su inspiración del momento.

A mi turno, yo quise hacer algunas preguntas al oficial.

Todas me las contestaba con la misma frase: *no sé*; *así será*.

El señor Gutiérrez les ofreció vino: nada quisieron tomar.

A la una de la mañana se fueron, quedando uno a bordo, dándonos el oficial, al partir, la orden de no movernos de allí hasta la madrugada.

*Los párrafos en letra bastardilla están así en el original.

Anexo N° 7

[Fragmento del Diario de Rómulo Yegros, que narra su navegación por el río Paraguay, desde la villa de Pilar hasta la ciudad de Corrientes, en el mes de junio de 1853, acompañando al entonces General Francisco Solano López, quien marchaba a Europa a cumplir la función diplomática encomendada por su padre ante los gobiernos de ese continente. Habían salido de la ciudad de Asunción el 12 de junio de 1853. Fue publicado parcialmente por el diario Patria de Asunción en 1920-1921 (El documento original está en manos de Ricardo Scavone Yegros, bisnieto del protagonista. Información y provisión del texto: gentileza de Don Alberto Duarte de Vargas)].

Junio de 1853

Día 15. Miércoles: amaneció hermoso y con el viento al norte; a las cinco de la mañana seguimos la navegación. A las 11 llegamos al puerto de la villa del Pilar, en donde estaban los señores: el sargento mayor de infantería, ciudadano Pantaleón Balmaceda, comandante de dicha villa, el Juez de Paz y otros hombres particulares, quienes recibieron al señor general con mucha alegría. Se desembarcó con su hermano, el secretario don Benigno [López], el doctor Gelli [=Gelly] y todos de su comitiva a pasar el día en la casa de gobierno, en donde recibió muchos oficiales, hombres particulares y señoras que fueron a saludarlo. En esta villa pasamos la noche.

Día 16. Jueves: amaneció hermoso; y a las 10 de la mañana nos embarcamos y nos acompañó hasta el puerto, el comandante de la villa con todos sus oficiales y otros hombres particulares; y seguimos la navegación. A las cinco de la tarde bajó en un bote de la sumaca el señor general con su secretario, dos ayudantes, un alférez y los dos criados, a desembarcarse en la guardia Piris, que está en un riacho distante del canal del río principal como dos leguas; y llegamos a las 6 de la noche, en donde estuvieron diez oficiales del campamento esperándolo con caballos ensillados. La sumaca sigue hasta las Tres Bocas, en donde está la escuadra nacional a esperarnos, montamos a caballo y llegamos al campamento en un galope distante de una legua, poco más o menos, a las 7 de la tarde, en donde se reunieron todos los oficiales que no estuvieron de fatiga a saludar al señor general después de haberse retirado al jefe de Estado Mayor General del Ejército, quien lo recibió en el Cuartel General. Encontramos a todos los del

ejército con mucha alegría y muy contentos por haber llegado el señor ministro al campamento, a pasar la noche.

Día 17. Viernes: amaneció hermoso; y desde las seis de la mañana volvieron los comandantes de cuerpos con oficiales separados, cada uno a recibir del señor general las últimas órdenes; y a las 10 de la mañana el señor ministro salió con su comitiva acompañado del jefe de Estado Mayor, comandantes de cuerpos y como treinta y tantos oficiales hasta la guardia de ribera que está en el mismo Paso de la Patria en el Paraná y también el capellán del ejército, el presbítero don José Ramón González y el cirujano don Francisco Ignacio Ortellado. Nos embarcamos en un bote de guerra y once canoas y nos acompañó hasta la escuadra el dicho capellán y como dieciséis oficiales. Y a las 12 del día llegamos donde estaba la sumaca nuestra, nos transbordamos en ella y pasaron a bordo de ésta el jefe de la escuadra con todos sus oficiales, a saludar al señor general. A las 2 de la tarde regresaron al campamento el capellán y los demás oficiales, quedando dos de ellos para acompañarnos hasta la ciudad de Corrientes, a las 4 llegó un correntino con cuatro peones en un bote, que arriba a la isla del Chaco en su obraje, y quedamos a pasar la noche.

Día 18. Sábado: amaneció una cerrazón muy grande con viento del sur fuerte; A las 11 de la mañana seguimos la navegación y ordenó al jefe de la escuadra, el señor general, para que el alférez, ciudadano Exequiel Robles para acompañarnos con siete soldados hasta la ciudad de Corrientes, llevando una canoa para su regreso, lo que efectuó al momento mismo que recibió la orden y dispuso también que salieran todos los buques de la escuadra a hacer ejercicio y salieran a la par con la sumaca nuestra. A las 12 salimos barra afuera del río Paraguay al Paraná, el viento estaba causando muchas marejadas, que a causa de eso se separaron todos los buques, no pudieron seguir más la navegación a la par, que en el acto de nuestra salida daba gusto verlas a todas ellas llevar una misma carrera, en el dicho río Paraguay. A las 4 de la tarde, viendo el señor ministro que nuestro buque ha tomado la delantera de los demás, hizo fondear en la punta del banco llamado isla Caigüé, en donde se reunieron todos los demás buques de dicha escuadra. Allí ordenó el comandante de ella para volver a ocupar su puesto, que es el de las Tres Bocas, despachando al mismo tiempo al alférez Robles con su tripulación en comisión al campamento General de Paso de Patria, alzaron las velas y se puso la capitana delante de los seis buques de guerra llevando el viento en popa y nosotros seguimos nuestro destino que era hora de las 5, dio vuelta la sumaca por la punta de dicha isla Caigüé y siendo que el viento arreciaba más,

volvimos a fondearlos, en donde pasamos la noche con mucha felicidad.

Día 19. Domingo: amaneció con más fuerza el viento y la garúa, que para nosotros era imposible seguir el viaje.

Día 20. Lunes: amaneció nublado; y a las 8 de la mañana el oficial Robles estuvo de regreso del campamento con mucha felicidad, a las 8 ½ seguimos la navegación ya que el viento ha aflojado, a las 12 ¼ pasamos por la altura de la isla del Atajo y a esa misma hora divisamos una embarcación de vela que arriba[ba por] el río Paraná y, considerando ser la [goleta] *América del Sur*, despachó el señor general al teniente ciudadano Domingo Sebriano con siete soldados en un bote, a averiguar en dicho buque si su hermano el capitán ciudadano don Venancio no viene de pasajero en bordo de la goleta; y a la 1 de la tarde volvió el oficial trayendo la respuesta del comandante del buque, diciendo que cuando él había salido de Buenos Aires ni se había cargado dicha goleta *América del Sud* y que los tiros de cañón que se había dado en Corrientes era un saludo que ha hecho el buque brasileño que arriba hasta el Paraguay. A las 3 llegamos en el puerto de Corrientes, nos fondeamos enfrente de la capitanía y al momento mismo se vino a bordo de nuestro buque el dependiente del capitán y el 2° comandante del patacho de guerra brasileño, conociendo también al nuestro ser de guerra. Saludaron al señor ministro con el respecto debido y haciéndole muchas ofertas los dos señores de parte de quienes dependían, el señor ministro contestó que agradecía en sumo grado a cuyos señor[es], ofreciéndoles en iguales términos. A las 7 de la noche bajó a la ciudad el señor general acompañado de su secretario y el comandante Barrios y volvieron a las 9; y a bordo pasamos la noche con mucha felicidad.

Anexo N° 8

[La Villa del Pilar en 1853 (transcripto y traducido de la obra de Charles B. Mansfield, 1856: 312-313)]

[El autor y sus guías paraguayos, venían cruzando a caballo desde el Campamento de Paso patria y encuentran ante ellos un llano abierto antes de llegar a la Villa de Pilar]

17 de noviembre [de 1853]

Al arribar al otro lado de la pradera alcanzamos la Villa de Pilar (como ésta se llama, en homenaje a una Santa), antiguamente denominada Ñeembucú, donde nos presentamos ante el Comandante (el único personaje desagradable que he visto en el Paraguay), pidiendo permiso para entrar y buscar alojamiento, al que obtuvimos en una pequeña casa o habitación, una más en una hilera, con un corredor [frontal] a lo largo, enfrentando, a través de un pradito, con la iglesia que está al otro lado. La iglesia es limpia, de construcción baja, con un extenso techado inclinado y con corredores de cada lado, teniendo, erigida muy cerca, a modo de campanario, una bien construida torre de madera que tiene la apariencia de un andamio, de cerca de quince o diez y seis pies de altura. Pilar es la más linda pequeña villa que yo nunca haya visto. Las calles se cruzan unas con otras en ángulo recto, formando manzanas regulares ocupadas por las casas, cada calle es un bello pradito, sin una piedra y escasamente se ve transitada por el paso de algún carruaje. Está bellamente situada en la ribera del río Paraguay, cuyo curso visible desde aquí está muy estrechado por una extensa isla cubierta de árboles. Las casas, o mejor casitas, pues ninguna tiene construcción de altos, son prolijas y limpias. Apenas si tuve tiempo para refrescarme con un baño en el cercano Ñeembucú, cuando una tormenta con truenos y una fuerte lluvia nos alcanzó, pero felizmente pudimos escapar de ella.

Anexo N° 9

[Fragmentos de las "Memorias" de Pedro Ferré (1921: 124-125) referidos a la presencia de Bonpland en un enclave crítico y con algún grado de protagonismo aún mal deslindado pero de alta significación, en ocasión del apoyo brindado –o, al menos, requerido– por parte de la escuadra francesa a la expedición libertadora del general Juan Galo de Lavalle en 1839]

"El 19 del mismo mes [de mayo de 1839] supo Lavalle de mi regreso a Corrientes, y dirigió una comunicación al comandante Penaud, por conducto de Carril, concebida en los términos siguientes: "Dígame usted si está dispuesto a pasar a mi ejército al otro lado del Paraná, pues estoy seguro de volcar a Rozas. Éste es mi único compromiso: con Corrientes no tengo ninguno; he pedido al gobierno el cuerpo de reserva, y estoy cierto que no me lo mandará. Volcado Rozas haré rendir a Echagüe en el Entre Ríos con una triste esquela. Éste ahora quedará entretenido con los enemigos que le quedan". Recibió el comandante Penaud esta comunicación, y no atreviéndose a resolver el particular (sin duda por la prevención que yo le había hecho) la mandó al almirante Dupotet pidiéndole órdenes a ese respecto. Llegó a manos del almirante en circunstancias que el señor don Amado Bonpland se hallaba con él en la cámara de su buque. Este anciano jefe [Dupotet] al imponerse de la comunicación de Lavalle al señor Penaud, se exaltó tanto que dijo: "*... hace tiempo que he escrito a mi gobierno que es preciso abandonar esta cuestión, porque entre estos hombres se ven infamias de todo género, entre unos y otros. De ninguno tengo más lástima, si llega ese caso, que del gobernador de Corrientes* [Pedro Ferré], *porque creo que es el único que obra de buena fe. Lea usted esta carta de Lavalle (pasándosela al señor Bonpland), y se convencerá de lo que le digo. Usted de haber leído la Gazeta de antes de ayer, una carta del general Ramírez al señor Rivera en que le dice, que habiendo recibido orden de su gobierno para marchar con su división a las órdenes del general Lavalle, se dirigía al Paraná; y usted vea lo que dice Lavalle a ese respecto, y que no tiene compromiso ninguno con el gobierno de Corrientes, de quien depende*". De todo esto he sido impuesto por el señor Bonpland, como también de que en aquel momento contestó el almirante [Dupotet] en estos términos: *De ningún modo consentirá usted que el ejército libertador pase el Paraná, sin consentimiento expreso del gobierno de Corrientes, de quien depende que el general* [Lavalle] *y su ejército, a menos que llegue el caso desgraciado de una derrota...*".

El texto transcripto revela la estrechez de la relación de Ferré con Bonpland, a

la par que los niveles en los que se desenvolvía este último en cumplimiento de misiones secretas vitales para el desarrollo de la guerra que se libraba contra la tiranía de Juan Manuel de Rosas. Por eso, se ha dicho previamente en el texto de este estudio, qué importante sería el conocimiento de las relaciones de Ferré con Bonpland en los años que compartieron en San Borja. Como a todo lo que tiene que ver con sus actividades secretas, Bonpland lo deja en el más completo silencio. ¿Por qué estaba Bonpland en la propia nave del almirante de la flota francesa y compartía tan delicada información con ambos protagonistas: Dupotet y Ferré? ¿Jugaba, acaso un papel de importancia estratégico-política en el curso de los hechos históricos vinculados con el bloqueo francés? Posiblemente, desde esa ubicación, Bonpland pudo asistir de cerca a la defección paulatina del apoyo francés con el cual contaba Lavalle en su infortunada campaña en la provincia de Buenos Aires. El propio nombramiento de Dupotet había sido fruto de maniobras para apartar a su predecesor, Leblanc, mucho más afecto a la causa antirrosista. "*De este modo se hacen sentir las presiones inglesas sobre el gobierno francés*", escribe Patricia Pasquali (1996: 311). Todo eso culminaría con la firma del tratado Mackau-Arana, en octubre de 1839, por el que Francia abandonó a sus aliados. El propio Dupotet se retiró del Río de la Plata, después de una escandalosa reunión con el ministro porteño Arana (Cady, 1943: 92) y sospechado de parcialidad hacia Rosas. Además, lo hizo con una carta afectuosa y un regalo de la hija del tirano (Fraboschi, 1951: 177). Es de suponer el disgusto y la decepción de Bonpland ante esa culminación inesperada de los sucesos de la intervención francesa en el Río de la Plata. ¡Pero guardó siempre al respecto el más absoluto silencio![260]

[260] Además, se sumaban a la defección francesa las insalvables y enconadas disensiones entre los protagonistas rioplatenses: Rivera, Ferré, Paz y Lavalle, que contribuyeron al desastre final y a retardar una década la caída del régimen rosista. Es posible que Bonpland contemplara estos hecho con la dolorida cruda percepción de un testigo lúcido.

Anexo N° 10

[Carta de Aimé Bonpland a Alexander von Humboldt, de fecha 7 de junio de 1857. Ha sido tomada y traducida de Hamy (1906: 212-216)]

Corrientes, 7 de junio de 1857

Mi muy ilustre amigo:

Esperaba una ocasión favorable para poder escribirte aprovechando la mediación del señor von Gülich, pero esa oportunidad no se produjo como lo esperaba, así que hoy te escribo directamente.

Ayer por la noche, fui agradablemente sorprendido por [la visita] de M. Jules Fischer, alemán: se trata de un hombre joven, que arribado desde el Paraguay, me ha traído una tarjeta de visita del señor von Gülich[261] en señal de recomendación; el Sr. Fischer va a continuar su descenso [del curso fluvial] y retornará a su patria. Como él debe pasar por Berlín, y como además está ciertamente deseoso de conocerte personalmente, le encargo la presente.

Entre los numerosos motivos que tú tendrás para ver a uno de tus compatriotas que ha viajado por América, estoy seguro que te será grato conversar acerca del Paraguay y dialogar con un individuo que me ha visto durante algunas semanas. ¡Por mi parte, cuán feliz sería yo, mi caro Humboldt, si pudiera conversar con alguien que te haya visto recientemente, cuántas preguntas le haría, acerca tuyo, sobre tu existencia, sobre el estado de tu salud que supongo debe de ser siempre buena! Muy recientemente, mi ilustre amigo, acaba de fallecer en esta provincia un hombre que alcanzó la edad de ciento y un años, ¡qué perspectiva para nosotros que ya hemos sobrepasado nuestro octogésimo año!.

En el próximo mes de agosto, el día 28, yo completaré mi octogésimo cuarto año de vida, y yo soy tres años más joven que tú. Ambos gozamos de buena salud y no pensamos en dejar este mundo por más que ambos experimentamos

[261] Se trata de Hermann Herbert Friedrich von Gülich, que era Encargado de Negocios del Rey de Prusia en Chile, que fue designado en misión similar para el área del Río de la Plata, llegando en 1856 al Paraguay como primer funcionario diplomático oficial prusiano (Schmitt, 1990: 215), pero sólo estuvo 17 días en Asunción, regresando nuevamente, esta vez como Encargado de Negocios de Prusia ante la República del Paraguay el 3 de febrero de 1858, por eso fue la inútil espera de Bonpland para mandar por su intermedio la correspondencia a Humboldt. Von Gülich fue un hombre culto y de espíritu amplio y curioso, que se interesó fuertemente por el Paraguay. Al alejarse definitivamente del país, en 1862, había recorrido el interior y dejó en una carta al ministro de Relaciones Exteriores paraguayo, José Berges, enviada desde Montevideo, el 3 de marzo de 1863, un testimonio de su afecto al Paraguay: "*Cuando estuve por última vez en mi patria en 1858, conocía el Paraguay solamente por la breve estadía de 17 días en el año 1856. Sin embargo esta breve permanencia fue suficiente para hacer despertar en mí el vivo deseo de estudiar con más minuciosidad este interesante país. Si regreso ahora a mi patria, llevo conmigo valiosos pormenores de esta República que obtuve durante mis largas estadías en 1860, 1861 y 1862*" (Schmitt, 1990: 219).

en él pérdidas e injusticias. El señor Jules Fischer me ha encontrado aquí en el local destinado al Museo de Corrientes. Debido a eso, me ha complacido poder mostrarle mis colecciones y en especial mi herbario. Me estoy ocupando de intercalar todos los duplicados que tengo recogidos en el curso de tantos años. He determinado mis plantas con la ayuda de muy pocas obras: los antiguos libros que tanto nos sirvieron en el curso de tu viaje; el Genera plantarum de Jussieu y el de Schreber; además el Species plantarum de M. Willdenow, que yo traje de París, y finalmente con el Genera plantarum de M. Endliger[262] y los once primeros volúmenes del Prodromus de nuestro viejo amigo M. de Candolle[263]. Te será fácil comprender cómo me resulta difícil con esas pocas obras poder satisfacer mis necesidades. Pero en este momento me siento con redoblado ánimo por la esperanza que abrigo de entrar en relación directa y asidua con la universidad prusiana de Greifswalde y tengo la dulce esperanza de poder enriquecer a Prusia con productos vegetales y minerales de esta parte de América.

[262] Endliger (sic): así, con ortografía fonética, se refiere Bonpland a Stephan Ladislaus Endlicher (1804-1849). Se trata de un botánico austríaco, nacido en Presburg, actual Hungría, que adquirió renombre por su esquema clasificatorio de las plantas, que aparece en su obra *Genera plantarum secundum Ordines Naturales disposita*, publicada entre 1836 y 1841, y escrita durante el análisis de una enorme colección de 30 especímenes vegetales que adquirió con sus propios recursos para el Museo de Historia Natural de Viena. Es otra de las obras que contribuyeron a actualizar el panorama botánico de Bonpland. Participó con Carl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868) de la gigantesca *Flora Brasiliensis*, iniciada en 1840 a la que Bonpland nunca se refiere. Tampoco alude a la obra en tres volúmenes *Genera et Species Plantarum Brasiliensis* (1823-1832), también de Martius.

[263] Augustin Pyrame de Candolle (1778-1841). Botánico suizo, nacido en Génève, que tuvo un destacado papel en la creación del sistema moderno de clasificación de las plantas con flores (Angiospermas). Desde 1796 se radicó en París. Entre 1808 y 1816 fue profesor de botánica en la famosa universidad de Montpellier, regresando después a su ciudad natal. Su más famosa obra es la que refiere Bonpland, el *Prodromus systematis naturalis regni vegetabilis*, publicado en numerosos volúmenes entre 1824 y 1873. De ellos sólo siete aparecieron en vida del autor. La compulsa de las fechas de edición demuestra que al menos en relación con este texto fundamental, Bonpland se actualizó permanentemente.

Anexo N° 11

[Un intento fallido del viajero belga A. Baguet de visitar a Bonpland en San Borja; algunas opiniones acerca de él y la impresión general de la San Borja que habitaba Bonpland en 1845. Traducido del portugués, de la obra de Baguet (1997: 74-77)]

El 22 de octubre [de 1845] llegamos a San Francisco de Borja, en el límite del territorio brasileño.

Esta villa está situada a aproximadamente 36 leguas de Alegrete, en la margen izquierda del río Uruguay, a dos leguas de la costa del mismo. Antaño fue un establecimiento indígena o *pueblo* de las Misiones, fundado por los jesuitas en 1690[264] y cuya población era, en la época, de 1.300 habitantes. Esta villa formaba parte de las siete misiones llamadas por los jesuitas Reducciones, cuyos nombres son San Miguel, San Juan, San Lorenzo, San Angelo, San Luis y San Francisco de Borja. San Miguel era la capital de estas siete reducciones, que totalizaban una población de 14.000 indígenas.

El comandante [de las tropas brasileñas] nos alojó en el antiguo colegio de los jesuitas, vasta construcción enteramente rodeada de galerías, pero amenazada con caer en la ruina. En el jardín, donde otrora había una linda alameda de centenares de metros de largo, estaba plantado con magníficos naranjales, en los que los padres jesuitas venían a reposar reparados del ardor del sol. La mayoría de esos árboles fueron abatidos para hacer de ellos leña.

La guarnición del puesto estaba en su mayoría compuesta por indígenas que sólo hablaban en guaraní.

En aquella villa vivía miserablemente[265], ejerciendo la medicina y explotando una botica, Aimé Bonpland, sabio botánico, otrora compañero de viaje del ilustre Humboldt. Bonpland, como tantos otros, fue víctima de la crueldad del

[264] Los editores de la versión en portugués de Baguet, Costa y Assis Brasil, aclaran aquí que la fecha de fundación de la reducción de San Borja es 1682.

[265] "*Vivía miserablemente*". Esta expresión corresponde al año 1845, cuando Bonpland hacia dos meses que había cumplido setenta y dos años. Se verá en el relato de A. de B*** que estuvo con su amigo Philips apenas un año después que ellos, no se formaron una opinión así de la forma de vida de Bonpland, a la que cuadran por entonces –al menos– los adjetivos de sencilla o austera, pero nunca de *miserable*, ni siquiera de *pobre* en sentido peyorativo: además era enteramente elegida por él, quizá podríamos decir, en alguna forma, que era *culturalmente pobre*. A esa edad, muy lejos aún de toda senilidad patológica, Bonpland desarrollaba una forma de vida *elegida voluntariamente* y no impuesta por circunstancias externas adversas. Además ese tipo de residencia sobria y en extremo desprovista de todo ornamento o lujo era propia de la campaña mesopotámica y del interior rural paraguayo (Bosch, 1943). Por otra parte entre los papeles inéditos de Bonpland depositados en el Museo de Ciencias Naturales de Corrientes hay un abundante registro de tratamientos médicos con sus precios, lo que demuestra que tenía un aporte continuo por el ejercicio de la medicina. Además, si bien los acontecimientos políticos –fundamentalmente los saqueos de ganado- lo había afectado en su actividad rural, tenía animales e ingresos importantes para su economía, sin contar la pensión francesa que cobraba en Montevideo. Además, un año después, durante la visita de A. de B*** y Philips, Bonpland contaba con, al menos, dos criados en su casa de San Borja: ¿no los tendría en esa fecha?.

dictador Francia, que lo mantuvo preso durante muchos años[266]. Estaba ausente en momentos de nuestra estadía, y por eso nos vimos privados del placer de conocerlo[267].

En el camino visitamos las ruinas de la iglesia de los jesuitas: este debe de haber sido un edificio notable dada la época en la que fue construido y teniendo en cuenta los escasos recursos que por entonces disponían a sus constructores. De ellas no restan sino las cuatro paredes, entre las cuales yace un amontonamiento de capiteles, frontones, ornamentos, estatuas y columnas quebradas. Algunos barrotes quedan de pie, y su madera es tan dura que aún resiste al corte. Esta iglesia fue construida con grandes piedras rojizas, pero hasta hoy se ignora de dónde fueron extraídas.

[266] Es evidente que Baguet recoge con ligereza sus datos y que da crédito a los lugares comunes corrientes y menos críticos acerca de la figura de su interés. Por otra parte, la *crueldad* de Francia y su condición de *preso* en el Paraguay, son conceptos que el propio Bonpland nunca utilizó con respecto a su propio caso.

[267] Comentan al respecto los mencionados editores de Baguet (p. xii: "*Después de pasar por Alegrete, dirigiéronse* [Baguet y sus compañeros de viaje] *al territorio de las Misiones, rumbo al Paraguay. Enfrentando tempestades cataclísmicas e incendios de campo, llegaron a San Borja. En esa villa residía Aimé Bonpland, sabio botánico, infelizmente fuera del pueblo en ese momento. Esta circunstancia fortuita nos ha privado de una bella escena: los dos intelectuales discutiendo y reflexionando sobre este curioso Nuevo Mundo*".

Anexo N° 12

Carta de Alexander von Humboldt a Aimé Bonpland, desde París, en enero de 1818, poco tiempo después de llegado éste a Buenos Aires.

Aprovecho, mi caro y excelente amigo, la partida de M. Thonnin [hacia allá], para dar nuevamente señales de vida ante ti y para renovarte la expresión de mi constante afecto y de mi cercanía contigo. Yo ya te he escrito esta misma semana por intermedio de M. Charles de Vismes… ¡Pero, ay!, mi querido amigo, todas las personas alrededor mío, los señores Delille, Lafon, Delpech, tienen cartas tuyas en las que les hablas de tu situación y de tu dicha doméstica, y yo, desde tu partida hasta el día de hoy no he tenido tuyo más que ese breve mensaje que me ha traído el Sr. Álvarez. Era una simple nota de presentación, que no agrega palabra alguna acerca de lo que me interesa tan vivamente, de tus trabajos, de tu satisfacción, de la consideración de la que gozas con tan justos méritos. Este no es un reproche, mi excelente amigo; esta carta única me nuncia lo mismo que tú has escrito a los demás.

No me concilio con la idea de que tú podrías haberme olvidado; pero esta es una penuria para mí de no haber tenido carta tuya. M. Thonnin, desea gratamente encargarse de carta de tu nominación para la Academia de Ciencias como miembro correspondiente. A esta enorme distancia, tú tendrías tal vez, alguna prisa. Lo has logrado en la primera ronda de escrutinios que se realizó sobre M. Smith, lo que no ha sido cosa fácil, a causa de la tonta cuestión de la edad, que es tan importante para los viejos académicos. Fue así, con el primer turno de escrutinio: M. Bonpland veinticuartro votos; M. Smith veintiuno. Con el segundo turno, mayoría absoluta para: M. Bonpland, yo creo que con cuarenta. Las personas que más nos han sostenido durante esta honorable contienda, son Arago, Gay, Thénard, Chaptal, M.M. Laplace, Berthollet. Los botánicos se inclinaban como siempre, por M. Smith. Pero, Laplace ha disertado acerca de tus méritos con suma calidez, lo que ha dado lugar a mucho más efecto por la economía de la calidez, que es tan frecuente en ese noble par. Pero yo te estoy hablando tan largamente de una Academia, no obstante que éste, seguramente, no es un tema tan importante como lo estará siendo ahora para tí la dicha de estar rodeado de la naturaleza majestuosa de los Trópicos…

Yo te conjuro, mi querido Bonpland, para que no dejes de enviarnos las plantas que nos prometiste para los Nova Genera, que es donde han sido ubicadas en

esas cajas aún contra tu voluntad. Tú bien sabes cuánto precisamos de ellas, y esperamos que nos las enviaras desde tu arribo a Buenos Aires. Puedes dirigir esas cajas, ya sea a Londres a mi hermano que es allá Ministro de Prusia, ya a M. Park o a mí en París, o también al Presidente del Instituto. Acompaño cumplir con mucha prisa estas súplicas.

Adiós mi querido y viejo amigo. Por favor presenta las expresiones afectuosas y mis repetos a madame B… Kunth me encomienda mil recuerdos para ti. Te renuevo expresiones de mi tierna amistad.

Anexo N° 13

Carta de Bonpland al gobernador de Corrientes, Dr. Juan Pujol, que luego fuera publicada en *Bonplandia*, 1855, 3: 249-250, acerca de la yerba-mate**.**

"La yerba-mate puede ser cultivada con provecho en las márgenes de los ríos Paraguay, Paraná y en todas las islas que embellecen el curso de este último río en toda la provincia de Corrientes, si es que se quiere elegirlas localidades más adecuadas para el cultivo comercial del mate. Hacia fines de 1817, cuando estaba en Buenos Aires, yo supe por el canónigo Belgrano que existían plantas de yerba en la isla de Martín García.

Con una curiosidad que databa de muchos años atrás, como la de poder estudiar una planta tan útil y que hasta ahora estaba completamente desconocida, me decidí prontamente a visitar la isla. Los soldados se aventuraron allá a mostrarme la planta por la cual había hecho yo el viaje. En esa ocasión, recorrí toda la isla y, recién durante el tercer día de mi herborización, tuve la dicha de encontrar dos plantas más. Tenían un crecimiento regular, con una altura cinco a seis codos (varas). El tronco presentaba un diámetro de 8 a 9 pulgadas, pero, las copas estaban bastante arruinadas, pues la guarnición de la Isla tenía el hábito de ir a buscar allá pequeñas cantidades de tallitos y hojas para su uso. Así, se me hizo evidente que la yerba podía ser cultivada en Martín García.

Una vez que retorné a Buenos Aires, comprendí que había un tronco del mismo tipo de árbol de yerba en el interior del fuerte que no había sido abatido porque el mismo ocultaba el movimiento de un cañón. A partir de esos datos, yo concluyo que los tres árboles que pude admirar habían sido traídos desde San Javier, los que habían sido plantados en una misma época. Debo agregar a eso que con la ayuda de algunos de mis obreros, que eran paraguayos, pude recoger algunas libras del té-yerba, que estaban frescas y no habían sufrido el proceso de secado y, sin embargo, fue considerado muy bueno en Buenos Aires y rápidamente consumido.

Tuve algunas conversaciones con D. Martín de Pueyrredón, por entonces gobernador, referidas a estos descubrimientos. Fue así que ese eminente hombre de Estado me solicitó una memoria escrita sobre mi proyecto, en la que expresara la posibilidad de cultivar el mate en la parte más baja y llana de la isla de Martín García y en otras islas del Paraná. Mis deseos fueron bien acogidos por el gobernador. Pero antes debía yo remontar el río Uruguay hasta San Javier y

buscar plantas y semillas de yerba para comenzar el trabajo proyectado en Martín García. Pero, a pesar de mis ruegos y los del ministro Araujo, no pude nunca ejecutar mi viaje hasta San Javier y mis bellas esperanzas quedaron sin resultado. ¡Qué enorme beneficio hubiera resultado si se hubiera plantado la yerba en 1818 en Martín García y en las islas del Paraná! Los árboles encontrados en Martín García tenían, al menos, diez años, y rendían un buen té. Si yo hubiera plantado en esa época los míos, contarían ya con treinta y seis años, ¡qué pérdida para Buenos Aires ha significado el que mis consejos hayan sido desdeñados!.

Podría agregar otras pruebas confirmatorias de la posibilidad de cultivar y con qué ventajas se puede hacerlo hasta una distancia considerable de la línea geográfica limitante que yo señalara en la memoria que tuve el honor de someter al sólido juicio de Vuestra Excelencia.

Los jesuitas comprendían perfectamente la necesidad de establecer yerbales artificiales. Para poner en ejecución un plan de esa utilidad, ellos plantaron un yerbal en cada una de las treinta y dos localidades que componían las misiones del Paraguay, de Corrientes y del Brasil. Yo he visitado todos esos sitios en los parajes misioneros. Muchos de entre ellos conservan todavía restos apreciables de los yerbales plantados por los jesuitas. Por fuera de los límites geográficos naturales del té del Paraguay, se encuentran entre otras: Concepción, Candelaria, Apóstoles, Santa María de Fe, Santa Rosa, San Ignacio Guazú, Santo Tomé, La Cruz y Yapehù (sic). Esta última localidad se encuentra en el punto más alejado de la línea geográfica, y a pesar de eso, había en ella plantaciones extensas y se producían miles de arrobas de yerba cada año. Ese rico yerbal ha sido completamente destruido por los brasileños; cuando yo llegué allí, no había más que un caos de raíces arrancadas. Vale la pena resaltar que el té recogido en los yerbales cultivados es de excelente calidad y sobrepasa en mucho a la yerba silvestre.

La razón principal de esta diferencia consiste, a mi entender, en lo siguiente: en los yerbales cultivados, las hojas están expuestas por igual a la influencia bienhechora del sol; de modo que, en consecuencia alcanzan un grado completo de madurez. Dado que ellas son recolectadas en una época importante para la vegetación, los diversos procesos de fabricación se suceden rápidamente en forma ininterrumpida. De todo esto resultaría una yerba mate digna de lo que de más enaltecedor se pueda decir y, según el deseo de Vuestra Excelencia podría cultivarse en toda la provincia de Corrientes y en los valles de los ríos Paraná y Uruguay, así como en las abundantes islas de ambos ríos.

Me permito expresar mi opinión sobre las particularidades de este cultivo.

Creo que un yerbal cultivado y situado más allá de la línea geográfica, en especial hacia el noroeste producirá una cosecha más abundante en comparación con otro yerbal establecido sobrepasando esta línea hacia el sudoeste, pues en el primer caso la vegetación será más lujuriante. Es un deber para la sabia administración de Vuestra Excelencia encarar y resolver esas cuestiones extremadamente importantes; eso resultará así en una grande empresa, que será siempre productiva y que labrará vuestra honra, señor Gobernador.

Yo espero encontrar en San Javier y en sus alrededores numerosos piés de yerba adecuada para el cultivo. Por otra parte será necesario recoger las semillas de los árboles más antiguos, sanas y en buen estado vegetativo para obtener buenas plántulas. Por importantes y penosos que fueran esos trabajos, yo me siento dotado de fortaleza como para emprenderlos y proseguirlos con toda la actividad que pueda exigir un emprendimiento tan útil a la región y tan ajustada a los planes de Vuestra Excelencia.

Existe en la localidad de Santa María de Fe un yerbal brotado de semillas que yo he sembrado en mi propiedad sobre la vertiente oeste de Santa María. Sólo explicaré a Vuestra Excelencia los motivos que me han impedido de plantar un yerbal como ese en mi chacra (tierra indígena) en el Paraguay. Le relataré también a Vuestra Excelencia como en el Potrero San Antonio, perteneciente a D. José Espínola pude transformar un yerbal salvaje en yerbal cultivado. En lo que concierna a Vuestra Excelencia, yo podría publicar algunos artículos, que estoy presto a preparar. Me bastaría para ello saber de su deseo y comprenderlo en toda su extensión.

Creo haber correspondido en esta forma al pedido del señor Gobernador y aprovecho esta nueva ocasión en la que se me presenta el honor de saludar a Vuestra Excelencia, y de renovar la seguridad de que yo seré siempre vuestro fiel servidor y amigo.

Aimé Bonpland

Anexo N° 14

[Primera de las cartas de Roberto Avé-Lallemant dirigidas a Alexander von Humboldt (Hamy, 1906: 285), narrándole las alternativas de su intento de encontrar a Aimé Bonpland en San Borja, según traducción del autor]

San Borja, sobre [el río] Uruguay, 10 de abril de 1858

Yo abrigaba el firme propósito de aprovechar mi viaje a Río Pardo y a las misiones de San Miguel, San Lorenzo, San Luis y San Ángelo, para enviaros desde la propia San Borja, noticias de vuestro antiguo compañero de viaje; esa misma fue la razón por la que orienté hacia esa localidad mi viaje. Estando ya en camino supe que el decano de los botánicos no vivía más en San Borja. Pero, yo deseaba, al menos, visitar la villa en la que durante veinte años él había cuidado su jardín y sus flores. Su mejor amigo de aquí, el vicario Gay, en cuya casa paré, me ha contado muchas cosas acerca de él. Para daros cuenta de eso, extraigo las siguientes líneas de mis notas:

En 1853, Bonpland fue a establecerse en [la provincia de] Corrientes, aproximadamente a seis leguas de distancia del río Uruguay, frente a la villa brasileña de Uruguayana. Hacía apenas algunos meses que el señor Gay había recibido cartas suyas. Pero súbitamente llegó la noticia que el anciano estaba gravemente enfermo. Cuando el señor Gay le escribió para saber más acerca de su estado, no tuvo respuesta y durante los días de mi estadía en San Borja existían dudas acerca si Aimé Bonpland estuviera todavía vivo.

En consecuencia me hice el firme propósito de visitar su estancia de Santa Ana en Restauración, sobre el río Uruguay para poder hacer llegar a Europa las más exactas noticias acerca del compañero de viaje de mi querido protector Alejandro von Humboldt.

Durante su última residencia en San Borja, Bonpland se había hecho hacer un daguerrotipo. El señor Gay me mostró [la copia de] uno de esos daguerrotipos. ¡Cómo hubiera querido obtener yo también una! Se veía en ella un rostro amable, con profundas arrugas, con un aspecto apacible, sencillo, modesto. En su solapa ostentaba la cinta roja de la Legión de Honor.

Nos trasladamos a la que había sido su casa de campo y a su jardín. La casa retenía todavía su techo de paja, sus sencillas paredes de barro seco sostenido por

cañas de bambú. El dormitorio estaba todavía intacto, contando exactamente con una superficie de 144 pies cuadrados. Bonpland había tenido su farmacia adosada a una de las paredes de la casa, pues practicaba como médico en San Borja de la manera más desinteresada. El dormitorio estaba contiguo [a la farmacia], así como la cocina, el laboratorio, etc., pero casi todo estaba ya en estado ruinoso. Sus sillas, que eran sencillas, de madera torneada, pintadas de color verde oscuro con bandas amarillas, estaban en posesión del vicario Gay, en su casa; personalmente, tuve tres de esas sillas en el cuarto en que me hospedé.

El jardín estaba en un estado de desolación y vacío comparable al de la habitación del renombrado botánico. Bellos naranjos y durazneros, algunas matas de rosales, etc., emergían todavía entre las malezas; pero en todo podía todavía reconocerse la mano ordenadora de un jardinero experto. ¡Pero, ahora todo me parecía como si fuera un cementerio solitario, sin tumba, sobre el cual las propias plantas esparcían una sosegada tristeza!.

En la habitación [que fuera de Bonpland] ya no quedaba nada, ni siquiera la puerta, solamente el espacio vacío [donde ella estuviera], de modo que buscaba allí en vano un recuerdo con el cual quedarme, pero de pronto descubrí en el suelo, a un costado de la puerta, un cuerno para beber, tan sencillamente confeccionado como esos clásicos de los que los indios y otros nativos de la tierra usan para poner el agua y para conservar la leche; uno de los clásicos [cuernos] de los que muchas veces me había servido para beber leche en el Brasil. Lo recogí y lo llevé conmigo, con la clara conciencia de que se trataba de una querida y preciosa reliquia de la casa de Bonpland, en San Borja, sobre el río Uruguay.

Pasado mañana muy temprano descenderé por el Uruguay hasta Uruguayana, donde se cruza a la provincia de Corrientes. Para ello he alquilado una chalana con la cual cubrir el viaje de 36 leguas, [tras el cual] espero enviaros las noticias más recientes y ciertas de vuestro antiguo compañero de viaje.

Anexo N° 15

[Segunda carta de Roberto Avé-Lallemant a Alexander von Humboldt (Hamy, 1906: 287) acerca de su estadía en la última residencia de Aimé Bonpland, pocas semanas antes de su muerte, según traducción del autor]

Uruguayana, sobre [el río] Uruguay, 19 de abril de 1858.

Ayer regresé de mi excursión a Corrientes y de mi frustrante visita a Amado Bonpland.

Dado que no pude encontrar a vuestro compañero de viaje en San Borja, debí trasladarme a Itaquí y desde allí he descendido el río [Uruguay] hasta ésta. Enseguida crucé a la pequeña villa [vecina] de Restauración y en la mañana siguiente recorrí a caballo las ocho leguas que median hasta Santa Ana, que es un paraje aislado en el que ahora habita el señor Bonpland.

Ya había oído tantas versiones acerca del querido anciano y sobre la precariedad casi extraordinaria de su vida, que no me sorprendió encontrarlo en una situación tan extremadamente miserable como yo tristemente lo presumía.

La casa que habitaba Amado Bonpland se componía de dos grandes chozas cuyas paredes de tierra compactada estaban sostenidas por un armazón de bambú y ligeras estacas, todo cubierto por un techo de paja. Contra las chozas se encuentra adosada una suerte de barraca que hace las veces de cocina. Ambas chozas tienen, cada una puerta, pero carecen de ventanas, pues una iluminación suficiente penetra por las hendiduras de las paredes. Contra la parte posterior de una de las chozas se apoyan dos rollizos para evitar que la pared pudiera derrumbarse hacia atrás.

El anciano maestro dormía en una de las chozas; por eso fui a la otra que hacía a la vez de habitación, de comedor y de sala de recibo. Un largo tablón apoyado sobre dos toneles servía de mesa; un banco y dos sillas con una madera como asiento, sin una cama, componían el mobiliario. No pude contener un suspiro.

Finalmente, el anciano se presentó, estaba vestido sencillamente con una camisa y un pantalón; sus ochenta y cinco años de una vida agitada habían excavado profundas arrugas en esas facciones amables en las que los ojos emanaban una mirada tan pura y clara como debió ser siempre la suya.

Me recibió cordial y amistosamente, excusándose de la pobreza de la morada, que él quería superar con su hospitalidad; me hizo asar un trozo de carne, pero apenas si pudo darme para comerla un cuchillo y un tenedor, en un plato de estaño.

Acabada mi comida, para dar cuenta de la cual debí servirme de mi cuchillo y de mis dedos, entablamos una larga conversación que lo fatigaba y agotaba. Estaba afectado de un catarro crónico de la vejiga.

Después visité su jardín, que estaba muy bellamente diseñado, pero que se había tornado tan abandonado como el que yo ya había encontrado en San Borja. ¡El jardinero ya no podía más dispensar cuidados como antes lo hiciera: es lo que yo comprobaba en todos los rincones, en todos los senderos!.

¿Qué bienes de fortuna podía tener el viejo Bonpland?. Su Estancia, que le había sido obsequiada por el gobierno de Corrientes, valía 10.000 taleros españoles; además gozaba de 3.000 francos de pensión [anual] del gobierno francés (por la donación de su gran herbario, que había reunido en común con Alejandro de Humboldt en el museo del Jardin des Plantes en el verano de 1804); con esa suma podía vivir cómodamente, pero una agitación asombrosa y sin tregua lo embargaba. Él tiene en su mira una cantidad de proyectos, de empresas para cuya realización soporta privaciones casi inimaginables. En esos asuntos no se deja aconsejar ni ayudar. Todo el mundo le brinda su consideración y lo venera, pero él no acepta nada de nadie, y se mantiene retraído y temeroso cuando se encuentra en la necesidad de tratar a otros, porque podrían ofrecerle asistencia. Es necesario dejarlo enteramente tranquilo.

[Bonpland] ha depositado todas sus colecciones y sus manuscritos en Corrientes; él colecciona y anota siempre, pero hay en esto algo de defectuoso. Él mismo está de acuerdo en que no ha podido mantenerse al nivel [del avance de] la ciencia; y aún en sus colecciones, junto con cosas notables, aparecen otras ya superadas o incompletas .

El día siguiente por la mañana, estaba [Bonpland] fatigado y aquejado por [haber pasado] una noche dolorosa. Le insté vivamente, y cuanto me fue posible, para que me dijera si había alguna cosa en la que pudiera serle útil. Pero sucedió conmigo como con todos sus amigos: no necesita servicio alguno. Entonces, dado que nada podría hacer por el querido anciano, le solicité licencia para alejarme, con el corazón conmovido y pleno de una profunda tristeza. ¡Cómo hubiera deseado poder salvarlo y devolverlo al mundo civilizado!. Pero, compartía con él el sentimiento de que su tiempo ya estaba agotado. [Para él] ya no había más presente. Pertenecía a la primera mitad del siglo XIX, no a la segunda: –era el monumento melancólico de todos aquellos que persiguieron algo grande y glorioso en la ciencia y que sólo olvidaron una cosa: que toda floración intelectual carece de una eclosión completa y no lanza todo su perfume, sino allá, en el marco donde puede ser entrelazada por una mano hábil en la corona de la civilización europea.

Me pareció que Bonpland estaba emocionado cuando estreché, despidiéndome, sus dos manos consumidas entre las mías. Sus amigos lo habían encontrado sensiblemente deprimido desde hacía tres meses. ¿Quién sabe si el anciano no compartía mi propia apreciación de su situación?. Yo he sido –muy posiblemente– uno de los últimos mensajeros venido de Europa, con miles de kilómetros a cuestas, para ofrecerle en nombre de la ciencia un testimonio de estima, de cercanía y de afecto cordial.

Monté en mi caballo y me lancé solitario rumbo al norte a través de la verde campiña. Ningún camino me conducía, ni había compañero que me perturbara, estaba solo con mis tristes pensamientos vueltos hacia Bonpland, llegado a la vejez y surgiendo del pasado.

Suyo muy devoto.

Lallemant, Dr. en Medicina.

Anexo N° 16

[Acerca de la relación de trabajo entre Humboldt y Bonpland. Traducido por el autor, de la obra de Botting (1973: 205)]

La historia de la contribución de Bonpland a la gran obra que lleva su nombre es entristecedora, sensación que se hace más honda al recorrer los acontecimientos de su larga vida y llega a hacerse penosa para el lector, puesto que cuando [Bonpland] retornó a Europa con Humboldt en 1804, a él le estaba confiada la clasificación y publicación de todo lo referido a las plantas resultante de la expedición. Se trataba de un conjunto de cerca de 60.000 especímenes representando cerca de 6.000 especies, de las cuales más de 3.000 eran nuevas para la ciencia. Pero, para consternación de Humboldt, resultó que el hombre que se había mostrado tan eficiente como infatigable en la colección de plantas en el campo, se tornó tan incompetente como no-cooperativo cuando llegó la hora de ejecutar el trabajo de gabinete. El por qué de esa actitud puede residir en el hecho de que esa tarea no cuadrara con la preferencia de Bonpland por las tareas al aire libre, o porque éste sintiera que la tarea a encarar estaba por encima de su capacidad, o por causa de ambos factores a la vez. Cualquiera hubiere sido la razón, el hecho fue que Bonpland constantemente retrasaba su tarea o engañaba acerca de ella, hasta que en septiembre de 1810, Humboldt, que estaba al término de su paciencia, se vio forzado a enviarle una carta conminatoria y de recriminación:

No me has hecho llegar una línea acerca de botánica. Te ruego y te suplico que perseveres hasta que la tarea esté completa, pues desde la partida de Madame Gauvin apenas si he recibido media página de manuscrito. Estoy decidido a que los resultados de nuestra expedición no se pierdan, y si en el plazo de ocho meses no es posible producir más que diez láminas, que es lo que cualquier botánico de Europa podría preparar en el término de un par de semanas, no existe razón para esperar que la terminación del segundo volumen de Plantes équinoxiales pueda realizarse en menos de tres años...

En consecuencia, te suplico una vez más, mi querido Bonpland, que perseveres en hacer que esto se complete. Este es un asunto de la mayor importancia, no sólo en interés de la ciencia sino en consideración a tu propia reputación y al cumplimiento del convenio que has contraído conmigo en 1798. Por eso, te ruego que nos envíes algún manuscrito...

Finalmente Bonpland alcanzó a participar en la edición de sólo cuatro de los diez y siete volúmenes acerca de Botánica de América del Sur que finalmente

fueron publicados y, para colmo, aquellos fueron severamente criticados por sus gruesos errores en la clasificación. El resto de la obra, incluidos los monumentales siete volúmenes adicionales de la Nova genera et species plantarum, con sus 700 grabados acompañando su clasificación y sus descripciones latinas, fueron el resultado del trabajo de Kunth. Indudablemente, Humboldt debió sentir un gran alivio cuando Bonpland retornó a América del Sur en 1816 y abandonó todo ulterior interés en las publicaciones conjuntas. Podemos hacer una digresión sobre el increíblemente extraño curso que siguió a partir de entonces esa vida humana [la de Aimé Bonpland].

Poco después de su retorno de América del Sur, Bonpland había sido designado superintendente de los jardines del retiro de la Emperatriz Josefina en la Malmaison, fuera de París. Allí pasó los años más felices de su vida en la creación de uno de los más bellos jardines florales del mundo. Después que Napoleón se divorciara de Josefina, Bonpland se tornó el confidente de la Emperatriz, desarrollando una relación muy cercana con ella y estuvo junto a ella cuando falleció en mayo de 1814. Después de su muerte perdió todo interés en su trabajo en la Malmaison. Y fue ganado por una gran ansiedad; contrajo un desastroso matrimonio con una joven francesa de veinticuatro años y de dudosa reputación, y en 1816 se sintió complacido en dar la espalda a Europa embarcándose hacia América del Sur en una nueva expedición botánica. En la Argentina, que acababa de declararse como República independiente, fue designado como profesor de Historia Natural, en Buenos Aires, y cuatro años después partió en una expedición hacia el Gran Chaco y Bolivia. Sin embargo, no pudo llegar más allá del Paraguay cuando le sobrevino el desastre. El área en la que había entrado era objeto de disputa fronteriza entre la Argentina y el Paraguay, por entonces regida por un violento y paranoico dictador, el Dr. Francia. En la noche del 3 de diciembre de 1821, tropas que obedecían a Francia atacaron su campamento, mataron a todos sus servidores, acuchillaron su cabeza hiriéndola de un sablazo y lo aprisionaron y llevaron encadenado. En esas condiciones fue llevado a un remoto establecimiento del interior del Paraguay, llamado San María, donde fue puesto bajo arresto, poniéndolo a trabajar como médico de la guarnición local.

Tan pronto como Humboldt supo acerca del arresto de su amigo escribió directamente a Francia, y con el apoyo de Canning, el primer Ministro Británico, y el de Chateaubriand pidieron la liberación de Bonpland. Esos esfuerzos fueron vanos, sin embargo, nueve años después Bonpland fue finalmente puesto en libertad en 1830. Cargado de medallas, doctorados y grados honorarios en Europa, se instaló en la aldea de San Borja, en Uruguay (sic), no lejos de la frontera

brasileña, donde pasó el resto de su vida, alternando con etapas de residencia en su estancia de Paso de los Libres, en Corrientes, rodeado de condiciones extraordinariamente primitivas, acompañado por los mestizos resultantes de su relación con una mujer india local, pues su esposa se había apartado de él poco después de su arresto. Vivió en una remota choza de barro, durmiendo en el suelo y había abandonado el uso del cuchillo y del tenedor. Cada año enviaba a Humboldt su certificado de pensión, de modo que éste pudiera remitirle su asignación anual de 3.000 francos otorgada por el Gobierno de Francia a partir de 1805. De tanto en tanto, apeteciendo una vida más civilizada, jugaba con la idea de retornar a París. Pero en el fondo recelaba de la posibilidad de alejarse de su libertad, de sus plantaciones de naranjas, duraznos, higos y rosas –"del trato con mis queridas plantas"– cambiando todo eso por una buhardilla urbana y una rosa solitaria en el cuadro de la ventana, y no se movía. En mayo de 1858, a la edad de ochenta y cinco años, murió sin lamentos ni cánticos, pero amando la vida hasta el final...

Aunque a través de su correspondencia con Humboldt durante sus últimos años se mostró tan amistoso y leal como siempre, Bonpland llevó consigo a la tumba su envidia privada a causa del éxito de su amigo, al que él consideraba, no careciendo enteramente de razón, pero que ésta que había sido lograda, en alguna medida a expensas de su contribución.

BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA, A. 1946. Corrientes (1810-1862). Pp. 289-360, en: Ricardo Levene (Director): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1962). Volumen IX. Historia de las provincias. Segunda edición. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

AGUIRRE, M. 1972. Bonpland: el sabio que se transformó en gaucho. La Nación, Buenos Aires, suplemento dominical, 26 de noviembre de 1972.

ÁLVAREZ, J. 1940. Monedas, pesas y medidas. Capítulo II, pp. 235-249, en: Ricardo Levene (Director): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1962). Volumen IV. El momento histórico del Virreinato del Río de la Plata. Primera sección. Segunda edición. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

ÁLVAREZ, J. 2001. Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República. Colección Nueva Dimensión Argentina, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara, Buenos Aires, pp. 1-242.

ALVAREZ-VALDÉS y VALDÉS, M. 2002. Jovellanos: enigmas y certezas. Prólogo de Gonzalo Anes. Fundación Alvargonzález, Gijón, pp. 1-585.

ANÓNIMO. 1962. Informes confidenciales del Representante de Francia en el Uruguay M. Martín Maillefer. Revista Histórica, Montevideo, Año LVI (2ª. Época), 33 (97-99): 332-372.

ASIMOV, I. 1973. Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología. Nueva edición revisada. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, pp. i-xv + 1-782.

AVÉ-LALLEMANT, R. 1953. Viagem pelo Sul do Brasil no ano de 1858. Colecção de Obras Raras. IV. Instituto Nacional do Livro, Rio de Janeiro, pp. 1-360.

AZARA, F. de. 1871. Viajes inéditos de Don Félix de Azara. Desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y pueblos de Misiones. Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, 1 (7): 385-408.

BROSSARD, A. de. 1863. Mes voyages avec le docteur Philips dans les Républiques de La Plata (Buenos Ayres, Montevideo, la Banda Oriental, etc.). Deuxiéme Édition. A. Mame et Cie., Imprimeurs Libraires, Tours, pp. 1-347.

BÁEZ, C. 1910. Resumen de la historia del Paraguay desde la época de la conquista hasta el año 1880, seguido de la historia particular de la instrucción pública desde el gobierno de Domingo M. de Irala hasta nuestros días. Edición de los Talleres Gráficos Nacionales de H. Kraus, Asunción, pp. 1-256.

BAGUET, A. 1997. Viagem ao Rio Grande do Sul. Prefaciado por Milton Carlos Costa e Luiz Antônio de Assis Brazil. Editóra da UNISC, Santa Cruz do Sul, Brasil, pp. i-xvii + 1-106 + [4].

BARBA, E.M. 1951. Las reacciones contra Rosas. Capítulo IX, pp. 389-516, en Ricardo Levene (Director): Historia de la Nación Argentina. Volumen VII. Rosas y su época. Segunda sección. Segunda edición, Academia Nacional de la Historia-Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

BARÓN, M. 1985. Las cartas del caballero Bonpland. La Prensa, Buenos Aires, 2 de junio de 1985, 2ª. Sección, pág. 6, col. 1-5.

BARRETO MONZÓN, N. 1992. Paraguay y sus vínculos con Suecia. Impresiones Graphis S. A. Asunción, pp. 1-178.

BASCHETTO, F. 1999. Amado Bonpland. Revisión biográfica. Isondú, una luz en la noche de Nuestra Fauna, Buenos Aires, Año IV, N° 6, pp. 3-10. Septiembre de 1999.

BECKER, F. 1987. Un mito jesuítico: Nicolás I Rey del Paraguay. Aportación al estudio

del ocaso del poderío de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII. Carlos Schauman Editor, Asunción, pp. I-X + 1-285.
BELL, S.A. 2010. A life in shadow. Aimé Bonpland in Southern South America, 1817-1858. Stanford University Press, Stanford, California, pp. 1-230.
BENÍTEZ, J.P. 1990. Carlos Antonio López (Estructuración del Estado Paraguayo). Carlos Schauman Editor, Asunción, pp. 1-298 + [3].
BENÍTEZ MARTÍNEZ, M.V. 2010. Inmigrantes europeos en el Paraguay, 1818-1930. Ponencia en el Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica, 2010, pp. 1099-1121.
BERMEJO, I. 1973. Vida paraguaya en tiempos del viejo López. Biblioteca Cultural, Colección Americana, EUDEBA, Buenos Aires, pp. 1-295.
BERTONI, M.S. 1918. Revista bibliográfica: E. Hassler: Une supercherie scientiphique, Ginebra, 1917. Anales Científicos Paraguayos, Puerto Bertoni, Serie II, N° 2, pp. 169-170.
BESIO MORENO, N. 1959. Cuatro grandes exploradores científicos del territorio: Azara, Bonpland, D'Orbigny y Darwin. Anales de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 107: 444-453.
BOCCIA ROMAÑACH, A. 1999. Amado Bonpland. Caraí Arandú. Biblioteca Paraguaya El Lector, Editorial El Lector, Asunción, pp. 1-172 + 4 láminas.
BOETSCH, P. 2001. Alexander von Humboldt entre el cosmos y el texto. Pp. 304-317, en Nicolás Jorge Dornheim, Lila Bujaldón de Esteves y Claudia Garnica de Bertona (Editores): Fervor de Centenarios (Goethe, Humboldt y otros Estudios). Asociación Argentina de Germanistas, Mendoza.
BOETTNER, J.M. 1956. Música y músicos del Paraguay. Edición de Autores Paraguayos Asociados, Asunción, pp. 1-294 + [1].
BONPLAND, A. 1924. Journal de Botanique. Archives Inédites de Aimé Bonpland, Tomo II. Prólogo de Juan A. Domínguez. Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología, Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, N° 42. Casa Jacobo Peuser Editora, Buenos Aires, pp. i-viii + copia facsimilar del original, numerado por folios (1-67).
BONPLAND, A. 1899. Una carta inédita: carta al Sr. Don Domingo Rougin. 22 fevrier 1831. Revista del Instituto Paraguayo, Asunción, 4: 71-73.
BONPLAND, A. 1914. Archives inédites de Aimé Bonpland. Tome I. Lettres inédites de Alexandre de Humboldt. Avec preface de Henri Cordier de L'Institut. Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología, Facultad de Ciencias Médicas, Buenos Aires, pp. [1-10] + 11-137.
BONPLAND, A. 1924. Archives inédites de Aimé Bonpland. Tome 2. Journal de Botanique. Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología, Facultad de Ciencias Médicas, Buenos Aires, pp. i-vii + copia facsimilar del original, sin numerar.
BONPLAND, A. 1978. Journal. Voyage de Sn. Borja a la Cierra y a Porto Alegre. Centre National de la Récherche Scientifique, París-Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, pp. i-viii + 1-175 + [1].
BORDENAVE, E. 1938. Amado Bonpland. II° Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires, julio de 1937, Tomo III. Colaboraciones, pp. 224-249.
BOSCH, B. 1943. Contribución al estudio de la vivienda en el Litoral. Gaea, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires, Tomo VII, pp. 339-345.
BOSCH, B. 1971. Urquiza y su tiempo. Biblioteca de América-Temas, EUDEBA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 1-786.
BOSCH, B. 1978. Historia de Entre Ríos, 1520-1969. Editorial Plus Tltra, Buenos Aires, pp.1-334.

BOSCH, B. 1998. En la Confederación Argentina, 1854-1861. Colección Temas: Historia, EUDEBA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 1-324.
BOSCH, J. 1992. Cultura y contracultura. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-458 + [5].
BOTTING, D. 1973. Humboldt and the Cosmos. Sphere Books, London, pp. 1-295.
BREZZO, L. 1997. La Argentina y el Paraguay, 1852-1860. Ediciones Corregidor, Buenos Aires, pp. 1-238.
BRUNEL, A. 1871. Biographie d'Aimé Bonpland, compagnon de voyage et collaborateur de Humboldt. Troisiéme édition. L. Guerin et Cie., éditeurs, París-London-Montevideo, pp. 1-183 + [1].
BRUNIARD, E.D. 1993. Paraguay (Ensayo de Interpretación geográfica). Cuadernos de Geohistoria Regional, Instituto de investigaciones Geohistóricas, Resistencia, Chaco, pp. 1-113.
BURTON, R.F. 1998. Cartas desde los campos de batalla del Paraguay. Librería "El Foro", Buenos Aires, pp. 1-584 + 1 mapa. Ilustrado.
CABANELLAS, G. 1946. El Dictador del Paraguay doctor Francia. Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. 1-397 + [1] + [1].
CABEZA SÁNCHEZ ALBORNOZ, S. 1998. Los movimientos revolucionarios de 1820, 1830 y 1848 en sus documentos. Ariel Practicuma, Editorial Ariel S. A., Buenos Aires, pp. 1-191.
CADY, J.F. 1943. La intervención extranjera en el Río de la Plata, 1838-1850. Estudio de la política seguida por Francia, Gran Bretaña y Norteamérica con respecto al dictador Juan Manuel de Rosas. Introducción de Luis A. Podestá Costa. Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina, XIV, Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-307.
CAILLET-BOIS, R. 1953. Noticias acerca de las vinculaciones de fray Servando Teresa de Mier, Guillermo Walton y Santiago Perry con el gobierno de Buenos Aires, 1812-1818. Revista de Historia de América, México, N° 35-36, pp.
CAPEL SÁNZ, H. 2000. Humboldt y el mundo hispánicoUn coloquio internacional en la Université de París-Nanterre. Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, Barcelona, Nº 264, 18 de diciembre de 2000 http://www.ub.es/geocrit/b3W-264.htm
CÁRCANO, R.J. 1939. Guerra del Paraguay. Orígenes y causas. Editores: Domingo Viau y Cía., Buenos Aires, pp. 1-503.
CARDOZO, E. 1987. Paraguay Independiente. Primera edición paraguaya. Carlos Schauman Editor, Asunción, pp. [10] + 1-401.
CASTELLANOS, A. 1963. Bonpland en los países del Plata. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá, 12 (45): 57-86, 1 lámina.
CARRASCO, G. 1905. La población del Paraguay antes y después de la Guerra. Rectificación de opiniones generalmente aceptadas. El último censo. Población probable en diversas épocas. Crecimiento en trece años. Otros datos interesantes. Talleres Gráficos de H. Kraus, Asunción, pp. 1-26.
CARRASCO, M. 1963. Estampas históricas. Librería-Editorial Hachette, Buenos Aires, pp. 1-241 + [1].
CASTELLO, H. 1984. Historia de Corrientes.
CATURELLI, A. 2001. Historia de la Filosofía Argentina, 1600-2000. Ciudad Argentina-Universidad del Salvador, Buenos Aires, pp. 1-1486.
CENTURIÓN, C.R. 1961. Historia de la cultura paraguaya. Tomo I. Biblioteca Ortiz Guerrero, Asunción, pp. 1-695.
CHARDON, C.E. 1949. Los naturalistas en la América Latina. Editora del Caribe,

Santo Domingo, pp. 1-386, láminas I-XXVIII.
CHAVES, J.C. 1968. El Presidente López. Vida y gobierno de don Carlos. Ediciones Depalma, Buenos Aires, pp. 1-368 + [2].
CHEVALLIER, B. 2003. Josefina. La Emperatriz de Napoleón. Prefacio de Su Altea Imperial la princesa Napoleón. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, pp. 1-271.
CHIARAMONTE, J.C. 1991. Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX. Fondo de Cultura Económica S. A. de Argentina, Buenos Aires, pp. 1-275.
COLLI, N.S. 1963. La política francesa en el Río de La Plata. Rosas y el bloqueo francés de 1838-1841. Imprenta Cesari, Buenos Aires, pp. 1-396.
CONDE-JAHN, F. 1961. Amadeo Bonpland, médico y naturalista. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 44, N° 173, pp. 47-60.
CONI BAZÁN, F.A. 1934. La Fundación del Museo de Corrientes. Impenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, pp. 1-22.
CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2004. La teoría de las membranas en la historia de la medicina: Marie-François Xavier Bichat (1771-1802). Su segundo centenario. Fundación de Historia Natural Félix de Azara, pp. 1-72.
CONTRERAS ROQUÉ, J.R. 2010. Félix de Azara. Su vida y su época. Tomo segundo. El despertar de un naturalista: la etapa paraguaya y rioplatense (1782-1801). Diputación Provincial de Huesca, Zaragoza, pp. 1-467.
CONTRERAS ROQUÉ, J.R. y A. BOCCIA ROMAÑACH. 2006. El Paraguay en 1857. Un viaje inédito de Aimé Bonpland. Servilibro, Asunción, pp. 1-221.
CONTRERAS ROQUÉ, J.R. y A. BOCCIA ROMAÑACH. M. S. Domingo Parodi (1823-1869). Ensayo biográfico.
CORREA LUNA, C. 1929. Rivadavia y la simulación monárquica de 1815. Junta de Historia y Numismática, Biblioteca de Historia Argentina y Americana. III. El Ateneo, Librería Científica y Literaria, Buenos Aires, pp. 1-248.
CORVALÁN MENDILHARZU, D. 1947. Los símbolos patrios. Capítulo III, pp. 299-414, en Ricardo LEVENE (Director): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862). 2ª. Edición. Volumen VI. Primera Sección. La Independencia y la organización política. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
COURTHÈS, E. 2010. Memorias de un muerto. El viaje sin retorno de Amado Bonpland. Novela. Servilibro, Asunción, pp. 1-271.
DE LA CROIX-RICHE CHANET, Ch.R. 2004. Franceses en el Río de la Plata y el Atlántico Sur, 1526-1876. Megalibros Editores, Buenos Aires, pp. 1-1024.
DE TERRA, H. 1973. Humboldt. Biografías Gandesa, Ediciones Grijalbo, México, pp. 1-316.
DEMERSAY, L.A. 1860. Histoire Physique, économique et politique du Paraguay et des établishements des Jésuites. Tome Premier. Librairie de L. Hacehtte, París, pp. i-lxiv + 1-486.
DEMERSAY, L. Alfred. 1861. Fragments d'un voyage au Paraguay, 1844-1847. Texte et desins inédites. Le Tour du Monde, Nouveau Journal des Voyages, París, Tome IV, N° 85, pp. 97-112. Illustré.
DEMERSAY, L.A. 1864. Histoire Physique, économique et politique du Paraguay et des établishements des Jésuites. Tome Second. Librairie de L. Hacehtte, París, pp. + 1-480 + [4].
DÍAZ PIEDRAHITA, S. 2002. Matís y los dos Mutis. Orígenes de la anatomía vegetal y de la sinanterología en Sudamérica. Colección Enrique Pérez Arbeláez, N° 14, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá, pp. i-xvi + 1-332.
DINER DE BABINI, R. 1982. Cronología científica argentina. (Selección por José Babini). Ediciones Marymar, Buenos Aires, pp. 1-87.

DOMÍNGUEZ, J.A. 1928a. Aimé Bonpland. Su vida en la América del Sur y principalmente en la República Argentina (1817-1858). Anales de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 108: 407-435.

DOMÍNGUEZ, J.A. 1928b. Aimé Bonpland. Su vida en la América del Sur y principalmente en la República Argentina (1817-1858) (Conclusión). Anales de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 108: 497-523.

DOMÍNGUEZ, J.A. 1939. Urquiza y Bonpland, antecedentes históricos. La disentería en el Ejército Grande en formación, 1850. Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología, Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, Coni, N° 59, pp. I-XVI + láminas sin numerar.

DOMÍNGUEZ, J.A. 1940. Archivos de Bonpland, IV. Londres Cuartel Genearl Europeo de los patriotas de la Emancipación Americana. Prólogo de G. Leguizamón, Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología, Serie 2, Nº 2, pp. I-XVI + numerosas láminas sin numerar.

DU GRATY, A.M. 1862. La République du Paraguay. Libriarie Europpéenne de C. Muquardt, Londres, pp. i-xvii + [2] + 1-407 + 1-199 + 1 mapa desplegable.

DURÁN ESTRAGÓ, M. (Editora). 2002. Eco del Paraguay. Edición facsimilar, páginas sin foliar, FONDEC (Fondo Nacional de la Cultura y las Artes), Asunción.

DUVIOLS, J.P. 1978. Voyageurs Français en Amérique (Colonies espagnoles et portugaises). Bordas Études, Bordas, París, pp. 1-272.

ECHEVERRÍA, E. 1940. Dogma socialista. Edición crítica y documentada. Prólogo de Alberto Palcos. Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros Referente a la República Argentina, Volumen II, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, i-xcvi + 1-595.

ESPINOSA, N.C. 1997. Amado Bonpland. Una historia olvidada. Ediciones Colmegna, Santa Fe, pp. 1-247.

EYZAGUIRRE, J. 1973. La Logia Lautarina y otros estudios sobre la Independencia. Biblioteca Reino de Chile, Editorial Francisco de Aguirre S. A., Buenos Aires-Santiago de Chile, pp. i-xxv + 1-233.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, G. 1984. La envidia igualitaria. Edición Especial Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, pp. 1-245 + [5].

FERNÁNDEZ PÉREZ, J. 1992. Estudio preliminar. Pp. 11-70, en Félix de AZARA: Apuntamientos para la Historia Natural de los Páxaros del Paraguay y Río de la Plata. Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Plan Nacional del I +D, Madrid.

FERNÁNDEZ PÉREZ, J. 2002. El descubrimiento de la naturaleza: Humboldt. Col. 10 Científicos para la Historia, Nivola Libros, Madrid, pp. 1-333.

FERRÉ, P. 1921. Memoria del brigadier general Pedro Ferré. Octubre de 1921 a diciembre de 1842. Contribución a la historia de la provincia de Corrientes en sus luchas por la libertad y contra la tiranía subscripta por el general Ferré en febrero de 1845 en San Borja, Brasil. Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, Tomo I, pp. 1-228; Tomo II. Anexos. Comprobación documentada de la precedente memoria, pp. 1-991 + 1 mapa desplegable.

FIGUERERO, M.V. 1899a. Escuela Sarmiento. Última conferencia didáctica. La Escuela Positiva, Corrientes, octubre de 1899, 2° época, N° 6, pp. 35-39.

FIGUERERO, M.V. 1899b. Retratos, Pujol y Bonpland. La Escuela Positiva, Corrientes, octubre de 1899, 2° época, N° 6, pp. 288-299.

FITTE, E.J. 1966. Los franceses en 1818; del periodismo a la conspiración. Conferencia pronunciada en la Alianza Francesa, 29-VI-1966. Talleres Gráficos Dorrego, Buenos Aires, pp. 1-31.

FOUCAULT, P. 1994. El pescador de orquídeas. Aimé Bonpland, 1773-1858. Emecé

Editores, Buenos Aires, pp. 1-305 + [2].
FRABOSCHI, R.O. 1951. Rosas y las relaciones exteriores con Francia e Inglaterra. Capítulo III, pp. 165-211, en Ricardo Levene (Director): Historia de la Nación Argentina. Volumen VII. Segunda Parte. Rosas y su época. Academia Nacional de la Historia-Librería y Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
GANDÍA, E. de. 1987. Pedro Ferré: su pensamiento político. Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, pp. 1-89.
GARAY, B. 1897. Historia del Paraguay. Librería y Casa Editorial de A. de Uribe y Cía., Madrid, pp. 1-142.
GASULLA, L. 1978. El solitario de Santa Ana. Santiago Rueda Editor, Buenos Aires, Pp. 1-613 + [1].
GATTI, C. 1985. Enciclopedia guaraní-castellano de ciencias naturales y conocimientos paraguayos. Arte Nuevo Editores, Asunción, pp. I-XXXI + [1] + 1-329 + [1].
GIANELLO, L. 1948. Florencio Varela. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, pp. 1-629 + [1].
GIBERTI, G.C. 2011. La "yerba mate" (*Ilex paraguariensis*, Aquifoliaceae) en tempranos escritos rioplatenses de Bonpland y su real distribución geográfica en Sudamérica austral. Bonplandia, 20 (2): 203-212.
GÓMEZ, H.F. 1920. Vida pública del doctor Juan Pujol. Historia de la Provincia de Corrientes de marzo 1848 a diciembre 1859. J. Lajouane y Cía., Buenos Aires, pp. 1-328.
GÓMEZ, H.F. 1942. La victoria de Caá Guazú. Corrientes.
GÓMEZ, H.F. 2002. Corrientes en la guerra con el Brasil. Conmemorando el Centenario de la Convención de Paz entre los E.E.U.U. del Río de la Plata y el Imperio del Brasil, 1828-27 de agosto-1928. Amerindia Ediciones, Corrientes, pp. 1-152.
GONZÁLEZ DEMURO, W. 2003. De historiografías y militancias. Izquierda, artiguismo y cuestión agraria en el Uruguay (1950-1973). Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, Tomo LX, N° 2, pp. 635-689.
GONZÁLEZ TORRES, D. 1968. Temas médicos. Volumen VI. Historia de la medicina en el Paraguay. 2ª. Edición. Editado por el autor, Asunción, pp. 1-509.
GONZÁLEZ TORRES, D. 1981. Catálogo de plantas medicinales (y alimenticias y útiles) usadas en el Paraguay. Ediciones Comuneros, Asunción, pp. 1-456 + [24]. Ilustrado.
GOYTISOLO, J. 2010. Blanco White, el español y la independencia de hispanoamérica. Con una selección de textos de José María Blanco White. Colección Pensamiento, Ediciones Taurus, Madrid, pp. 1-364.
GRAANER, J.A. 1949. Las provincias del Río de la Plata en 1816 (Informe dirigido al Príncipe Bernadotte). Prólogo de Axel Paulin. Traducción y notas de José Luis Busaniche. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires, pp. 1-134.
GUTIÉRREZ, R. 1978. Evolución urbanística y arquitectónica del Paraguay, 1537-1911. Segunda edición. Departamento de Historia de la Arquitectura, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, pp. 1-406 + [12], ilustrado.
HAMMERLY DUPUY, D. 1958. El naturalista Bonpland y la conspiración de José Carrera contra O'Higgins y San Martín. Historia, Buenos Aires, 4 (13): 83-94.
HAMY, E.T. 1904. Le Centenaire du retour en Europe d'Alexandre de Humboldt et d'Aimé Goujaud de Bonpland (3 août 1804). Discours prononcé à la séance d'Overture du XIVe Congress des Américanistes à Suttgart le 18 août 1904. Imprimierie A. Burdin et Cie., Angers, pp. 1-37.
HAMY, E.T. 1906. Aimé Bonpland, médecin et naturaliste, explorateur en Amérique du Sud. Sa vie, son oeuvre, sa correspondance. Librairie Orientale & Américaine, E. Gilmoto, Éditeur, París, pp. i-cxvii + 1-300.

HERNÁNDEZ, P. 1913. Misiones del Paraguay. Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús. Tomo II. Gustavo Gili, Editor, Barcelona, pp. 1-738. Ilustrado.

HERRERA, L.A. de. 1990. Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay. Serie Revisión Historiográfica, Volumen 13, Obras del Dr. Luis Alberto de Herrera, Cámara de Representantes, Montevideo, pp. i-xxviii + 1-369.

HESS, R., G. SIBENMANN, M. FRAUENRATH y T. STEGMANN. 1995. Diccionario terminológico de las literaturas románicas. Biblioteca Románica Hispánica, V, Gredos, Madrid, pp. I-XI + 1-326.

HICKEN, C.M. 1923. Evolución de las ciencias en la República Argentina. VII. Los estudios botánicos. Cincuentenario de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, pp. 1-167.

HOLLAND, C. 1990. Noticias de Buenos Aires, el Paraguay, Chile y el Perú. Cartas del ciudadano inglés Charles Holland (1820-1826). Presentación e introducción Lón Tenenbaum. Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, pp. 1-91.

HORACIO. 1995. Odas y Epodos. Edición bilingüe y traducción de Manuel Fernández-Galiano. Ediciones Altaya, Barcelona, pp. 1-464.

HUMBOLDT, A. de. 1966. Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. Editorial Porrúa, México, pp. i-clxxxx + 1-696 + láminas y cartas desplegables.

HUMBOLDT, A. de. 1980. Cartas americanas. Compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Biblioteca Ayacucho, 74, Caracas, pp. i-xiv + 1-428 + [8].

HUMBOLDT, A. de. 1991. Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente. Tomo I. Precedido por Alejandro de Humboldt, por Eduardo Röhl. Monte Ávila Editores, Caracas, pp. i-lii + 1-481 + [4].

IRIBARREN, J.M. 1967. Espoz y Mina, el liberal. Evocaciones y Memorias. Editorial Aguilar, Madrid, pp. 1-524.

ISABELLE, A. 1943. Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil en 1830. Con noticia biográfica del autor por Ernesto Morales. Editorial Americana, Buenos Aires, pp. 1-455.

ISABELLE, A. Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil. 1830-1844. Memoria Argentina Emecé, Emecè Editores, Buenos Aires, pp. 1-318.

IVERN, A. 1991. De Vinchucas y de Bonpland. La farmacia de Bonpland. Pp. 17-39, en: Medicina del trabajo en Hipócrates y otros temas de historia de la medicina. Publicaciones de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, pp. 1-66.

JACQUES, A.F. 1857. Excursion au Rio-Salado et dans le Chaco. Imprimierie de Pillet Fils Ainé, París, pp. 1-59 + 1 mapa (extrait de la Revue de Paris des 1º et 15 mars, 1857).

JAIME, J.C. 1999. Corrientes, poder y aristocracia. Segunda edición. Casa Editora Letemendia, Buenos Aires, pp. 1-422.

KANNER, L.A. 1948. Las dos pasiones de Amado Bonpland. Tellus, Museo Histórico de Entre Ríos "Martiniano Leguizamón", Paraná, N° 7, pp. 1-15 (en separatum).

KRAPOVICKAS, A. 1998. *Arachis hypogaea* var. *hisrsuta* y las relaciones transoceánicas precolombinas. Anales de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Buenos Aires, Tomo 50, pp. 211-216.

LABASTIDA, J. 1999. Humboldt, ciudadano universal. Siglo XXI Editores S. A., México, pp. 1-391 + [4] + pliego de láminas.

LAÍN ENTRALGO, P. 1987. El fármaco en el siglo XIX. Capítulo VII, pp. 197-221, en: V. V. A. A.. (Editores): Historia del medicamento. Ediciones Doyma, Barcelona.

LARRAÑAGA, D.A. 1923. Escritos de don Dámaso Antonio de Larrañaga. Tomo III. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Imprenta Nacional, Montevideo, pp. 1-306.

LARROQUETTE, J. 2013. Las "conspiraciones" de los franceses, 1795 y 1818. Todo es Historia, Buenos Aires, No. 549, pp. 72- 79.

LEGUIZAMÓN, G. 1940. Prólogo, Pp. X-15, en J.A. DOMÍNGUEZ: Archivo de Bonpland. IV. Londres Cuartel General Europeo de los Patriotas dee la Emancipación Sudamericana. Imprenta y casa editora Coni, Buenos Aires, I-XVI + láminas sin numerar.

LEGUIZAMÓN PONDAL, M. 1940. La influencia de Napoleón en el progreso de las ciencias. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, 23 (4): 281-402.

LEHMANN-NITSCHE, R. 1919. Folklore argentino. VI. La Ramada. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, Tomo XXIII, pp. 610-628.

LEVENE, R. 1954. La anarquía del año 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas. Colección de Historia Americana, 1, Unión de Editores Latinos S. R. L., Buenos Aires, pp. 1-330.

LÓPEZ, J.A., E.J. LITTLE y W.R. STRRETT. 1987. Árboles comunes del Paraguay. Ñande yvyra mata kuera. Cuerpo de Paz, Colección e Intercambio de Información, Asunción, pp. 1-425.

LÓPEZ, V.F. 1883-1893. Historia de la República Argentina. Su origen, su evolución y su desarrollo político hasta 1852. Volúmenes I-X. Buenos Aires.

LOURTEIG, A. 1977. Aimé Bonpland. Bonplandia, Corrientes, III (16): 269-317 + láminas I-III + 1 mapa.

LOURTEIG, A. 1978. Antes de empezar. Pp. vi-vii, en: Aimé Bonpland: Journal. Voyage de Sn. Borja a la Cierra y a Porto Alegre. Centre National de la Récherche Scientifique, París-Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado de Rio Grande do Sul, Porto Alegre.

LOUSSE, E. y J. DELAUNAY. 1973. Dictionnaire Biographique d'Historire Contemporaine, 1776-1973. Editoservice S. A., Genève, pp. 1-426.

MACHÓN, J.F. 1998. El viaje de Amado Bonpland a Misiones en 1821. VII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas, IIGHI, Resistencia, pp. 355-376.

LOZA, E. 1948. La invasión lusitana. Artigas y la defensa de la Banda Oriental. Cap. III, pp. 195-220, en R. LEVENE (director): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862). Vol. VI.La Independencia y la organización política (desde la Asamblea General Constituyente hasta el Congreso Constituyente de 1824), Segunda Sección. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

MACHÓN, J.F. 1999. El viaje de Amado Bonpland a Misiones en 1821. Idea Viva, Buenos Aires, N° 4, octubre de 1999, pp. 22-27, 55-58.

MADARIAGA, S. de. 1959. Bolívar. Tomo I. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-688.

MALDONADO, L. 1992. Humboldt. Ediciones Castell-Editorial Labor, Barcelona, pp. 1-208 + [1].

MANDELLI, H.A. 1948. La política diplomática argentina en América (1820-1829). Cap. VIII, pp. 409-437, en R. LEVENE (director): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862). Vol. VI. La Independencia y la organización política (desde la Asamblea General Constituyente hasta el Congreso Constituyente de 1824), Segunda Sección. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires

MANSFIELD, C.B. 1856. Paraguay, Brazil and The Plate. Letters written in 1852-1853. Macmillan & Co., Cambridge, pp. i-xxi + 1 mapa plegable + 1-506.

MANTEGAZZA, P. 1858. Sulla America Meridionale. Lettere mediche del dottor Paolo Mantegazza. Tipografía e Librería di Giuseppe Chiusi, Milano, pp. 1-318.

MARTIN DE MOUSSY, V. 1864. Mémoire Historique sur la Décadence des Missions des Jésuites dans le Basin de La Plata et leut État Actuel. Librairie de Charles Duniol, París, pp. 1-88.

MARTÍNEZ CROVETTO, R. 1981. Plantas utilizadas en medicina en el noroeste de Corrientes. Miscelánea, Instituto Miguel Lillo, San Miguel de Tucumán, 69, pp. 1-139.

MÉNDEZ REYES, S. 1999. Humboldt y las élites de origen colonial. Algunas notas acerca de su relación con Alamán y los Fagoaga. Pp. 75-85, en: L. ZEA y M. MAGALLÓN (Compiladores): El Mundo que encontró Humboldt. Latinoamérica a Fin de Milenio. 12, Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Fondo de Cultura Económica, México.

MENJOU, H. 1896. Une conspiration de Francois contre les autorités Suprêmes des Provinces Unies de la République Argentine et du Chili en 1818. Tipo-Lito Rivadavia de H. Monthéil, Buenos Aires, pp. 1-33.

MINGUET, Ch. 1985. Alejandro de Humboldt. Historiador y geógrafo de América española (1804-1805). Colección Nuestra América, UNMAM, México, pp.

MISCH, J. 2008. Crítica y estética: reflexiones en torno a la presentación científica y representación artística de la naturaleza en la obra de Alexander von Humboldt. Pp. 279-297, en M. CUESTA DOMINGO y S. REBOX (Coordinadores): Alexander von Humboldt. Estancia en España y Viaje Americano. Real Sociedad de Geografía, CSIC, Madrid.

MITRE, B. 1887. Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina. Tomo 3. Félix Lajouane, Editor, Buenos Aires, pp.1-806.

MOLINA, F. 2010. Vicente Pazos Kanki y la aventura de la libertad. Ediciones Pazos Kanki, La Paz, pp. 1-42.

MONES, Á. y M.A. KLAPPENBACH. 1997. Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento. Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo, Montevideo, Volumen de Homenaje en los 175 años de su muerte (1821-1996), 2ª. serie, 9, pp. i-vii + 1-231.

MÖRNER, M. 1955. Algunas cartas del naturalista sueco Don Eberhard Munck af Rosenchöld escritas durante su estadía en el Paraguay, 1843-1869. Biblioteca e Instituto de Estudios Ibero-Americanos de la Escuela de Ciencias Económicas, Estocolmo, pp. 1-35.

NAGY, A. y F. PÉREZ-MARICEVICH. 1969. Paraguay. Imagen romántica (1811-1853). Selección, prefacio y notas de los autores. Editorial del Centenario S. R. L., Asunción, pp. 1-218 + láminas I-XVI.

NEWTON, J. 1986. Francisco Ramírez, el Supremo Entrerriano. Tercera edición. Colección Los Caudillos, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-281 + [3].

NICKSON, R.A.. 1993. Historical Dictionary of Paraguay. Secod Edition, revised, enlarged and updated. Latin American Dictionaires, N° 24, The Scarecow Press, Inc., Metuchen, N. J. & London, pp. i-xxi + 1-685.

OCAMPO, E. 2007. La última campaña del Emperador. Napoléon y la independencia de América. Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. I-XX + 1-528.

O'GORMAN, E. 1978. Prólogo, notas y cronología. En: Fray Servando Teresa de Mier: Ideario político. Biblioteca Ayacucho N° 43, Caracas.

ORTEGA Y MEDINA, J.A. 1966. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de... Pp. i-clxxxx, en Alejandro de Humboldt: Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España. Editorial Porrúa, México.

ORTIZ, J.C. 1956. Libros: "Algunas cartas del naturalista sueco don Eberhard Munck af Rosenschold, escritas durante su estadía en el Paraguay, 1843-1869. Estocolmo,

1955". Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, 1: 140-142.
OTTONE, E.G. 2002. The French Botanist Aimé Bonpland and Paleontology at Cuenca del Plata. Earth Science History, Vol. 21, Nº 2, pp. 150-165.
OTTONE, E.G. 2009. Bonpland un naturalista en la Cuenca del Plata. Todo es Historia, Buenos Aires, Año XLII, Edición 504, pp. 6-20.
PAGE, T.J. 1859. La Plata, the Argentine Confederation, and Paraguay. Being a narrative of the tributaries of the River La Plata and adjacent countries during the years 1853, '54, '55, and 56, under the orders of the United States Govenment. With maps and nomerous engravings. Trubner & Co., London, pp. i-xx + 21-632.
PALCOS, A. 1941. Actividades de Bonpland en el Paraguay. La Prensa, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1941, 3ª. Sección, pág. 2, col. 2 a 6.
PALCOS, A. 1941. Bonpland en el Paraguay. La Prensa, Buenos Aires, 20 de julio de 1941, 3ª. Sección, pág. 1, col. 5 y 6.
PALCOS, A. 1942. Designios de Bonpland, revelaciones inéditas del sabio. La Prensa, Buenos Aires, 1° de enero de 1942, 2ª. Sección, pág. 3, col. 1 a 3.
PAPP, D. 1979. Ideas revolucionarias en la ciencia. Su historia desde el Renacimiento hasta el siglo XX. Tomo III. Grandes corrientes de la ciencia contemporánea. Editorial Universitaria, santiago de Chile, pp. 1-522.
PARODI, L. 1961. Ciento cincuenta años de Botánica en la República Argentina. Boletín de la Sociedad Agentina de Botánica, Buenos Aires, Volumen IX, pp. 1-68. Julio de 1961.
PASQUALI, P. 1996. Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura. Historia Argentina, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, pp. 1-406.
PAZ, J.M. 1905. Cartas inéditas del General Paz a Bonpland. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Año II, Tomo IV, N° 19, pp. 366-373.
PENCHASZADEH, P.E. y M. de ASÚA. 2010. El deslumbramiento. Aimé Bonpland y Alexander von Humboldt en Sudamérica.
PEREIRA DE ARAUJO, J.H. 2007. History of Brazilian Diplomacy. The colonial legacy and the monarchy. The Second Reign. Relationships with Paraguay. On line, Google, >http//www.mre.gov.br./acs/diplomacia/ingles/h_diplom/lc017i.htm>
PÉREZ, J. 1954. San Martín y José Miguel Carrera. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Monografías y Tesis, 1, La Plata, pp. 1-351 + [8].
PÉREZ, J. 1959. La última campaña de Ramírez y la Alianza de Buenos Aires-Santa Fe y Córdoba. Trabajos y Comunicaciones, La Plata, 8: 155-178.
PÉREZ ACOSTA, J.F. 1942. Francia y Bonpland. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, LXXIX, Buenos Aires, pp. 1-58 + I-XV + 1-3.
PÉREZ ACOSTA, J.F. 1948. Carlos Antonio López. Obrero máximo. Labor administrativa y constructiva. Editorial Guarania, Asunción, pp. 1-691 + láminas I-XV.
PÉREZ COLMÁN, C.B. 1946. Provincia de Entre Ríos (1810-1821). Tercera Parte, Capítulo I, pp. 211-250, en: R. Levene (Director): Historia de la Nación Argentina. Volumen IX, Historia de las Provincias. Academia Nacional de la Historia-Librería y Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
PICCIRILLI, R. 1943. Rivadavia y su tiempo. Tomo Primero. Editores Peuser Ltda., Buenos Aires, pp. 1-531.
PLÁ, J. 1984. Los británicos en el Paraguay, 1850-1870. Arte Nuevo Editores, Asunción, pp. 1-316.
PODGORNY, I. y W. SCHÄFFNER. 2000. La intención de observar abre los ojos". Narraciones datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX.

Prismas, Revista de Historia Intelectual, Buenos Aires, 4, pp. 217-227.
POENITZ, E. y A. POENITZ. 1998. Misiones, provincia Guaranítica. Defensa y disolución (1768-1830). Cátedra, Editorial Universitaria, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, pp. 1-282.
POMER, L. 1984. Conflictos en la Cuenca del Plata en el siglo XIX. Colección Ensayos, Río Imóvil Ediciones S. A., Buenos Aires, pp. 1-310.
PUIG-SAMPER, M.A. y S. REBOCK. 2002. Un sabio en la meseta. El viaje de Alejandro de Humboldt a España en 1799. HiN, Humboldt im Netz, International Review for Humboldtian Studies, Berlín, pp. 1-18.
RAED, J. 1996. Plan para secuestrar al gobernador Rosas. Artigas y Paz exiliados. Ediciones Humus, Buenos Aires, pp. 1-118.
RAMA, C.M. 1970. La historia y la novela. Editorial Nova, Buenos Aires, pp. 1-169.
RAMOS, R.A. 1959. La política del Brasil en el Paraguay bajo la dictadura del Dr. Francia. Segunda edición. Ediciones Nizza, Buenos Aires-Asunción, pp. 1-232.
RAMOS, R.A. 1972. Juan Andrés Gelly. Talleres Gráficos Lucania, Buenos Aires-Asunción, pp. 1-514 + [1].
REBOK, S. 2008. Alexander von Humboldt y el modelo de la Historia Natural y Moral. Pp. 66-87, en: Grandes Pensadores, Geografía, Alexander von Humboldt. Planeta D'Agostini S. A., Barcelona, pp. 1-384.
REBOLLO PAZ, L. 1952. Aportes para el esclarecimiento de un episodio centenario: la expedición sobre Entre Ríos en noviembre de 1852. La Nación, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1952, 2ª. Sección, p. 1, col. 1-5.
RENGGER, J.R. 1835. Reise nach Paraguay in den Jahren 1818 bis 1826. Auf des Verfassers hanschriftlichen Nachlasse herausgegeben von A. Rengger. Mit einer Landscharte und drei Blaetern Abbildungen. H. R. Sauerlaender Verlag, Aarau, pp. i-xxxvi + 1-496 + 3 láminas y un mapa.
RENGGER, J.R. 2010. Viaje al Paraguay en los años 1816 a l826. Editado según el manuscrito del autor por A. Rengger. Con un mapa y tres páginas de ilustraciones. Aaraux, 1835, en la Editorial de H. R. Sauelander. Editorial Tiempos de Historia, Asunción, pp. 1-358.
RENOUVIER, C. 1945. Ucronía. La utopía en la historia. Biblioteca Filosófica, Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-375 + [2].
REYES ABBADIE, W. 1990. Historia Uruguaya. Tomo II. Artigas y el federalismo en el Río de la Plata, 1811-1820. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 1-315 + [5].
RIAL SEIJO, E. 2001. Las dos veces que Corrientes le declaró la guerra a la Argentina. Anales de la Junta de Historia de la Provincia de Corrientes, Corrientes, N° 3, pp. 195-202 + figuras 1-8.
RIBEIRO, A. 2003. El Caudillo y el Dictador. Editorial Planeta, Buenos Aires, pp. 1-609 + [5].
RIVAROLA, M. 1988. La polémica francesa sobre la Guerra Grande. Eliseo Reclus: La guerra del Paraguay. Laurent-Cochelet: Correspondencia consular. Editorial Histórica, Asunción, pp. 1-279 + [1].
ROA BASTOS, A. 1974. Yo el Supremo. Segunda edición. Siglo Veintiuno Argentina, Buenos Aires, pp. 1-467.
ROBERTSON, J.P. y W.P. ROBERTSON. 1838. Four years in Paraguay, comprising an account of that Republic under the government of the Dictator Francia. E. L. Carey & A. Hont, Philadelphia, 2 volúmenes.
ROHL, E. 1991. Alejandro de Humboldt. Pp. i-liii, en: A. de Humboldt: Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente. Tomo I. Monte Ávila Editores, Caracas.
RUIZ DIAZ, A. 1970. Los Robinsones. Revista de Literaturas Modernas, Mendoza, N° 9, pp. 76-95.

RUIZ MORENO, A. 1948. La medicina en el Paraguay Natural (1771-1776), del Padre José Sánchez Labrador. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, pp. 1-372.
RUIZ MORENO, I. 2004. Alianza contra Rosas. Paz, Ferré, Rivera, López. Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. 1-254 + [1].
SABOR, J.E. 1995. Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico. Colección Dimensión Argentina, Ediciones Soler, Buenos Aires, pp. 1-460.
SAGARNA, A. 1946. Entre Ríos (1820-1862). Capítulo II, pp. 250-286, en Ricardo Levene (Director): Historia de la Nación Argentina. Volumen IX, Historia de las Provincias. Segunda edición, Academia Nacional de la Historia-Librería y Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
SALDÍAS, A. 1906. La evolución republicana durante la Revolución Argentina. Arnoldo Moen y Hermano, Editores, Buenos Aires, pp. 1-503.
SÁNCHEZ DE THOMPSON, M. 1952. Cartas de Mariquita Sánchez. Compilación, prólogo y notas de Clara Vilaseca. Ediciones Peuser. Buenos Aires, pp. 1-427.
SANTOS GÓMEZ, S. 1983. Bibliografía de viajeros a la Argentina. FECIC, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Instituto de Antropología e Historia Hispanoamericana, Buenos Aires, Tomo I, pp. 1-320; Tomo II, pp. 321-651.
SARTON, G. 1968. Aimé Bonpland (1773-1858). Pp. 244-267, en: Ensayos de Historia de la ciencia. Biblioteca Uthea de Historia, Editorial Uthea, México. [traducción por Alfonso Castaño del ensayo previamente publicado en Isis, 1943, 34: 385-399].
SBARDELLA, C.R. 2001. La toma de posesión de Formosa (1879). XXI° Encuentro de Geohistoria Regional, Resistencia, pp. 346-358.
SCHMITT, P.A. 1958. Las relaciones diplomáticas entre el Paraguay y las potencias europeas (1840-1870). Historia Paraguaya, Anuario del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas, Asunción, Volumen III, pp. 65-87.
SCHMITT, P.A. 1990. Paraguay y Europa, 1811-1870. Impresiones El Gráfico S. R. L., Asunción, pp. 1-402 + [1].
SCHOECK, H. 1970. La envidia, una teoría de la sociedad. Club de Lectores, Buenos Aires, pp. 1-608.
SEGRETTI, C.A. 1972. La misión Juan Simón García en el Litoral y Paraguay. Investigaciones y Ensayos, Buenos Aires, vol. 13: 295-341.
SINGER, C. 1947. Historia de la biología. Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, pp. 1-549.
SORENSEN, B. 1998. O Poder absoluto do Dr. Francia. Editóra Arte y Ciência-Editóra UNIMAR, São Paulo, pp. 1-128.
SZARAN, L. 1999. Diccionario de la música en el Paraguay. Societé Générale de Surveillance, S. A., Asunción, pp. 1-526.
URIBURU, J.V. 1982. Los médicos cirujanos de Napoleón y de sus ejércitos. Colección Academia Nacional de Medicina, volumen IV, Bunos Aires, pp. 1-169 + [2].
VARELA, H. 1934. Elisa Lynch. Precedida de una semblanza del autor por Emilio Castelar y de una noticia bio-bibliográfica. La Enciclopedia de la Intelectualidad Argentina, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, Buenos Aires, pp. 1-363.
VARGAS PEÑA, B. 1985. Secreta política del Dictador Francia. Ediciones Nueva Etapa, Corrientes, pp. 1-356.
VÁZQUEZ MACHICADO, H. 1957. Los plagios de Pazos Kanki. Historia, Buenos Aires, Año III, N° 10, pp. 95-111.
VÁZQUEZ, J.A. 1975. El doctor Francia visto y oído por sus contemporáneos. Iberoamérica en la Historia, Editorial Universitaria de Buenos Aires, pp. 1-420.
VICUÑA MACKENNA, B. 1936. La Argentina en el año 1855. Prólogo de V. Lillo Catalán. Edición de la Revista Americana de Buenos Aires, pp. 1-255.

VICUÑA MACKENNA, B. 1936. Páginas de mi diario. La Revista Americana de Buenos Aires, Buenos Aires, N° 149-150.

WASHBURN, C.A. 1897. Historia del Paraguay con notas de observaciones personales y reminiscencias de algunas dificultades diplomáticas. Volumen I. Edición de La Revista del Paraguay, Buenos Aires, pp. 1-304.

WATSON, R. 2003. Descartes. El filósofo de la luz. Ediciones Vergara-Grupo Zeta, Barcelona, pp. 1-347.

WILLIAMS, J.H. 1973. La guerra no declarada entre el Paraguay y Corrientes. 1973. Estudios Paraguayos, Asunción, 1 (1): 35-43.

WISNER DE MORGENSTERN, F. 1996. El Dictador del Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia. Instituto Cultural Paraguayo-Alemán, Editor, Asunción, pp. 1-288.

AZARA

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

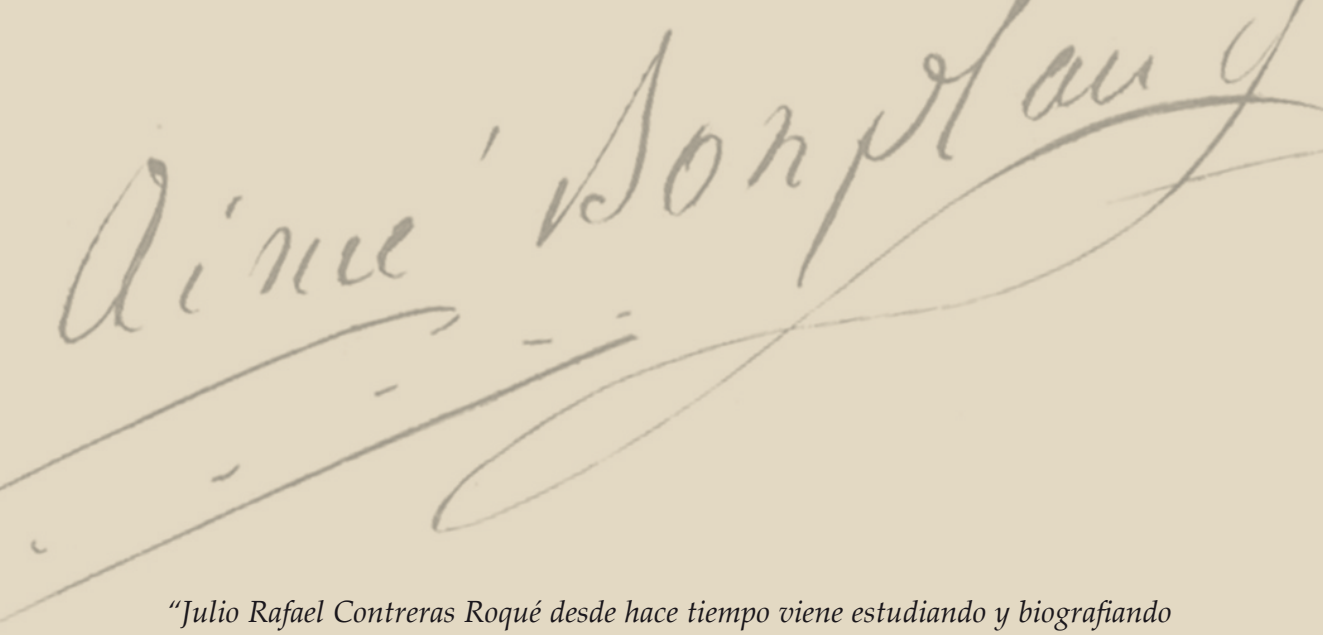
Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

www.fundacionazara.org.ar

fundacionazara **fundacionazara**



"Julio Rafael Contreras Roqué desde hace tiempo viene estudiando y biografiando a diferentes celebridades de las ciencias naturales. En su haber hay miles de páginas conscientemente leídas, documentos y consultas de archivo que con sacerdotal paciencia ha resumido. Tal bagaje de conocimiento le permite escribir y con gran autoridad y objetividad diversas situaciones relacionadas con el personaje central de este estudio.

Desde ese punto de vista que nos cuentan Julio Rafael Contreras Roqué, Adrián Giacchino, Bárbara Gasparri y Yolanda Davies hemos descubierto una figura humana excepcional [en Aimé Bonpland], *que tuvo un destino particularísimo, al que él mismo construyó con la configuración de virtudes y de defectos de la que fue portador.*

Con cientos de referencias bibliográficas de gran valor documental, otras tantas notas al pie que enriquecen aún más el texto y un apéndice de correspondencia Bonplandiana de interesantísima validez testimonial, los autores aclaran que esta aproximación biográfica no implica que ya todo esté dicho sobre el tema, sino por el contrario, en el estado actual del conocimiento logrado, mucho de lo que se sabía sobre Bonpland se ha tornado confuso, contradictorio y resulta abrumadoramente denso para poder esclarecerlo sin depurar antes las fuentes circulares. Lo que implica un gran acicate para quienes deseen profundizar sobre el tema".

Horacio Aguilar
Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Arte y Ciencia de la Comunicación.
Miembro de Número del Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces.

ISBN 978-987-3781-48-3

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides